



*Alistea*

# *El secreto de Marcos*

INTRIGA, HUMOR Y AVENTURAS PARA NIÑOS Y JÓVENES  
Y PARA LOS QUE UNA VEZ LO FUERON

*Rafael Nieto Río*

## **Tabla de contenidos**

- **1 El duende con cara de nuez**
- **2 Un pegaso simpático y un centauro antipático**
- **3 La reina de piedra y el rey cojo**
- **4 Las orejas de mi madre**
- **5 Un guerrero elfo desayuna en mi cocina**
- **6 Maldito Elfo**
- **7 Tutoría en un lugar especial**
- **8 El más viejo del lugar**
- **9 Bella y Bestia en el sol de la media luna**
- **10 El Homdesac sin boina**
- **11 La Casa de Fieras**
- **12 La ribera de mi abuela**
- **13 La Molinera**
- **14 Malismos**
- **15 El descenso del río Alys**
- **16 Las perezosas de las laderas**
- **17 La gruta de los enanos**
- **18 Ciudadela Capital**
- **19 El Bosque Lastimero**
- **20 Mamá**
- **21 El secreto de Marcos**
- **22 El Árbol Sagrado**
- **23 Una abuela de armas tomar**

- **24 ¡Arcos! ¡Arcos!**
- **Epílogo Vuelta a casa**

# EL SECRETO DE MARCOS

RAFAEL MIGUEL NIETO RÍO

**UNO**  
**EDITORIAL**

[unoeditorial.com](http://unoeditorial.com) \* [info@unoeditorial.com](mailto:info@unoeditorial.com)

Rafael Nieto Río



**UNO**  
EDITORIAL

*A mi hijo David,  
para que nunca olvide la respuesta a mi pregunta:  
«¿Sabes una cosa?».*

# 1

## El duende con cara de nuez

«HABRÁ SIDO UN DUENDE».

Cuántas veces habría oído decir aquella frase a mi madre.

—Mamá, no encuentro la pelota... ¿Que qué pelota?... La roja, con la que el otro día rompí la lámpara del salón.

—No sé, habrá sido un duende que se la ha llevado.

—Mamá, no encuentro la flauta... ¿Que qué flauta?... La única que tengo, con la que toco la canción esa que dices que te pone la cabeza como un bombo.

—No sé, habrá sido un duende que se la ha llevado.

Yo siempre había pensado que era una frase hecha. Una forma de hablar de mi madre para decir que las cosas se perdían. Una expresión tal vez de madres suecas, porque mi madre es de Suecia. Por eso, en algunas cosas, es un poco diferente a otras madres de mis compañeros del cole. «Diferencias culturales», dice mi padre. Por ejemplo, me quería apuntar a tiro con arco, pero como en mi cole no teníamos esa actividad extraescolar al final me apuntó de defensa suplente en fútbol sala.

Pero no era una frase hecha o una expresión de madres escandinavas. En mi casa hay un duende de verdad. Acabo de verlo en el cuarto de contadores del agua de mi edificio.

Es un duende que no te voy a decir que es feo, porque esa es una palabra que no se le debe decir a nadie. Al menos eso nos dijo una señora con moño que vino a darnos una charla sobre respeto y tolerancia en el cole. Incluso cuando insistimos y le preguntamos que qué pasaba si el compañero era feo, muy feo o hasta feo de narices, nos comentó que como mucho podíamos decir

que la persona era *poco agraciada*.

Bueno, pues por eso no diré que el duende es feo. Diré que es un duende poco agraciado, pero poco agraciado de narices. Tiene una cabeza como una nuez. El mismo color, el mismo tamaño y hasta las mismas arrugas que una nuez. Los ojillos son redondos, negros y brillantes. La nariz muy larga y afilada. Las orejas son también largas y en punta, y además las mueve como si fueran unas antenas. Va vestido de verde, pero un verde... cómo te explicaría yo... un verde sucio. Y lleva un gorro a conjunto en el mismo color verde sucio con un cascabel en la punta.

Dirás tú: pero la belleza está en el interior. Pero es que este no es un duende de esos majetes que remiendan zapatos mientras el zapatero está durmiendo. Es que este duende se lleva bajo el brazo mi coche teledirigido. Por eso sé que ha estado en mi casa. Un coche genial, por cierto. Todavía no lo controlo bien y se choca contra las paredes y los muebles. Aunque no le pasa nada, ni un arañazo. Al coche, digo, los muebles sí que se llevan algún que otro rasguño. Vamos, que es un ladrón. En lo dura, su cara también se parece a una nuez. Un duende caradura.

En cuanto me ha visto entrar en el cuarto de contadores ha abierto una portezuela de metal que hay en el suelo y que pone «Llave de paso». Se ha metido dentro y ha cerrado de golpe. Bueno, en algún momento saldrá.

Y aquí le estaré esperando yo con mi espada.

Tal vez debiera explicarte por qué entré en el cuarto de contadores con una espada. Yo no entré buscando al duende. No sabía que él estaba allí. Todo tiene una explicación muy sencilla. Lo de la espada también. Te lo cuento:

El lunes, Jorge Pulido llegó al cole con unas orejas de Mickey Mouse. Hace poco su madre le llevó al Parque Warner, y el fin de semana pasado su padre le llevó a Eurodisney. Tiene una suerte tremenda. Pues bien, dice que Mickey Mouse en persona le dio las orejas. Y nos contó que es un mundo mágico y de fantasía, con un montón de atracciones, con desfiles... y que si tal y que si cual.

Jorge Pulido siempre es así. Los fines de semana está con su padre y este siempre le compra algo con lo que impresionarnos en el cole. Después se pasa todo el recreo presumiendo de ello y, claro, no nos da tiempo a echar nuestras carreras de moto GP. Yo había estado practicando con mi moto GP a tomar las

curvas alrededor de la mesa del salón. Después del mareo y de la bronca de mi padre, no quería que se pasara la hora del recreo sin lucirme con mi moto GP haciendo curvas con derrape. Tenía que cortar el discurso de Jorge Pulido.

—No sería Mickey Mouse en persona, sería en muñeco... ¿no?

—Pues no. Era Mickey Mouse el auténtico.

—Ya. Y en esas fabulosas atracciones, ¿estaba el gusano loco?

—¿El gusano loco? Pues... no.

—¡Pues vaya rollo de parque de atracciones! ¡Vamos a echar una carrera de moto GP!

—Brrr —dijo Dani girando su puño, como si estuviera acelerando una moto.

—Bueno, yo he estado rodeado de personajes mágicos y he subido a unas atracciones que le dan mil vueltas al gusano loco. Además he traído unas orejas de Mickey Mouse que me dio él en persona auténtica. Y tú, Marquitos, ¿con quién has estado? ¿Qué has hecho? ¿Qué has traído? ¿Una moto GP imaginaria?

Algunos niños, los que se estaban pasando las orejas de Jorge Pulido para probárselas, se rieron. Bueno, las orejas de Mickey Mouse, no las de Jorge Pulido, que en mi clase hay algunos muy brutos, pero no tanto.

Yo había estado en casa de mis abuelos y había comido croquetas. Mi abuela hace unas croquetas de jamón y huevo duro estupendas, pero aunque estén riquísimas tampoco era para compararlo con Eurodisney. Respecto a las atracciones, la última vez que me subí en una de ellas fue el año pasado en las fiestas. Fue en el gusano loco, me mareé y acabé vomitando. Además, era cierto que las motos GP eran imaginarias. Aunque el circuito era estupendo, recorría todo el patio y las curvas eran muy cerradas.

Todos me miraban esperando mi respuesta.

—¿Eh?... ¿Yo?... El lunes voy a traer algo con lo que vais a alucinar. ¡Os va a dejar con la boca abierta!

En realidad no tenía nada para competir contra Jorge Pulido ni con que impresionar a mis compañeros. Así que cuando llegué a casa intenté convencer a mis padres. Tenía que hacer algo espectacular ese fin de semana, y además llevar algo al cole.

—Papá, ¿podemos ir al Parque Warner el sábado?

—¿Al Parque Warner? —dijo mi padre sin levantar la vista del portátil—. Estoy yo para pensar en parques warners. ¿No ves que estoy trabajando, hijo?

—Porfa... es que Jorge Pulido ha ido y...

—Ay, Marquetes, qué pesado te pones, hijo. Pregúntale a tu madre.

No quise insistir porque cuando está con sus cosas de contable se pone muy nervioso. Y me fui a ver a mi madre. Estaba podando un bonsái que tiene en la repisa de la ventana. Una madre española, en la repisa de la ventana, a lo mejor pone unos geranios o unas petunias, pero mi madre, como no es española porque es sueca, pues, por diferencias culturales, en lugar de geranios o petunias ha puesto el bonsái. Bueno, y aparte del arbolito diminuto, ha puesto también en la repisa de la ventana una fuente zen. La fuente son unas piedras por las que cae el agua, y se supone que esto relaja. Aunque a mí no me relaja, el sonido del agua me da ganas de hacer pis.

—Mamá.

—Dime, tesoro —dijo sin parar de podar el bonsái de la ventana.

—Que quería ir este fin de semana a Eurodisney —dije *Eurodisney*, que está en París, en lugar de *Parque Warner*, que está aquí, en Madrid, porque me había llamado *tesoro* y eso es que estaba de buen humor.

—¿Y por qué quieres ir a Eurodisney, tesoro?

—Pues para ver a Mickey Mouse...

—Tranquilo, bombón, que vamos a ir a ver a Mickey Mouse.

—Gracias, mami. —Le di un abrazo y ella me dio un beso en la frente.

Dejé a mi madre en el salón contemplando su bonsái podado. Siempre hace lo mismo, se retira medio metro y se queda mirando el arbolito durante un buen rato, a veces hasta horas.

Se me hizo la semana muy larga porque me porté bien todos los días, no fuera a ser que mi madre cambiara de opinión en lo de irnos a Eurodisney. Parecía que el sábado no iba a llegar nunca, pero después del viernes llegó.

—Vamos, tesoro —dijo mi madre con voz cantarina—. Arriba, dormilón. Nos vamos a ver a Mickey Mouse.

Me levanté de un salto. Yo creo que a mi madre le hacía más ilusión ir a Eurodisney que a casa de mi abuela porque a veces mi abuela le cierra los chacras. Oí que se lo decía a papá el otro día: «Tu madre tiene buena aura, pero a veces tiene unas cosas que me cierran los chacras». Lo de tener chacras

no es por ser sueca, es porque es profesora de yoga. Hay profesoras de yoga españolas que también tienen chacras.

Cogimos el metro. Se puede ir en metro hasta el aeropuerto, pero debía haberme mosqueado el hecho de que no lleváramos equipaje. Nos bajamos en la parada de Sol. Yo no entendía nada. Caminamos entre un montón de gente, parecía que era Nochevieja, pero de día y sin uvas.

—Pues ahí tienes a Mickey Mouse —dijo mi madre.

Había un Mickey Mouse repartiendo globos a los niños. Lo había visto cientos de veces, pero no era el auténtico. En ese momento tenía la cabeza debajo del brazo. Después, cuando terminó el cigarrillo, se puso la cabeza de Mickey en su sitio, cogió un globo alargado, le dio forma de espada y me lo regaló. Luego se lo cobró a mi madre.

—¿Estás contento? —me preguntó mi padre—. Mira, y además hay personajes que seguro que no están en Eurodisney.

Hombre, contento, lo que se dice contento, no estaba porque pensaba que iba a ir a Eurodisney y estaba en la Puerta del Sol. Aunque mi padre tenía razón, había personajes que seguro que no estaban en Eurodisney. Dora la Exploradora, Bob Esponja... Estos no estaban fumando, pero casi seguro que tampoco eran los auténticos.

—No pongas esos morros —me dijo mi padre—. Mira, te voy a dar unas monedas para que se las eches a las estatuas vivientes. Verás qué divertido.

Las estatuas vivientes son unas personas que se quedan muy quietas, pero si les echas dinero en una lata que tienen a sus pies, se mueven. Mi padre rebuscó en su bolsillo y sacó unos pañuelos de papel usados, algunas monedas y una piedra de río que yo le regalé para el día del padre hace unos años, y que es muy bonita porque es redonda, blanca, brilla y además es una piedra de la suerte, y por eso siempre la lleva con él. Mi padre cogió algunos de los céntimos que había sacado y me los dio.

Iba a echar las monedas a la estatua, pero un señor se las echó antes que yo. La calderilla sonó en la lata y el vaquero plateado desenfundó, apuntó con su pistola y se volvió a quedar quieto. Ya había visto cómo se movía, así que me guardé el dinero en el bolsillo. Además, seguro que si le echo las monedas vuelve a enfundar el revólver y esa es una pose mucho menos vistosa para un vaquero.

Después fuimos a una de esas tiendas que tanto le gustan a mi madre. Tenían velas aromáticas de rosa mosqueta, de limón, de aloe vera, pantalones bombachos, babuchas, que son unas zapatillas que terminan en punta enroscada, barritas de incienso de sándalo y de eucalipto japonés, que es un eucalipto que huele parecido al sándalo (por si no lo sabes, el sándalo huele a humo), fulares morados y amarillos deshilachados en las puntas, sales para el baño relajantes y otras para tus noches más románticas...

Entre el olor a *tutti-frutti* que se formó de la mezcla de perfumes de la velas aromáticas, el incienso y las sales de baño, y unas campanitas que tintineaban cada vez que alguien abría la puerta de la tienda, me entró un mareo increíble. A mi padre le dio mucha pena ver a su hijo, que soy yo, hundido en un puf hindú multicolor medio inconsciente y dijo: «Este niño no tiene buen color».

Y él y yo nos fuimos a una terracita de un bar en la que pegaba un solecito de primavera muy rico y en la que había extranjeros con pantalones cortos. Mi padre se tomó una caña y yo mi helado preferido, el de dos bolas. Chocolate y frambuesa. Me comí las patatas fritas que le habían puesto a mi padre con la cerveza porque tenía que recuperarme de mi mareo. Como soy ambidiestro comí a dos manos, en una el helado y en la otra las patatas fritas.

Al día siguiente, aunque era domingo, mi padre se fue de viaje de negocios a Berlín. Allí, una profesora les iba a enseñar cómo funcionaba el Contaquiz 2.0 a todos los contables de Europa, el lunes a primerísima hora alemana.

Empecé a ver la carrera de Moto GP en la tele yo solo, sin mi padre. Mi padre nunca ha tenido moto, ni se ha subido nunca a ninguna, pero le gustan mucho las carreras. Ver la tele sin él no es lo mismo, es mucho menos educativo. Algunas veces se le escapa alguna palabra malsonante, pero enseguida me explica que eso no se dice, y así pues voy aprendiendo. Me estaba aburriendo como una ostra. (*Ostra*, si es que te aburres como una ostra, está bien dicho; pero si es, por ejemplo: «¡Ostras! ¡Qué adelantamiento!», está regular.)

Así que decidí bajar al parque de la urbanización. Me encanta este parque porque muchas veces me he encontrado tréboles de cuatro hojas cerca de la piscina de los pequeños. Es una piscina que no cubre y que siempre tiene el agua muy calentita, aunque yo ya no me baño allí porque tengo ocho años, casi

nueve.

Le quería enseñar la espada que me había dado el Mickey Mouse fumador a mi amigo Dani. La espada no estaba mal, pero era un poco infantil, yo creo que no podía competir con las orejas de Mickey Mouse de Jorge Pulido. Y mi día por la Puerta del Sol había estado bastante bien porque había comido un helado de chocolate y frambuesa con patatas fritas y además tenía unas monedas en el bolsillo, aunque creo que esto tampoco podía competir con un fin de semana en Eurodisney. Pero quería comentarlo con Dani para tener una segunda opinión.

A Dani le conozco desde la guardería y es el chico más listo del mundo. A él no le gusta decir que es listo porque es muy modesto, él dice que es intelectual y que por eso lleva gafas. Yo le digo que vaya a esos concursos de la tele en los que puedes ganar muchísimo dinero si no te caes tú o el dinero por un agujero. Yo iría como público para animarle, pero me comenta que no tiene todavía la edad legal para ir. Es una lástima que Dani tenga una edad ilegal, porque yo ya tenía algunos planes con mi comisión como animador.

Pero no llegué a salir hacia el parque porque en el portal escuché un cascabel en el cuarto de contadores. Pensé que sería la gata de la vecina del cuarto. Es una gata un poco gruñona, salvo con mi madre y conmigo, que tenemos mucha mano con los animales. Tal vez se había escapado.

Y por eso entré en el cuarto de contadores con una espada, bueno, con un globo con forma de espada, para intentar recuperar a la gata. Pero tú ya sabes que no me encontré a la gata, sino al duende con cara de nuez. El cascabel era de su gorro.

Yo creía que el duende saldría al ratito porque estaría incómodo entre las tuberías. Pero pasó el ratito y no salió.

Así que empuñé mi espada, me armé de valor y abrí la portezuela del suelo que pone «Llave de paso». Había un gran charco. Se debían de haber roto las tuberías. Aunque era un charco raro porque brillaba y me veía como en un espejo, pero deformado.

Pensé que el duende debía de estar allí, sumergido con los mofletes hinchados de aire abrazado a mi coche preferido, y metí la mano. No me mojé. Sentí un escalofrío por todo el cuerpo y el charco me tragó como si fuera un aspirador superpotente y yo una miga de pan. Me rodearon una luz brillante y

un zumbido fuerte. Unos segundos después caí en un suelo esponjoso y blanco.

No me había hecho ni pizca de daño, pero estaba un poco mareado. Me di la vuelta y me quedé panza arriba. Abrí una boca muy grande para destaponar mis oídos y cerré y abrí los ojos varias veces, me picaban mucho.

Encima de mi cabeza, flotando en el aire, estaba el charco. Ahora no era como un espejo, se podía ver al otro lado el cuarto de contadores. Después, el charco se convirtió en un remolino y desapareció.

Giré la cabeza a la derecha. El duende me miraba burlón con la cabeza ladeada. Estiré el brazo para atraparlo, pero se me escapó de entre los dedos y huyó como una rata. Corrió, se montó encima de una oca. La oca graznó, batió las alas un par de veces y se fue volando.

Me puse de pie y comencé a caminar. Mis pies se hundían y el suelo se me pegaba a las zapatillas como si fuera algodón dulce de los que venden en las ferias (al menos en las ferias a las que yo he ido, no sé en las de Jorge Pulido).

Estaba encima de una nube. Flotando en el cielo.

## 2

# Un pegaso simpático y un centauro antipático

ERA UNA NUBE GRANDE, con muchos bultos que iban cambiando de tamaño. No me atreví a asomarme para ver a qué altura estaba porque la orilla parecía menos espesa y tenía miedo de caerme. Además, era una nube, así que ya me imaginaba yo que debía de estar bastante alta.

Me puse a tararear una canción que mi padre silba en la ducha (yo todavía no sé silbar). Era una cancioncilla muy antigua, de cuando mis padres eran novios, y no me gusta mucho porque soy un niño moderno, a veces hasta me peino con los pelos de punta. Pero me puse a tararearla para que no hubiera tanto silencio, porque había mucho silencio. Demasiado silencio.

El viento arrastraba algunas nubes por encima de mi cabeza, pero mi nube solo se balanceaba. Todo parecía de mentira, como en un sueño, pero me pellizqué el brazo y no estaba soñando, me hice un moratón.

Me fui caminando con cuidado hacia el centro de la nube. Allí se hundía uno menos. Hacía frío, así que me puse la capucha de mi camiseta. Me senté y metí la cabeza entre mis rodillas. Dejé de tararear porque ya no me salía la voz y me puse a llorar. No sabía dónde estaba y quería volver a casa.

Arranqué un trocito de nube de un pellizco. De puro aburrimiento, y como me recordaba al algodón dulce de las ferias, me atreví a probarlo. Se deshizo en mi boca como agua, en realidad como gaseosa, porque tenía burbujas que me hacían cosquillas hasta en la nariz.

Pensé en qué diría mi padre si me viera allí: «¡Bájate de esa nube ahora mismo! Que no te lo tenga que decir dos veces. Cuento hasta tres. Uno... dos... dos y medio... dos y tres cuartos... tres». Vamos, lo que diría cualquier

padre o madre de mi barrio si vieran a su hijo encima de una nube. Salvo mi madre, que, como es sueca, por diferencias culturales diría: «Anda, deja que se divierta el crío en la nube». Seguro.

Bueno, mi madre nunca me ha visto encima de una nube, pero sí en un árbol. Mi padre me regañaba, pero ella decía lo que te he contado antes: «Deja que se divierta el crío». Mi madre estaba encantada de que me hubiera subido a un árbol. Incluso me quiso construir una casa en un árbol del parque de la urbanización. Convocó una junta de vecinos y se votó. Salió que aquello era un disparate. Porque eso es lo que le comentó un vecino a mi padre: «Qué disparate, una casa en un árbol para los niños, con lo peligroso que es eso». «Diferencias culturales. En Suecia es bastante típico», le respondió mi padre. Así que me quedé sin casa del árbol, porque en Estocolmo los padres serán muy de dejar a sus hijos trepar a los árboles, pero en Madrid no.

Echaba de menos que no estuvieran allí mis padres para animarme o para regañarme y me acurruqué aún más entre mis rodillas. El viento sopló más fuerte por unos instantes y después sentí unos golpecitos húmedos en el brazo. Levanté la cabeza y vi que un caballo me empujaba con su hocico. Era blanco, pero con algunas pecas plateadas, y tenía unas crines alborotadas, grises y tan largas que casi le tapaban unos ojos negros enormes que me miraban como esperando a que yo le dijera algo. Aunque me había sobresaltado, no me daba miedo, pero no sabía muy bien qué decirle a un caballo, así que fue él el que rompió el hielo.

—¿De regreso a Alistea, joven elfo? ¿Qué tal? —El caballo no había abierto la boca, pero podía oír su voz en mi cabeza.

Había pensado que yo era un elfo.

—Uhm... sí... —acerté a decir.

—Bueno, ¿qué? —volvió a sonar la voz en *off*.

—Uhm, ¿qué?

—Que sí montas, muchacho. Que no tengo toda la tarde y quiero acabar mi turno.

No entendía lo que quería decir. No sé por qué, pero confié en él. Me levanté y entonces descubrí que el caballo tenía unas alas enormes. Era un pegaso. Sé que a los caballos con alas se les llama *pegaso* porque a mi madre le gusta contarme cuentos de seres fantásticos, sus propias versiones. No le

hago mucho caso, prefiero la consola a sus cuentos de niños pequeños. El viento que se había levantado hacía unos segundos debía ser por el movimiento de sus alas.

Me monté en el pegaso. Trotó por la nube y cuando llegó al borde desplegó sus alas. Unos pedacitos de la orilla de la nube se desprendieron cuando se impulsó, otros se quedaron pegados en sus pezuñas.

Al principio pensaba que cabalgaba en el aire para despegarse los copos de nube de los cascos, pero cuando se los quitó siguió cabalgando. Manías de pegaso, me imagino. Planeaba y de vez en cuando daba un aleteo con aquellas poderosas alas.

—No te agarres tan fuerte, que me ahogas.

Me sentía seguro y tranquilo abrazado a su cuello. Me recordaba a *Compay*, mi peluche de cuando era pequeño, un pegasito de trapo. Le obedecí, le solté el cuello y me agarré a sus crines.

Abajo había un bosque enorme. Era como si estuviera viendo una maqueta con árboles de papel, un lago y un río serpenteante de papel de aluminio. Pensé qué cara iban a poner mis compañeros en el cole cuando les contara mi aventura a lomos de un pegaso. Esto superaba con diferencia al parque de atracciones sin gusano loco de Jorge Pulido. Claro que a lo mejor en el cole no me creen, o tal vez ni pueda contarlo, ¿cómo iba a regresar a casa?

—Todos los elfos estáis regresando a Alistea —oí que decía la voz del pegaso.

—Ajá —dije yo.

—Creo que los elfos guerreros y las cuadrillas que se les han unido lo conseguirán.

—¿Qué tienen que conseguir?

—Has estado bastante tiempo fuera de Alistea, ¿verdad? Recuperar la Piedra Esmeralda y devolverla al Árbol Sagrado. Otrebor la ha robado. En realidad no lo ha hecho él, el Narval no lo hubiera permitido, sino su cuervo. Una elfa fue testigo del robo. Ya hay algunos elfos que se han convertido en estatuas de piedra. Entre ellos, la reina.

—Pues... vaya, vaya. ¡Cómo está el tema! —dije, pero no había entendido nada de lo que me había dicho.

Se posó en un gran claro del bosque. Suave, sin levantar una mota de polvo.

Alguien o algo salió de entre los árboles y galopó hasta nosotros, pero en este caso sí levantaba polvo. Una gran nube de polvo. Cuando desapareció la polvareda, lo vi.

Era un hombre de cintura para arriba, de cintura para abajo era un caballo, de pelaje marrón, gordo y de patas anchas y cortas. Era un centauro. Arrugaba la frente y las cejas y tenía un arco en las manos con una flecha apuntando a mi cabeza. Yo blandí mi globo espada en un acto reflejo. Pero el centauro no tenía miedo de ser herido por arma blanda y me obligó a descabalar. Después, sin dejar de apuntarme, se dirigió al pegaso.

—Compay, ¿te has dado cuenta de lo que has hecho? ¡Has traído un humano a Alistea! A Ciudadela Capital, la población principal del reino de Alistea.

Ya es casualidad, se llamaba como el pegasito de trapo de mi tierna infancia.

—Yo... yo... —intentó explicarse el pegaso.

El pegaso no movía la boca, pero la voz se oía en mi cabeza. Me imagino que también en la del centauro.

—¿Para qué tenemos La Nube? —Señaló con la cabeza. Miré en aquella dirección. Había una nube más baja que las otras y, según le diera la luz del sol, se veía una cadena dorada que la ataba al suelo. Era la nube en la que yo había estado hace un rato—. De poco vale La Nube como medida de seguridad si luego bajas a Ciudadela Capital a cualquier extraño que esté allí, en lugar de darle una coza.

Compay movía sus patas delanteras impaciente, pero el centauro continuó con la charla.

—Un humano. Es fácil distinguir un humano de un elfo a simple vista. En primer lugar, el elfo tiene las orejas puntiagudas. En segundo lugar, un elfo posee una gran belleza. Pase que no te percataras de lo de las orejas, porque llevaba capucha, pero lo de la belleza... Está claro que no es un elfo.

Debo aclarar este punto. No soy guapo, lo tengo asumido, pero tampoco soy feo. Soy del montón. Lástima de no haber salido a mi madre, que es guapísima. Mi amigo Dani dice que mi madre no parece una madre, que parece una de esas chicas que anuncian champú en la tele, de lo guapa que es. Bueno, en los ojos, que los tengo verdes, sí me parezco a ella. Pero en lo demás me parezco a mi padre, que no es de Suecia, sino de Getafe, y que no parece un señor de

anuncio, sino un padre normal y corriente de andar por casa. Tampoco estoy gordo, y aunque mi abuela diga que estoy flacucho, que me faltan percentiles y que coma más croquetas, tampoco estoy flaco. Estoy en la media. «En percentil cincuenta exacto», le respondió un día mi madre a mi abuela.

Pues ese soy yo: un niño del montón. Pero a veces ladeo la cabeza y pongo morritos, como la hermana de Dani en Facebook, y me veo bastante guapo.

Ahora, que yo seré un chico del montón, pero el centauro tampoco se había mirado en un espejo. De guapo tenía poco. De la parte caballo, de patas gordas y cortas, no voy a comentar nada, pero de su cara humana te diré que tiene una boca con unos dientes tan grandes que casi no puede cerrar la boca. Se puede decir que además de las patas también tiene los dientes de caballo. Todo esto lo pensé, pero no se lo dije porque como tenía un arco con una flecha...

El centauro continuó sin dejar hablar a Compay.

—Compay, siento tener que ser yo quien te diga esto. Has sido el mejor corcel de Alistea de todos los tiempos. Incluso en su día corcel de la princesa. Pero mírate, tus crines ya son grises y tu cuerpo se llena de motas plateadas. Eres mayor y ya te has ganado el derecho a descansar. Ni siquiera estás en condiciones de seguir prestando el servicio de lanzadera de La Nube. Podrías poner en peligro la seguridad de todo Alistea si alguien se colara directamente en Ciudadela Capital, ¡nada menos que la capital del reino! Ha llegado el momento de que te retires a pastar en las Praderas del Descanso junto con tus antiguos camaradas.

—¿Las Praderas del Descanso? Pero... no quiero... ¿qué voy a hacer yo allí?...

—Compay, debes irte —dijo mientras señalaba con la flecha en una dirección.

El pegaso agachó la cabeza, relinchó y se dirigió lentamente hacia allí. De repente se giró y nos miró, primero a mí y luego al centauro.

—Centauro, es solo un crío.

Compay galopó unos metros y despegó. Se alejó volando hasta convertirse en un punto plateado.

Me sentía muy culpable por no ser más guapo.

—Y tú, joven. En primer lugar, ¿qué has venido a buscar o hacer aquí? Y en

segundo lugar, ¿por qué ladeas la cabeza y sacas morritos? ¿Quieres burlarte de mí?

—No, no... señor... medio señor... centauro. No quiero burlarme de usted —dije hablándole de usted, que me sale muy natural cuando una flecha apunta a mi entrecejo—. Yo solo he venido a por un juguete que me ha robado un duende.

—Ya, ya.

El centauro giraba alrededor de mí, haciendo ruido con las pezuñas en el suelo. Había guardado su arco y su flecha. Pero no me fiaba, en cualquier momento me podía dar una coz.

—De momento, y a la espera de juicio, pasarás un tiempo en las mazmorras.

Me pellizqué y me hice otro moratón. No era una pesadilla. Me eché a llorar y sacó un pañuelo enseguida. Pensé que sería para sonarme los mocos, pero no, lo utilizó como venda para mis ojos. Me llevaba agarrado fuerte de la mano e íbamos andando deprisa, al trote, diría yo. Antipático, antipático el centauro este. Podía haberse ofrecido a llevarme encima de él, en la parte caballo me refiero, pero nada.

—Por favor, pare —le supliqué—. Pare.

Ni caso.

—¡So! ¡So!

Y entonces sí se paró. Frenó en seco. Me quitó la venda de los ojos. Frunció el entrecejo otra vez, echaba un aire calentito por la nariz y golpeaba el suelo con las pezuñas delanteras. Enseguida me di cuenta de que no lo hacía en plan zapateado flamenco, sino porque estaba enfadado. Y dejé de acompañarle con las palmas.

—Espero que tengas un buen motivo para detener la marcha.

—Puedo devolver la vida a la estatua de la reina —le dije.

Se me había ocurrido una idea genial. Bueno, en realidad se me había ocurrido una idea, no sé si genial, pero por intentarlo qué me podía ocurrir.

—Confío en que no estés bromeando. Si es así te esperará algo peor que las mazmorras.

En fin, aunque soy curioso no le pedí que me explicara qué era aquello peor que las mazmorras.

### 3

## La reina de piedra y el rey cojo

EL CENTAURO ME VOLVIÓ A VENDAR LOS OJOS y me agarró de la mano. Sabía que caminábamos sobre la hierba porque sentía el suelo blandito bajo los pies. Debía de haber un riachuelo cerca porque oía el murmullo del agua y cada vez lo oía más cerca, hasta que... ¡zas!... Sí, estaba seguro: había un riachuelo. Había metido las piernas hasta las rodillas dentro de él. El agua estaba helada y era difícil caminar porque llevaba bastante corriente y sentía las piernas pesadas. El centauro *lazarillo* me guio de la mano hasta allí y además me dijo con una risa entrecortada con relinchos:

—A ver si miramos por dónde vamos.

El centauro tiró de mi mano y logré cruzarlo. Seguimos la marcha. Dejé de oír el murmullo del riachuelo, pero no lo olvidaba: mis zapatillas seguían encharcadas y, a cada paso que daba, mis pies chapoteaban dentro de ellas.

Soplaba un vientecillo fresco que me despeinaba y que olía a chicle de menta fuerte, y un poco más adelante a frutos del bosque.

Al rato, oí cuchicheos de gente a mi alrededor. Tal vez no fueran de gente, sino de las criaturas que vivían en ese extraño lugar. Hubiera dado mi colección de cromos de la Liga, incluyendo los últimos fichajes, por poder haber visto aquellas criaturas.

—Sí —oí decir al centauro—, es lo que parece, un humano.

—Vaya —le respondió otra voz—. Lo que nos faltaba para rematar la situación.

Al poco tiempo nos habíamos alejado de los cuchicheos y solo se oía cantar a los pájaros y otra vez el agua. Uno era un cuco, los otros no lo sé. Pero el canto de los pájaros y sus revoloteos no me preocupaban, me preocupaba el agua. Ahora no se oía como un murmullo de riachuelo, sino que

sonaba fuerte y cada vez más cerca. Antes el centauro me había metido en un riachuelo y ahora parecía que quería divertirse metiéndome debajo de una cascada.

—¡Venga! ¡Camina, humano en miniatura! ¡No te pares!

Di un paso y tropecé.

—Será mejor que te quite esto.

Me quitó la venda. Había tropezado con una piedra rectangular, la primera de una hilera de piedras que formaban una escalinata retorcida que subía por un pasillo estrecho entre una cascada de agua y una pared de roca.

La cascada caía sobre un lago grande y plateado que estaba rodeado de árboles y que tenía en el medio una islita diminuta con un árbol con forma de ramita de brócoli gigante, pero que era totalmente negro: el tronco, las ramas y las hojas. Un puente de madera largo, estrecho y con un tejadillo llegaba desde una de las orillas a la islita. En ese momento, un narval blanco con manchas azules saltó en el agua y después nadó a toda velocidad. Creo que fue mi madre quien me enseñó en un libro la foto de este animal, es parecido a un delfín, pero con un cuerno como el de un unicornio en la frente. Claro, que en el libro ponía que vivían en el Ártico, y donde estábamos hacía fresco, pero no tanto.

—Vamos, ¿a qué esperas? Sube.

La escalinata de piedras llegaba a una cueva debajo de la cascada. La luz del sol entraba por la cascada como si fuera un gran ventanal, así que la cueva era bastante luminosa, aunque húmeda y fría. Había dos estandartes largos en la pared. Uno tenía un oso dibujado, otro tenía un trébol de cuatro hojas, pero la hoja de arriba era roja. Debajo de cada estandarte había una bonita estatua de piedra de un guerrero con arco y espada.

—¡Eh!, pasmado —dijo el centauro—. No es a las estatuas de los centinelas de la Guardia Real a lo que tienes que devolver a la vida. Primero, a la reina.

Miré donde señalaba el centauro: junto a la cascada, al lado de unas escaleras de caracol que subían a un balconcito redondo, había otra estatua. Me acerqué a ella. Era una mujer de mármol blanco. Tenía el pelo recogido en una trenza larga y sus orejas acababan en punta. Sus ojos no eran de piedra, eran verdes y brillaban. Eran lágrimas contenidas. Lo sé, a Dani y a mí una vez

nos brillaron los ojos así cuando salimos del cine de ver una peli un poco triste. Yo no quería que me viera llorar, y por lo visto él tampoco. Él, como es intelectual, dijo que tenía conjuntivitis, y yo le dije que a mí las pelis en las que se muere un perro por salvar a un niño también me daban conjuntivitis.

—Necesito una lata —le dije al centauro.

—¿Qué?

—Necesito una lata, un bote, una cacerola o algo parecido para devolverla a la vida.

—¿Una cacerola? —refunfuñó el centauro—. ¿Has visto que yo lleve alforjas como un burro en las que guardar cacerolas? ¿Y qué ingredientes necesita el humano para cocinar la pócima en la cacerola?

—No necesito ingredientes. Solo la cacerola.

—El humano en miniatura no necesita ingredientes. —El centauro miraba a su alrededor—. Solo la cacerola. Voy a salir de la cueva. No te muevas de aquí.

Me quedé solo en la cueva. Podía ser un buen momento para huir, pero no lo hice. Me quedé hipnotizado mirando la estatua de la reina, era tan bonita. No me resultaba del todo extraña, como si la hubiera visto antes. Además, me miraba de una manera que conseguía que no me quisiera ir. De todas formas, ¿a dónde iba a ir?

Al rato, el centauro trajo una pequeña cacerola oxidada y vieja. Yo la puse a los pies de la estatua de la reina. Saqué las monedas que tenía desde el día anterior en el bolsillo y las lancé con fuerza a la cacerola. Esa era mi genial idea: devolverla a la vida con el sonido de las monedas en la cacerola, como a las estatuas vivientes de la Puerta del Sol. No funcionó.

—A lo mejor es que la cacerola es demasiado vieja. Si me pudiera traer una más nueva...

—Creo que ya me has tomado el pelo bastante. No has cumplido con tu palabra. Lo pagarás caro, vas a...

El centauro se calló, alguien entró en la cueva. Era un señor, con el pelo largo y una corona en la cabeza. Cojeaba.

—Majestad —dijo el centauro haciendo una reverencia con la cabeza.

El rey elfo se me quedó mirando a los ojos como si yo fuera un fantasma o un marciano, o un marciano-fantasma. Abría y cerraba la boca como un pez,

pero no articulaba palabra. Al final dijo:

—¿¡Qué hace él aquí!?

—He venido a por un juguete que me ha quitado un duende —le respondí.

El rey elfo se quedó de nuevo callado meneando la cabeza, como un perrito de adorno de los coches. Así durante un buen rato.

—Majestad —dijo el centauro—, primero había pensado en llevarlo a las mazmorras, pero creo que se merece un castigo mayor.

El rey seguía meneando la cabeza como el perrito del coche.

—¿Significa eso que sí? —preguntó el centauro—. ¿Un castigo mayor?

Eso parecía que quería decir, porque el rey seguía diciendo que sí con la cabeza. Se giró hacia la reina. A ella se le soltó una lágrima que bajó por su mejilla. La lágrima y los ojos se volvieron de piedra. El rey se volvió hacia nosotros. Me miró, pero hablaba para el centauro.

—Dejadle libre. Llevadlo hasta La Nube.

—Pero majestad... —dijo el centauro.

—Es una orden —dijo con la frente alta—. Que se vaya y que no vuelva jamás... Y devolvedle el juguete —añadió en un tono más bajito.

El rey, con gran esfuerzo, como si su brazo pesara como el acero, puso su mano sobre la mano de la estatua de la reina.

Después, otra vez oscuridad. El centauro me puso la venda de nuevo, pero me la quitó pronto. Esta vez el paseo fue más corto.

—Pues esta es la casa de los hermanos Buzbilla —dijo el centauro mientras retiraba con su pata delantera hojas, ramitas y pajas que había entre las raíces de un árbol enorme—. Seguro que ha sido un duende de esta familia quien te ha robado tu juguete. Asómate a ver.

Miré por el hueco que había abierto el centauro entre las raíces del árbol. Unas sombras pequeñas corrieron a esconderse entre la maleza, en agujeros en la tierra y detrás de las raíces. La madrigueraapestaba a ajo pocho. Había cuatro o cinco nidos de ramitas y hojas secas vacíos, calcetines viejos y arrugados, plumas embarradas, *clicks* de playmobil sin peluca o sin cabeza, tapones de cartones de leche desperdigados por el suelo... Mi flauta estaba en un rincón, tenía la boquilla muy sucia y huellas de manos diminutas. Decidí en ese momento que no quería recuperarla.

—No está mi coche teledirigido y los duendes se han escondido.

—Qué incordio de humano. A ver, déjame ver.

El centauro dobló sus patas delanteras y metió el brazo hasta el sobaco en la madriguera.

—¿Le has robado tú el juguete al humano? —El centauro había cogido un duende. Lo sujetaba con asco como si fuera una rata de alcantarilla.

El duende paró de roer con su único diente la castaña que tenía entre las manos y dijo:

—¿Juguetes de humanos? No. Yo prefiero sus calcetines. Robo solo uno del par para que así se queden desparejados, o les aflojo la goma, o les hago un tomate...

El centauro tiró al duende contra un matorral. El duende salió de allí con la ropa un poco más rota de lo que ya la tenía, alcanzó su castaña, que había salido rodando, y siguió royéndola tan campante.

—¿Le has robado tú el maldito juguete al humano? —El centauro había conseguido sacar otro duende de la madriguera.

—¿Juguetes de humanos? No. A mí lo que me gusta es beberme sus cartones de leche y de zumo y dejarlos vacíos en el frigorífico para que discutan. Qué divertido. Casi tanto como esto.

Dicho esto, el duende le mordió un dedo al centauro, que gritó de dolor y abrió su mano. El duende se escapó trepando por el tronco del árbol, como si fuera una ardilla, hasta que alcanzó una rama alta en la que se paró para reírse y hacerle burla.

—Te hace mucha gracia, ¿verdad, humano?

No pude aguantarme la risa. Además, se lo tenía bien merecido por meterme por el riachuelo aposta.

—Pues ahora vas a ser tú el que meta la mano en la madriguera.

—He pensado que me da igual no recuperar el coche teledirigido. Además, ya le quedaban pocas pilas.

—Vas a meter la mano ahí —dijo el centauro apuntándome con la flecha para resultar más convincente.

Me arrodillé frente al agujero.

—Así no, humano. El brazo entero.

Fui palpando. Creo que toqué el ajo pocho porque mis dedos se llenaron de algo pringoso. Después me raspé la mano y el brazo. Al final cogí algo que

tintineaba como una campanilla.

—Me temo que solo he cogido el gorro del duende —dijo mostrándoselo.

El duende del cuarto de contadores asomó la cabeza desde la madriguera. Terminó de ponerse otro gorro y dijo con la sonrisa del gato de *Alicia en el país de las maravillas*:

—Tú te quedas con el gorro y yo me quedo con el coche teledirigido, ¿trato?

—¿Para qué quiero yo un gorro tan pequeño?

—Es un gorro de la invisibilidad. Quien se lo pone es invisible para los humanos.

—Ya, seguro. Y voy yo y me lo creo. Además, es diminuto, aquí no entra mi cabeza.

—Sí. Es mágico, se da de sí y tu cabeza entra. Agitas el gorro para que tinte el cascabel y te vuelves invisible para los ojos de los humanos.

Abrí el gorro y vi una etiqueta interior: «Auténtica piel de gamusino. Lavar en frío». Es verdad que se daba de sí. Me lo puse en la cabeza y la moví para que sonara el cascabel: clunc, clinc.

—Eres un timador. No funciona.

—Sí funciona.

—Se acabó la cháchara. —El centauro atrapó al duende con su mano—. Vamos a acabar con esto de una vez por todas. Duende, devuélvele el juguete al humano en miniatura.

El coche teledirigido estaba debajo de unas ramas.

Con los ojos vendados regresamos al claro donde antes había aterrizado. Compay ya no estaba allí, había un pegaso negro.

—El duende te acompañará para abrirte el portal —dijo el centauro—. Y no vuelvas jamás, humano.

El centauro le dio unas palmadas al pegaso negro. El caballo galopó unos metros y después despegó.

Iba agarrado tan fuerte a las crines que las manos se me quedaron agarrotadas. Me acerqué la nariz a las manos. Creo que sí que era un ajo pocho lo que había tocado en la madriguera de los duendes.

—Es para ahuyentar a los hurones —dijo el duende, que iba agarrado a una oreja del pegaso.

—¿Qué?

—El ajo, que es para ahuyentar a los hurones. Los hurones son los mayores depredadores de duendes. No soportan el olor del ajo pocho.

«Ni los hurones, ni cualquier otra criatura», pensé.

Llegamos a La Nube. El aterrizaje no fue muy suave, el pegaso negro trotó un poco hasta conseguir pararse del todo. Estábamos en la orilla, algunos pedacitos de nube cayeron flotando.

El duende levantó su índice y desde su dedo se formó un remolino de agua. En segundos, el remolino se convirtió en un charco. Desde este lado no era espejo, se podía ver el cuarto de contadores.

—Mantén las manos en alto y los ojos cerrados —dijo el duende—. Yo iré primero.

Puse las manos en alto, en una tenía la espada y en otra el coche teledirigido (además, todavía tenía el gorro del duende en un bolsillo). El charco me aspiró de nuevo con fuerza. Caí de pie, como si saltara de un escalón. Abrí los ojos, estaba en el cuarto de contadores de nuevo. El viaje de regreso había sido más cómodo. Estaba a salvo.

—Me llamo Burbureto Buzbilla —dijo el duende mientras cerraba la tapa de la llave de paso.

—Yo, Marcos.

—Lo sé.

—¿Por qué lo sabes?

—Lo sé.

Eso dijo: que lo sabía. Tal vez fuera cierto, a lo mejor los duendes adivinan los nombres de los humanos.

—Marcos Alonso Ostën —añadí.

—Incorrecto —dijo el duende. Se fue corriendo y le perdí de vista.

¿Incorrecto? ¿Qué quería decir? ¿Que yo no me sabía mis apellidos? Creo que el duende con cara de nuez se pasaba de listillo. Se creía que iba a saber él más de mí que yo mismo.

## 4

# Las orejas de mi madre

MI MADRE ABRIÓ LA PUERTA DE CASA.

—Pero tesoro, ¿cómo has tardado tan...?

No terminó la pregunta. Abrió los ojos como platos y se quedó mirando los rasguños y moratones de mis manos y brazos. La verdad, no era para tanto. Dos o tres rasguñitos que me había hecho cuando metí la mano en la madriguera de los duendes y dos moratones cuando me pellizqué para comprobar que no estaba soñando en Alistea.

«Más sorprendida se va a quedar cuando le cuente mi aventura en Alistea», pensé.

—Vete al salón —me dijo—, ahora voy yo.

Me senté a esperarla en el sillón de la meditación. Otra diferencia cultural por tener una madre sueca. Ni la madre de Dani, ni las madres de toda España, ni mi abuela (que también es madre, pero de mi padre) tienen un sillón de la meditación. Mi abuela, por ejemplo, tiene un sofá de cuero de tres plazas. Dice que es carísimo, pero que le da mucha elegancia y prestancia al salón. Y es cierto. Un día que mi abuela tuvo que lavar la funda de flores del sofá, me fijé y le vi la elegancia y un poco de la prestancia.

Al rato, mi madre entró en el salón con una bandeja con dos tazas humeantes. Prepara infusiones de hierbas todos los días, así que yo podía distinguirlas solo por el olor. Estas eran de melisa y azahar, infusiones relajantes. Pero yo no esperaba que trajera eso de la cocina.

—¿Infusiones, mamá? ¿Dónde están los cataplasmas de hierbas?

—¿Los cataplasmas?

—Sí. Los cataplasmas para curarme las heridas, como haces siempre. Creía

que era eso lo que estabas preparando en la cocina. ¿No has visto mis heridas? Si parezco un auténtico herido de guerra, medio moribundo.

—A ver, déjame ver. Ah, sí, es verdad... tienes unos rasguños aquí y... dos moratones. Luego, si quieres, te los curo. Ahora dime, ¿dónde has encontrado tu coche eléctrico?

Era mi juguete desaparecido y ahora recuperado lo que miraba sorprendida en mis manos, y no los rasguños y los moratones.

Yo estaba más impaciente por contarle lo de Alistea que porque me pusiera sus cataplasmas de hierbas que curan pequeñas heridas en minutos. Así que me acomodé como pude en el sillón de la meditación, y no es fácil porque es un asiento bajito.

Le conté toda mi aventura: que intentando atrapar al duende que me había robado el coche me había colado en un portal que me llevó a una nube; que llegué a lomos de un pegaso a un claro de un bosque; que alguien llamado Otrebor había robado una piedra; que un centauro antipático me llevó preso con los ojos vendados; que intenté devolver a la vida a una reina elfa de piedra sin conseguirlo; que a puntito estuve de ir a las mazmorras o de que me ocurriera algo peor si no llega a ser porque un rey cojo cambió de idea en el último segundo y me liberó; que vi a varios duendes en una madriguera...

Mi madre me escuchó con atención y suspiró en varios momentos. Si a ella le impresionaba tanto mi historia, ya me estaba imaginando la cara de mis compañeros de clase cuando les contara mi aventura.

Se me quedó mirando en silencio durante bastante rato. Tal vez no me creía, la verdad es que era para no creérselo. Me acordé de que tenía el gorro del duende en el bolsillo y se lo enseñé.

—¿Ves? Esto es el gorro del duende que me robó el coche. Él dijo que era un gorro de la invisibilidad, pero es un timo. No funciona.

Mi madre acercó el puf en el que estaba sentada al sillón de la meditación (el puf ya lo tienen más madres, pero mi abuela no). Tomó mis manos entre las suyas.

—Tesoro, el gorro de la invisibilidad del duende funciona.

—No, mamá —le dije. Estiré el gorro para que se diera de sí, me lo puse e hice sonar el cascabel—. No funciona. ¿Ves? No he desaparecido.

—¡Burbureto! —dijo mi madre.

El duende salió de detrás de una figurita de un búho de la suerte, que es de adorno y no para jugar, y me saludó con la mano.

—¡Mamá! ¿¡Conoces al duende!?

—Sí, cariño. Por favor, vuelve a sentarte.

Me dejé caer sobre el sillón y me pellizqué. No. No estaba soñando y me había hecho otro moratón en el brazo. Mientras tanto, el duende estaba concentrado en que un tenedor flotara en el aire para que le rascara la espalda. Cuando el tenedor le hacía cosquillas se reía, perdía la concentración y el tenedor se caía y hacía ruido.

—Burbureto, por favor, no molestes —dijo mi madre, y luego se dirigió a mí—. Me hubiera gustado esperar más tiempo para contarte esta historia. Mi historia. Todavía eres pequeño, solo tienes ocho años.

—Casi nueve —apunté—. Además, otras veces me dices que soy mayor porque ya tengo ocho años.

—Tienes razón, cariño —tuvo que reconocer—. El duende Burbureto visita nuestra casa con mi invitación. No te mentía cuando me preguntabas por alguno de los juguetes que no encontrabas y yo te decía que un duende se lo habría llevado. Así era, yo se los daba, pero solo los juguetes, digamos, un poco molestos. El coche teledirigido iba a destrozar todos los muebles, con la pelota roja rompiste la lámpara del salón...

Mientras seguía con una lista interminable de juguetes desaparecidos, me pellizqué. Me hice un moratón, así que no estaba soñando. Me enfadé, ella era la culpable de que mis valiosos tesoros hubieran desaparecido.

—Pero mamá —protesté—, son mis juguetes preferidos.

Mi madre pidió silencio con su dedo índice en la boca y continuó:

—Bueno, no solo se ha llevado juguetes, una vez trajo uno. Tu peluche preferido, el pegasito de trapo: *Compay*. —Acarició mis manos, nerviosa—. Pero si le daba juguetes al duende era a cambio de información sobre Alistea. Información que para mí es muy importante.

»Hijo, no soy sueca. Ni siquiera mi apellido es Östen.

El duende tosió, me miró levantando las cejas y meneando la cabeza como queriendo decirme: «¿Ves? Yo tenía razón, los apellidos que tú me habías dicho eran incorrectos».

—Algunos seres de Alistea visitan este mundo. Al fin y al cabo hace años,

muchos años, este también fue el mundo de los seres de Alistea. Yo también visitaba este mundo. En una de mis visitas conocí a tu padre, es una historia un poco larga, pero resultó que nos enamoramos. Manteníamos una relación secreta. Un día un amigo suyo nos sorprendió paseando por el Parque del Retiro. Él, improvisando, me presentó: «Es una amiga de Erasmus... de Suecia... Alegna... Östen». Y coló. La verdad es que mis rasgos físicos se asemejan bastante a los nórdicos. Desde entonces adopté esa nacionalidad y el apellido de una balda de Ikea que tu padre había montado aquella mañana.

»Soy de Alistea y mi nombre sí que es Alegna, pero mi apellido es Álbora —dijo esto y se retiró la melena rubia para enseñarme sus orejas. Eran puntiagudas—. Soy una elfa.

No podía ser, ¿mi madre una elfa? Me di un doble pellizco en el brazo. Otros dos moratones. Me levanté del sillón de un brinco.

—No te asustes, tesoro —dijo mientras tomaba mi cara entre sus manos—. Tranquilo, soy yo. Mamá.

Me volví a sentar. Estaba tan nervioso que ni siquiera era capaz de tragar la infusión relajante. ¿Y mi padre? Podría ser un trol. El otro día me fijé y le salían unos pelillos de las orejas, ¿por qué no?

—Tengo prohibida la entrada a Alistea. Burbureto es mi único vínculo con Alistea. Fui expulsada y desterrada para siempre de allí cuando me casé con un humano, tu padre, y...

Al menos ya sabía que mi padre no era un trol. Se calló unos segundos, como pensando qué iba a decir, y continuó:

—Yo era la princesa de Alistea. La reina que viste convertida en piedra y el rey que se movía con dificultad son mis padres. Tus abuelos.

Otros tres pellizcos en el brazo y otros tres moratones.

—Los elfos somos parte de un todo en el mundo mágico. Nuestros pensamientos y sentimientos no se entienden separados de nuestros semejantes. En Alistea los corazones de los elfos laten con amor verdadero que irradia la Piedra Esmeralda a través de las ramas del Árbol Sagrado. La Piedra Esmeralda es el símbolo del amor verdadero. Incluso en la cultura de los humanos, los mitos de la Antigüedad atribuyen esta piedra a Venus, diosa del amor y la belleza. Como me has contado, Otrebor la ha robado, los corazones de los elfos están dejando de latir y por eso se están convirtiendo en estatuas

de piedra. Me imagino que era lo que me venía a contar el duende. Como esta mañana saliste del salón antes de que terminaran las carreras de motos, huyó sin informarme.

—Así es, alteza —dijo el duende, que ahora estaba mordiendo una barra de fuet—. Eso le venía a contar...

—Ya hablaremos —le dijo al duende, y luego se dirigió de nuevo a mí—: Has tenido oportunidad de conocer un poco del fantástico y mágico reino de Alistea. Debemos proteger este reino manteniéndolo en secreto...

Yo estaba aturullado con tanta información. Tenía otras muchas preguntas enmarañadas en la cabeza, pero solo me salió una.

—Mamá, ¿echas de menos Alistea?

Mi madre se levantó y se fue al sitio del salón desde el que le gusta observar el bonsái que tiene en la repisa de la ventana.

—Ven, hijo. Mira.

—Sí, el bonsái. Está muy bonito.

Se puso a mi altura y lo miró, después fue a por el reposapiés y lo trajo donde estaba yo.

—Ponte de pie encima del reposapiés.

Cuando me puse de pie encima del reposapiés, ella movió mi cabeza hacia donde debía mirar.

Desde esta altura se veía a través de la ventana la piscina de los pequeños rodeada de árboles. Mi madre había colocado de tal manera el bonsái y la fuente zen de relajación que parecía que el bonsái, con su macetita, era una isla con un árbol en medio de un lago (que era la piscina), y la fuente zen de relajación parecía una cascada que caía sobre un lago. Un lago con una cascada y con una islita con un árbol en medio. Un lago igual que el que había en Alistea.

—Sí, tesoro —dijo mirando la reproducción del lago de Alistea—, echo de menos Alistea y Ciudadela Capital. A veces paso el rato mirando esta ventana para creer que estoy allí. Bajo la cascada, un día estuvo mi hogar. Algunos de los habitantes de Alistea visitan con frecuencia este mundo, pero siempre regresan a donde pertenecen. Salvo yo.

Yo no sabía qué decir porque a mi madre le brillaban los ojos. Eran lágrimas contenidas como las de mi abuela elfa. Ahora me daba cuenta: mi

madre tenía los mismos ojos que la estatua y yo tenía los mismos ojos que mi madre, me lo decían siempre. Así que mis ojos debían de ser iguales a los de mi abuela. Mi madre me sonrió, pero no con la sonrisa de cuando está contenta, sino con una sonrisa distinta.

—Y sí. El gorro de la invisibilidad del duende funciona —dijo mi madre, y Burbureto tosió otra vez y puso los brazos en jarras—. El gorro está hecho con piel auténtica de gamusino. El gamusino es una criatura que se vuelve invisible a los ojos de los humanos cuando oye cualquier ruido. El gorro mantiene esa propiedad, cuando suena el cascabel de su punta, este se vuelve invisible a los ojos de los humanos, pero no solo el gorro, sino también quien lo lleve puesto.

—Pero, mamá, yo no me he vuelto invisible.

—Ya, tesoro. Tú eres mitad humano, pero tu otra mitad es elfa. Esa otra mitad, por lo visto, te permite verlo.

Yo iba a hablar, pero me pasó como a mi nuevo abuelo, el elfo, cuando me vio: abrí y cerré la boca varias veces como un pez y no conseguí decir una palabra.

Mi madre me dio un beso y me fui del salón. Estaba ya en mi habitación cuando me acordé de mis rasguños y moratones. Ahora tenía unos cuantos moratones más, los que me había hecho para comprobar que no estaba soñando cuando mi madre me contaba su historia. Volví al salón, iba a pedirle que me los curara con sus cataplasmas de hierbas, pero la puerta del salón estaba cerrada.

Vi a través del cristal de la puerta a mi madre sentada en el puf hablando con el duende, que estaba en el sillón de la meditación. La misma escena que hace unos minutos, pero ahora, en mi sitio, justo donde yo estaba sentado, estaba el duende con cara de nuez.

Pensé que mi madre era una extraña para mí y que no la conocía.

Regresé a mi habitación sin decirle nada de mis arañazos y de mis moratones. Como siempre, cogí un libro de la estantería para leer antes de dormir. Tal vez aquella fuera una estantería Östen, la que me daba mi segundo apellido. La cabeza parecía que me iba a explotar. ¿Y quién o qué soy yo? Hijo de humano y elfa. Me di cuenta de que tenía el libro al revés, no podía concentrarme, así que lo dejé de nuevo en la estantería.

Después de unas cuantas vueltas en la cama, apagué la luz. La volví a

encender. Me subí en una silla y busqué en el altillo del armario empotrado. Allí estaba mi pegasito de trapo, *Compay*. Estaba claro que fue mi madre quien le puso el nombre.

Pensarás que soy muy mayor para dormir con un peluche. Pues depende, porque tengo una edad curiosa: un día para mis padres ya soy muy mayor, y otro día demasiado pequeño. Así que aquella noche decidí que me tocaba ser pequeño. Me metí en la cama y abracé al peluche como cuando era pequeño de verdad y pensaba que nada malo podía pasarme.

Al rato sentí un beso en la mejilla. El beso de buenas noches que siempre me daba mi madre. No entiendo cómo pudo entrar en la habitación totalmente a oscuras sin hacer ni un ruido. Tal vez sea una diferencia cultural por ser sue... elfa.

—Buenas noches, tesoro.

Me hice el dormido y no le respondí. Seguro que al duende con cara de nuez también le da un beso de buenas noches.

## 5

# Un guerrero elfo desayuna en mi cocina

CONSEGUÍ DORMIRME. Soñé que era sábado e iba a comer a casa de mis abuelos elfos. Ellos también tenían un sofá fenomenal con funda de flores. Mi abuela se subía al balconcito redondo y lavaba la lechuga para la ensalada en la cascada. Después me sentaba con mis abuelos elfos y mis padres a la mesa. A mi derecha se sentaba mi madre. Mi oreja derecha se me había puesto puntiaguda. A mi izquierda se sentaba mi padre. De mi oreja izquierda me salían no unos pelillos como a mi padre, sino una verdadera mata de pelos. Mis padres me daban palmadas y decían: «Este es mi niño». En la mesa había, además de la ensalada, unas croquetas de jamón y huevo duro con una pinta estupenda.

Justo cuando empezamos a comer, entró el centauro relinchando. Metió la cabeza en la ensaladera y se comió toda la ensalada, salvo las aceitunas. Después se comió la funda de flores del sofá y vi su elegancia y un poco de su prestancia. Mientras, mi madre le daba mis croquetas al duende Burbureto, que estaba repanchingado tocándose una barriga enorme. Solo quedaba una croqueta, iba a comérsela cuando... sonó el despertador.

Me desperté un poco atontado, más de lo habitual me refiero. Me quedé mirando una grieta que hay en el techo (y que mi padre dice que es de asentamiento, pero que la constructora no la quiere arreglar). Pensé que todo había sido un sueño. Todo. No solo mi visita a casa de mis abuelos elfos para comer, sino también mi visita a Alistea a lomos de Compay, el bosque, los reyes elfos y la madriguera de los duendes.

Me senté en la cama y me froté los ojos. Miré hacia la mesa del escritorio y me di cuenta de que no todo había sido un sueño. Al lado de la espada globo medio desinflada estaba el gorro de la invisibilidad. Un gorro que te vuelve invisible, eso sí que supera las orejas de Mickey Mouse de Jorge Pulido.

Mientras me duchaba, le daba vueltas a toda la historia: mi madre me había engañado durante ocho años, casi nueve. No me había hablado nunca de Alistea. Además, le daba mis juguetes al duende con cara de nuez. Y también le daba mis croquetas. Bueno, lo de las croquetas solo lo había soñado, pero también me fastidiaba.

Salí de la ducha y vi al duende bañándose en el bidé. Estaba concentrado en hacer burbujas en el agua, el muy guarro. Digo *guarro* porque no era con magia precisamente como conseguía aquellas burbujitas.

—Buenos días, humanelfo Marcos Alonso Álbora —dijo mi segundo apellido con mucho retintín.

—No. Mi nombre es Marcos Alonso Östen.

Entré en la cocina. Un tipo miraba muy interesado el microondas. Llevaba una capa con capucha de fraile, un chaleco de cuero y tenía el pelo largo. Y un detalle importante: tenía un arco en el hombro y una espada en la cintura. Apartó la vista del electrodoméstico y me miró fijamente. Sus ojos eran azules grisáceos. Era bien parecido, que es una expresión que usa mi abuela de Getafe. Se refiere a «bien parecido a un tipo guapo», pero nunca acaba la frase.

—¿Cómo se llama?

—Mar... Marcos... —dije. Creía que me estaba hablando de usted.

—No. Ya sé que te llamas Marcos. Eres el humanelfo, el hijo de la princesa Alegna, tienes los mismos ojos que tu madre. Me refiero al artilugio de calentar la leche.

—Microondas.

—Gran invento *tu croondas*. Veo que desde bien pequeño ya buscas pelea, ¿verdad? Tienes los brazos llenos de moratones y arañazos.

Iba a explicarle que me los había hecho pellizcándome para comprobar que no estaba soñando, pero entonces sonó el microondas. Antes de que diera el segundo pitido, había desenvainado su espada y estaba en posición de ataque contra el electrodoméstico.

—¡Envaina tu espada! —dijo mi madre, que en ese momento entraba en la cocina.

El guardián del microondas obedeció, enfundó su arma. Agachó su cabeza a modo de saludo y dijo: «Alteza».

—Él es Édilmar Tuin —dijo mi madre—, guerrero de la Guardia Real; y él es Marcos, mi hijo.

—El humanelfo —apuntó el guardián del microondas.

—Sentaos a la mesa —dijo mi madre—. Hoy hay un desayuno especial: churros, porras y también he hecho tu tarta preferida, Marcos, la äppelkaka.

—Yo quería torrijas a la zamorana —mentí. Lo hice por chincar. Estaba enfadado con ella. Seguía con el runrún en la cabeza de que me había engañado y de que le daba mis juguetes y mis croquetas al duende. Y además, ahora había invitado a un elfo a desayunar. Esto ya era demasiado.

Äppelkaka es una tarta sueca de manzana con un poquito de canela. Mi abuela bromeaba con la terminación del nombre de la tarta, (*-kaka*, por si no lo has pillado) y decía que donde estuvieran unas torrijas a la zamorana que se quitaran esas comidas suecas. Y las torrijas están buenas, pero la äppelkaka está superior.

—Lo siento, no hay torrijas a la zamorana —dijo mi madre, y recogió mi pedazo de tarta—, la guardaré en el frigorífico.

—¡No! —dijo Burbureto, que de repente apareció detrás del bote de Cola Cao—. No la guarde. Yo me la comeré.

Así que por cabezota me quedé sin mi tarta preferida. El duende con cara de nuez se comía mi pedazo de tarta a dos carrillos. Dijo: «Rico, rico», y le salieron disparados cientos de miguitas de su boca. La porción era casi de su tamaño.

El elfo había cogido mi taza naranja, que es mía y solo mía.

—¡Eh! Esa es mi taza.

—Te peleas y no sabes compartir, ¿verdad? —me dijo el elfo.

—Ya vale —dijo mi madre.

El elfo dejó la taza naranja en mi lado de la mesa, mirándome de reojo. No sé muy bien si mi madre me regañaba a mí o al guardián del microondas. Es un poco raro regañar a alguien que no es un niño, y el elfo era mayor. Tendría la edad de uno de esos chicos que ya van a la universidad o que ya han acabado

la universidad, diría yo. Él tenía la culpa, pero como no era un niño seguro que me regañaba a mí.

El elfo había calentado tanto la leche que el Cola Cao se había disuelto del todo y no podía comer los grumos a cucharadas como a mí me gusta. El duende devoraba el desayuno. El guardián del microondas comía en plan finolis, no se manchaba los labios ni con el Cola Cao, ni con los churros, ni con las porras. Parecía que comía lento, pero se había zampado una docena de churros y media docena de porras. Me imagino que no come siempre tanto porque el tío no está supercachas, pero sí marcado. Se ve que en Alistea no tienen estos manjares *gourmet*.

Burbureto había terminado con su taza de leche y se subió en una magdalena para mojar un churro en mi taza. Yo me asusté, retiré la taza y sin querer tiré la leche encima de los pantalones del elfo.

—Ha sido un accidente —me apresuré a decir.

El guardián del microondas no dijo nada, pero me miró con cara de odio. Me temo que creía que lo había hecho aposta.

—Tendrás que cambiarte de ropa —dijo mi madre—. De todas formas no podrías salir con esa indumentaria a la calle.

—¿Qué le pasa a mi ropa? —El guardián del microondas se encogió de hombros.

—Olvidaba que tú nunca habías venido al mundo de los humanos.

Cuando el elfo volvió a la cocina llevaba un traje de mi padre. Esto también me dio rabia, pero hay que reconocer que le quedaba mejor que a mi padre, porque el tío era bien parecido. Iba con traje y con sus botas de elfo, unas botas de ante marrón. Eran casi iguales a las que llevaba mi madre esa mañana.

El guardián del microondas informó a mi madre de lo ocurrido en Alistea:

—El robo de la Piedra Esmeralda del Árbol Sagrado no afecta a todos por igual. Hay pocos, pero ya hay algunos elfos, entre ellos la reina, que se han convertido en estatuas de piedra. El proceso de petrificación comienza con un hormigueo en una de las extremidades, no es una molestia paralizante y además se presenta de manera intermitente. —Abrió y cerró su mano derecha—. Yo tengo ese hormigueo en el brazo. Después continúa en el resto de extremidades y finalmente en el tronco. Desde ese momento es cuestión de

horas convertirse en una estatua de piedra. La vista es el último sentido en perderse.

»Una testigo vio cómo el cuervo de Otrebor robó la Piedra Esmeralda. Los guerreros elfos se están organizando en cuadrillas para buscar a Otrebor y recuperar la Piedra Esmeralda para devolver a la vida a los elfos. Algunos ya han entrado en el Territorio Maldito.

—¿Quién o qué es Otrebor? —pregunté.

—¿Quién es Otrebor? —El elfo me miró como si fuera tonto—. Otrebor es el mal, es un monstruo, es un...

—¡Basta ya! —interrumpió mi madre—. No quiero que asustes a mi hijo, ni una palabra más de Otrebor, ¿entendido, Édilmar?

—Entendido, majestad.

Mi madre tomó mi cara entre sus manos.

—Hijo... tesoro —no arrancaba a hablar—. Una vez, cuando vivía en Alistea, entré en el Territorio Maldito... es probable que yo sea quien mejor conoce esa área... Por eso, aunque esté desterrada, voy a partir hacia Alistea para intentar recuperar la Piedra Esmeralda. Mi pueblo me necesita.

—Pero, mamá...

Mi madre llevó su dedo a mi boca y continuó:

—Te quedas en buenas manos: bajo la tutela de Édilmar Tuin. Le conozco desde que él andaba a gatas y ahora es un guerrero. Por eso esta noche el duende ha ido a buscarlo a través del portal.

—¿Y los abuelos? —acerté a decir—. Podría quedarme con los abuelos.

—Alteza —el guardián del microondas hizo una reverencia—. Tal vez debiera considerar la opción que plantea el crío. Sería una buena idea que se quedara con sus abuelos. Sé que di mi palabra de que cumpliría cualquier misión que usted me encomendara, pero preferiría cualquier otra a hacer de niñera de un crío humanelfo.

—Édilmar, esta es la misión más importante que podría encomendarte: que cuides y protejas a mi hijo, mi mayor tesoro. Eres la mejor opción y también la única.

El elfo no supo disimular su cara de fastidio. Quería una misión de guerrero elfo superguay con espadita y no quedarse de niñera. A mí tampoco me apetecía nada quedarme con él.

Mi madre me agarró con suavidad de los hombros y me dijo:

—No. No puedes quedarte con los abuelos. Están en Galicia en uno de esos viajes que organiza el hogar del jubilado; y tu padre ya sabes que está en Berlín, y además se ha vuelto a dejar el móvil, así que está ilocalizable.

Después mi madre volvió a girarse hacia el guardián del microondas.

—Édilmar, durante tu estancia aquí diréis que eres mi primo pequeño de Suecia y que has venido aquí porque yo me he ausentado por motivos familiares. Dirás que te apellidas Östen.

—Édilmar Östen —dijo entornando los ojos—. Suena bien.

Estaba encantado con su nuevo apellido, y era el nombre de una estantería de Ikea. Bueno, también es mi apellido.

Bajamos al cuarto de contadores. El duende abrió la tapa de la llave de paso. Solo había tuberías, pero el duende señaló con su dedo y se formó un remolino de agua que se convirtió en un charco brillante. Los cuatro nos reflejábamos deformados, allí el elfo no parecía tan guapo.

—Sé que cuidarás de él —le dijo mi madre al guerrero—. Y por favor, guarda el secreto.

El secreto. A mí ya me lo había dicho antes, había que mantener en secreto la existencia de Alistea para protegerla. Yo soy un niño, pero al guardián del microondas, que es mayor, también se lo había dicho, no fuera a ser que se le escapara. Debía de ser un poco bobo.

Después mi madre me dio un abrazo muy fuerte y besos. Muchos besos, como si su boca fuera una metralleta de besos.

—Te quiero muchísimo, tesoro.

Me sonrió. Cerró los ojos y saltó con los dos pies juntos al charco luminoso, que se la tragó.

Me sentí como un completo idiota, como el idiota más grande del mundo por haberme enfadado con ella. Y tenía un retortijón, pero no era un retortijón de esos que desaparecen cuando vas al baño, era distinto. Querría haberle dicho: «Mamá, yo también te quiero muchísimo. Muchas gracias por la tarta, seguro que has madrugado un montón para hacérmela. La äppelkaka es mi tarta preferida y me gusta mucho más que las torrijas a la zamorana».

Todo eso querría haberle dicho, pero no se lo dije y me quedé pasmado mirando cómo el portal a Alistea desaparecía en un remolino. No sabía

cuándo volvería a ver a mi madre... o si la volvería a ver.

Íbamos a salir a la calle cuando me acordé de lo que le había dicho a Jorge Pulido y a casi toda la clase: «El lunes voy a traer algo con lo que vais a alucinar. ¡Os va a dejar con la boca abierta!».

—Subo un momento a por una cosa que me he olvidado en la mesa de mi habitación —les dije, y corrí escaleras arriba.

## 6

# Maldito Elfo

SALIMOS A LA CALLE. El duende se había metido en mi mochila. El guardián del microondas tenía el pelo largo y le tapaba sus orejas puntiagudas, así que podría haber pasado por humano si no fuera porque trepó en segundos a la copa del primer árbol que nos encontramos con una agilidad que no era humana. Desde allí se puso la mano en la frente como si fuera una visera y miró alrededor.

Por suerte nadie había visto al elfo trepador. Bajó sorprendido por las vistas, y eso que en mi barrio no son muy bonitas porque todas las urbanizaciones son iguales o muy parecidas. Algunas no las han terminado de construir y en algunos sitios no han empezado y hay solares con unos hierbajos altísimos. Dice mi padre que un día saldrá de entre los hierbajos un tigre de bengala.

El guardián del microondas se lanzó a la carretera con el semáforo de los peatones en rojo. No había dado ni dos pasos cuando oímos rechinar unos neumáticos y un potente bocinazo. Un coche casi le atropella. El elfo, en milésimas de segundo, saltó encima del techo del coche. Dio una voltereta en el aire y aterrizó en el suelo. Ni un rasguño. Me quedé con la boca abierta. El conductor le gritó: «¡Despistado!». Bueno, le llamó otra cosa, pero es que yo no digo palabrotas. Le expliqué lo del semáforo, pero no le expliqué el significado de «despistado». Luego él repetía: «Duendecito rojo, no pasar; duendecito verde, sí pasar». Y este tipo es quien tiene que cuidar de mí. Como no me ataque un microondas, no sé yo...

De camino nos encontramos con Silvia, la hermana de mi mejor amigo, Dani. Estaba como todas las mañanas esperando el autobús para ir al instituto. Nunca me saluda, de hecho tampoco me saluda cuando voy a casa de Dani,

como mucho nos dice: «Mocosos, no hagáis ruido». Es una petarda, y no es que lo diga yo, es que lo dice su propio hermano. Suele hacer como que no me ve, pero esa mañana hizo como que sí me veía y vino hacia mí.

—¿Qué tal, Mateo? —preguntó mientras me revolvía el pelo—. ¿Y quién es tu amigo?

—Soy Marcos, no Mateo. Mi amigo es Édilmar Östen de Ikea, perdón, de Suecia. Es primo de mi madre, que ya sabes que también es sueca.

—Yo soy Silvia. Pues Mateo es muy amigo de mi hermano, viene muchas tardes a jugar a casa. Si quieres acompañarle, yo te preparo una paella para merendar, que es muy típico de aquí.

—Muchas gracias —respondió el elfo—. Muy amable de tu parte. Me temo que no podré ir.

—Piénsatelo —dijo ahora revolviéndome el pelo con las dos manos—. Tengo buena mano para el arroz. ¡Adiós Mateo! ¡¡¡Adiós Édilmar Östen!!!

—Qué humana más simpática —dijo el guardián para sí mismo.

—Va por días —me dije para mí mismo mientras me peinaba con la mano el desaguisado que me había hecho—. Hoy sí, el resto de días no.

Por fin llegamos al cole. Hay un paseo largo porque está en la parte vieja del barrio y yo estoy en la parte nueva, donde no hay cole y casi de nada. Tenemos una panadería, la frutería de Juanjo Ventura, algún bar y poco más.

Pensé que a lo mejor a los de mi clase se les había olvidado que yo tenía que llevar algo impresionante. Pero no me había sentado todavía en mi sitio que vinieron todos mis compañeros de clase, encabezados por Jorge Pulido, hacia mí.

—Marquitos, ¿has traído, y cito textualmente, «algo que no lo podemos ni imaginar y que nos va a dejar con la boca abierta»?

El gorro de la invisibilidad callaría la boca a Jorge Pulido, no este lunes, sino todos los lunes del resto del curso. Podríamos jugar a las motos GP o a lo que quisiéramos. Además, con el gorro como prueba tendrían que creerse mi aventura en Alistea, que sin duda superaría a su parque de atracciones sin gusano loco.

Pero el gorro de la invisibilidad pertenece a Alistea, un mundo que dice mi madre que hay que proteger manteniéndolo en secreto. Así que ya sabes lo que llevé: la espada globo. Que además a estas alturas estaba bastante desinflada.

Se hizo el silencio.

—¿Un globo? —preguntó Jorge Pulido mientras mostraba mi espada al resto de la clase—. ¿Has traído un globo? ¡Qué impresionante! ¡Un globo con forma de espada! Mucho mejor que mi nueva consola que me ha comprado mi padre en Estados Unidos y que todavía no venden en España —dijo con retintín mientras enseñaba la consola con la otra mano—. ¡Es para partirse de risa!

Así que Jorge Pulido comenzó a reírse. Algunos, que seguro que preferían jugar con una consola último modelo que con mi espada globo desinflada, le acompañaron en las risas, que se volvieron carcajadas.

Me estaba mordiendo la lengua para no contar mi aventura en Alistea, pero entonces intervino mi mejor amigo, Dani. Parecía un abogado de los de las pelis dirigiéndose al tribunal popular. Preguntó, mirando primero a Jorge Pulido y después al resto de compañeros:

—¿No es verdad, Jorge Pulido, que Marcos Alonso Östen dijo que iba a traer algo que no nos lo podríamos imaginar y que nos iba a dejar con la boca abierta?

—Sí, así es —respondió Jorge Pulido un poco desconcertado—. Es lo que acabo de recordarle.

—¿Os imaginabais que Marcos Alonso Östen iba a traer un globo?

—No —empezaron a comentar mis compañeros—. La verdad es que no.

—Yo —continuó el abogado Dani— incluso diría que os habéis quedado con la boca abierta.

La mayoría asentía con la cabeza.

—Por tanto, Marcos Alonso Östen ha cumplido lo que dijo el pasado lunes: traer algo que no nos lo podíamos imaginar y que nos iba a dejar con la boca abierta.

Dani había estado genial. Yo lo único que hubiera añadido es: «con la venia», o «señoría, no hay más preguntas», o «¿quiere acogerse a la quinta enmienda?». Todos los compañeros se quedaron mirando a Jorge Pulido esperando una respuesta. Hizo varios intentos de hablar, pero parecía que no le venían las palabras. Hasta que dijo:

—Entre oreja y oreja... ¡COLLEJA!

Y le dio tal colleja a Dani que sus gafas salieron volando, cayeron al suelo

y se rompieron.

Me dio mucha rabia que le rompiera las gafas a mi mejor amigo, y entonces ¡pumba!, le arree un puñetazo a Jorge Pulido en la nariz. En ese momento entró la señorita de *Cono*.

—*Seño, seño*, Marcos me ha roto la nariz —gritaba Jorge Pulido—. Mira, tengo sangre.

A él se lo llevaron a la enfermería y a mí me dieron una nota para una convocatoria de tutoría urgente por motivos disciplinarios para esa misma tarde. Se rogaba asistencia de padre/madre o tutor y del hijo con el objetivo de aunar esfuerzos para intentar solucionar estos comportamientos inapropiados del alumno. Eso ponía en la nota, y el alumno era yo.

Me quedé castigado sin recreo.

—Rico el sándwich de jamón de york —dijo Burbureto cuando abrí la mochila—. La próxima vez yo le añadiría mantequilla. Queda más jugoso.

Así que además de sin recreo, me quedé sin almuerzo.

El guardián del microondas vino a recogerme al cole. Recorrimos el camino de vuelta a casa sin hablar ni una palabra. Me estaba haciendo el remolón, no quería darle la nota de la tutoría, pero en cuanto llegué a casa y me puse las zapatillas, merendé, vi los dibujos en la tele y ordené los cromos de la liga por equipos, y después los equipos según estaban en la tabla de clasificación, y luego por orden alfabético, le di la nota.

—Tenemos que ir hoy al cole a las siete a una tutoría. Hoy he pegado a un chico porque...

—No me sorprende nada —me interrumpió—. Es lo que esperaba de ti. Pegar a otros niños debe de ser una de tus aficiones favoritas, ¿verdad?

—Pero yo...

—Ya tenías marcas de otra pelea, no sabes compartir, me tiras la leche encima y ahora otra pelea. Vete a tu habitación.

Me fui a mi cuarto. No me dejó explicarle que no me suelo meter en peleas y que era la primera tutoría por este motivo. Me ha cogido manía porque no quería quedarse de niñera, querría estar en Alistea haciendo sus cosas de guerrero elfo superguay. A mí tampoco me gustaba tenerle de niñera. Me odia. Y yo también a él. ¡Maldito elfo! ¡Ojalá mis padres estuvieran aquí! Le di unos cuantos puñetazos a la almohada y después me acosté, pero solo unos minutos

porque el maldito elfo llamó a la puerta.

—Debemos ir a la tutoría con tu maestra. Por cierto, me gustaría ponerme algo más cómodo que este traje.

—Ahora voy —respondí.

Algo más cómodo, había dicho. Me dio la risa por lo bajini. Se me había ocurrido una pequeña venganza contra el guardián del microondas.

Le di ropa más cómoda. Camisa y pantalones cortos de mi padre para jugar al pádel. Están sin estrenar, todavía tienen la etiqueta. Se lo habían traído los reyes a mi padre porque este año se había propuesto hacer deporte. La etiqueta por dentro, así le molestará un poquito. El pareo de playa de mi madre amarrado a la cintura. Boa fucsia al cuello. El escurridor de pasta como sombrero y la raqueta de pádel como complemento. Y además llevaba sus botas. Qué estampa. Era lo más ridículo y estrafalario que había visto nunca.

—Mucho más cómodo. Sí señor —dijo mientras se miraba en el espejo, girándose un poco.

En ese momento llamaron al timbre. Menos mal, una buena excusa para salir de la habitación, ya no podía aguantar la risa ni un segundo más. Era Dani.

—¿Cómo se han tomado tus padres lo de la tutoría?

Dani llevaba unas gafas rojas de cuando iba a infantil. Las patillas estaban bastante abiertas y no le llegaban a las orejas. Se sujetaban por una goma bastante apretada a la cabeza.

—Bah. Mis padres no están, así que irá el primo de mi madre, estoy bajo su tutela.

—¿Puedo ir con vosotros a la tutoría? Es que mi hermana quiere obligarme a merendar.

—¿Y...?

—Que ha hecho paella para merendar.

—Eso es porque está en la edad del pavo —le expliqué—. Lo vi en la tele el otro día. Los jóvenes con la edad del pavo tienen cambios de humor inexplicables y se comportan de una forma extraña. Por ejemplo, preparando paellas para merendar.

—Pues debe de ser eso.

Me alegré de poder explicarle algo al chico más inteligente del mundo, y de

clase. En concreto lo de que los jóvenes en la edad del pavo cocinan paellas no lo dijeron en la tele, pero en cualquier caso sí que era un comportamiento extraño que quisiera invitar a merendar paella al maldito elfo.

El guardián del microondas se acercó a nosotros.

—Te presento a Édilmar Östen, sueco de Suecia. Es primo de mi madre, que ya sabes que también es sueca, y que se ha tenido que ir por unos asuntos familiares.

Dani se colocó mejor las gafas y volvió a mirar al «primo de mi madre». Empezó a reírse, pero le di un codazo para que se aguantara. Desde luego mi pequeña venganza funcionaba. Todo el barrio se reiría de él.

El elfo, Dani y yo salimos a la calle. No tenía ni idea de dónde se había metido el duende, tampoco me importaba. De camino al cole nos encontramos con tres señoras andarinas. Son mujeres un poquito mayores a las que el médico les ha dicho que caminen porque es bueno para muchas cosas, por ejemplo para bajar el colesterol. Se organizan en equipos de tres o cuatro y avanzan con paso decidido. La equipación oficial son zapatillas de tenis blancas, pantalón de chándal y camiseta «Frutería Juanjo Ventura. Lo mejor en fruta y verdura». En cuanto vieron al estafalario elfo, una le dio un codazo a la otra.

—Encarni, mira qué bombón... el de la melenita.

—¡Uy! Y además deportista, que mira lo cachas que está.

—Cachas y moderno, Encarni —dijo la tercera señora andarina—. Mira cómo viste. Debe de ser lo que se lleva ahora mismo en Milán...

Iba hecho un cuadro pero ninguna de las tres señoras andarinas se rio de él, del maldito elfo.

El guardián del microondas nos preguntó, así como quien no quiere la cosa, que qué sabíamos de su país, de Suecia. Seguro que quería informarse para hacerse pasar mejor por sueco. Tuvo suerte porque Dani, que es intelectual, estaba allí. Así que enseguida se puso al día de los usos y costumbres suecas.

Llegamos a un paso de peatones y Dani y yo lo cruzamos como acostumbramos: saltando de una línea blanca a la otra. El maldito elfo se nos quedó mirando desde la acera. Le dije que había que cruzarlo así, que si pisabas lo gris se te tragaba el suelo. Y me parece que se lo creyó, porque cruzó saltando muy serio como si le fuera la vida en ello.

Llegamos al cole y fuimos a la sala de reuniones de los profesores. Marina, mi *seño* de Conocimiento del Medio, llegó más tarde. Estaba distinta porque llevaba el pelo suelto y no llevaba la bata blanca de señorita. Si no llega a ser porque llevaba sus zapatillas rojas y su colonia de mandarina, casi ni la reconozco. Es su primer año como maestra y es genial. Una vez jugó con nosotros a una guerra de bolas de nieve en el recreo, nos pone películas en clase y es muy risueña, menos cuando no se ríe; por ejemplo, cuando me dio la nota de la tutoría.

—Hola —dijo mi *seño*—, ¿qué tal, Marcos?

—Bien... —dije muy bajito mirando las juntas de las baldosas del suelo. Me fastidiaba que se hubiera enfadado conmigo porque es mi *seño* preferida. Aunque parecía que ya se le había pasado un poco porque tenía la voz cantarina.

—Soy Marina —le dijo al elfo—, la tutora de Marcos y su maestra de Conocimiento del Medio.

—Encantado, Marina. —E hizo ademán de levantarse el escurridor de pasta a modo de saludo, como los señores de las pelis en blanco y negro—. Yo soy Édilmar y, qué casualidad, también soy su tutor. Aunque solo durante la ausencia de sus padres. Su madre, mi prima Alegna, se ha tenido que ir a Suecia por asuntos familiares y su padre está de viaje.

—Pues encantada y perdonad el retraso. Vengo del oculista y he tardado más de lo que tenía previsto... Lo siento mucho, tendrá que ser una tutoría exprés o podemos posponerla, van a cerrar el cole en unos minutos.

—No se preocupe —dijo el guardián del microondas—. Si le parece bien, conozco un sitio muy especial donde podemos hablar tranquilos.

## Tutoría en un lugar especial

SALIMOS DEL COLE. Mi *seño* iba del brazo del guardián del microondas porque le habían echado unas gotas para dilatar las pupilas y no veía ni torta. El maldito elfo, en plan falso, como si fuera amable, le había ofrecido su brazo. Yo creo que si a Marina no le hubieran echado esas gotas y hubiera visto la pinta que tenía el elfo con su boa fucsia, su escurridor de pasta como sombrero y demás complementos, se hubiera pensado lo de ir por la calle del brazo de un tipo así.

Dani y yo íbamos detrás de ellos para reírnos de las pintas que llevaba él. Se me hacía muy raro ver a mi *seño* en la calle en lugar de en el cole. Iba tan campante, sin su bata de maestra y paseando como si fuera una persona normal. Era raro, como por ejemplo si ves una jirafa paseando por la calle en lugar de en el zoo.

Estaba intrigado por el lugar especial que había dicho el guardián del microondas. Pronto llegamos y lo averiguamos. Era de verdad un sitio especial: una caja metálica en medio de la calle de la que salía un humo misterioso que arrastraba el viento y del que huían los peatones. Miles de bombillas rodeaban un cartel en el que ponía: «Churros y porras la Madrileña». Pero también vendían minisalchichas en cucurucho y patatas fritas con kétchup o salsa brava, a elegir. Parece ser que mientras yo estaba encerrado en el cole, el maldito elfo había ido de paseo y había descubierto el puesto de los churros.

El guardián del microondas pidió tres docenas de churros, una docena de porras y tres botecitos de chocolate, y para Dani un cucurucho de minisalchichas y patatas fritas, porque tiene intolerancia al gluten de los churros y a la lactosa del chocolate, y si los toma se le pone una barriga que

parece que está embarazado y tiene que ir corriendo al baño a hacer sus necesidades fisiológicas, como dice él, que es muy intelectual, porque si no se va por la pata abajo. Nos sentamos en un banco de la calle para comer.

Mi *seño* tenía cogido el churro como si fuera un boli, me miró a mí y luego a Édilmar.

—Como sabéis, el motivo de esta tutoría es que Marcos ha pegado a un niño en clase.

—Me temo, maestra —dijo el elfo—, que él es así: malo por naturaleza.

¡Toma ya! Hay que ver qué manía me ha cogido el maldito elfo. No quería ser mi niñera y le ha dado con que soy malo. Y eso que tengo cara de bueno. No es que yo lleve muy bien eso de tener cara de bueno, porque parezco un pardillo. Me gustaría tener pinta de tipo duro. Por eso a veces me subo el cuello de la camisa, me peino los pelos de punta o me pongo una calcomanía de los helados para parecer más malote.

Pero es que ni me había subido el cuello de la camisa ni tenía los pelos de punta, y la calcomanía estaba tan emborronada que no parecía un dragón, sino un manchurrón. Y el elfo pensaba que era malo como un villano de los cómics, que lo mismo secuestra a una chica que arrasa una ciudad. A mí me gusta parecerme a otro tipo de malos. Yo querría parecerme a ese malote de las pelis que tiene moto y chupa de cuero porque es un tipo duro, pero que todas las chicas están loquitas por él porque en el fondo tiene buen corazón.

—¿Qué ha dicho? —dijo mi *seño* con el ceño fruncido y gesticulando con el churro en la mano—. Veo que no conoce usted en absoluto a Marcos.

—Cierto —dijo el maldito elfo—, solo le conozco desde esta mañana, pero tengo mis motivos...

—¿Qué motivos? —protesté—. Te tiré la leche encima sin querer, y además los moratones que tengo no son de otra pelea. Me los hice yo mismo para comprobar que no estaba soñando cuando fui a Alis... a Suecia, y cuando mi madre me contó una historia increíble sobre ella y sobre mí. Lo que pasa es que no querías quedarte conmigo...

—Pues vaya motivos —le dijo mi *seño*, y continuó mi contraataque—. Son solo cosas de críos. Curiosa forma de juzgar a alguien, sin conocerle o conociéndole solo desde esta mañana. Marcos nunca había agredido a otro niño de esta forma.

—¿Nunca? —preguntó el guardián del microondas sorprendido.

—Nunca. Además, si le dio un puñetazo al otro alumno fue por defender a su amigo Dani. Dani me lo ha contado. Esto explica, aunque nunca justifica, su comportamiento.

—¿Defendía a su amigo? —le preguntó.

—Así es, habían pegado a Dani. Vamos, que en parte... Bueno, a lo que íbamos... Marcos no suele ser tan agresivo y me preocupa lo que le pueda estar pasando para que se haya portado así. Me comentas que su madre se ha ido por motivos familiares. Perdonad la indiscreción, ¿se trata de algo grave?

—Sí —le respondió el elfo—. Digamos que la abuela de Suecia de Marcos está... enferma.

—Sí —añadí—, y digamos que la enfermedad es contagiosa y que mi madre también podría caer enferma.

—Tal vez por eso estás más nervioso —dijo mirándome con aquellos ojos que eran todo pupilas—. Tal vez los nervios y la preocupación por tu abuela y por tu madre hicieron que respondieras con tanta agresividad cuando le dieron la colleja a tu amigo Dani.

Yo solo subí los hombros porque no sabía qué decirle.

—Debes aprender a controlar tus emociones. Y si necesitas ayuda sabes que siempre puedes contar conmigo y con Édilmar, ¿verdad? —dijo dirigiéndose al elfo.

—Sí... claro... claro —le respondió.

El elfo sería un guerrero, pero mi *seño*, una maestra de primaria, le había arrinconado.

—Marcos. Lo de hoy no debe volver a repetirse, ¿entendido?

—Sí... *seño*.

—Gracias, maestra —dijo el elfo mirando a mi *seño* bastante rato—, gracias por preocuparse así por su alumno.

—De nada, es mi deber. Y por favor, no me hables de usted, ni me llames *maestra*, llámame Marina.

—Marcos. —El elfo se había puesto de pie e hizo una reverencia con la cabeza—. Perdona. No debí haberte juzgado antes de conocerte de verdad.

—Vale —dije, y me encogí de hombros y pensé que ese gesto no era el mejor e hice una reverencia como él.

Marina ya estaba como suele estar ella, risueña:

—Bueno, chicos, vamos a tomar el chocolate, que se enfría.

Nos pusimos a comer en el banco del parque. El elfo, como ya te he dicho, come en plan finolis sin mancharse los morros y parece que despacio. Pero yo llevaba la cuenta de lo que había comido: dos docenas de churros, media docena de porras y parte de las minisalchichas de Dani.

Y mi *seño* todavía le decía:

—Pero, Édilmar, come un poco más, que no comes nada.

La verdad es que mi *seño* estaba todavía bastante cegata por lo de las gotas de dilatar las pupilas. A veces hablaba dirigiéndose a Dani, pero mirándome a mí y viceversa. Todavía ni se había dado cuenta de que Édilmar llevaba un escurridor de pasta por sombrero. Y mejor así, porque ahora que el elfo me había pedido perdón me daba un poco de pena haberle vestido de aquella guisa.

—¿Y cómo es Suecia? —preguntó mi *seño*—. Cuéntame.

—¿Suecia? —dijo Édilmar—. Suecia es un país muy bonito. Siempre está nevado y hay auroras boreales cada dos por tres. Yo soy castaño, pero casi todos son rubios y con ojos azules. Nos gusta mucho escuchar a ABBA, ir de compras al Ikea, comer tarta äppelkaka con salmón a todas horas, pasear a nuestros renos por la calle con una correa, no tenemos ducha porque tenemos sauna...

A mi *seño* le hacía mucha gracia lo que le contaba Édilmar porque se reía sin parar. Dani, que es muy intelectual, le había contado todo eso a Édilmar y ahora el elfo se colgaba todas las medallas. Bueno, yo le dije lo de la tarta äppelkaka.

—¿Y tú, Marina? —dijo el elfo—. Cuéntame algo de ti.

—¿De mí? Hay poco que contar. Soy maestra, acabo de sacarme la plaza. Me gusta mucho mi trabajo y creo que se pueden lograr grandes cosas, siempre con los pies en el suelo, pero con la cabeza en las estrellas... bla, bla, bla... me gustan las fresas, las mandarinas, el chocolate...

—¿Y los churros?

—Sí —se ríó mi *seño*—. Los churros también.

—Bla, bla, bla.

—Y bla, bla y bla, bla.

Ellos se divertían muchísimo con aquella charla, pero a Dani y a mí nos parecía un rollo. Así que cogimos la raqueta de pádel como si fuera una guitarra y nos metimos en el humo que salía de la churrería. Parecíamos unas auténticas estrellas de rock.

Y allí estuvimos tocando la guitarra por turnos hasta que la *seño* dijo:

—Chicos, nos tenemos que ir. Empieza a anochecer y mañana hay cole.

—Qué pena que no estemos en Suecia —le dijo el elfo—. Allí hay días en los que no llega a anochecer.

—Ay, qué tonto eres —le respondió Marina y le dio un pequeño empujón.

Se ve que Dani se había equivocado diciendo esa barbaridad de que en Suecia hay días en que no llega a anochecer y por eso había llamado tonto al elfo. Ahora había quedado como un tonto, pero antes se había lucido con la información de Dani sobre Suecia, así que unas por otras.

—El duendecito del semáforo ya está verde —dijo el elfo—, podemos cruzar.

Íbamos a cruzar, pero mi *seño*, que todavía estaba bastante cegata, pisó mal en el bordillo y se hizo daño en el tobillo.

—¿Te duele, Marina? —le preguntó Édilmar.

—No, si no es nada.

—Tranquila —le dijo el elfo—, yo te llevo.

El elfo, ni corto ni perezoso, cogió a mi *seño* en brazos y saltó de línea blanca en línea blanca en el paso de peatones. Cuando llegaron al otro lado, el elfo y Marina se miraron durante un rato como mi abuelo mira el plato de pimientos rellenos de bacalao que hace mi abuela, que es su plato preferido.

—Ya que estamos, te llevo en brazos hasta la parada del autobús.

El elfo dejó a Marina en la marquesina del autobús y le tendió la mano para despedirse, pero Marina le dijo:

—En España lo típico para despedirse son dos besos.

Y le planto dos besos a Édilmar. Se quedó con los ojos muy abiertos por la sorpresa porque él no sabe nada de las costumbres españolas y dijo:

—En Suecia lo típico son los arenques y el salmón ahumado.

—Eres muy divertido, Édilmar —dijo riéndose mi *seño*.

Mi *seño* cogió el autobús y desde la ventanilla nos dijo adiós con la mano, pero no un adiós normal, sino como se dice adiós con la manita a los bebés. El

elfo se quedó mirando el autobús alejarse.

Los tres, Dani, Édilmar y yo, continuamos el camino a casa, saltando de línea blanca en línea blanca en todos los pasos de peatones.

Dani se fue a su casa y nosotros a la nuestra. Antes de entrar oímos ruido dentro de casa. Yo me puse muy contento porque pensé que sería mi madre que ya había vuelto de Alistea y que estaría allí sentada en la posición flor de loto en su sillón de la meditación viendo un programa de cotilleos para tener tema de conversación con mi abuela, la de Getafe, se entiende.

Pero quien estaba en casa comiendo patatas fritas y viendo la televisión era Burbureto. Había oído a Dani, cuando vino a casa, decir que en su casa había paella para merendar y allí que se había ido. Dijo que la paella estaba regular y que le faltaba azafrán.

En la tele, en un programa del corazón comentaban que un famoso matrimonio de actores de Hollywood no se había presentado a una importantísima entrega de premios mientras sacaban imágenes suyas de anteriores galas.

—Ambos se han operado —comentó Édilmar.

—Te refieres a una cirugía estética, ¿verdad? —dije—. Seguro, son demasiado guapos.

—No, ellos son así —dijo Édilmar—. Solo se han operado las orejas. Son elfos de Alistea.

—¡Guau! ¿Hay más elfos en nuestro mundo?

—Sí. Algunos elfos o parejas de elfos pasan mucho tiempo en vuestro mundo, pero vuelven a Alistea con bastante frecuencia. Pero la mayoría de los elfos solo están aquí en visitas breves.

—A lo mejor estos actores no han podido ir a la gala esa que dicen porque no han encontrado niñera y tienen un montón de hijos adoptados.

Cambiaron de noticia y me fui a la cocina a tomarme mi Cola Cao de antes de acostarme, pero el cartón de leche no estaba en la puerta del frigorífico, que es su sitio. Estaba en una balda, que no es su sitio, porque es el sitio de los yogures de soja de mi madre y de mis natillas de chocolate. Cogí el cartón de leche y detrás, justo detrás, había un pedazo de äppelkaka. Estaba claro, mi madre había dejado el cartón en aquella balda, que no era su sitio, porque sabía que cuando yo fuera a tomar mi Cola Cao de antes de acostarme y

cogiera la leche descubriría el pastel.

Yo me sentí como se debió sentir Cristóbal Colón cuando descubrió América. Más feliz que una perdiz. ¡Äppelkaka a la vista! Mi madre me conoce como si me hubiera parido, más que nada, porque me ha parido.

No cogí el pedazo entero porque quería dejar un poco para el día siguiente. Me la comí muy despacito escondido en el tendedero para que no me descubriera Burbureto *El Glotón*.

A la mañana siguiente, Édilmar alcanzó la taza naranja que estaba en un armario muy alto y me la dio. Había madrugado y había comprado churros y un ramo muy especial para agradecerle a mi *seño* que se preocupara tanto por mí. Digo que era especial porque no era un ramo de rosas, era un ramo de porras rodeadas de churros envuelto en un cucurucho con un lazo rojo. Era un ramo precioso y además olía mejor que las rosas.

A mi *seño* le encantó aquel ramo tan especial y repartió los churros y las porras entre todos los de clase. Yo, como gesto simbólico para firmar la paz, le ofrecí mis dos churros y mi media porra a Jorge Pulido. Al final parece que no le había roto la nariz. Él me respondió: «*Edes un pedota*», quería decir ‘Eres un pelota’, pero no se le entendía bien porque tenía la boca llena de mis churros de la paz.

## 8

# El más viejo del lugar

CUANDO VOLVÍ DEL COLE tenía una sed tremenda de zumo de naranja. Fui directo al frigorífico. Mala suerte, solo había un cartón de zumo de naranja con pulpa y yo tenía sed de zumo de naranja, pero sin pulpa. Comprobé que detrás del cartón de leche, que estaba en el sitio que no era su sitio, estuviera el pedacito de äppelkaka. Burbureto no había descubierto mi tesoro, volví a esconderlo.

Ver la tarta me recordó a mi madre y me entró un retortijón de los de preocupación pensando que mi madre se podía convertir en una estatua de piedra. Fui a ver a Édilmar, que estaba sentado en el sillón de la meditación, y se lo conté (lo preocupado que estaba, lo de que todavía quedaba un pedazo de tarta, no).

—¿Sabes lo que vamos a hacer? —me dijo—. Vamos a pedir a Burbureto que vaya a través del portal a Ciudadela Capital y nos traiga noticias para que te quedes más tranquilo.

Bajamos al cuarto de contadores y Burbureto levantó la tapa de la llave de paso y puso su dedo índice cerca de las tuberías, pero no se formaron el remolino de agua ni el charco luminoso.

Burbureto miró a Édilmar y le dijo que no con la cabeza. El elfo apretó los labios y los puños.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Por qué no funciona el portal?

El elfo apoyó su mano en mi hombro y me miró a los ojos:

—Bueno, Marcos... si no funciona el portal es porque... a ver cómo te lo explico...

—Porque no queda un solo elfo con vida en Ciudadela Capital —dijo Burbureto, y para explicarlo mejor se tiró de espaldas al suelo, sacó la lengua

e hizo como que le temblaba una pierna hasta que la estiró y cerró los ojos. Después abrió un ojo—. Todos fiambres. —Volvió a cerrar el ojo que había abierto.

—Eh, Marcos —dijo el elfo levantándose la barbilla—. Eh, mírame. Es verdad que si no funciona el portal de La Nube es porque no queda ningún elfo con vida en Ciudadela Capital, deben de ser estatuas de piedra. Es otra medida de seguridad, porque si un extraño se colara por este portal y burlara las barreras del pegaso y el centauro entraría directamente en la capital del reino y no habría ningún elfo para defenderla. Por eso el portal de La Nube se ha cerrado. Pero seguro que hay elfos con vida en otro lugar de Alistea. Y tu madre ya no está en Ciudadela Capital. Ella ya ha partido en búsqueda de la Piedra Esmeralda.

—Sí —dijo el duende—, ya estará en el Territorio Maldito de donde nadie regresa.

El elfo miró al duende con una mirada asesina porque se ve que me lo quería explicar él.

—¿Qué? —El duende levantó y agitó sus manos—. Solo intento tranquilizar al humanelfo.

—Venga, Marcos —dijo el elfo nervioso—, no llores. Tu madre ya estuvo una vez en el Territorio Maldito y regresó de allí. Lo sé de primera mano. No llores... vamos... que ya eres un chico muy mayor...

Miré a Édilmar Tuin. Era mayor, pero no mayor como un padre, sino mayor como mi *seño*, Marina, pero mi *seño* está acostumbrada a tratar con niños y él, no. Se le veía que no sabía muy bien qué hacer conmigo. Me recordaba una vez que yo intenté calmar al bebé de una vecina que lloraba con ese llanto tan irritante que tienen los bebés. Yo no sabía qué hacer: movía el sonajero, probé con el *cucú tras tras*, le sacaba la lengua (la mía, no la suya), pero el bebé, con toda su mala leche, cada vez lloraba más. Menos mal que al final salió la vecina del baño y lo calmó.

Y como el elfo me recordaba a mí mismo me dio un poco de pena, así que dejé de llorar (aunque el mío no era un llanto irritante) y me limpié los mocos y las lágrimas con la manga de la camiseta.

—Mucho mejor así —dijo el elfo—, sin llorar, ¡como un campeón! Ahora, ¿sabes lo que vamos a hacer? Buscar otro portal. El portal de La Nube es el

único acceso directo a Ciudadela Capital, pero seguro que hay otros portales y grietas a otros lugares de Alistea en esta ciudad, y estos sí que deberían funcionar. El duende entrará por uno de eso portales y una vez en Alistea irá hasta Ciudadela Capital.

—Ya, pero en Ciudadela Capital ya son todos de piedra.

—Pero desde Ciudadela Capital le diré al duende cómo conseguir información de las cuadrillas y de tu madre —dijo Édilmar, después se dirigió al duende—. Burbureto, ¿conoces algún otro portal a Alistea?

—¿Eh? —dijo el duende, que estaba entretenido abriendo y cerrando las tapas redonditas de todos los contadores.

—Que si sabes dónde puede haber otro portal a Alistea.

El duende sacó su labio inferior y negó con la cabeza. Al rato levantó sus cejas y dijo:

—El más viejo del lugar sabrá dónde hay otro portal.

—Genial. ¿Lo conoces?

El duende volvió a sacar su labio inferior y a negar con la cabeza.

—Yo sí —dije. Acababa de caer en ello—. Yo conozco al más viejo del lugar. Tiene casi cuatrocientos años.

—Pues —dijo el elfo—, vamos a hacerle una visita. Voy a por mi sombrero.

—No. No vayas a por tu sombrero. Ese modelo ya se ha pasado de moda.

Le dije eso porque ya no pensaba que fuera un maldito elfo y no quería que anduviera con el escurridor de pasta en la cabeza haciendo el ridículo.

Cogimos un taxi con el dinero que nos había dejado mi madre. Le iba dando vueltas a una cosa: Édilmar había dicho que el portal de La Nube era el único acceso directo a Ciudadela Capital.

Yo soy un poco despistado, pero, por ejemplo, si viera a ese famoso matrimonio de actores de Hollywood, que resulta que son elfos, en el descansillo de las escaleras de mi bloque me llamaría la atención. A mí y a cualquier vecino, porque la mía no es una urbanización de esas en las que viven actores de Hollywood. Ni siquiera vienen de veraneo. Ahora, que ellos se lo pierden, que el agua de la piscina de los pequeños siempre está calentita. Aunque yo ya no me baño allí porque ya tengo ocho años, casi nueve.

—¿Todos los elfos que van directamente a Ciudadela Capital van por el

portal de La Nube que hay en el cuarto de contadores? —dije muy bajito para que no se enterara el taxista.

—El portal de La Nube no solo tiene la entrada del cuarto de contadores, tiene más entradas —susurró Édilmar—. Aunque ninguna de ellas funcionará ahora. El portal de La Nube es una obra de ingeniería mágica nada sencilla. Para construirlo intervienen varias criaturas, entre ellas, un duende. Solo los duendes pueden abrir el portal de La Nube.

Burbureto, que estaba sentado en el reposacabezas delantero, pestañeó rápido varias veces. Había utilizado el cascabel de su gorro para volverse invisible a los ojos de los humanos, pero yo podía verlo y me ponía un poco nervioso verlo sentado tan campante y haciendo muecas.

El elfo continuó con la explicación en voz más baja todavía porque el taxista había apagado la radio:

—Si Burbureto abre el portal desde el cuarto de contadores se comunicará con La Nube, y si lo abre desde La Nube se comunicará solo con el cuarto de contadores de tu edificio. El portal a La Nube de los elfos de Hollywood, por ejemplo, tendrá otro duende asignado. Ese duende abrirá el portal desde su casa de Hollywood a La Nube y desde La Nube únicamente a la casa de Hollywood. Los duendes solo pueden abrir los portales en los que han participado en su construcción.

—¿Y cuándo la estrenan? —dijo el taxista—. La película de los elfos esos, digo, ¿cuándo la estrenan? Es que no he podido evitar escuchar su conversación y es que yo soy muy fan de la actriz que comentabais, que aunque le pongan las orejas de punta... mientras no le toquen esos labios que tiene tan sexis, yo iré a verla. Aunque sea solo por ella, porque desde luego llamar a un duende Burbureto... Es un nombre horrible, ¿verdad?

El duende se quedó mirando un perrito de esos que dicen *sí* con la cabeza que había en la parte trasera del coche. Puso cara de concentración y el perrito levitó hasta colocarse delante del volante. El perrito ahora movía la cabeza diciendo *no*. El taxista se asustó y dio un volantazo. Nos miraba por el retrovisor como si fuéramos bichos raros.

Un poco más tarde llegamos al parterre del Parque del Retiro. El parterre es un jardín francés y se diferencia de los españoles en que está todo muy cuadrulado y ordenado. Hay caminos de arena, césped y algunos árboles con

formas de rectángulo o de círculo.

Allí estaba el más viejo del lugar. Al menos, así le llamaba mi madre cuando pasábamos enfrente de él después de dar de comer a las carpas del estanque. El más viejo del lugar era un árbol muy grande que no tenía forma ni de rectángulo ni de círculo, sino de árbol. Parecía estupendo para construir una casa entre sus ramas.

Me puse a leer el cartel de información del árbol, tal vez allí estuviera la pista: «Nombre científico *Taxodium mucronatum*. Conocido como *ciprés calvo* o *ahuehuete* (‘árbol viejo de agua’ en náhuatl). Traído desde México y plantado en el Retiro en 1632... se dice que durante la Guerra de la Independencia las tropas francesas instalaron en sus ramas una batería de artillería».

—Deja el cartel —dijo Édilmar—. Pregunta al árbol.

Yo creía que estaba de broma, pero el elfo levantaba las cejas y el duende levantaba las manos y decía: «Pero, venga». Y me lancé, en rima y todo:

—Árbol, arbolito, para ir a Alistea, ¿me podrías decir dónde está el portalito?

El árbol no dijo ni pío. Pensé que había sido una broma, pero entonces, aunque no corría ni una pizca de viento, las ramas del árbol se agitaron. Las hojas, como si fueran lenguas verdes, susurraron a la vez y con acento mexicano:

*«En un sol de media luna habitan bella y bestia,  
la puerta está en la gruta de esta.*

*Bajo los pies*

*de alguno de vosotros tres.»*

Era un acertijo, un enigma en rima, pero en asonante, no como la mía, que era una rima en consonante. Pensé que Édilmar y Burbureto sabrían qué quería decir, pero los dos se encogieron de hombros. No teníamos ni idea, así que pedí más información.

—Árbol, arbolito, no somos gente tan lista, ¿nos podrías dar otra pista?

Otra vez el gigantesco árbol se agitó y susurró:

*«Esto puedo decir nomás, manito.*

*Que te vaya bonito.»*

El árbol se quedó en silencio. Nosotros también. El elfo se acariciaba la

mandíbula y el duende paseaba en pequeños círculos.

—En un sol de media luna... —dijo Édilmar—. Podría referirse a información astronómica que revele dónde habitan bella y bestia. La bestia es la clave... la puerta está en la gruta de esta. Esto es, la puerta está en la gruta de la bestia.

—Pero —dije— ¿quién o qué es la bestia?

El elfo continuaba acariciándose la barbilla:

—La bestia... la bestia... no lo sé.

—Ha dicho también —dije— «bajo los pies de alguno de vosotros tres».

Nos miramos los pies y debajo de los pies, pero no vimos ningún portal intramundos.

—Estaba pensando —dijo el duende dándose con el dedo índice en la cabecita—, ¿la hermana de Dani habrá hecho paella para merendar?

Seguimos buscando debajo del árbol. Buscando y buscando, pero nada. Cuando el cielo ya estaba naranja y hacía bastante fresco debajo de aquel árbol para estar sin una chaqueta, decidimos regresar a casa. Volvimos en metro. El elfo comentó: «Qué túneles. Gran trabajo de los enanos».

Al entrar en casa es cuando se me ocurrió dónde podía estar la gruta de la bestia, y por tanto el portal a Alistea. El enigma decía «Bajo los pies de alguno de vosotros tres». Yo era el único de los tres que siempre vivía allí, así que tal vez el portal estaba en casa de mis vecinos de abajo. No sabía quién vivía allí.

Bajamos y llamamos al timbre. Mientras esperábamos a que abrieran la puerta pensé que a lo mejor no había sido tan buena idea ir a esa casa si allí vivía la bestia.

La puerta se abrió.

—Soy Marcos, el vecino de arriba. Él es Édilmar Östen, sueco de Suecia y primo de mi madre.

—Pues encantado. Yo soy Isidro.

Era un vecino con el pelo gris, pero con mucho pelo y muy bien peinado, y con arrugas. Yo creo que debía de ser un jubilado. Cuando nos sonrió aún se le notaron más las arrugas de jubilado. Pero desde luego no tenía pinta de ser la bestia, además llevaba la camisa muy bien planchada. Creo que alguna vez lo había visto en el descansillo de la escalera con el pan debajo del brazo y con

americana y corbata.

—¿Se ve bien la televisión en su casa? —dijo Édilmar. Era nuestro plan para entrar a su casa a investigar sobre la gruta de la bestia.

—No sabemos si es de la tele o de la antena —añadí yo.

—¿La televisión? Pues no sé, no la estaba viendo. Pero pasad, pasad.

Su salón estaba justo debajo del mío, pero era bastante distinto. Ni bonsái, ni fuente zen de relajación, ni búho que es de adorno y no para jugar, sino que tenía un reloj de pie muy elegante con péndulo y todo y libros, toda una pared estaba llena de estanterías con libros.

Isidro encendió la televisión, que era bastante más pequeña que la mía.

—Pues en mi casa parece que sí que se ve. ¿Qué querían ver?

—Uhm... Un programa de cotilleos. Es que Édilmar es de los suecos a los que de España le gustan los cotilleos y los churros.

Dije lo del programa de cotilleos porque estaba seguro de que en algún canal debían estar echando un programa de esos.

—Chismorreos —gruñó Isidro—. Es lo que hay en la televisión. Parece que eso es lo que importa: lo que hacen o dejan de hacer unos famosos de tres al cuarto. Antes, para ver alimañas estaba el programa de Félix Rodríguez de la Fuente. Esos al menos eran unos simpáticos animalejos...

Félix Rodríguez de la Fuente debía de ser un presentador de programas del corazón de antes de que yo naciera, porque yo no lo conocía.

—Yo... en realidad quería ver el programa por ver una noticia de la reina de Suecia. Razón de Estado.

—Ya —dijo Isidro—. Y si le gustan los churros le recomiendo la chocolatería de San Ginés, en el pasadizo del mismo nombre. Los que mejor sabían eran los que tomabas con chocolate después de una noche de jarana. Bueno... ¿Me acompañan en la cena? Y así pueden ver el programa de los chismorreos... Si no les importa le quitaré el volumen hasta que salga la reina de Suecia, con los gritos que dan se me acopla el sonotone.

En la mesa tenía un plato con sardinas de lata. Fue a la cocina y enseguida volvió con otras latas de conservas: sardinas, berberechos, mejillones y en ese plan. También trajo una botella de vino y un cartón de zumo de piña.

—Pues las cenas de latas de conserva me salen fenomenal. Cualquier día vienen los de Michelin y me dan dos o tres estrellas. No llevo mucho tiempo

en este barrio y no me he acostumbrado todavía a comprar en el centro comercial. Es que no hay ni un mercadito por aquí cerca.

—Tranquilo —dijo Édilmar—, a mí me encantan las sardinas.

A mí no me gustan las sardinas, pero quise ser educado, así que dije:

—Y a mí me parece que las sardinas tienen mucho omega tres.

—¿Un poquito de vino, amigo sueco de Suecia? ¿Cómo has dicho que te llamabas? ¿Édilmar? Y para el jovencito, zumo de piña. Lo tenía guardado para cuando vinieran mis nietos, pero ya compraré más.

—Está caducado —dije yo—. El zumo está caducado desde hace más de un año.

El vecino miró el cartón de zumo, suspiró y asintió despacio con la cabeza y dijo muy bajito:

—Sí, está caducado... está caducado.

Volvió a suspirar, parecía muy triste porque el zumo de piña se le hubiera caducado. Yo me sentía como si hubiera metido la pata, pero no sabía muy bien por qué. Se fue a la cocina a llevarse el zumo y volvió con una botella de mosto.

Pues las sardinas no, pero los mejillones en escabeche, que nunca los había probado, estaban riquísimos. Las sardinas que había en mi plato se las comía el duende cuando Isidro estaba despistado. Salía de la capucha de mi camiseta y cogía una o dos sardinas y se las iba a comer al suelo. El mosto también estaba bueno, y además lo bebía de una copa.

Estábamos hablando del clima en Suecia y en España, pero la conversación no dio para mucho: en Suecia malo y en España bueno. Se hizo un silencio incómodo y entonces yo, para intentar averiguar si allí podía estar la gruta de la bestia, dije, como el que no quiere la cosa:

—¿Y vive usted solo o con una bestia?

El elfo me miró con los ojos abiertos como platos y se agarró con las dos manos a la mesa. El vecino solo sonrió y dijo:

—Lo dices porque la has oído desde tu casa, ¿verdad? Seguidme.

Yo no la había oído. El elfo y yo seguimos a Isidro, el duende se quedó en el salón. El vecino hasta entonces me había parecido un tipo simpático. Ahora me parecía un tipo siniestro que guardaba una bestia en su casa como si fuera lo más normal del mundo. A lo mejor nos había envenenado con los mejillones

en escabeche.

Se paró en la puerta de una habitación, era justo la que quedaba debajo de mi habitación. La bestia dormía debajo de mí. Abrió la puerta poco a poco. El elfo me colocó detrás de él para ocultarme y protegerme y apretó fuerte el tenedor que llevaba en la mano.

—Cuidado —dijo el vecino—, es un poco arisca. Se llama *Canela*.

La bestia era un gato. Bueno, una gata que jugaba con un ovillo de lana.

—No lo entiendo —dijo Isidro—. No suele mostrarse tan tranquila con los extraños.

Creo que me llevo bien con los perros y los gatos por mi lado elfo, y Édilmar pues me imagino que se llevará mejor porque solo tiene lado elfo. Después de jugar un poco con la gata regresamos al salón.

—Yo juraría que todavía me quedaban tres sardinas —dijo Isidro.

El duende, que debía estar en modo invisible para los humanos, se tapaba la boca mientras se reía. Había sido él quien se había comido las sardinas del vecino.

Cuando Isidro se fue a por el postre a la cocina, Édilmar le dijo al duende:

—El gato es la bestia. Si la puerta está en la gruta de esta, debe estar en la caja de arena de la gata.

—Pero los gatos y los duendes no nos llevamos bien. Bueno, la verdad es que a los gatos sí les gustan los duendes, pero para zampárselos.

—Vamos, Burbureto.

El duende se fue del salón con las manos en los bolsillos y refunfuñando.

El vecino regresó con una bandeja de rosquillas.

—¿Qué rosquillas preferís? ¿Listas o tontas?

—Yo, listas —dije.

Isidro es un madrileño que ha nacido en Madrid, porque también hay madrileños que no han nacido en Madrid, y por eso le gustan esas rosquillas, que son típicas de aquí.

El vecino tenía muchas ganas de hablar y nos contó unas historias muy graciosas de un Madrid muy antiguo: había tranvías, ovejas en Nuevos Ministerios, unos señores que se llamaban *serenos* y que llevaban gorra de plato y tenían las llaves de todos los portales, verbenas para tomar una *limoná* o un agua con azucarillo...

El reloj de pie dio las tantas a campanadas.

—Muchas gracias por la cena —dijo el elfo—. Nos lo hemos pasado muy bien.

—Yo también me lo he pasado bien —dijo el vecino—. Como decís los jóvenes de ahora, me lo he pasado *chachi piruli*. Lástima que no saliera la noticia de la reina de Suecia.

—Sí —dije—, yo también me lo he pasado *chachi piruli*.

No sé qué jóvenes usarán esa expresión, porque yo no la había oído nunca. Serán esos jóvenes tan modernos que hacen piruetas con el monopatín.

Mientras esperábamos a que llegara el duende de casa del vecino, yo fui al tendedero a disfrutar de otro pequeño pedacito de la porción de äppelkaka. Estaba buenísima. Al día siguiente de hacerla, estaba mejor. Claro que hasta entonces yo nunca la había dejado para el día siguiente. Además, después de unos mejillones en escabeche que no estaban envenenados sentaba fenomenal.

Burbureto llegó refunfuñando y magullado.

—No hay ningún portal a Alistea en la caja de arena de la gata.

—Y a ti, ¿qué te ha pasado que vienes todo arañado?

—Pues si a los gatos le gusta zamparse a los duendes, imagínate si además vas como yo, oliendo a sardinas.

El duende se olfateó con su nariz larguirucha desde los pies hasta las manos y los sobacos.

—Menos mal. Ya no huelo a sardinas.

Era verdad, ya no olía a sardinas. Ahora apestaba a la caja de arena de la gata, donde hace el pis y lo que no es pis.

Antes de irnos a dormir, el elfo y yo estuvimos hablando sobre quién nos podría ayudar a resolver el enigma. Y a mí, ojo, a mí, se me ocurrió una persona que nos podía ayudar.

## 9

# Bella y Bestia en el sol de la media luna

A LA MAÑANA SIGUIENTE, cuando fui a la cocina me encontré con el elfo abriendo y cerrando su mano derecha.

—Es el hormigueo de la petrificación —me dijo—. De vez en cuando vuelve, pero no se ha extendido a otras extremidades.

—Pero ¿puedes utilizar la mano?

—Sí, el hormigueo no es paralizante. En cualquier caso también podría utilizar mi mano izquierda, soy ambidiestro.

—¿Sabes? Yo también soy ambidiestro, como mi madre.

—Será tu lado elfo —dijo Édilmar. Sonrió y me dio la taza naranja—. Todos los elfos somos ambidiestros.

Édilmar me acompañó al cole y no trepó a ningún árbol ni le atropelló ningún coche.

Me estaba aburriendo muchísimo en clase de Lengua. Por eso, cuando el Lechuza interrumpió la clase me alegré. El Lechuza es el conserje, le llamamos *Lechuza* cuando hablamos de él y *don Mariano* cuando hablamos con él. No sé por qué tiene ese mote, se lo pusieron unos alumnos que ya no son alumnos y que lo mismo ya son hasta padres y todo, pero nosotros le seguimos llamando *Lechuza* por mantener la tradición. Pero la alegría de la interrupción del Lechuza me duró un segundo.

El Lechuza venía acompañado de un señor raro. Tenía una cicatriz de color rojo ketchup que le cruzaba la cara desde la ceja derecha hasta la barbilla, y destacaba mucho porque era muy pálido. Iba vestido todo de negro: traje negro, camisa negra y zapatos negros.

—Es gótico —me dijo Dani, que sabe de todo—. Te lo digo yo, que mi hermana fue gótica unas semanas.

—Niños —dijo el Lechuza—, doña Mari Carmen, nuestra directora, va a estar ausente durante un tiempo. Mientras tanto, la Administración nos ha enviado a don Ezequiel para sustituirla.

Don Ezequiel, el director gótico, se fue paseando entre las mesas y se paró justo a mi lado.

—Me he enterado de un caso de agresión en esta clase. Me preocupo por los alumnos y me gustaría tener una charla con el responsable de la conducta violenta para que no se vuelva a repetir.

—Ha sido él. —Jorge Pulido me señalaba con el dedo—. El lunes me pegó un puñetazo que casi me rompe la nariz.

Jorge Pulido se había comido los churros de la paz, pero como si nada, porque enseguida se había chivado. El director gótico apoyó su mano en mi hombro, tenía la mano helada, tan helada que el frío me recorrió todo el cuerpo, como si me hubiera metido debajo de una ducha de agua fría.

—Muy bien, Marcos, acompáñame a mi despacho para tener una pequeña charla. Ahora mismo.

No es que yo tenga nada en contra de los góticos ni de otras tribus urbanas, entiéndeme, que si yo no le tengo simpatía a la hermana de Dani no es porque fuera gótica unas semanas, es porque es una petarda (que no lo digo yo, que lo dice Dani). Pero es que el nuevo director era inquietante, pero no como la antigua directora, que también era inquietante porque tenía unos pelillos en la barbilla que, aunque no quisieras, una fuerza sobrehumana te hacía mirarlos. El nuevo director era inquietante porque se había parado justo en mi sitio, me había puesto una mano en el hombro que parecía la alcachofa de una ducha fría y me había llamado por mi nombre... cuando nadie lo había dicho en clase. Me daba miedo.

—Pues no va a poder ser, don Ezequiel —dijo el Lechuza—. Justo ahora tiene la reunión trimestral con el AMPA. Y no voy a ser yo el que los aguante si no los recibe usted.

—¿El AMPA? —dijo el director encogiéndose de hombros.

—Sí, la Asociación de Madres y Padres de Alumnos. El AMPA. Venga, vamos, es mejor no hacerles esperar...

El director gótico se fue escoltado por el Lechuza. Antes de salir se giró y me dedicó una sonrisa siniestra de medio lado.

El Lechuza me había salvado. Las clases se me hicieron eternas, más eternas que otros días quiero decir. Quería irme a casa ya. Tenía miedo de que regresara el director gótico para tener la charla conmigo. Pero aunque los minutos duraban horas, llegó la última clase, que era Conocimiento del Medio con mi *seño* Marina. Me acerqué a su mesa y le dije:

—*Seño*, al primo de mi madre, como es sueco de Suecia, le gustaría hacer un poco de turismo por Madrid. Como tú vives en el centro y además eres la *seño* de Conocimiento del Medio, se preguntaba si podrías ser tú su guía turística esta tarde.

—Sí, claro que sí. Que no se diga en Suecia que aquí no somos hospitalarios con los turistas.

Marina era la persona que se me había ocurrido que nos podía ayudar, lo habíamos hablado el elfo y yo la noche anterior:

—Si hubiera alguien —dijo el elfo— que conociera el medio tal vez nos pudiera ayudar a resolver el enigma de dónde está la gruta de la bestia.

—Pues no sé —dije.

—No sé, alguien que conociera el medio muy bien, tan bien que fuera como un maestro o maestra de este tema.

—Ya sé —dije yo—. Marina, mi *seño* de Conocimiento del Medio.

—Genial —dijo el elfo muy contento—. Has tenido una idea genial.

Cuando llegué a casa le dije al elfo que Marina había aceptado encantada ser nuestra guía turística. No le comenté nada de lo del director gótico porque seguro que me decía lo mismo que me dijeron cuando comenté en casa lo de los inquietantes pelillos de la barbilla de la directora: «Ay, hijo, qué tonterías dices. Tú y tus manías». Soy un incomprendido.

Por la tarde nos fuimos a La Latina, que es el barrio donde vive mi *seño* Marina. Íbamos el elfo, el duende, escondido en mi capucha, Dani, que no quería merendar paella, y yo, claro. Nos encontramos con mi *seño* en la plaza de la Paja, a la que la llaman así, pero no hay paja.

—Debería decir encantada de conocerte —dijo mi *seño* con una sonrisa—, porque el otro día con las pupilas dilatadas te veía un poco borroso —y añadió—: Bonita camiseta.

Dijo esto porque era verdad. Yo le había dado a Édilmar la camiseta de «Juanjo Ventura. Lo mejor en frutas y verdura», que es muy chula. En el medio aparece una lechuga de pie muy sonriente y con los ojos muy abiertos, y a los lados otras frutas también sonrientes: dos manzanas, una cebolla, tres mandarinas, un pepino o un calabacín, no te puedo asegurar qué es, dos tomates con tres tomates cherry como si fueran sus hijos, y hasta un racimo de uvas.

Hicimos turismo, pero no parecíamos turistas porque no llevábamos ni cámara de fotos, ni un mapa en la mano, ni chanclas con calcetines. Bueno, yo sí llevaba chanclas con calcetines, pero al elfo no le convencí porque prefería llevar sus botas.

Marina fue una guía estupenda. Nos enseñó plazas, callejuelas e iglesias. Pero sobre todo lo que había en La Latina eran bares. Hasta en las aceras y en las plazas había mesitas con gente tomándose algo al solecito. Mi *seño* dijo que en este barrio vivían muchos jóvenes bohemios. Yo no sabía qué significaba *bohemios*, pero enseguida lo entendí cuando entramos en un bar de la Cava Baja para reponer fuerzas. Había muchos jóvenes con su caña, su vinito o su refresco comiendo tapas y raciones de jamón ibérico, queso manchego o croquetas de bacalao. Que tal vez digas: «qué glotones»; pues también puedes decir: «qué bohemios», porque creo que son palabras sinónimas.

Nos pusieron varias raciones en el centro de la mesa para compartir. Ya ves tú el plan, el elfo come en plan finolis, pero come un montón. Además, el duende, cuando creía que estábamos despistados, hacía sonar el cascabel para volverse invisible para los humanos y atacaba las raciones. Hubo un momento en el que Marina dijo:

—Creo que no voy a beber más vino, me ha parecido que una gamba se ha escapado volando del plato.

—Es que son unas gambas muy frescas —disimulé yo.

Ya te imaginas por qué volaba la gamba: era el duende en modo invisible el que la había cogido.

Yo me había inflado a refresco de limón porque las croquetas de bacalao estaban un poco saladas. Tenía unas ganas tremendas de ir a hacer pis. Estuve un buen rato aguantándome las ganas para que no se comieran mi parte de

croquetas mientras estaba en el baño. Cuando ya estaba que explotaba me levanté, pero cerca de la puerta del baño estaba sentado el director gótico.

El director gótico hizo como que no me había visto y disimuló pinchando una croqueta. Me dio mal rollo y volví a mi sitio.

—Marcos —dijo Marina—, pero ¿te ha dado tiempo a ir y volver del baño?

—Sí... No, en realidad no. Es que he visto al nuevo director en el fondo del bar... y la verdad... me da un poco de miedo.

—No hay nadie en la mesa del fondo —dijo mi *seño*.

Todos miramos. Ya no estaba allí, pero yo estaba seguro de que lo había visto.

—En cualquier caso —continuó Marina—, no tienes por qué tenerle miedo. Es cierto que la cicatriz le da un aspecto que puede asustar un poco, pero no debemos juzgar por las apariencias físicas...

—¿Una cicatriz? —pregunto Édilmar.

—Sí —dijo Marina—. La cicatriz le alcanza desde la ceja hasta la mandíbula.

—Ya —dijo el elfo—. ¿Y decís que es el nuevo director?

—Sí. Mari Carmen, la antigua directora, se ha cogido una excedencia. Según decía en la nota, quería viajar a Australia para descansar durante una temporada. Nos ha sorprendido a todos un poco porque no nos había comentado nada. Pero bueno, la Administración debía de estar al corriente porque ya nos ha mandado un sustituto.

—Ya —dijo el elfo—. Marcos, querías ir al baño, ¿verdad? Te acompaño.

—Que le acompañe Dani —dijo mi *seño*.

—No —dijo Édilmar, y añadió educadamente, tal como le habíamos enseñado Dani y yo—: Es que yo también tengo necesidades fisiológicas de cambiar el agua al canario.

En el baño, Édilmar abrió las puertas de todos los retretes. Tras comprobar que no había nadie, se agachó para ponerse a mi altura y me dijo:

—Marcos, tu antigua directora no está descansando en Australia. El nuevo director, el de la cicatriz en la cara, es el Homdesac, una criatura que hacía muchos años que no visitaba vuestro mundo. Hay un motivo por el que ha vuelto. Viene a por ti.

—¿Qué?!

—No debes separarte de mí. En ningún momento. Bajo ninguna circunstancia. Es importante, ¿lo has entendido?

—Sí... ¿Quién es el Homdesac?

Entonces se abrió la puerta del baño. Era Dani. No contestó a mi pregunta, el elfo se limitó a repetir:

—Has entendido lo que te he dicho, ¿verdad?

Yo, con el susto de lo del Homdesac, me comí mis tres croquetas de bacalao casi sin ganas y nos fuimos del bar. Continuamos nuestra ruta turística. Yo no me despegué del elfo, a veces se tropezaba conmigo y todo.

Entramos en la Plaza Mayor por el Arco de Cuchilleros. Había un hombre tocando el violín. Le habían echado tres o cuatro monedas en la funda. Édilmar se acercó a él, le dijo algo y regresó con el violín, se lo colocó en el hombro y dijo:

—Esta canción es para ti, Marina.

Y comenzó a tocar una melodía preciosa. A mí se me pusieron *los pelos de gallina*, a Dani se le empañaron las gafas y a Marina se le volvió a poner la cara que pone mi abuelo cuando hay pimientos rellenos de bacalao. Enseguida se formó un corrillo de gente alrededor del elfo. Algunas señoras suspiraban, algunos señores también. Las parejas más jóvenes, además de suspirar, se daban la mano y juntaban sus cabezas. Cuando terminó la canción, todos aplaudieron tanto que parecía que la plaza se iba a venir abajo. Además de los aplausos, la gente también le echó monedas.

La canción fue muy bonita. Perfecta. Bueno, casi perfecta, porque como no podía separarme del elfo, por lo del Homdesac, me dio un pequeño codazo sin querer y se le perdió una nota, pero no se notó casi nada. Édilmar inclinó su cabeza para dar las gracias, devolvió el instrumento a su dueño y este le dio un gran abrazo. Después se alejó con el violín en una mano y con la funda en la otra, la llevaba arrastrando ya que pesaba mucho porque estaba llena de monedas.

—Gracias —dijo Marina, que parecía el tomate de la camiseta de Édilmar de lo roja que estaba.

Llegamos a la plaza de la Puerta del Sol y mi *seño* se puso otra vez en su papel de guía turística:

—Esto es Sol, o la Puerta del Sol. Esta plaza ha sido escenario de importantes sucesos, desde fusilamientos y protestas hasta celebraciones. Este edificio es la antigua casa de correos y en la torreta está el reloj que da las doce campanadas para tomar las uvas en Nochevieja y dar la bienvenida al año nuevo.

—Perdona —interrumpió el elfo—, has dicho que esta plaza se llama Sol, ¿verdad?

—Sí, así es. En la Edad Media había una muralla con una puerta en la que había un sol esculpido. De ahí toma su nombre...

—¿Puede ser que hubiera esculpida una media luna? ¿Tiene esta plaza alguna relación con una media luna?

Enseguida me di cuenta de por dónde iba el elfo, quería resolver el enigma del más viejo del lugar, que era para lo que habíamos quedado con mi *seño*.

—Hasta donde yo sé, no había una media luna. Ni veo la relación con la media luna.

—La forma —dijo Dani.

El elfo y mi *seño* seguían hablando como si no le hubieran oído.

—La forma —repitió.

—¿Qué decías, Dani? —La *seño* le atendió, por fin.

—La forma. La plaza tiene forma de media luna.

Miramos la plaza

—Es verdad —dijo mi *seño*—. Tiene forma de media luna. Las puntas de la luna serían las salidas a la calle Mayor y a la Carrera de San Jerónimo.

Dani es un intelectual que lo mismo sabe de países escandinavos, que de góticos de tribus urbanas, que de formas geométricas. Me dio un poco de rabia que se le hubiera ocurrido a él. No es envidia, porque él será muy intelectual, pero yo siempre le gano a las motos GP.

—¿Habitan en la plaza bella y bestia? —pregunté yo.

—¿Qué?—dijo la *seño*.

—Es un acertijo que nos propuso un viejo amigo y que nos gustaría resolver —dijo el elfo—. Tal vez Dani y tú podáis ayudarnos. «En el sol de la media luna habitan bella y bestia». ¿Podría ser esta plaza?

Dani se había venido arriba con lo de acertar lo de la forma y ahora se rascaba la cabeza y repetía «bella y bestia, bella y bestia», pero al final fue

Marina la que dijo:

—La Mariblanca. Seguidme.

La seguimos hasta una pequeña estatua de una mujer que estaba encima de un pedestal.

—Esta es la estatua de la Mariblanca. Formaba parte de una fuente que había en esta plaza hace casi cuatrocientos años. La gente que venía a llenar sus cántaros a la fuente la llamó *Mariblanca* por la blancura de su mármol. Pero esta estatua vestida con atuendos clásicos es Venus, la diosa de la belleza y el amor. Podría ser la bella de tu acertijo.

—Claro que sí —dijo el elfo sonriendo—. Solo nos queda la bestia.

Dani ahora se repetía el mismo soniquete: «la bestia, la bestia...», y de repente dijo:

—Lo tengo. Sé quién es la bestia.

Atravesamos la plaza hasta el otro extremo. Había otra estatua.

—Aquí está —dijo Dani—. La estatua de bronce del oso y el madroño, símbolo de Madrid, así aparece en el escudo de la ciudad. El oso es un animal, es decir, una bestia. El acertijo está resuelto: «el sol de media luna en el que habitan bella y bestia» es la Puerta del Sol.

—Genial, Dani, gracias —dijo el elfo con pequeños balanceos de cabeza—. El oso... claro, el oso... cómo no se me había ocurrido antes...

Dani, el intelectual sabelotodo, dicho esto con todo el cariño del mundo, lo había resuelto. Yo quise completar la información del sabiondo y dije:

—Y el oso y el madroño aparece también en el escudo del Atlético de Madrid.

—Genial, tú también —dijo Marina.

Édilmar y yo dimos unas vueltas a la estatua como si estuviéramos admirándola para ver si encontrábamos alguna pista sobre la gruta del oso y el portal a Alistea. Nada.

—El acertijo tiene otra parte —dijo el elfo—. Alguien sabe dónde está la gruta del oso.

Pero para aquella parte del enigma, ni la *seño* Marina ni Dani, por mucho que se rascara la cabeza, tenían respuesta. El reloj de las uvas marcaba ya las diez. Era tarde, al día siguiente había que madrugar para ir al cole. Al menos con el tapeo ya habíamos cenado.

—Me lo he pasado *chachi piruli* —dijo Édilmar—. Has sido una guía turística estupenda.

—Ay, *chachi piruli*, dice —exclamó Marina con una sonrisa mientras le quitaba una pelusilla de la camiseta a Édilmar.

Me llamó la atención porque la fruta no, pero las camisetas a Juanjo Ventura le salen muy buenas. Ni le salen pelotillas ni sueltan pelusillas. A lo mejor era un pelo.

—Si quieres mañana podemos hacer más turismo. Estaré encantada de ser tu guía y de ayudarte a resolver tus misteriosos enigmas.

—Yo también me apunto —dijo Dani.

—Dani —dijo la *seño*—, no hace falta. Además, tú y Marcos seguro que tenéis muchos deberes que hacer...

—Pues sería un placer —dijo Édilmar—, pero regreso a... Suecia. Así que no va a poder ser. Por cierto, Marcos también vendrá conmigo unos días y luego regresará con su madre.

A mí esta noticia me pilló por sorpresa, pero fui prudente y moví la cabeza como diciendo que sí, con los ojos medio cerrados para ser más convincente.

—Bueno —dijo Marina—, pues intercambiamos *e-mails* para seguir en contacto por si regresas un día a Madrid, o por si un día voy yo a Suecia.

—No tengo *e-mail*.

—¿No? —dijo mientras sacaba el móvil del bolsillo—. Pues intercambiamos los números de los móviles.

—Tampoco tengo móvil.

—Ya. Ya entiendo —dijo Marina. Agachó la cabeza para guardar el móvil en el bolso. Cuando la levantó ya no estaba risueña como suele estar ella—. Yo creía que tú... que yo... he sido un poco tonta... Adiós entonces, Édilmar. Hasta siempre.

Marina le dio dos besos al elfo, uno por mejilla, que es lo típico en España, y a mí me dio un bolsazo. Fue sin querer, al besar a Édilmar el bolso se balanceó y, como yo estaba pegado a él por lo del Homdesac, me arreó.

El elfo se quedó mirándola mientras caminaba hacia el metro. Pero esta vez mi *seño* no se giró, ni dijo adiós con la manita como a los bebés, ni nada de nada. Vi con el ojo en el que no me había dado el bolsazo cómo se metía en aquella boca de metro y desaparecía, como si se la tragara la tierra.

# 10

## El Homdesac sin boina

COGIMOS UN TAXI. Yo iba contento a pesar del bolsazo en el ojo porque habíamos resuelto parte del enigma. Sabíamos que el portal estaba en la gruta del oso, ahora teníamos que descubrir dónde estaba esa gruta. El elfo no parecía contento, estaba como pasmado, sin decir ni mu.

Diez minutos más tarde, por fin Édilmar pronunció palabra:

—¿Qué es un *e-mail*?

Llegamos a nuestro barrio. Dejamos a Dani en su casa y nosotros nos fuimos a la nuestra. No pude esperar a calzarme las zapatillas de casa para preguntar a Édilmar:

—¿Quién es el Homdesac? ¿Y por qué viene a por mí?

—Es una sombra, una criatura siniestra, un ladrón de niños. Los rapta, los mete en un saco, los lleva a algún lugar recóndito que nadie conoce y nunca más se vuelve a saber de ellos. El Homdesac es el hombre del saco.

—¿El hombre del saco? Venga ya. Eso solo es un cuento de abuelas para que los niños pequeños coman o se vayan pronto a la cama. Además, el hombre del saco lleva boina y chaqueta de pana, y una cosa importante: un saco.

—Pues de lo que has dicho solo has acertado en una cosa: tiene un saco. Un saco de terciopelo negro. De lo demás, nunca lleva boina y prefiere la seda a la pana.

Yo creo que cuando me asustaban con el cuento del hombre del saco me habían dicho lo de la boina y la chaqueta de pana. Yo creía, no sé si porque me lo contaron o porque yo me lo imaginé, que era cejijunto y que le sobresalía

mucho la mandíbula. Pues ya ves tú, estaba equivocado hasta en lo del saco. Pensaba que el saco era de ese tipo de tela que llaman tela de saco y no de terciopelo.

—Los niños que meten en ese saco sienten la angustia y la oscuridad más absoluta —continuó el elfo—. Lo sé porque... yo una vez estuve dentro de ese saco. Y he sido el único que he vuelto para contarlo. El Homdesac me atrapó cuando jugaba a los exploradores fuera de Ciudadela Capital. Yo sería más pequeño que tú ahora. De inmediato, la Guardia Real y cuadrillas de ciudadanos comenzaron a rastrear los alrededores de Ciudadela Capital, pero alguien sospechó qué podía haber ocurrido y fue a buscarme hasta el Territorio Maldito. Ese alguien fue tu madre.

—¿Qué? ¿Mi madre?

—Sí, tu madre. Ella arriesgó su vida para salvarme y se adentró en el Territorio Maldito. Alcanzó al Homdesac y luchó con él con su espada. Le dejó malherido y le hizo la cicatriz que tiene ahora en la cara. Abandonó el saco y huyó. Desapareció. Algunos le dieron por muerto, otros creían que no podía morir... porque no estaba vivo. El Homdesac es un vampiro. Pero algo o alguien le ha despertado de su letargo y ha salido de su escondite.

No era capaz de imaginarme a mi madre con una espada luchando contra el director gótico de mi colegio. Pero ahora entendía por qué mi madre conocía el Territorio Maldito del que hablaban: persiguió al hombre del saco hasta allí.

—Por eso el Homdesac viene a por mí. Porque mi madre le hirió y él quiere vengarse, ¿verdad?

—Sí. Me temo que sí. Nada haría más daño a tu madre que perderte. Ella te quiere muchísimo.

—Lo sé. Yo también la quiero muchísimo.

—Pero tranquilo, no te preocupes por el Homdesac, yo estoy aquí para protegerte. La verdad es que cuando tu madre me pidió que cuidara de ti durante su ausencia lo hice por un solo motivo: cumplir la palabra que le había dado.

—¿La palabra que le habías dado?

—Sí. Cuando ella me salvó la vida yo era solo un niño, pero le dije que un día sería guerrero de la Guardia Real y cumpliría cualquier misión que ella me

encomendara. Imagino que mi palabra a tu madre le pareció solo una ocurrencia de un chiquillo. Igual que si le hubiera dicho que un día le bajaría la luna del cielo. Algo que no había que tomarse muy en serio.

»Años después, cuando desterraron a tu madre, yo todavía no era soldado, era solo un adolescente, pero le recordé la palabra que le había dado de crío: un día sería soldado de la Guardia Real y cumpliría cualquier misión que ella me encomendara. Ella me sonrió triste y yo insistí: «Lo que sea».

»Yo siempre había imaginado que me pediría algo más acorde a las responsabilidades de un guerrero. Cuidar de un niño humano no era precisamente lo que quería. Pero ahora pienso que era lo mejor que me podía pedir. Tú eres lo más importante para tu madre y ahora también para mí.

—¿Sabes? Me alegro de que seas mi niñera.

—Y yo me alegro de ser tu niñera —dijo el elfo sonriendo—. Mejor digamos «tu tutor».

Me dieron ganas de abrazar al elfo, pero no lo hice. No sé si está bien abrazar a un elfo guerrero así porque sí, aunque sea tu tutor. Si al menos fuera mi niñera...

—Le dije a Marina que nos íbamos a Suecia porque no puedes regresar a la escuela si está allí el Homdesac.

—Sí —sollocé—, pero si no voy él me buscará.

—A ver, Marcos, tranquilo. ¿Sabes lo que vamos a hacer?

—¿Qué?

—¿Sabes lo que vamos a hacer? —repitió la pregunta, creo que para tener más tiempo para pensar qué íbamos a hacer—. El Homdesac ahora está en tu mundo, así que en lugar de que el duende vaya solo a Alistea, iremos los tres y le despistaremos. Desde donde nos lleve el portal, iremos hasta Ciudadela Capital y conseguiré información de las cuadrillas y de tu madre. Después volveremos por el portal de La Nube a casa, que ya funcionará porque al menos habrá un elfo vivo en Ciudadela Capital: yo. ¿Qué te parece?

—Genial, pero mi abuelo me prohibió la entrada.

El duende dejó de mirar por un minuto la tele, hizo una pedorreta y dijo:

—Tranquilo. Tu abuelo es de piedra.

—Mañana buscaremos la gruta del oso —dijo el elfo—, pero esta noche vamos a liberar a la directora de tu escuela. Te aseguro que ella no se ha ido a

Australia. Iremos a su casa, con un poco de suerte estará secuestrada allí, si no al menos encontraremos alguna pista.

—Pues vamos —dije—. Venga, Burbureto.

—No puedo ir —dijo el duende sin apartar la vista de la tele. Sorbió ruidosamente del vaso de Coca-Cola y añadió—: Justo hoy expulsan a un concursante.

Después volvió a abrir la boca, parecía que iba a decir algo más, pero lo que hizo fue echarse un eructo tremendo, muy grande para una criatura tan pequeña.

Acabábamos de abrir la puerta para salir de casa cuando oímos al duende.

—¡Eh!, esperad. —Vino corriendo hasta nosotros—. Ya que salís compradme algo para picar: unos panchitos, unas cortezas...

Salimos de casa, pero al otro lado de la puerta le oímos decir:

—... o unas galletitas saladas.

Serían más de las doce de la noche, hacía un frío que pelaba y los duendecitos de los semáforos, como dice el elfo, estaban en verde intermitente. No nos cruzamos con nadie en nuestro camino. No había ni un alma, ni una persona tampoco, salvo nosotros. Eso creía hasta que me giré y le vi.

Unas farolas más atrás estaba él con su sonrisa siniestra de medio lado y sin boina. El Homdesac. Tiré de la capa del elfo, porque se había vestido con su ropa de elfo y complementos, se giró hacia donde yo señalaba y desenvainó su espada. Pero el director gótico había desaparecido. El elfo me creyó, pero yo empezaba a dudar si en realidad lo había visto o solo me lo había imaginado.

No fue difícil colarnos en el cole. El elfo saltó la valla y yo me metí entre dos barrotes que estaban un poco más separados. Entramos en el edificio por una ventana que estaba bajita. En los pasillos se veía más o menos porque estaban las luces de emergencia y entraba luz de las farolas de la calle.

—Chsss, deja de hacer ruido —me susurró.

Si hubiera ido con un humano, lo que yo hacía le hubiera parecido de lo más normal. Pero como iba con un elfo me aguanté y dejé de tararear la musiquita de la peli *Misión: Imposible*.

Entramos en la sala de profesores, cogimos la tarjeta con la dirección de

casa de la directora, salimos del cole y cogimos un taxi que nos llevó hasta su portal.

—¿Cómo se supone que vamos a entrar? —le pregunté al elfo.

—Pues de la misma manera que entramos en el colegio —dijo Édilmar mirando hacia arriba—. Por la ventana.

—Pero si vive en un tercero...

Édilmar coló de un disparo una flecha con una punta con forma de gancho y una sogá atada en el otro extremo en una de las ventanas del piso de la directora. Tiró de la sogá para asegurarse de que se había enganchado bien.

—Ponte el gorro del duende para que nadie te pueda ver. Y escalemos.

—Y tú, ¿no tienes gorro de la invisibilidad?

—No. Los duendes no suelen regalarlos, eres afortunado.

Miré hacia arriba, estaba muy alto. Por un momento pensé que tampoco era tanto el cariño que le tenía a doña Mari Carmen. De hecho, a mi clase, la de las jirafas, cuando estábamos en Infantil nos había llevado al teatro de títeres en inglés, que era un rollo, en lugar de al zoo como a la clase de los leones.

Pero al final decidí escalar por la cuerda. Hice sonar el cascabel, debía de ser invisible aunque yo podía verme. Comenzamos a trepar, el elfo iba detrás de mí. No era muy difícil porque la cuerda tenía nudos a modo de peldaños, pero en la segunda planta me paré porque estaba cansado y me había rozado las manos. Se encendió la luz de la ventana que teníamos al lado. Nos quedamos muy quietos. Vimos por la ventana cómo una mujer con una bata rosa chicle y la cara con una crema verde abría la puerta del frigorífico y cogía salchichón y un pedazo de queso. Después cerró con tal portazo que un papel sujeto por un imán a la puerta de la nevera se cayó.

Seguimos escalando y nos colamos por la ventana del tercero. Estábamos en el tendedero y de ahí pasamos a la cocina. Encendí la luz. En el fregadero había un plato y un vaso, la sartén tenía una grasa blanca. En la encimera había migas de pan y una cáscara de plátano. El Homdesac la debía haber sorprendido después de cenar y antes de recoger la cocina.

—Apaga la luz —susurró el elfo—. Se oyen voces.

Nos quedamos a oscuras. Las voces no me eran desconocidas, yo las había oído antes, pero ¿dónde?

—No veo ni torta —le dije muy bajito.

—¿No? Eres mitad elfo, puedes ver en la oscuridad. Si hasta ahora no has visto es porque tu mente cree que no puedes ver y tus ojos se han limitado a obedecer a tu mente. Di «cáscaras de plátano, puedo ver», y verás.

—Cáscaras de plátano, puedo ver.

Primero empecé a distinguir algunas formas en la oscuridad: al elfo, una silla, una tostadora y una figurita de un cocinero con una cuchara y un tenedor clavados en la espalda. Unos segundos después ya no eran solo formas. Podía ver. Aunque no muy claro y solo en tonos grises. Ahora ya sabía cómo entraba mi madre totalmente a oscuras a mi habitación a darme un beso de buenas noches: infravisión élfica. Llevaba ya tres noches sin sus besos.

—¡Puedo ver! ¡Puedo ver!

—¿Sí? Vaya. No estaba seguro. Eres mitad humano, mitad elfo. Eres todo un misterio.

—¿«Cáscaras de plátano» son palabras mágicas?

—No —dijo Édilmar—. Se me ocurrió esa palabra porque había unas cáscaras de plátano en la encimera, pero ahora tu mente ya ha asociado esa palabra con la infravisión.

—Pues podías haber dicho «superpoder de infravisión», por ejemplo. Una frase un poquito más de superhéroe...

—Chsss —siseó el elfo en blanco y negro—. Escucha. Las voces son en esta casa.

Como he dicho, yo había oído esas voces antes. Escuché con atención y entonces caí.

—Las voces son de la tele.

Era una serie de esas de risa que había tenido bastante éxito y que ahora repetían en otro canal a todas horas.

Avanzamos con sigilo hasta la puerta del salón y miramos por el cristal. La directora estaba atada a la silla frente a la tele.

—Haz sonar el cascabel de tu gorro para hacerte invisible y desátala, pero date prisa porque el efecto de la invisibilidad solo dura un rato.

Me acerqué a ella en silencio, sin tatarrear la musiquilla de la peli *Misión: Imposible*. Llevaba un pijama de felpa con un dibujo de un oso y una osa que se daban un beso de piquito. Parecía más regordeta que cuando iba al cole vestida de directora, la felpa no le favorecía. No sé si el Homdesac no se la

había llevado porque solo se lleva niños o porque, tal vez, no entraba en el saco. Tenía un esparadrapo en la boca, pero el cruel Homdesac no le había vendado los ojos. Debía de haberse tragado aquellos episodios repetidos mil veces, la pobre.

Le arranqué el esparadrapo de la boca de un tirón. Ella gritó. En un segundo le tapé la boca con la mano.

—Tranquila, pequeña —dije así como con voz de tipo duro—. Voy a salvarte, nena. No te pasará nada... si las jirafas van al zoo este año.

Había hecho justicia: la clase de Infantil iría al zoo en lugar de a la obra de teatro de calcetines en inglés.

Se me ocurrió otra idea genial: cogí el esparadrapo y se lo pegué en la barbilla y se lo despegué de un tirón. Miré el esparadrapo, lo había conseguido. Le había arrancado aquellos pelillos de la barbilla que, aunque no quisieras mirar, una fuerza sobrehumana te obligaba a ello.

Desatarla me llevó más tiempo de lo que había pensado, pero lo conseguí. Pensé que tal vez ya no era invisible, pero parece que seguía siéndolo porque la directora daba puñetazos al aire. Me fui corriendo a la cocina por si me atrapaba alguno de aquellos puñetazos voladores. El elfo había puesto un platito con unas rodajas de salchichón y unos taquitos de queso.

—Pensé que le gustaría un pequeño picoteo, como a la vecina de la cara verde.

—Corre, la directora está libre.

Salimos por la ventana. Édilmar en primer lugar y yo después. Desde la ventana, colgado de la cuerda, vi cómo la directora entraba en la cocina. Llevaba el teléfono en la mano, cuando vio el aperitivo lo soltó y se lanzó a por el salchichón y el queso, comía a dos carrillos. Qué bohemia.

Bajábamos por la cuerda cuando esta comenzó a balancearse. Miramos abajo. El Homdesac se carcajeaba con una risa que ponía *los pelos de gallina*, la carcajada dividía su cicatriz en dos. Agitaba la cuerda, quería desengancharla y parecía que lo iba a conseguir.

Édilmar me dijo que le abrazara. Hasta un elfo guerrero, por muy guerrero que sea, en una situación en la que te vas a caer desde esa altura y que va a ser el fin se ablanda un poco y se atreve a mostrar sus sentimientos. Yo le abracé como si fuera mi niñera y no mi tutor. Apreté mucho los ojos y el cuello del

elfo y le dije: «Yo también te tengo mucho aprecio, y perdona por ponerte el escurridor de pasta como sombrero». El balanceo aumentó y después caímos.

La caída me pareció suave, no me había hecho ningún daño. Había caído sobre el elfo. Abrí los ojos, todo estaba oscuro. «Cáscaras de plátano», dije. Entonces me di cuenta de dónde estábamos. Era la cocina de la chica de la bata rosa chicle. El elfo había tomado impulso y nos habíamos colado por la ventana. «¿Quién anda ahí?», preguntó una voz desde otra habitación. «Miau», dije yo, y salimos por la puerta de la calle. Lo del gato no sé si resultó convincente porque al salir di un portazo.

La cuerda que habíamos utilizado para escalar estaba tirada en la calle, pero del Homdesac ni rastro.

Regresamos a casa. La cabeza del duende sobresalía de una caja de cereales. Parece que, como no tenía los aperitivos que nos había pedido, los había sustituido por Choco Krispies. Dormía. Roncaba con un sonido raro: como un ronroneo de gato seguido por un silbido de serpiente.

Me fui al frigorífico y allí, escondido detrás del cartón de leche, estaba el último pedacito de äppelkaka.

—Édilmar, ¿quieres un poco de tarta?

El elfo vino a la cocina y miró el pedacito de tarta.

—Vaya, ¿es la tarta que había hecho tu madre para ti? Te gusta mucho, ¿verdad?

—Sí, es la tarta de mi madre y es lo que más me gusta del mundo.

—Muchas gracias, pero... pero... ya me he cepillado los dientes. Disfrútala.

No sé cómo le había dado tiempo a cepillarse los dientes. No sé, sería otra habilidad de los elfos, cepillarse los dientes a la velocidad del rayo. Saboreé el último pedacito de tarta comiéndola muy despacio.

Después me fui directo a la cama, estaba agotado. Me abracé a mi peluche *Compay*. Aún no había apagado la luz cuando la puerta de la habitación se abrió de repente.

—No quería asustarte —dijo el elfo—. Hoy dormiré aquí por si hay una visita inesperada.

Se tumbó en el suelo y dijo:

—Por cierto, yo también te tengo mucho aprecio ¿Y qué es eso que dijiste

de que me habías dado un escurridor de pasta como sombrero?

Yo me hice el dormido e incluso, para disimular mejor, ronqué un poco.

# 11

## La Casa de Fieras

AL DÍA SIGUIENTE ME DESPERTÓ el ruido de un motor. Me asomé a la ventana: era la máquina cortacésped, que además de ruido echaba un montón de humo gris. Respiré hondo. Olía genial: a hierba recién cortada y a gasolina.

Cogí un bol con leche y cereales integrales de mi madre que no están muy buenos, pero que me apetecían más que los Choco Krispies en los que había dormido Burbureto, y me fui al salón.

Allí estaba el elfo. Iba vestido de elfo, ya sabes, capa con capucha de fraile, chaleco de cuero... y complementos: arco, flechas y espada. Había retirado la mesita y hacía algo que me recordaba al taichí o *chi kung* que practicaba mi madre, pero en un plan un poco más ninja y con el palo de una fregona.

Se movía muy despacio, pero de repente... ¡zas!, llevó el palo de la fregona rápidamente hacia el búho que es de adorno y no para jugar y lo frenó en seco, justo cuando estaba a dos centímetros de tocar la figura. Después se movió lentamente otra vez hasta que le dio de nuevo el punto y otro meneo brusco con el palo de la fregona hacia una figura étnica de África que compramos en el Ikea, e igual que antes: paró el palo cuando estaba a punto de darle a la figura.

Sin dejar de practicar con el palo de la escoba dijo:

—Cuando el más viejo del lugar nos propuso el enigma, debí caer en la cuenta de que la gruta de la bestia debía ser la gruta del oso. El oso es uno de los símbolos de Alistea.

Recordé que cuando estuve en la cueva de debajo de la cascada vi un estandarte con un oso. Édilmar parecía muy concentrado, así que no le interrumpí.

—El oso representa el valor y la fuerza. Pero no solo la fuerza física, sino

también la más importante: la fuerza interior. La que está aquí y aquí.

Ese *aquí y aquí* lo remarcó como había hecho con las figuras: la punta del palo se desplazó rápidamente y se detuvo a dos centímetros de mi cabeza y de mi corazón. A mí del susto se me escapó el bol de las manos, pero el elfo, no sé cómo lo hizo, lo cogió antes de que llegara al suelo. Dejó el bol en la mesa, dejó de hacer tonterías con el palito de la fregona y me siguió hablando.

—La cueva, o la gruta del oso, en la que hibernan es una invitación a detenernos a meditar y observarnos. A buscar en nuestro interior nuestra luz, nuestra guía. A ser conscientes de que nuestro mayor poder está dentro de nosotros mismos.

El elfo se sentó en el suelo en la posición de flor de loto y me indicó que me sentara en el sillón de la meditación, en el que también te tienes que sentar en posición de flor de loto porque es muy bajito. Mi abuela la de Getafe cuando se sienta en el sillón de la meditación dice que luego para levantarse necesita una grúa. Lo dice no porque esté gorda, que no lo está, aunque lo parezca, porque es de hueso ancho, sino porque se le quedan las piernas agarrotadas.

—Cierra los ojos —me dijo Édilmar—. Respira hondo. Relájate y medita. Concéntrate y busca respuesta al enigma en tu interior, busca una guía.

Cerré los ojos, pero me costó un poquito concentrarme con el ruido de la máquina cortacésped. Pero luego me imaginé al oso de la estatua de la Puerta del Sol. Comía madroños sin parar, después me miraba y abría la boca para rugir, pero su rugido sonaba como el motor de la máquina cortacésped. Más tarde, cuando el oso se había terminado una docena de madroños, conseguí concentrarme más.

Seguí al oso al interior de una cueva. La cueva era acogedora, con un fuego encendido en el medio, allí todo era tranquilidad. Me repetía a mí mismo el enigma: «En un sol de media luna habitan bella y bestia, la puerta está en la gruta de esta. Bajo los pies de alguno de vosotros tres». Ya sabíamos qué era la gruta del oso, pero esta no estaba bajo los pies de ninguno de nosotros tres. Bajo nuestros pies solo había un vecino madrileño de toda la vida que se ponía triste porque se le caducaba el zumo de piña, y le gustaban las sardinas en lata y hablar de Madrid.

—Isidro —dije yo saliendo de aquella cueva imaginaria.

—Isidro, ¿qué? —preguntó Édilmar.

—Tal vez él sea nuestro guía. Él conoce muy bien Madrid, tal vez él sepa dónde está la gruta del oso.

Fuimos al piso de abajo y llamamos al timbre del vecino.

—Buenos días veci... pero ¿de qué va usted disfrazado, Édilmar? ¿De sota de espadas?

Con las prisas Édilmar había bajado vestido de elfo, pero hasta con espada, arco y flechas.

—Uhm... no —le respondió mirándose a sí mismo—. Es un traje típico de Suecia... de una región de Suecia.

—Nos preguntábamos, Isidro —dije—, usted que sabe tanto de Madrid, ¿sabe dónde está la gruta del oso?

El vecino se acarició la barbilla durante un instante. Luego dijo:

—La gruta no. Las grutas. Hay dos grutas del oso.

—¿Podría decirnos dónde están?

—Por supuesto. Incluso puedo llevaros hasta ellas. Voy a cambiarme. En un periquete estoy listo.

Un poco más de un periquete después, salió el vecino y dijo:

—Pues si tú vas con el traje típico de esa región de Suecia, yo no voy a ser menos. Este es el traje típico de Madrid.

Isidro se había vestido de chulapo, con gorra y todo. Pero un traje de tela tela, quiero decir que cuando los de la clase de las jirafas nos vestíamos de chulapos por San Isidro era con una especie de tela de papel, salvo el traje de Jorge Pulido, que era de tela tela porque su padre no se lo compró en los chinos.

El vecino fue al parque de la *urba* y dijo que iba a hacer uso de él por primera vez. Regresó muy estirado con un clavel rojo en el ojal de su chaqueta.

De esta guisa nos fuimos hacia el metro. Nos cruzamos en el camino con las señoras andarinas con su camiseta de «Juanjo Ventura. Lo mejor en fruta y verdura» y sus zapatillas de tenis blancas. Una comentó en voz alta: «Qué bombón». Estaba claro, debían de referirse a mí, porque con la pinta que llevaban mis acompañantes... Yo sentí calor en la cara, debí de ponerme rojo como un tomate. El chulapo las sonrió. Luego otra señora andarina en voz baja

añadió: «Sí. Y además con la espada parece un auténtico caballero». O sea que no se referían a mí, sino al elfo. No sé a qué potencia tendría el sonotone, pero creo que el vecino no oyó este último comentario.

—¿Ves? En cuanto me han visto de chulapo me han piropeado. Y tú, Édilmar, si te cortaras y peinaras un poco el pelo no tardarías en recibir algún piropo. Que aunque tu traje regional no luzca tanto como el mío, hay que reconocer que tienes buena planta.

Fuimos en metro al Parque del Retiro. Allí, donde ahora están los Jardines del Arquitecto Herrero Palacios, antes estaba la Casa de Fieras, el antiguo zoo de Madrid, según nos explicó el vecino. Y allí estaba la gruta del oso. Yo no había estado nunca en este jardín, y es que hay muchos sitios del Retiro que no conozco porque es un parque enorme.

Entramos por la puerta del Parterre. Allí estaba el más viejo del lugar tan tranquilo, dando sombra. El árbol nos había puesto un enigma que nos volvía a traer al Retiro.

—De joven venía mucho a la Casa de Fieras —dijo el vecino con un suspiro—. Desde aquí, desde el Parterre, oía los rugidos de los leones famélicos.

Isidro imitó el rugido de un león famélico. Los famélicos deben de ser una raza de leones que ruge distinto al resto de los leones, pero también daban miedo, aunque menos.

De camino a la Casa de Fieras, Isidro nos contaba historias antiguas del Retiro, aunque con algunas interrupciones. Primero unos padres con sus hijos que, al ver al vecino vestido con su traje de chulapo de tela tela, pensaron que vendía los barquillos típicos de Madrid. Isidro se molestó y les rugió como si fuera un león famélico. Los padres se quedaron un poco mosqueados y los niños sin los barquillos. Después, una patinadora se nos quedó mirando y se chocó contra un árbol. La ayudamos a levantarse, se agarró bien al elfo para no volverse a caer.

Por fin llegamos a la antigua Casa de Fieras. Estaba bastante cerca del más viejo del lugar, que en lugar de andarse con acertijos podía haber dicho: «Pues desde aquí sigues todo recto y ya está». Entramos por una puerta que tenía unas columnas con unas estatuas de unos leones encima. El vecino estaba encantado de hacer de guía.

—Veréis que muchas de las instalaciones todavía se conservan. Claro, que ahora sin animales huele mucho mejor que antes. Entonces olía a tigre. A la izquierda estaban las jaulas de los leones, eran todo hueso y pellejo. Ahora estas jaulas forman parte de una biblioteca. —Isidro sonrió y estiró su brazo como si fuera un presentador de circo—. Y aquí a la derecha lo que buscabais: las grutas del oso, donde estaban los osos pardos...

Había dos jaulas, una enfrente de otra. Estaban construidas con piedras blancas auténticas, salvo por un lado que tenían barrotes de hierro. Un poco pequeñas para un oso. Nos acercamos a la primera gruta, encima de ella había una estatua de un duende. Casi me caigo de espaldas cuando lo vi, no porque el duende fuera feo, que también, sino porque aquel duende de la estatua era Burbureto. Cara de nuez, orejas largas, nariz ganchuda y tocaba una flauta: era él.

El elfo y yo nos miramos. El enigma decía que la puerta a Alistea estaba bajo los pies de alguno de nosotros tres. Era debajo de los pies del duende, del monumento del duende. Estaba claro, allí estaba el portal a Alistea.

Burbureto salió de la capucha de mi camiseta y se puso en mi hombro. Saltaba encima de mí, en el hombro, en la cabeza, me tiraba de la oreja y señalaba la estatua. Se llevaba las manos a las mejillas y suspiraba: «¡Me han hecho un monumento!». Entonces Isidro se giró, se ajustó el sonotone y preguntó:

—¿Decías algo, hijo?

—No. El duende... el maldito duende —dije mientras Burbureto, que se había metido por el cuello de mi camisa, recorría mi espalda—. ¿Qué hace la estatua de ese duende ahí arriba?

—Cuando esto era un zoo, ese duendecillo no estaba ahí. Hay una leyenda que dice que en el Retiro había un duende que se aparecía a las parejas de enamorados. Si el amor era verdadero hacía florecer las plantas en otoño. Me imagino que han querido dedicarle un monumento.

El duende trepó por mi espalda hasta mi hombro. Hizo sonar el cascabel para volverse invisible. Se agarró a mi oreja y me susurró:

—Lo que cuenta el chulapo es cierto. Me aparecí a otras parejas de enamorados, pero a quienes yo quería espiar era a tu madre y a tu padre.

Dicho esto, el duende espía correteó hasta la capucha, aunque a los dos

segundos volvió a salir y me dijo en el otro oído:

—Por cierto, la tarde de otoño que descubrí a tus padres las plantas dieron sus flores más bonitas.

Regresó a la capucha. Ahora solo podía pensar en mis padres. Mi padre estaba en Berlín en el curso de Contaquiz y mi madre en Alistea. Lo de mi padre, bueno, tal vez el curso fuera aburrido, que no te digo yo que no, pero regresaba el sábado. Vaya, ¿habríamos regresado nosotros ese día? Debería haberle dejado una nota. Pero es que mi madre se podía convertir en estatua de piedra.

Yo quería entrar ya en la gruta del oso, pero Isidro quería seguir enseñándonos la Casa de Fieras.

—Pues por aquí estaba el foso de los osos polares, que se daban bastantes chapuzones para no asarse de calor. Aquí el foso de los chimpancés, que te sonreían enseñando mucho los dientes para que les dieras pan o un azucarillo. Hasta había un mono que fumaba.

Édilmár se acercó a mí y me preguntó en voz baja:

—Tienes las provisiones, ¿verdad?

—Sí —dije yo también por lo bajini—. Los peces se van a poner muy contentos.

—¿Cómo que los peces se van a poner contentos? —me dijo en voz ya no tan baja.

Un malentendido, ya ves tú. En mi casa cuando vamos al Retiro solemos llevar el pan duro para las carpas del estanque. Así que cuando el elfo me pidió que cogiera las provisiones, pensé que serían las de los peces. Pues no. Él se refería a las provisiones para nuestro viaje a Alistea. Claro, si no especificamos...

Así que cuando terminamos de ver la Casa de Fieras nos fuimos a por provisiones a los puestos de la zona del estanque. Isidro nos acompañó. Me dio un susto rugiendo como un león famélico por la espalda. Pero no me importó nada que me gastara esa broma porque los leones famélicos no asustan tanto como los normales y, además, para compensarme del susto me compró un polo de coca cola con un tatuaje de regalo. Mis padres nunca me compran ese tipo de polos. Mi padre porque dice que son de hielo y son malos para la garganta, y mi madre porque tienen muchos colorantes.

Después fuimos al puesto de los bocatas. Había mucha cola y era un rollo estar allí esperando. Así que me fui a echarle pan a las carpas sin decir nada a nadie. Era todo un espectáculo, acudían un montón de peces, se les veía bastante bien aunque el agua no estaba muy limpia. Y esta vez tampoco vi la carpa mutante con tres ojos que hay en el Retiro.

—Les gusta el pan, ¿verdad? —dijo alguien que se acercó a mi lado.

—Sí. Sobre todo el multicereal, pero...

La persona que estaba a mi lado me pasó el brazo por encima del hombro. Tenía la mano helada. Tan helada que el frío me recorrió todo el cuerpo, como si me hubiera metido debajo de una ducha de agua fría. Me giré. En la otra mano tenía un saco de terciopelo negro. Era el Homdesac: el hombre del saco sin boina. Me quedé paralizado. No podía moverme, mis piernas parecían de gelatina y sentía un martilleo en la frente. Acercaba el saco a mi cabeza, parecía que no tenía fondo.

—¿Sabes? Tienes los mismos ojos que tu madre, pero en los tuyos se ve el miedo.

De repente, el Homdesac retiró el brazo con el que me sujetaba. El duende había salido de mi capucha y le había mordido la mano. El Homdesac, con los dientes apretados, la cicatriz más roja y brillante que nunca y con ojos de loco, se abalanzó sobre mí.

Algo le detuvo. Alguien, en realidad. El elfo, que había aparecido de la nada, cogió de la pechera al Homdesac con la mano izquierda y lo levantó del suelo. Llevó su mano derecha a la espada, pero no llegó a desenvainar porque se habían acercado dos polis a caballo. Porque en el Retiro hay policía con caballos. Está genial, ahora que no llevan sirena.

—¿Qué ocurre aquí? —dijo un policía mientras descabalgaba.

—Este hombre me ha querido agredir y va armado.

Cuando el Homdesac señaló a Édilmar rozó a un caballo. Creo que lo hizo aposta porque este relinchó aterrorizado. Se encabritó furioso y salvaje, le salía espuma de la boca y un aire abrasador de los agujeros de la nariz. El policía que iba montado se agarraba a las riendas, pero no podía dominarlo. Para colmo el otro caballo también se contagió de su locura. Estábamos atrapados entre los cascos de las bestias y la barandilla del estanque. A punto de ser aplastados.

Édilmir se colocó de barrera entre nosotros y los caballos en plan suicida. Levantó sus manos y tocó sus hocicos. Pensé que le iban a dejar manco de un mordisco, pero los animales posaron en el suelo sus patas delanteras y agacharon la cabeza. Todavía respiraban agitadamente, pero el elfo les acarició el lomo a los dos y se volvieron mansos como corderos.

El policía tenía agarrado al Homdesac del brazo.

—¿Intentaba huir? —le preguntó.

—Intentaba que los caballos no me aplastaran —le respondió el Homdesac—. ¿No piensan llevarse a prisión a este tipo armado que intentaba agredirme?

El poli montado le dijo a Édilmir:

—Le estoy agradecido por calmar a los caballos, pero me temo que tiene mucho que explicar. Primero, ¿por qué lleva una espada?...

Pero fue otro quien respondió:

—Si me permiten, yo, como testigo imparcial, les puedo relatar lo que ha ocurrido.

Quien decía esto era Isidro, que se había acercado a nuestro lado.

—He visto bien toda la escena porque estaba justo enfrente vendiendo barquillos. El señor de negro se acercó a este niño y lo agarró. No puedo decir con qué fin... robarle... secuestrarle... No lo sé. Solo sé que el pequeño intentó zafarse. El joven caracterizado de sota de espadas o de traje regional nórdico, según se mire, estaba haciendo de estatua viviente. Al ver lo que estaba ocurriendo no permaneció impassible. En un alarde de arrojo y gallardía se enfrentó a él cuerpo a cuerpo.

Los policías se miraron el uno al otro y después me miraron a mí:

—Chico, ¿corroboras usted la historia del vendedor de barquillos?

—Corroboro, señor agente —repuse yo llevándome dos dedos a la frente como en las pelis—. Corroboro la historia del vendedor de barquillos.

—Pues no hay nada más que hablar. El señor de negro nos acompaña a comisaría. Que tengan un buen día.

Isidro nos había salvado. El elfo había ganado algún punto por calmar a los caballos, pero si no llega a ser por Isidro, que explicó que iba armado porque era una estatua viviente, creo que el policía se hubiera llevado al elfo en lugar de al Homdesac.

Édilmir fingió ser una estatua viviente mientras se alejaban los policías con

el Homdesac. Yo me quedé a su lado. Isidro se apoyó en la barandilla dándonos la espalda.

—No miréis. Disimulad. No nos pueden ver juntos.

—Gracias —dijo Édilmar bajito y casi sin mover los labios.

—Gracias a vosotros. Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien. Me voy, lo dicho, no pueden vernos juntos. Daré una vuelta por el Retiro, el traje de chulapo sigue causando sensación entre las féminas.

Vi de reojo cómo Isidro se perdía entre la multitud. Me pareció un héroe solitario y anónimo. Ahora que si de mayor, por ejemplo, yo fuera el dueño de un restaurante de hamburguesas dejaría de ser anónimo. Regalaría una figurita del vecino a todos los niños. «Y ahora con tu menú infantil una figurita del superchulapo. Si presionas su clavel rojo ruge como un león famélico».

Cuando perdimos de vista a los policías, recogí las dos monedas que habían echado al elfo por hacer de estatua viviente.

—Guárdalas y vámonos —dijo Édilmar, y me dio una pequeña bolsita de cuero.

La abrí, había monedas de oro y de plata. Cogí una. Por una cara aparecía el trébol de cuatro hojas con la hoja superior con mayor relieve y con un dibujo de un oso grabado. En la otra cara estaban los rostros de mis abuelos elfos de perfil. La volví a guardar y devolví la bolsita al elfo.

Regresamos a la Casa de Fieras. No había nadie. Nos quedamos los tres mirando la gruta del oso. Bueno, el duende miraba encima de la jaula, donde estaba su monumento gigante. Tenía las manos en las mejillas y suspiraba de vez en cuando.

—Venga —exclamó el elfo—, vamos a entrar.

—Pues va a ser difícil —contesté.

Los barrotes eran de hierro y además tenían un buen candado. No podía pasar entre los barrotes porque, aunque mi abuela la de Getafe diga que estoy flacucho, no estoy tan delgado, estoy en percentil cincuenta. Y si yo no podía pasar, el elfo menos. El duende era el único que podía pasar entre los barrotes, pero seguía embobado mirando su estatua.

—Venga, Burbureto —insistió el elfo—, tenemos que entrar.

El duende sacudió la cabeza como si se acabara de despertar. Se fue silbando hasta los barrotes, trepó hasta el candado y lo abrió.

—Bah, candados de humanos... —E hizo una pedorreta.

La jaula era pequeña, demasiado pequeña para un oso. Parecía una mazmorra medieval con el suelo a dos alturas. La luz entraba por una ventana redonda en el techo. Hacía más fresco allí dentro.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Buscar el portal —me respondió Édilmar—. Debe de haber una puerta secreta, un resorte...

El interior era de piedra y cemento. No parecía que hubiera ninguna trampilla o resorte de los que decía el elfo. Pero buscamos y buscamos, menos el duende, que no buscó, pero que fue el que lo encontró. Burbureto estaba comiendo gusanitos cuando se apoyó con la mano en la pared y hundió, sin querer, una piedra más o menos de su tamaño. Oímos un chirrido detrás de nosotros y nos giramos. Una losa del suelo se había levantado como una trampilla.

—Burbureto, creo que has dado con el resorte que abre el portal a Alistea.

## 12

# La ribera de mi abuela

EL HUECO DE LA TRAMPILLA DE LA GRUTA del oso no era muy grande. Una persona un poco gorda o de hueso ancho como mi abuela la de Getafe no entraría por allí. Solo había un tubo de oro con una gran pendiente. Una especie de tobogán gigante del que no se veía el fin.

—Yo iré primero —dijo el elfo con los pies dentro del tubo—. Solo hay que deslizarse.

—¿Qué habrá al final del túnel? —le pregunté.

—Lo sabremos cuando lleguemos.

El elfo puso las manos sobre su pecho como una momia egipcia y se lanzó. En unos segundos le perdí de vista, pero podía oír cómo se deslizaba. Me puse en posición de momia. No me lo pensé dos veces, me lo pensé al menos siete, pero al final me tiré.

Cada vez iba más rápido y las curvas eran impresionantes. Había tirabuzones y triples mortales en los que me deslizaba por el techo de la potencia que llevaba. Yo iba gritando, el duende también. Claro que los míos eran gritos de terror y los del duende de diversión. Había salido de mi capucha y se agarraba a mis orejas o a mi pelo y gritaba: «¡Yuju!», y el tío se partía de risa.

Más y más velocidad, hasta que salí propulsado por el aire como un cohete. Estaba en una especie de cueva. ¡Volando! No sabía a qué altura porque no podía ver el suelo. Enfrente, a unos cuantos metros, había una pantalla de luz que se había tragado al elfo. «¡Uy! ¡Uy! ¡Uy!», decía el duende mientras se abrazaba a mi cara. La puntera de mi pie derecho rozó la pantalla y esta me tragó.

Me envolvió una luz blanca y espesa que me posó con suavidad en el suelo

y desapareció.

—¿Qué tal, Marcos? —el elfo se tiraba del chaleco para colocárselo mejor.

—Pues si no llega a ser porque a mi padre le gusta comprarme las zapatillas un número o dos números más grandes, creo que no hubiera llegado a la pantalla.

—Burbureto —dijo el elfo—, ¿no te parece que ha sido demasiado fácil entrar en Alistea por este portal? Para entrar en Ciudadela Capital un duende debe abrir el portal que desaparece a los pocos minutos, se llega a La Nube y allí un pegaso decide si debe bajar, y luego el centauro... Y aquí hemos llegado sin ninguna barrera o control.

—Bueno, esto es distinto —le respondió el duende—. Esto no es Ciudadela Capital.

Estábamos en medio de un bosque misteriosamente misterioso. Un paisaje que ponía *los pelos de gallina*. Caminamos entre árboles delgados y tan altos que se perdían entre las nubes. Bueno, he exagerado, se perdían entre la niebla. Por eso la luz era como la que se cuela por las rejillas de las persianas a la hora de la siesta. No se veía muy bien. A lo lejos me pareció ver un zorro corriendo de puntillas. Otras sombras pequeñas se deslizaban de un árbol a otro, escondiéndose. En el cielo, los pájaros en lugar de piar se reían con carcajadas siniestras y el viento silbaba como una serpiente de cascabel.

De repente noté algo que correteaba por encima de mis pies. Miré lentamente hacia abajo repitiéndome que eran imaginaciones mías, como dice mi padre cuando oye un ruido en la carrocería aparcando el coche. Pero no eran imaginaciones, había un rasguño, perdón, algún tipo de roedor. Di unos pisotones rápidos en el suelo y el animalito salió corriendo a cuatro patas hasta un árbol al que trepó y se abrazó.

Tal vez solo fuera una ardilla. «Cáscaras de plátano», dije para activar mi infravisión élfica y poder ver con más claridad en la penumbra de aquella niebla *persianera*. Miré hacia el árbol a la altura en que se había parado la ardilla, pero no había nada. Solo un bulto en la corteza.

—Édilmar, he visto una ardilla que...

—No era una ardilla.

El elfo removió la tierra del suelo con el pie y salió otro bicho que

caminaba a cuatro patas. Édilmar lo cogió con la mano. La criatura agitaba sus patitas intentado huir. No. Aquello no era una ardilla.

—Es un abrazárbol —me dijo.

Su tamaño sí era el de una ardilla, pero era un animal distinto. Distinto a una ardilla y a cualquier otro animal que hubiera visto antes. En lugar de piel, por la parte de arriba tenía corteza como la de los árboles. La corteza era marrón y áspera, lo sé porque me atreví a acariciarlo. Por la parte de la cara y la barriga era madera blanca esponjosa y húmeda. Por aquí ya solo me atreví con el dedo índice y este se me quedó muy pringoso. Parecía que tenía ojos, cada uno de un tamaño, y la boca abierta, pero no.

—No —dijo Édilmar—. No son ojos ni boca. Esos dibujos son la veta de la madera. En realidad los abrazárboles son ciegos. El animal se crea a partir de un trocito desprendido de la raíz del propio árbol. Envuelto en tierra removida y cálida se va desarrollando como un gusano en su capullo antes de convertirse en mariposa: primero la cabeza, después la cola y finalmente las patitas. Cuando está totalmente formado, el abrazárbol sale a la superficie. Camina sin ver nada hasta que choca con un árbol, entonces trepa hasta la altura en que el árbol necesita cariño, curarse... se abraza a él y pasa a formar parte de su corteza. A veces forma un bulto del que nacerá una nueva rama.

Dicho esto Édilmar posó al animalito en el suelo. Corría todo lo rápido que le permitían sus cortitas patas. «Qué ricura», exclamé entonces. Se chocó con una piedra y, atontado por el golpe, se desvió hacia mí. Volvió a chocar, pero ahora con mi tobillo, y trepó hasta mi rodilla, a la que se abrazó muy fuerte.

—¡Maldito bicho! —grité—. ¡Quítamelo! ¡Ay! ¡Quítamelo!

—Tranquilo —dijo el elfo riéndose a carcajada limpia—. Es inofensivo.

El duende se cayó de culo del ataque de risa que le dio. El elfo me desenganchó el abrazárbol de la pierna soltando una a una sus patitas. Lo volvió a dejar en el suelo y salió corriendo para chocarse con el árbol y después trepar para abrazarse a él hasta convertirse en parte del árbol.

Sí, lo reconozco, me puse a gritar como un loco, pero es que me imaginaba que el abrazárbol se iba a quedar para siempre en mi pierna. Y a lo mejor hasta podía salirme una rama de la rodilla. Una tarde en casa de Dani oí a la petarda de su hermana (lo de petarda no lo digo yo, lo dice Dani) cómo gritaba de dolor en el baño. ¿Por qué? Porque se estaba depilando las piernas.

Imagínate si en lugar de depilarte te tienes que podar las ramas de las piernas.

Mi madre no se depila porque es sueca, perdón, elfa, y las elfas no deben de tener pelos en las piernas. Las suecas, ahora que lo pienso, a lo mejor sí que tienen pelos en las piernas, pero no sé si se depilan. Tal vez no, porque como en Suecia hace tanto frío con los pelillos de las piernas estarán más abrigaditas, digo yo (esto es solo una teoría mía, para confirmarla deberías preguntárselo a una sueca si tienes oportunidad).

La verdad es que el abrazárbol no me había hecho ni pizca de daño, pero me seguí quejando para que el elfo y el duende se sintieran mal por haberse reído tanto de mí.

Seguimos caminando entre los árboles, yo fingiendo una pequeña cojera. El suelo estaba blandito porque estaba enmoquetado como el de la clase de las nubes, que es donde nos juntábamos a jugar las tres clases de primero de Infantil cuando no podíamos salir al patio. La moqueta del bosque, igual que la moqueta de la clase de las nubes, era de color verde oscuro y en algunos sitios estaba húmeda, pero olía mucho mejor: a naturaleza salvaje (no a naturaleza de granja, como la clase de las nubes). La moqueta era de musgo, según dijo el elfo. Nos limpiamos las manos pringosas de la savia del abrazárbol en el musgo (bueno, yo solo el dedo índice).

Un rato después el elfo se paró.

—Vamos a sentarnos en esta piedra un momento.

—¿Vamos a descansar ya? Tenemos que seguir caminando para saber algo de mi madre.

—No tiene sentido seguir caminando si no sabemos por dónde debemos ir.

—¿Qué? ¿No sabes dónde estamos?

—No.

—Pero entonces qué vamos a hacer si...

—Chsss —Édilmar pidió silencio y cerró los ojos.

¡Toma ya!, el tío va y cierra los ojos. Ojos que no ven, corazón que no siente, como se suele decir. Nos quedamos sentados en aquella piedra en silencio y el trasero se me quedó helado.

Me dio por pensar: ¿cómo es posible que Édilmar no sepa dónde estamos? Aunque la verdad, si apareces de repente en un lugar de España, es difícil que sepas en qué lugar te encuentras. Yo no lo sabría a no ser que fuera una ciudad

a la que hubieran ido mis abuelos de viaje con el hogar del jubilado y de la que me hubieran traído una camiseta de recuerdo. Tengo una camiseta con un dibujo de la Torre del Oro. Entonces, por ejemplo, si aparezco de repente en un sitio y veo la Torre del Oro, ya sé que estoy en Sevilla. Tengo otra camiseta con un dibujo de un acueducto. Si aparezco de repente en un sitio y veo un acueducto enfrente, ya sé que estoy en Segovia.

Pero hay sitios de los que tengo camiseta de recuerdo pero aunque apareciera allí no sabría dónde estaba. Por ejemplo, en la camiseta que llevaba puesta ponía: «Mi abuela que me quiere mucho me ha regalado esta camiseta de Gandía», y aparecía un dibujo de un sol sonriente con gafas de sol. Pues, con esas pistas de la camiseta, puedes aparecer de repente en la mismísima Gandía y no saber que estás en Gandía, porque el sol seguro que no lleva esas gafas para no deslumbrarse a sí mismo. Ahora, que la camiseta está bien, que tiene capucha y todo.

—Escucha —dijo Édilmar—, se oye el rumor de un río. Vamos hacia allí.

—Un minutito y voy.

Lo del minutito es porque a veces, cuando oigo que corre agua, me entran ganas de hacer pis, no puedo evitarlo. Yo no soy como esos héroes de las pelis que nunca tienen que ir al baño.

Aliviado, caminamos guiándonos por el ruido del río. El duende había decidido caminar un poco e iba delante de nosotros. Movía y giraba sus largas y puntiagudas orejas como si fueran unas antenas para oír mejor. La niebla poco a poco desapareció y los pájaros que antes parecía que se reían con carcajadas siniestras ahora piaban alegres. Los graciosos abrazárboles seguían correteando y trepando a los árboles. Un pequeño ciervo que todavía no tenía cuernos, sino pelusilla en la cabeza, curioseaba a nuestro alrededor. En cuanto lo mirábamos se escondía, pero al rato volvía a asomarse entre los árboles para vigilarnos con ojos tiernos.

La arboleda se terminó y llegamos a una pradera enorme por donde corría un río ancho con algún que otro árbol a las orillas. El río Alys, dijo Édilmar que se llamaba. Para que te hagas una idea del paisaje te diré que se parecía a la ribera del pueblo de mi abuela la de Getafe, pero más grande y sin parrillas ni mesas para merendar, ni piraguas para alquilar. Claro que a lo mejor tú no conoces la ribera del pueblo de mi abuela. Bueno, pues para que te hagas una

idea te diré que la ribera del pueblo de mi abuela se parece mucho a un río y a una pradera que hay en Alistea.

Nada más llegar a la pradera, Édilmar se puso la mano en la frente en forma de visera para observar alrededor. Después se quedó mirando fijamente un punto.

—El Palacio del Origen —murmuró.

Miré donde estaba mirando él. A lo lejos se veía lo que debía de ser el Palacio del Origen: un huevo. Un gran huevo es lo que parecía aquella construcción blanca de forma *huevalada*. Podía ser de mármol. Tenía grandes ventanas alargadas. Brillaba y era tan bonito que casi hipnotizaba.

El elfo ahora parecía que pensaba en voz alta:

—El Palacio del Origen está cerca, a pocos días de viaje. Demasiado cerca... debemos de estar lejos de Ciudadela Capital. Tal vez yo... —Édilmar abría y cerraba su mano.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Nada. Creí que el portal nos llevaría más cerca de Ciudadela Capital...

—Y tal vez Édilmar se convierta en... —dijo Burbureto y se quedó quieto, muy quieto. Como una estatua.

—No te preocupes, Marcos. Solo hay que darse más prisa.

Caminamos hacia el río Alys. La hierba de la pradera estaba revuelta, como si la hubieran peinado pequeños remolinos. Olía a verdor. Sí, se respiraba el color. Repartidas por el prado, había flores rojas, blancas, azules y amarillas. Después todas aquellas flores nos rodearon. ¿Se habían movido las flores? Me fijé en dos flores que había cerca de mis pies. Caminaban. Cada flor tenía dos tallos. Eran sus patas, como las patas delgadas y larguiruchas de una cigüeña. Las flores, además, cuchicheaban entre sí y correteaban a nuestro alrededor.

—Eh —dije—. Estas flores están caminando.

—Claro —dijo Édilmar sin prestar atención a las flores—, son flores silvestres. No querrás que se estén quietas.

Así, acompañados de más de cien flores silvestres de colores, llegamos a la orilla del río. El agua estaba muy limpia y corría con fuerza.

—Debemos caminar siguiendo la corriente del río —dijo Édilmar—. Cuando encontremos un puente, pasaremos al otro lado.

Al duende le dio por perseguir a las flores silvestres, corría tras ellas con

los dos brazos extendidos, pero justo cuando estaba a punto de cogerlas, las flores echaban a volar. Volaban girando sobre sí mismas y desprendían distintos olores: la roja olía a piruleta de fresa, la blanca a pan tostado, la amarilla a lima-limón, la azul a... no sé muy bien a qué olía la azul, tal vez a Sugus de piña...

—Nadie es capaz de coger una flor silvestre —dijo el elfo.

No había terminado de decir esto que una flor azul se posó en mi mano y la cogí. Édilmar me miró y sonrió.

—En realidad, sí he visto a alguien coger una flor silvestre: a tu madre.

Solté la flor, que dio dos vueltas alrededor de mi cabeza y después se fue al suelo para cuchichear con una flor roja y una flor blanca.

Cuando el cielo ya estaba naranja y el sol se empezaba a esconder llegamos a un puente ancho de piedra. Las flores, en cuanto vieron que íbamos a cruzarlo, salieron corriendo y volando, y salpicaron toda la pradera de colores.

Habría cruzado la mitad del puente cuando noté aquel olor. No tenía nada que ver con el de las flores de antes, olía a algo así como a huevos podridos. Estaba claro, uno de mis dos compañeros tenía gases. En una situación de estas, a cuando huele mal me refiero, y solo estás con otra persona, si no has sido tú el, digamos, emisor del tufo, pues sabes que ha sido el otro. Y el otro sabe que ha sido él y viceversa. Pero cuando hay tres personas y no has sido tú, el otro que tampoco es el «emisor» puede pensar que has sido tú. A mí eso me da mucha rabia. En esos pensamientos estaba cuando Burbureto dijo:

—Yo no he sido.

—Yo tampoco —me apresuré a decir yo para que el duende no se quedara con la duda de que podía haber sido yo el de los gases.

O sea que había sido Édilmar, con lo finolis que parecía. Olfateó el aire como disimulando y luego se giró hacia atrás, donde estábamos nosotros, y dijo:

—¡Rápido! Corred hacia mí.

Vaya con el elfo pedorro, quería que justo en ese momento fuéramos a sus brazos. Yo me hice un poco el remolón para que corriera el aire. Burbureto, pues lo mismo.

—A vuestra espalda —grito Édilmar—. ¡Un trol!

Nos giramos. Era una criatura enorme: al menos dos veces más alta que el elfo y cinco veces más ancha. Su piel era parecida a la de un rinoceronte que se hubiera rebozado en el barro. No tenía cuello. Yo creía que a los troles les salían pelos de las orejas, pero no, porque no tenía orejas. Por nariz solo tenía dos agujeros. Avanzaba con pasos torpes hacia nosotros haciendo retumbar el puente y lanzando potentes gruñidos. Llevaba una gran garrota en su mano que agitaba en alto.

Burbureto trepó a mi capucha y salimos corriendo hacia Édilmar. Corríamos para huir del trol, pero en el otro lado apareció el hermano mayor, un trol más grande todavía. Emitió un sonido que a mí me sonó a risa estúpida. El elfo desenvainó la espada.

—Poneos junto a la barandilla.

Édilmar salió corriendo hacia el primer trol. Le pinchó con la espada en la rodilla. Digo *le pinchó* porque no llegó a clavársela. Era como si hubiera pinchado con una aguja de hacer punto en una roca. Aquello irritó al trol, que intentó golpearle con la garrota, pero el elfo saltó a la barandilla y se salvó. Volvió a pincharle, ahora en la barriga. El trol enfureció y volvió a intentar golpearlo. Édilmar volvió a esquivarlo. El monstruo enloqueció. Lanzó un gruñido que reventaba los tímpanos. El elfo huyó. El trol le perseguía intentando darle con la garrota, pero solo golpeaba el suelo. El puente temblaba y el duende y yo también. Édilmar corría hacia... el otro trol.

Cuando Édilmar llegó donde estaba el otro trol, se coló entre sus piernas. Los dos troles querían golpearle, pero en realidad se golpearon el uno al otro. Se miraron con cara de pocos amigos. El primero lanzó un gruñido bobalicon: «¡Ah!». Yo no entiendo el idioma de trol, pero podría significar: «¿Y tú de qué vas?», y le golpeó con el garrote. El otro le respondió: «¡Ah!», que yo creo que traducido vendría a ser: «No. ¿De qué vas tú?». Y le devolvió el garrotazo. Así, mientras ellos se entretenían arreglando sus diferencias, cruzamos el puente muy pegados a la barandilla para no interrumpirlos.

—Son estúpidos —dijo Édilmar—, pero no se les puede vencer con la espada ni con las flechas. Bueno, los hemos dejado sin cena. Creo que al final no era tan fácil entrar por este portal a Alistea.

Pues no había sido el elfo el culpable del mal olor, habían sido los troles. No, si ya me parecía a mí, porque mi madre tampoco tiene gases. Ni siquiera

los sábados cuando volvemos en el coche con la ventanilla bajada de Getafe después de comer el cocido de mi abuela. Al principio yo creía que era porque era sueca, pero va a ser que es porque es elfa. Ahora que, yo creo que las suecas, siendo tan guapas, tan rubias y con los ojos tan azules, seguro que no tienen gases. Que no les pega nada, vamos (esto, aunque casi seguro que es así, es solo una teoría mía. Por eso, si te encuentras con una sueca, y como le vas a preguntar si tienen pelillos en las piernas y si se los depilan, ya de paso le puedes preguntar también lo de los gases).

Yo soy humanelfo. Y tengo al menos dos cualidades de los elfos: tengo infravisión élfica y soy ambidiestro. Pero la cualidad de no tener gases... esa cualidad élfica no la tengo.

Caminamos cerca de la orilla del río siguiendo la corriente. Estaba oscureciendo, la luz que teníamos era la de la luna y empezaba a refrescar. Además, yo ya tenía hambre. La tripa me rugía casi como un trol.

—Mirad allí —dijo Édilmar señalando con el dedo.

Había una casa no muy grande de piedra gris y tejado negro pegadita a la orilla del río. De la chimenea salía humo y en la ventana más grande había luz. Me recordaba a una casa rural en la que había estado con mis padres la Semana Santa pasada.

No tardamos en llegar allí, parecía que el río rugía con más fuerza. La casa tenía una puerta de madera vieja con remiendos de hojalata de tapas de latas de conservas y un picaporte oxidado. El elfo llamó con los nudillos. La puerta chirrió. Una mujer pequeña y rechoncha con delantal blanco nos sonrió de manera muy dulce:

—Bienvenidos a vuestra casa.

# 13

## La Molinera

ENTRAMOS. La luz del farol que llevaba la mujer dejaba algunos rincones en penumbras muy fantasmagóricas. El suelo estaba lleno de polvo. Muchísimo polvo. Aquí mi amigo Dani, que es alérgico al polvo, no podría haber entrado, y mi abuela de Getafe tampoco. Mi abuela no es alérgica, pero le da un ataque si ve tanta suciedad. Desde luego, si aquello fuera un alojamiento rural, en la tarjetita de «ayúdanos a mejorar» iba a marcar la carita enfadada en el apartado de limpieza.

En el medio de aquella habitación había dos ruedas de piedra gigantes, una encima de la otra. La de arriba estaba girando. Al lado de las piedras había una especie de bañera de madera. Sobre la pared de la derecha estaban apoyados unos sacos. A la izquierda no se veía ni torta del montón de sombras fantasmagóricas que había.

—Y este niño —me dijo la mujer del delantal cogiéndome la barbilla con una mano y sonriendo con la boca y también con los ojillos—. ¿Quién es este niño tan guapo?

—Marcos —dije. Casi seguro que me puse un poco rojo porque no soy tan guapo—. ¿Y usted?

—Molinera. Aunque en cada sitio me llaman por un nombre distinto, y no me hables de usted, por favor. ¿Habías estado antes en un molino de agua?

—No.

—Asómate a la ventana y mira abajo.

Abrí la ventana y me asomé. Era de noche, pero con la luz de la luna se podía ver cómo la corriente del río hacía girar una rueda con paletas de madera. Por eso el ruido del río era más fuerte cuando nos acercábamos a la

casa.

—¿Has visto cómo la fuerza del agua hace girar las palas de madera? —me preguntó la Molinera—. Pues bien, las ruedas, al girar mediante un mecanismo de engranajes y ejes, hacen girar esta pesada rueda de piedra que muele los granos de trigo para conseguir la harina que recogemos en este barreño alargado.

El polvo del suelo debía de ser harina y los sacos debían de estar llenos de harina también.

—Y ahora, por favor, seguidme. Vamos a la planta de arriba.

Se fue en dirección a las sombras iluminándolas con su farol. La seguimos. Caminaba a pasitos cortos y hubo algo que me llamó mucho la atención y que comenté con el duende, que iba subido en mi hombro.

—Burbureto —murmuré—, el suelo está cubierto de harina y las pisadas de la Molinera no dejan huella como las del elfo o las mías. Y eso que ella está un poco gordita.

La Molinera se giró. Me miró levantando las cejas y dándose suaves golpecitos con la mano en la cabeza dijo:

—Se me había olvidado.

—¿Qué? —le pregunté.

—Dejar huellas. Que se me había olvidado dejar huellas. Sé que a muchos os gusta que deje huellas. Lo siento, es que soy un poco despistada.

—Nada, nada —dije—. Yo también soy bastante despistado. Y no estás gorda, si acaso es que eres de hueso un poco ancho, como mi abuela la de Getafe.

Ella sonrió. No sé por qué, pero aquella explicación de no dejar huellas por despiste me pareció bastante lógica.

Seguimos a la Molinera, que ahora ya dejaba huellas, hasta una escalera de caracol de hierro que necesitaba una buena mano de pintura. Subimos.

Arriba, la habitación estaba iluminada con varios faroles, pero aun así la luz era suave. El suelo era de madera y crujía cuando lo pisabas. El techo era abuhardillado y tenía vigas de madera. Había una chimenea grande en la que chisporroteaba el fuego.

—Por favor, sentaos —dijo la Molinera.

Nos sentamos en unas sillas de madera que, al igual que la mesa, todavía no

estaban pintadas ni barnizadas y a las que se les veían las vetas (que son lo que yo creía que eran los ojos y la boca del abrazárbol)

—¿Cuál es tu comida preferida, Marcos?

—Pues la pizza, las croquetas de mi abuela la de Getafe... Tengo otra abuela, pero nunca he comido sus croquetas.

—Pues marchando una de pizza —dijo la Molinera—. Harina tenemos seguro.

Amasó la harina y el agua hasta conseguir una masa redonda y plana. La giró varias veces en su dedo y la lanzó al aire con fuerza. Menos mal que estábamos en la parte en la que el techo era más alto. La masa alcanzó mucha altura y allí se quedó, flotando y girando.

—Mientras tanto voy a por los ingredientes.

Abrió un armarito blanco, sacó varios botes y los puso sobre la mesa. Los botes tenían pegadas unas etiquetas escritas a mano con muy buena letra. El duende se subió a la mesa para leerlas en voz alta: tomate de la huerta la gloria, precioso del norte —«mucho mejor que el bonito», puntualizó Burbureto—, beicon de cerdo de la dehesa paraíso, anchoa, bermellón y esmeralda... y había más ingredientes que no recuerdo.

La masa volante por fin aterrizó en la mesa. Había crecido hasta hacerse una pizza de tamaño familiar, pero de familia numerosa, incluidos abuelos, suegros, nuera y *nuero*. La Molinera añadió los ingredientes y le quedó bonita y muy colorida. Después con una pala gigante metió la pizza en un horno que no tenía puerta ni botones para precalentar a ciento ochenta grados como suele poner en los envases de las pizzas.

—¿A dónde os dirigís? —preguntó la Molinera.

—A Ciudadela Capital —contestó el elfo—. ¿Tiene alguna información del pueblo elfo o del Territorio Maldito?

—Ninguna que os sea de utilidad —repuso la Molinera mientras miraba el interior del horno.

El duende, que estaba encima de la mesa, señaló con el dedo pulgar y con la cabeza al elfo.

—Este quiere llegar a Ciudadela Capital en un tiempo que es imposible llegar.

—Muy bien —dijo la Molinera—, si es imposible solo tenéis que ver la

manera de hacerlo posible. —Respiró hondo y añadió—: Qué bien huele, la pizza ya está lista.

Sacó la pizza del horno con la gran pala y la dejó en el centro de la mesa. Es verdad que olía bien. Olía que alimentaba.

—Lo siento —dijo la Molinera mientras llenaba unos vasos con un líquido oscuro—, pero no tengo ensalada para acompañar. Los gamusinos se han comido todas las lechugas.

—Por mí no se preocupe —dije—, no soy muy de lechuga.

—Es un refresco de frambuesa y grosella con un pellizquito de pimienta —dijo la Molinera cuando se dio cuenta de que miraba con curiosidad el vaso que tenía enfrente—. Espero que te guste. Es casero.

Estaba en Alistea a punto de comerme una pizza y me di cuenta de que en realidad no sabía nada del mundo en el que estaba. Y cuando yo no sé algo tengo una costumbre: preguntar.

—¿Me podríais explicar un poco este mundo?

—¿Explicar un poco de un mundo? —preguntó el elfo—. Es difícil explicar un mundo, lo mismo te ocurriría si tuvieras que explicarme el tuyo. —Miró la pizza y dijo—: Voy a intentarlo.

El elfo cortó la pizza en ocho partes iguales, después fue quitando triangulitos de pizza, retiraba una porción y dejaba la siguiente. Pidió un huevo a la Molinera y lo colocó de pie en el centro de la pizza.

—El huevo representa el Palacio del Origen. —Me miró para comprobar que estaba atendiendo.

Así, con una pizza en la mesa y al calorcito del fuego de la chimenea, me contó esta historia:

—Hace mucho tiempo las criaturas mágicas y fantásticas habitaban vuestro mundo. Algunas, como las hadas o los duendes, vivían en convivencia directa con los humanos. Pero vuestro mundo se fue *desarrollando*, creo que esa es la palabra que utilizáis: las ciudades crecían en tamaño e inventasteis muchos artilugios que provocaron que la magia ya no fuera necesaria. Se nos empezó a ver con recelo y cierto temor, éramos diferentes. No había sitio para nosotros y empezamos a ser perseguidos.

»Hay cientos de teorías que intentan explicar el origen de nuestro mundo, pero hay una que es la más popular, sobre todo entre los enanos:

»Se dice que un dragón escarlata se alió con los humanos y traicionó al resto de las criaturas mágicas y fantásticas, las guio hasta un palacio con la promesa de que allí se firmaría la paz entre seres mágicos y hombres. El palacio era ovalado, de marfil y cristal, y estaba construido al borde de un alto acantilado. Cuando todas las criaturas estuvieron dentro, los humanos cerraron las cuatro puertas y con un sistema de palancas consiguieron que el edificio cayera al vacío desde aquel alto acantilado. No les resultó complicado, porque el palacio tenía forma de huevo y, por tanto, no tenía una gran base sobre la que apoyarse. Dicen que el palacio no llegó a estrellarse contra el suelo, sino que desapareció en el aire ante los ojos incrédulos de los humanos y llegó a este universo paralelo. La criatura más poderosa de las que estaban encerradas, un dragón dorado, lo había hecho desaparecer. Pero el esfuerzo consumió toda su magia y energía y falleció. El dragón escarlata no corrió mejor suerte: murió. Los humanos lo asesinaron.

»Pero es probable que esta teoría sea solo una leyenda. Ni siquiera en el reino en el que existen los dragones no existen ninguno escarlata ni ninguno dorado.

El elfo descansó para tomar un trago de frambuesa y grosella. Yo aproveché para hacer lo mismo. Al beberlo me dio un pequeño escalofrío. Estaba riquísimo. Abrí mis ojos y mis orejas. La historia continuaba:

—Fuera como fuera, en lo que sí coinciden todas las teorías es que el inicio de nuestro mundo fue allí, en el Palacio del Origen. Las criaturas salieron por cada una de las cuatro puertas del palacio, y de cada puerta surgió un reino.

»Voy a simplificar la historia para que sea fácil de entender, así debes considerarlo. Las porciones de pizza representan los cuatro reinos entre los que se repartieron todas las criaturas: Alistea, Sayagatia, Albea y Sanabatía, que conforman nuestro mundo: Trébolia. Los espacios de las porciones intermedias que he retirado representarían el mar. Los territorios no son islas porque están unidos por el huevo, perdón, por el Palacio del Origen, pero salvo por este punto están rodeados de agua. Cada cierto tiempo se organiza la Marcha de la Unión, una peregrinación desde cada uno de los cuatro reinos al palacio, donde nos reunimos todos.

El elfo desenvainó su espada y la posó sobre la mesa. Señaló un dibujo en la empuñadura.

—Este oso, como ya sabes, es el símbolo de nuestro reino —dijo esto y me mostró el otro lado de la empuñadura—. Y este es el símbolo de Trébolia, nuestro mundo: un trébol de cuatro hojas, una por cada reino. ¿Ves que la hoja de arriba es roja en lugar de verde? Identifica Alistea y su situación al norte de Trébolia. El mismo sistema para el resto de los territorios. Por ejemplo, el trébol de Albea tiene la hoja de abajo azul porque se encuentra al sur.

Recordé que había visto el símbolo del oso y el trébol de cuatro hojas antes: en los estandartes de la cueva de la cascada y en las monedas que tenía Édilmar.

—Y claro —dije yo por intervenir—, aquí habrá muchos tréboles de cuatro hojas.

—Ninguno —repuso el elfo—. Solo existen en vuestro mundo. Si una criatura está visita en vuestro mundo y echa de menos Trébolia y derrama una lágrima que cae al suelo, nace un trébol de cuatro hojas.

En el parque de mi *urba* era fácil encontrarlos, y ahora sabía el motivo: eran lágrimas de mi madre. Me dio mucha pena y me bebí mi vaso de zumo de un trago. No quería llorar y que se me saltaran mis lágrimas, que no vienen acompañadas de tréboles de cuatro hojas, ni de tres, solo de mocos.

—¿Y qué criaturas hay en Alistea? —pregunté.

—¿Criaturas? Bueno, ya sabes que hay elfos, duendes, troles... también hay ojancos, hadas, malismos, xanas, hipogrifos, tragaldabas... qué se yo, hay tantas que podría estar toda la noche enumerándolas, pero ahora lo que tenemos que hacer es cenar si no queremos que se nos enfríe la pizza.

Después cogió la porción de pizza de Alistea.

—Alistea no tiene exactamente la forma triangular de la porción. —Pegó un bocado a un lateral y lo señaló con el dedo—. Aquí, por ejemplo, habría una bahía.

—Y aquí —agregó el duende mordiendo por el otro lado y hablando con la boca llena—, una playa.

Y así siguieron, dando mordiscos a la pizza por los laterales y explicando playas, calas o acantilados, pero no probaron el borde de la pizza.

—¿Y en el borde no hay playas, ni calas?

—No lo sabemos —dijo el elfo—. Nadie ha llegado hasta allí.

—Bueno —dijo el duende—, a lo mejor alguien ha llegado, pero no ha

vuelto.

El elfo puso unas anchoas atravesando de lateral a lateral la parte superior de la porción de pizza.

—Las anchoas representan la Cicatriz, la frontera con el Territorio Maldito. Un terreno poco explorado en su principio y nada explorado en su final. —Y señaló el área cercana al borde de la pizza.

La Molinera repartió dos porciones para cada uno, lo cual es de agradecer porque si se hubiera quedado la pizza en el centro de la mesa para que cada uno se fuera sirviendo según fuera comiendo, seguro que no la cato, porque ya sabes que el duende y el elfo (este en plan más finolis) son muy glotonos. Además tuve suerte y no me tocó Alistea, que con el rollo de explicar calas y playas estaba toda mordisqueada.

La pizza estaba *riquísima*, la mejor que he probado nunca. Bueno, no me comí el bermellón y el esmeralda, porque en realidad eran pimiento rojo y pimiento verde, pero con un nombre más comercial. Pero quitando eso, estaba buenísima, podría comerla todos los días y no cansarme. En mi casa solo cenamos pizza los sábados y a mi abuela, si se entera, ya le parece mucho, porque dice que la dieta mediterránea tradicional, con sus callos con chorizo y su morcillita, es mucho más sana y saludable.

Después, la Molinera cogió un trocito de masa y, como si fuera plastilina, moldeó un pajarito. Era un gorrión perfecto. A mí esto ya me sorprendió, pero no fue nada comparado con lo que hizo después. Lo metió con la paleta gigante en el horno que no tenía puerta ni botones. Lo dejó allí solo unos segundos. Luego sacó el pajarito horneado. Lo cogió entre sus manos y le sopló muy suave. El gorrión blanco y un poco tostado movió su cabecita a un lado y a otro. La Molinera lo posó en la mesa. Empezó a caminar a saltitos y a picotear las migajas de la pizza que quedaban en la mesa. Ella abrió una ventanita pequeña y el gorrión se fue volando. Y menos mal, porque yo creo que al duende le quedaban ganas de dar un bocado al pájaro-bollo.

—Y ahora —dijo el elfo—, a dormir, que mañana tenemos que madrugar.

Había solo una cama bastante pequeña y me la dejaron a mí. Era muy cómoda. Me dijeron que el colchón estaba hecho con lana de las perezosas de las laderas. El elfo tendió una manta en el suelo y se tumbó sobre ella. El duende se acomodó en la estantería en la que estaban los botes de las

especias. Nada más acostarse se puso a roncar con ese sonido tan particular de ronroneo de gato y silbido de serpiente. La Molinera nos deseó buenas noches y se fue a la planta de abajo.

Yo estaba tumbado boca arriba con las manos detrás de mi cabeza, mirando las vigas del techo a la luz de la luna que entraba por la ventana.

—¿Édilmar? —susurré.

—¿Uhm? —murmuró el elfo, que debía de estar a punto de quedarse dormido.

—La Molinera físicamente parece una persona humana un poco gordita, pero está claro que no lo es. Que no es humana, quiero decir, que gordita sí que lo es. ¿Qué es? ¿Un hada madrina? ¿Una bruja buena?

—La Molinera es... la Molinera. Muchos le confían sus semillas y ella les devuelve harina. Después ellos hacen con la harina lo que quieran: pan, bollos, magdalenas, pasteles variados...

No siguió con la lista de repostería porque se quedó dormido, pero no roncaba.

Intenté quedarme despierto un ratito más pensando en lo que me habían contado de este mundo, en lo que podría encontrarme al día siguiente. Pero el ruido del río, una vez que has hecho pis, es muy relajante y me quedé dormido como un tronco.

# 14

## Malismos

ME DESPERTÉ. No había mucha luz y me quedé mirando el techo, no estaba esa grieta de la que la constructora no se responsabiliza, sino vigas de madera y el techo inclinado. Me costó acordarme de que estaba en la planta de arriba de un molino. Me giré. El elfo ya se había levantado, estaba de pie junto a la chimenea. Ya no ardía el fuego, solo quedaban brasas. Me senté en la cama, me estiré para desperezarme y noté que el brazo derecho se me había dormido.

—Hola —le dije al elfo—, ¿ya es de día?

—Está amaneciendo —me respondió mientras abría y cerraba su mano izquierda.

—¿Tienes cosquilleo en el otro brazo?

—Sí. La petrificación continúa.

Entonces sentí un pinchazo en el estómago, me di cuenta de lo que me podía estar pasando.

—A mí se me ha dormido el brazo derecho. Creía que podía ser porque he descansado en una mala postura, pero debo de estar petrificándome...

—Tranquilo. En tu caso es una mala postura. No te preocupes.

«No te preocupes». Esto se puede decir cuando te sale repetido un jugador del Osasuna en los cromos de la Liga: «No te preocupes. Seguro que puedes cambiar el cromo con un compañero de clase». Pero cuando es posible que te estés convirtiendo en piedra, pues sí que te preocupas porque...

—Ya, pero soy un humanelfo. En parte también soy elfo.

—Precisamente eres un humanelfo, no un elfo. La Piedra Esmeralda, el símbolo del amor verdadero élfico, transmite sus latidos a través de las ramas del Árbol Sagrado a los corazones de los elfos. Solo de los elfos. No te

afecta. Seguro.

Se me pasó un poco el susto porque el elfo es el que sabe de esto de convertirse en piedra, y además es verdad que otras veces se me ha dormido algún brazo por descansar en una mala postura.

—Pero —añadí— ¿por qué fuera de Alistea no afecta el robo de la Piedra Esmeralda del Árbol Sagrado?

—Los elfos somos parte de un todo en el mundo mágico. Nuestros pensamientos y sentimientos no se entienden separados de nuestros semejantes. Fuera de aquí se rompe el sentido de unidad élfica y no nos vemos afectados, aunque tampoco nos recuperaríamos. Yo continuaba teniendo el cosquilleo en el brazo derecho en tu mundo.

—Entonces, ¿por qué no salís todos de Alistea hacia mi mundo?

—Alistea no es solo nuestra casa, es la de otras muchas criaturas. Sería rendirnos y dejarla en manos de Otrebor. No creo que él tenga buenos planes para Alistea.

—Buenos días —interrumpió la Molinera—. Qué madrugadores sois.

La Molinera estaba debajo de la luz que se colaba por una ventanita que había en el techo. Había aparecido allí como por arte de magia. La luz la iluminaba como un foco a una artista y yo esperaba que de un momento a otro se arrancara a cantar, pero solo dijo (eso sí, con voz bastante cantarina):

—A desayunar, amigos.

Fue decir esto y el duende se despertó. Abrió sus ojillos, olfateó levantando su larga nariz y después saltó desde la estantería hasta la mesa utilizando su gorro como paracaídas.

La Molinera, sin que la hubiéramos oído siquiera, había preparado la mesa para desayunar. Había un montón de tipos de panes humeantes que olían fenomenal: pan de pueblo, uno con nueces y cositas negras, pero que estaba muy rico, y multicereales, que en mi barrio cuesta cuarenta céntimos más que el normal. Y mermeladas. También había un motón de mermeladas en tarritos sin tapa. El duende fue metiendo su dedo con una uña bastante larga en cada uno de los tarros para decirnos de qué eran: mermelada de castaña, mermelada de mora, mermelada de higo, mermelada de frambuesa, mermelada de tomate... Cuando iba a meter el dedo en el último tarro me adelanté y dije:

—Mermelada de... ¿fresa?

—De fresa silvestre —dijo la Molinera—. Son muy difíciles de atrapar.

La Molinera nos puso una taza a cada uno. Mi taza era naranja. Con la jarra de leche en la mano, nos preguntó:

—¿Cómo queréis la leche? ¿Caliente, fría o templada?

Pues cada uno la queríamos con una temperatura: el duende caliente, el elfo fría y yo templada. La Molinera nos sirvió a todos de la misma jarra. Enseguida probé de mi taza y la leche estaba templada, como yo quería. Entonces probé de la taza del elfo y la leche estaba fría, como él había pedido. Y por último probé de la taza del duende y estaba caliente, como él le había dicho. Tres tazas con la leche con diferente temperatura y servidas de la misma jarra.

Comprobé lo de las temperaturas por desconfiado, porque en el desayuno del comedor del cole nos pasó algo parecido: en mi mesa estábamos ocho niños y cada uno pedimos la leche a una temperatura distinta, uno la quería helada, otro hirviendo, otro fría, otro caliente, otro templada... ¿Y qué dijo la cuidadora?: «Que sí, que sí, niños, que lo que queráis. Y ahora, rápido, sentaos que todavía me quedan cinco mesas por servir». Y nos sirvió a todos de la misma jarra. Luego probamos la leche. No había acertado casi con ninguna temperatura, en todas las tazas estaba la leche caliente.

Después del espectacular desayuno, la Molinera nos dijo que nos iba a preparar unas provisiones para nuestro viaje. Mientras tanto aproveché para rellenar la ficha de valoración o «ayúdanos a mejorar» que hay en los hoteles. Sé que casi nadie la rellena, pero yo sí porque lo suele poner bien clarito: «Tu opinión es importante». Como no encontré la ficha tuve que hacer yo una casera. Le puse caritas muy sonrientes en todo: «Atención del personal», «Cena y desayuno», «Habitación y cama», «Ubicación». Como incluí los apartados que quise, no puse «Limpieza» porque no estaría bien poner una cara sonriente según estaba la planta de abajo.

En «¿Recomendaría usted este hotel?») puse que no. Pero porque está en Alistea y es un sitio secreto para los humanos, que si no sí que se lo recomendaría a todo el mundo. Puse que se lo recomendaría a mi viejo amigo Dani, porque estaba seguro de que, aunque sea alérgico al gluten, la pizza del hotel rural la Molinera, con lo buena que está, no le daría alergia. Y también a un nuevo amigo, pero que es viejo y se llama Isidro, para que cambiara el

menú de sardinas de lata por aquella deliciosa pizza. Y a mi abuela la de Getafe, que no descansa bien y que seguro que en el colchón de lana de perezosas de la ladera dormiría fenomenal.

En «Sugerencias de mejora» puse que estaría bien servir las mermeladas en tarritos con tapa porque así nadie podía meter el dedazo con una uña bastante larga. Y es que yo al final solo probé la mermelada de fresa silvestre, porque me daba un poco de repelús probar las mermeladas en las que el duende había metido el dedazo con una uña bastante larga. Incluso puse un apartado de «Otros comentarios»: «Si algún día decides abrir hoteles-restaurantes en mi mundo, yo podría hacer el reparto de las pizzas. Estoy a punto de sacarme el carnet de moto GP».

Dejé la nota de valoración en la repisa de la chimenea y me asomé por la ventana. La brisa fría del amanecer me espabiló del todo. Se oía a los pájaros piar por encima del rumor del río. Al otro lado del río, en la pradera, algunas flores silvestres se estiraban desperezándose y al fondo se veía la arboleda, como un ejército de gigantes flacos y larguiruchos. De entre los árboles salió algo. Un puntito negro. Pero no era algo, era alguien, e imaginaba quién podía ser.

—Édilmir, alguien está en el bosque y va de negro. Creo que es el Homdesac.

—No te preocupes...

Otra vez «no te preocupes»: un señor vampiro sin boina que me quiere meter en un saco de terciopelo negro para llevarme a quién sabe dónde... pues sí que me preocupa.

—... le llevamos bastante ventaja y debe cruzar el puente de los troles — dijo esto sin ni siquiera acercarse a mirar por mi ventana. Estaba muy concentrado mirando la ventana de enfrente—. Ven, asómate a esta ventana.

—¿Qué ves? —me preguntó.

—¿La pradera?

—No —repuso el elfo—. Más allá. ¿No ves algo raro?

—¿El viento que agita un campo de trigo verde?

—No hay viento. Mira ahora.

Entre el trigo pude ver moverse algo negro y peludo. Cerca había otro, pero aquel de marrón oscuro.

—Son malismos —dijo el elfo preparando su arco—. Pero ¿qué hacen aquí en la superficie y tan lejos del Territorio Maldito?

Seguimos mirando por la ventana al campo de trigo. Una criatura salió de allí. Caminaba un poco encorvada y tenía todo el cuerpo recubierto de pelo largo de color marrón sucio. No podía ver bien su cara. Se estiró. No debía de ser más alta que yo. Olfateó como mi padre cuando entra en la cocina de mi abuela. Y siguió caminando hacia el molino.

El elfo abrió la ventana y disparó una flecha con su arco. Alcanzó al malismo. El bicho no cayó al suelo. Se evaporó. Algunos pelos se quedaron flotando en el aire, cuando tocaron el suelo también desaparecieron. Pero cuando ocurrió esto, diez, quince... no sé cuántos malismos salieron corriendo y gruñendo desde el campo de trigo para atravesar la pradera en dirección al molino. Corrían muy rápido y en ocasiones apoyaban sus manos en el suelo para tomar impulso y dar grandes saltos de longitud olímpicos. A Édilmar le dio tiempo a disparar cuatro flechas más. Aunque los malismos eran rápidos, las fechas los alcanzaron. Cuatro malismos se evaporaron en una nube de pelos.

El elfo cerró la ventana y justo en ese momento algo golpeó contra ella. Era un malismo de pelo negro. Había trepado hasta la segunda planta. Pegó su cara al cristal de la ventana. Era una cara gris y arrugada, con dos pequeños ojos hundidos y una nariz como una patata con la punta roja, como si estuviera resfriado. Y tal vez lo estuviera porque le goteaban mocos verdosos que se mezclaban con unas babas espesas que salían sin parar de su boca. Me caí de culo en el suelo del susto y respirando como mi amigo Dani cuando le dan sus ataques de asma, pero yo sin su botecito de chiflar.

Entonces subió la Molinera con nuestras provisiones. Se fue hacia la ventana. Se quedó mirando al malismo, suspiró, meneó la cabeza y abrió la ventana. El malismo abrió su boca babeante enseñando sus dientes separados y pochos. Respiraba por la boca de forma muy ruidosa, por la nariz no podría respirar por el resfriado, digo yo.

Yo todavía estaba sentado en el suelo. Empecé a alejarme arrastrándome sobre mi trasero.

—Esto es un molino, no pueden entrar —dijo la Molinera bastante despreocupada con un saquito de harina en la mano.

—¿Por qué no? —dije yo casi desde la otra punta de la habitación.

—Porque este es el lugar donde se transforman las semillas en harina. No soportan la harina...

—¿Por el gluten? —pregunté.

—No. No soportan la harina porque es símbolo de vida.

Dicho esto, abrió la ventana, tomó un puñado de harina del saquito que llevaba y se la tiró al malismo a la cara. Parecía que aquello le escocía. Soltó sus manos del alféizar de la ventana para llevárselas a la cara y se cayó. Se oyó un golpe y un quejido lastimero que se alejaba.

El elfo se asomó a la ventana.

—He alcanzado a cinco y hay uno herido, pero los malismos han alcanzado las posiciones que querían: cerca de la puerta del molino, escondidos detrás de piedras y árboles, donde es imposible alcanzarlos con las flechas. Están esperando a que salgamos para intentar acabar con nosotros.

—Entonces —dijo la Molinera, que guardaba los tarritos de mermelada en una estantería— solo tenéis que esperar hasta el mediodía, cuando el sol esté en lo más alto. Entonces huirán a esconderse a una gruta o el sol los consumirá y acabará con ellos.

—La ventana —dije—, ¿alguien podría cerrar la ventana?

Me estaba poniendo atacado de los nervios que la ventana en la que hace unos minutos había estado asomado un monstruo monstruoso y resfriado estuviera abierta.

—Tranquilo —dijo la Molinera mientras agitaba el tarrito de mermelada de tomate para intentar que el duende, que estaba abrazado a él, se soltara—, no pueden entrar aquí.

—No, si es por el frío, que entra un biruji —dije para no parecer un cobardica desde el rincón en que estaba escondido.

El elfo se acercó a la ventana y la cerró. Se asomó por el cristal de la derecha y dijo:

—Quedan seis horas para el mediodía. No podemos permitirnos perder un minuto, el tiempo corre en nuestra contra. —Se miró la mano izquierda y volvió a abrirla y cerrarla.

El cristal de la izquierda de la ventana tenía restos verdes del resfriado del malismo y babas que resbalaban por el cristal. Los mocos, si no son los míos,

me dan mucho asco. Y dirás tú, pues no mires a la ventana y punto, pero es que no podía evitarlo. Me pasaba lo mismo con los pelillos de la barbilla de la directora doña Mari Carmen: me daban repelús, pero una fuerza sobrehumana me impulsaba a mirárselos. Menos mal que se los quité. Claro, que una cosa es arrancar unos pelillos con un esparadrapo y otra es ponerse a limpiar unos mocos, que no eran los míos, de aquel cristal.

—Por favor, ¿podrías abrir la ventana? —dije. Abierta la ventana al menos no vería aquellas sustancias viscosas resbalando por el cristal.

—¿No tenías frío, querido? —dijo la Molinera.

—Sí, pero ahora empiezo a tener calor.

El elfo volvió a mirar por la ventana.

—Hay al menos doce malismos.

Se oyeron ruidos en el tejado. Pasos. El elfo miró hacia arriba levantando las cejas, me imagino que para calcular mejor, porque dijo:

—Arriba hay dos malismos más. Nos están esperando. Saldré yo, cuando el camino esté despejado continuaremos nuestro viaje.

La Molinera se acercó al elfo y apoyó la mano en su hombro.

—Salir por esa puerta sería un suicidio. Los malismos son agresivos. Tienen buenas posiciones y te atacarán en tropel. Acabarás con alguno, dos, tres, con suerte tal vez cuatro, pero no podrás con todos. Y serán ellos los que acaben contigo.

Eso le dijo la Molinera al elfo: acabarían con él. A mí la idea de perder al elfo me daba mucha pena porque aunque al principio me caía mal, ahora se había vuelto un tío estupendo que invitaba a churros y además me había salvado del Homdesac sin boina, de los troles...

—Es la única manera de salir de aquí —dijo Édilmar— y no hay tiempo que perder.

El elfo se acercó al duende, que tenía el gorro entre las manos y lo giraba sin parar, le dio unos golpecitos cariñosos con el dedo en la cabeza. Después se acercó a mí, me sonrió de medio lado, me estrechó la mano y me dio un abrazo: «Tranquilo, volveré», dijo. «O no», pensé, pero no se lo dije porque tenía un nudo en la garganta.

Oí sus pasos bajando las escaleras de hierro, luego los pasos en el suelo de piedra de la planta de abajo. Y después el chirrido de la puerta que se abría.

Fui corriendo al hueco de las escaleras y grité:

—¡Édilmár, no salgas! Hay otra forma de salir de aquí.

Se oyó un portazo.

¿Estaba dentro o estaba fuera de la casa?

Después oí unos pasos en el suelo de piedra.

—¿Qué otra manera? —preguntó desde el hueco de la escalera.

Una idea como un relámpago había venido a mi mente. Cuando llegamos al prado y vi el río me recordó a la ribera del pueblo de mi abuela. Es muy bonita, no tan espectacular como la de Alistea, pero no está mal. Tiene parrillas para hacer churrasco o paella, mesas y hasta alquiler de piraguas. Pues ahí estaba el quid de la cuestión: en las piraguas. Cuando entré en el molino vi lo que me pareció una bañera de madera, aunque era un barreño para recoger la harina, según dijo la Molinera, pero aquello podía ser una piragua perfecta. Tal vez no perfecta, pero era de madera, así que seguro que flotaba. Lo mejor de todo es que teníamos hasta remos: las paletas gigantes que utilizaba la Molinera para el horno. Podríamos salir por la ventana que daba al río con la piragua y las paletas y aprovechar la corriente para escapar de allí rápidamente. Además, no esperaban que saliéramos por allí.

Les conté el plan al elfo, a la Molinera y al duende. Me escuchaban arrugando la frente. Bueno, el duende, como tiene ya la frente arrugada de por sí, no sé si la estaba arrugando más para escuchar mejor o no. Cuando terminé, se hizo el silencio. Yo pensé que a lo mejor dirían: «Pero qué disparates cuenta este niño», o «tienes unas ideas de bombero», o «tú alucinas, ¿no?». Bueno, lo último no, que en Alistea no hablan así.

—Era imposible salir de aquí —dijo la Molinera—, y tú lo has hecho posible.

—Gran idea, pequeño estratega —agregó el elfo riendo.

Yo estaba encantado con que les hubiera gustado mi plan y con que me hubieran llamado estratega, que no sé muy bien lo que significa, pero que suena a tío importante, y me hinché como un pavo.

Fui corriendo a por las paletas del horno y de los mismos nervios de ser estratega, hablaba sin parar: «¿Veis las paletas? Esto lo llevas ante un notario de los concursos de la tele y te los certifica como remos oficiales, fijo... Y le tendremos que poner un nombre al plan, digo yo, ¿no?... ¿Plan M decís? ¿Que

la *M* es por Marcos? No, hombre, no tenías que... muchas gracias». Me hinché todavía más.

Fuimos a la planta de abajo y me asomé a la ventana. El agua corría con mucha fuerza. Me eché a temblar. En mi urbanización hay una piscina para los pequeños que no cubre y tiene el agua muy calentita. Aunque yo ya no me baño allí, porque tengo ocho años, casi nueve... y me da vergüenza. Tampoco me baño en la piscina grande porque:

—No sé nadar —le dije al elfo.

—Tranquilo, vamos en barca.

—Sí —añadió Burbureto—, vamos en este barreño alargado de recoger la harina. Tranquilo, hombre.

Me convencieron. Además era mi plan y no había otra forma de salir.

—Podéis llevaros algún saco de harina —dijo la Molinera—. Ya sabéis que los malismos no soportan la harina.

Cargamos un saco grande y dos pequeños en el barreño-piragua. Y luego llegó el momento de la despedida de la Molinera. Me dio un abrazo largo y mullidito que olía a pan recién hecho.

—Lo vamos a llamar el *plan Doble M* —exclamé—. *M* de Marcos y *M* de Molinera.

—No hace falta, cariño. *Plan M* está bien.

—No. Lo que es, es. Y tú has tenido la idea de la harina, que también es importante. Así que *plan Doble M*.

—Muy bien —dijo la Molinera con una sonrisa—. *Plan Doble M*, entonces.

Y yo noté en mis brazos que estaba todavía un poco más gordita porque se había hinchado como un pavo porque el plan llevaba su *M* de Molinera. Cuando el abrazo terminó y nos separamos, vi que me había manchado de harina, pero no me importó nada. Además, yo la había manchado de mocos porque lloré un poquito, allí en sus brazos. De todas formas no eran mocos desagradables como los del malismo, estos eran transparentes y no daban asco porque eran los míos.

Colocamos el barreño-piragua con los sacos de harina y las paletas en la repisa de la ventana. Como era el estratega, dirigí al elfo y a la Molinera para que bajaran el barreño al río. Conseguimos posarlo sobre el agua esquivando,

por los pelos, la rueda de paletas de madera sin hacer nada de ruido. Los malismos estaban al otro lado de la casa, pero había dos en el tejado. Teníamos que ser muy silenciosos.

Ahora nos tocaba a nosotros. El duende se metió en mi capucha. El elfo abrió y cerró la mano de su brazo izquierdo y apretó los dientes. Yo también tenía el cosquilleo, pero el mío era de dormir en mala postura. Nos agarramos a las cuerdas y bajamos hasta el barreño.

«Somos unos fenómenos. No hemos hecho ni pizca de ruido. El *plan Doble M* en marcha», dije yo muy bajito. Édilmar me sonrió como queriendo decir «eres un superestratega, macho». Le hicimos una señal con la mano a la Molinera. Bueno, se la hice yo porque era el estratega, lo que pasa es que digo *le hicimos* por no darme importancia. Ella debía abrir la puerta para distraer a los malismos. Nosotros cortaríamos las cuerdas de la barca y saldríamos de allí rápido, llevados por la corriente. El *plan Doble M* parecía perfecto.

Pero no lo fue.

## El descenso del río Alys

CUANDO OÍ EL CHIRRIDO DE LA PUERTA de la casa abriéndose, hice una señal de superestratega con las cejas y Édilmar cortó las cuerdas. Entonces ocurrió algo no previsto en el *plan Doble M*. La piragua no siguió la corriente, se fue hacia la rueda y una paleta dio un golpetazo a nuestra piragua. Se formó un escándalo tremendo, no por el golpe, sino por el grito que di del susto.

Los dos malismos del tejado asomaron la cabeza. Estaban sorprendidos y furiosos. Levantaron sus cabezas y gruñeron al cielo. Bajaban por la pared veloces como si fueran unas horripilantes arañas gigantes y peludas. Se me pusieron *los pelos de gallina*.

Nuestra barca se había quedado atascada en las paletas de la rueda del molino. El elfo intentaba separarla con el remo. El duende se agarraba a mi oreja izquierda y nervioso tiraba de ella imitando los movimientos del elfo con el remo. Animaba:

—¡Venga, venga, que ya están aquí! ¡Venga, venga, que nos van a matar!

Los malismos, cuando estuvieron a dos metros de altura, saltaron con los brazos estirados hacia la barca. Édilmar consiguió separar la piragua de la rueda. Uno de ellos ya no podría alcanzar la barca. Pero el otro sí. Un malismo iba a caer encima de mí. Le brillaban sus diminutos ojos hundidos como las brasas de la chimenea del molino. Abrió su boca babeante para morderme con aquellos dientes separados y pochos. Si no me devoraba, alguna enfermedad infecciosa me contagiaría, seguro.

Me tapé la cabeza con las manos. Pero el malismo no llegó a tocarme. Solo cayó sobre mí una nube de pelos marrones ásperos y grasientos y babas que

después desaparecieron. Los pelos, las babas no. Las babas, aunque me sacudiera las manos, no desaparecían. El elfo lo había alcanzado con su espada. El duende trepó a mi cabeza para aplaudir.

La barca cogió velocidad y pasamos el molino. En la pradera vimos una jauría de malismos acercándose a la orilla. Sin duda el gruñido de los malismos del tejado era para avisar a sus compañeros peludos. Había malismos negros, marrones, grises o con motas de esos colores. Serían doce o quince. Era difícil contarlos porque se movían muy rápido y además me había tapado los ojos con las manos, pero miraba de vez en cuando entre los dedos. Me encogí como un ovillo en la barca, con *los pelos más de gallina* todavía.

El elfo disparó siete flechas en pocos segundos. El duende le imitaba lanzando flechas imaginarias que acompañaba con un silbido mientras correteaba por la barca. Siete flechas, siete aciertos, siete nubes de pelos negros, marrones, grises o moteados flotando en el aire.

Pero otros siete llegaron a la orilla y apoyaron sus manos para impulsarse y dar un salto de longitud olímpico hasta la barca. El duende corrió a esconderse en mi capucha. El elfo lanzó el saco de harina al aire y con la espada lo cortó en dos. Se formó una niebla de harina tremenda. Cuando los malismos alcanzaron la barca se vieron envueltos en la harina y lanzaron quejidos y gruñidos. Era una especie de reacción alérgica, como las de mi amigo Dani, pero mucho más fuerte: en lugar de ronchones rojos, se les caía el pelo a mechones y se volvían más feos todavía (bueno, Dani, aunque le anime diciéndole que parece un mutante, también se vuelve más feo). Los malismos se tiraron al agua para evitar la harina.

Habían desaparecido en aquella niebla de harina. O eso parecía. Del agua surgieron sus garras, que se agarraron a la barca. La movían. Querían volcarla. El elfo se puso en el otro lado para evitarlo y con el remo golpeaba sus manos. Yo cogí mi remo. Me temblaban mucho las manos y la voz. Intenté poner una voz ronca y amenazante: «Mira que os doy, ¿eh?», y daba golpetazos con el remo en las manos de los malismos.

Darí solo dos o tres golpes porque algo me agarró muy fuerte del tobillo. Caí de morros y me arrastró. Conseguí agarrarme al borde de la barca. Si seguía tirando de mí seguro que subía de percentil de altura. Miré atrás. Era el malismo del tejado que no había alcanzado la barca. Estaba empapado, con el

pelo pegado al cuerpo, se notaba que estaba flaco y fibroso. Entre gruñidos parecía decir: «Ven, ven».

El elfo estaba todavía despachando a los otros malismos. No sé si me veía entre la niebla. Sentí algo correr por encima de mí, era el duende. Mordió en la mano al malismo, pero este no me soltó. Solo apretó aquellos dientes torcidos y me agarró con más fuerza la pierna. Se me soltó la mano derecha: «¡Édilmár!», grité. No podría aguantar mucho más sujeto con una sola mano.

El elfo saltó. Utilizó el remo como le había visto utilizar el palo de la fregona en los entrenamientos. Pero esta vez no se paró a dos centímetros de su objetivo. Le dio de pleno en la nariz de patata del malismo. Ahora parecía una papa arrugada canaria. El malismo me soltó. Y Édilmár me cogió de la mano y me subió a la barca. Me había empapado y los pantalones se me habían pegado a las piernas.

Los malismos que quedaban huyeron buceando como unas sombras oscuras y horripilantes hacia la orilla. El duende se burlaba, sacando la lengua y haciendo pedorretas desde el borde de la barca. Un malismo sacó la cabeza a la superficie, se giró, gruñó y enseñó sus dientes. Burbureto se cayó de culo y volvió a la capucha de mi camiseta acariciándose el trasero. Con la corriente la barca avanzaba bastante rápido y perdimos de vista a los monstruitos peludos, bueno, algunos ya no tan peludos.

—Tal vez —dije—, si no hubiera gritado, los malismos no nos hubieran descubierto...

—Tal vez no —dijo el elfo—, o tal vez sí. Pero lo que casi es seguro es que si no hubieras tenido la idea de escapar en barca yo ahora no estaría vivo. Así que gracias, Marcos.

—De nada —contesté poniéndome un poco rojo.

—Lanzar un grito le puede pasar hasta al mejor estratega del mundo. Además, con la velocidad que llevamos en el barco, estamos ganando un tiempo muy valioso.

Iba a meter la mano en el río para quitarme las babas y mocos del malismo, pero había unos peces plateados en el agua.

—¿Estos peces son peligrosos?

—No —dijo el elfo asomándose al río—. Son truchas.

—Bah —exclamé un poco desilusionado—. Peces normales y corrientes.

Metí las manos para lavarlas en el río. El agua era transparente y fría, corría con fuerza y me empujaba las manos hacia atrás. Era genial.

—Pues —dije yo muy orgulloso—, en el estanque del Retiro hay una carpa mutante. Tiene tres ojos. Yo todavía no la he visto, aunque llevo pan a las carpas siempre que puedo. A lo mejor, la carpa mutante es más de pan candeal, pero de ese no llevo porque no compramos en casa. Pero el amigo de un amigo tiene un primo que a lo mejor en su casa compran pan candeal y la ha visto. Según me ha contado mi amigo, el tercer ojo lo tiene en el medio de los dos ojos, pero un poco más arriba. Además, ese ojo, como es mutante, no pestañea a la vez que los otros dos. Dice que es escalofriante y que luego se te aparece la carpa en sueños guiñándote el ojo del centro.

El elfo escuchaba con atención mientras remaba con las paletas del horno. Por como resoplaba, creo que le daba un poco de envidia que en nuestro mundo también tuviéramos criaturas extraordinarias como la carpa mutante del Retiro. Dirás tú que yo también podía remar. Pues al principio sí que remaba, pero es que luego casi se me cae el remo dos veces. Y el elfo me explicó que era porque los estrategas no solían remar y que remaría solo él.

El sol ya había empezado a subir y se colaba por entre los árboles de las orillas. Con el sol enseguida se me secó la ropa. Me remangué los pantalones, tenía el tobillo derecho, el que me había agarrado el malismo, lleno de rasguños y me escocía mucho.

—Si estuviera aquí mi madre me pondría una cataplasma de hierbas en el tobillo y me lo curaría en un periquete.

El elfo no dijo nada, puso sus manos sobre mi tobillo sin llegar a tocarlo y respiró hondo. Se quedó así durante unos minutos. Sentí frío en el tobillo, como cuando mi madre me ponía sus cataplasmas. Retiró sus manos. Los rasguños habían desaparecido.

—Creo que tu madre usaba hierbas para no llamar la atención y no revelar que tenía esos poderes. Podría haberte curado solo usando la energía que emana de sus manos.

—¡Guuuaau!

Le hubiera preguntado más sobre ese poder, pero la barca se empezó a mover como si el río estuviera lleno de baches.

—¡Agarraos! —gritó el elfo—. ¡Llegan los rápidos!

El río se había enfadado con nosotros: rugía como un león famélico de la Casa de Fieras, golpeaba la barca con rabia intentando volcarla y era como si nos tirara cubos de agua a mala leche, estábamos empapados. Yo iba agarrado a los bordes de la barca tan fuerte que me dolían los brazos y estaba dando unos botes tremendos sobre mi trasero. Me resultaba increíble que el elfo pudiera mantener el equilibrio de pie. Llevaba un solo remo que cambiaba de un lado a otro para evitar que la barca se hiciera añicos contra las piedras gigantes del río. El duende iba agarrado a mi pelo y me daba fuertes tirones para sujetarse cada vez que la barca rebotaba en el agua. Algunas truchas normales y corrientes daban saltos, me imagino que para ver si por fin volcábamos. Pero no, no volcamos.

Llegamos a una parte del río más ancha. Un pequeño lago. Estábamos chorreando. Cogí al duende del cuello de la camisa para quitármelo de la cabeza, aún no se había soltado de mi pelo. Tenía las orejas con la punta hacia abajo goteando, y echó un chorro de agua por la boca como una fuente. Estaba muy gracioso y no pude aguantarme la risa. El duende frunció el ceño. El elfo también se echó a reír. Burbureto frunció más el ceño, se cruzó de brazos y nos dio la espalda. Nos reímos tanto que las truchas sacaron la cabeza del agua para cotillear.

—Las truchas nos han guiado en los rápidos para no chocarnos con las rocas —dijo el elfo—, ahora también quieren divertirse.

Al final resulta que las truchas no eran tan normales y corrientes como yo pensaba.

El pequeño lago tenía el agua tranquila y cristalina. Estaba tan clara que se podían ver plantas acuáticas con hojas redondas y flores blancas y azules sumergidas, peces plateados y hasta las piedras del fondo. Unas piedras muy bonitas, casi tanto como la que le regalé a mi padre hace unos años cuando yo era pequeño. Quitando el hecho de que con un agua tan limpia nunca tendrían una carpa mutante como la del Retiro, era un sitio fenomenal. Además, aunque el sol estaba arriba del todo, no hacía calor porque corría una suave brisa «marina» de río.

Así que decidimos comer en el medio de aquel lago. Abrimos la bolsa que nos había dado la Molinera con las provisiones. Había muchos tipos de panes y una cazuela con sopa que debía de ser térmica, porque cuando quitamos la

tapa todavía salía humo. Oía fenomenal y sabía mejor. Cuando se terminó, Burbureto chuperrreteaba la cuchara como si fuera una piruleta.

Les eché unas miguitas de pan a las truchas para agradecerles que nos hubieran guiado en los rápidos. Al festín de las migas también acudió una mamá pata con sus patitos. Mamá pata graznaba: «¿Cuál?, ¿cuál?». Parecido al «cua-cua» de los patos del río Manzanares. Pero los patitos que iban detrás no graznaban «¿cuál?, ¿cuál?», sino que cada uno graznaba sus propias preguntas: «¿Quién?, ¿quién?»; «¿por qué?, ¿por qué?»; «¿dónde? ¿dónde?»; «¿cuándo?, ¿cuándo?».

El elfo remó hasta que abandonamos el lago. Volvimos al río, donde de nuevo había corriente. Le comenté al elfo si podía ser capitán del barco y me dijo que sí. Así que en un momento había ascendido de categoría, de estratega a capitán. El agua llevaba una corriente tranquila, el elfo era un buen marinero y la barca iba rápida y sin muchos balanceos. Era una gozada de viaje.

Un rato después, el elfo remó hasta la orilla.

—Nos bajamos aquí —dijo Édilmar—. Ahora seguimos nuestra ruta andando.

—Me parece bien —dije yo, que era el capitán.

Dejamos en la orilla el barreño-barca *La Molinera*. Sí, había bautizado la barca, porque eso es lo que se hace con los barcos un poco importantes, y este lo era.

Caminamos por la ribera. Ya no se oía el murmullo del río, solo el revoloteo de algunos pájaros, y encontramos un sendero estrecho. Unos pasos más adelante el elfo se detuvo y señaló una piedra blanca del tamaño de un balón de fútbol a un lado del sendero.

—Vamos en buena dirección.

La piedra tenía dibujado un trébol con la hoja de arriba roja. En el centro del trébol había dibujado un círculo plateado. Al lado del trébol, el dibujo de una flecha señalaba la dirección en la que íbamos caminando.

—Este sendero lleva al camino de la Marcha de la Unión.

Seguimos las indicaciones y poco después llegamos al camino que había dicho el elfo. El camino de la Marcha de la Unión, según comentó el elfo, cruzaba casi toda Alistea como si fuera el nervio central de una hoja de trébol, y a este nervio central, por así decirlo, llegaban los otros nervios de la hoja:

senderos serpenteantes. El mar casi siempre quedaba a la misma distancia a ambos lados del camino, salvo cuando rodeaba montañas. Era un camino muy importante, según dijo.

No digo yo que no fuera un camino importante. Era ancho, podrían circular tres coches a la vez, pero no era como una carretera, estaba empedrado y entre las piedras crecían algunas hierbas. No se veía ni un alma. Avanzamos por ese camino tan importante, dejando a nuestra espalda el Palacio del Origen, que ahora todavía parecía más un huevo porque estábamos más lejos y tenía ese tamaño. De frente, lejos, se veían unas montañas. El elfo dijo que se llamaban la Sierra del Cuélebre, y allí nos dirigíamos.

Oía ruiditos a los lados del camino, algunos eran de pájaros y otros de unas criaturas o bichos que centelleaban entre los matorrales.

Cuando Burbureto se despertó de su siesta, salió de mi capucha y se colocó en mi hombro. Señalaba todo lo que se veía desde el camino. Si lo que quería que viera estaba a la derecha, me tiraba de la oreja derecha, y si estaba a la izquierda, pues de la oreja izquierda:

—Esa señal de tráfico roja significa que está prohibido ir en modo invisible por motivos de seguridad.

»¿Has visto el gallo dibujado en el cartel de aquella posada? Es la posada El Gallo Feliz. No dejes de probar la empanada crujiente de jamón y setas si algún día comes allí.

»La señal azul con una escoba dibujada significa que en ese cruce tienen preferencia las brujas.

»Aquel bosque a lo lejos es El Bosque Susurrante.

»Y esa otra señal, la que tiene el grifo dibujado, significa «Peligro: bestias mágicas sueltas».

»Más allá, el poblado blanco es Malidiám.

»Aquel camino es el de Los Pasos Perdidos.

»Y justo ahí, ¿ves esa gran carpa verde y roja un poco descolorida? ¿Y los banderines con dibujos de tréboles? Ahí se celebra la Feria de la Marcha de la Unión. Yo me comí un cucurucho de retahílas calentitas y un sainete en escabeche. Uhm... qué ricos estaban.

Yo iba preguntando a Édilmar de vez en cuando, sin tirarle de las orejas ni nada:

—¿Falta mucho?

—Menos que cuando me preguntaste la última vez, hace cinco minutos.

El elfo me respondió eso cientos de veces, hasta que una vez dijo:

—Bueno, ya basta, vamos a parar para descansar.

Me gustó la idea del elfo de tomarnos un descanso porque a mí Burbureto me tenía la cabeza como un bombo con sus explicaciones en plan guía turístico. Qué criatura tan pesada.

Salimos del camino hacia una pequeña pradera, no estábamos ya muy lejos de las montañas. No era de noche del todo, el cielo estaba morado, pero ya había salido la luna, casi estaba llena. A lo lejos se veían luces, que podían ser de castillos, de pueblos o de luciérnagas.

El elfo encendió un farol que nos había dado la Molinera y cenamos de picoteo: queso viejo de cabra, pan de nueces y unas uvas negras gordísimas. Era todo lo que nos quedaba de lo que nos había dado la Molinera. Yo todavía tenía una uva en la boca cuando el elfo dijo:

—Continuemos. —Cogió el farol del suelo—. No iremos por el camino rodeando la sierra, descansaremos en las laderas de las montañas.

—¿Y las bestias nocturnas? —preguntó el duende—. No quiero ser la cena de una bestia nocturna.

—No serás la cena de una bestia nocturna —le tranquilizó el elfo.

—Es verdad, yo no seré la cena. Yo seré el exquisito y dulce postre —puntualizó el duende. Me cogió de los mofletes y añadió—: La cena será el humanelfo.

## Las perezosas de las laderas

CAMINAMOS LADERA ARRIBA. El elfo iba el primero iluminando el camino con el farol. Iluminando es un decir, porque la luz del farol era amarilla y no se veía mucho más allá de dos pasos por delante de nosotros. Yo quería llevar el farol, pero el elfo me dijo que yo tenía una misión mucho más importante: estar alerta por si había alguna bestia nocturna. A mí me pareció bien porque la verdad es que sí que suena más importante «vigilante de las bestias nocturnas» que «farolero de tres al cuarto». Lo de tres al cuarto no se lo dije a Édilmar para no desanimarle.

Tiraba de la capa del elfo para avisarle de todos los peligros que nos acechaban:

—¡Édilmar! Una bestia nocturna agazapada dispuesta a atacarnos.

—Es solo un arbusto.

—¡Cuidado! Una bestia nocturna agitando sus seis brazos.

—Es solo un árbol y el viento que mueve sus ramas.

—¡Silencio! Una bestia nocturna agachada haciendo sus necesidades fisiológicas.

—Es solo una roca.

—¡Cuidado, Édilmar!

—¡Cáscaras de plátano! —dijo el elfo para activar mi infravisión élfica para ver en la oscuridad—. ¿Ves? Es solo un árbol.

Era verdad, era un árbol. Un árbol con forma de bestia nocturna, pero solo un árbol.

—Tranquilo, Marcos. Yo vigilaré.

—No. Yo soy el vigilante de las bestias nocturnas.

—Mira —añadió Édilmar ofreciéndome el farol—, ahora lo llevarás tú.

—Sí hombre... voy a ser un farolero de tres al cuarto.

—No —me dijo el elfo—, farolero no. Serás el «guía de luz».

—Bueno, vale —respondí, y cogí el farol—. Yo seré el guía de luz de la noche tenebrosa.

Ahora yo iba delante haciendo de guía de luz de la noche tenebrosa y me seguía Édilmar, que ahora era un vigilante de tres al cuarto. Me adelantó, y caminando de espaldas me explicaba cómo debía llevar el farol:

—No. Así no. Súbelo un poco más.

—¿Así?

—No hace falta subirlo tan alto.

Y entonces... ¡cataplum!: el elfo, que como te he dicho iba caminando de espaldas, se cayó de culo. Aunque ya no era el vigilante, estuve a punto de avisarle: «¡Cuidado! Te vas a tropezar con una culebra-bestia nocturna». Menos mal que no lo hice, porque si no el elfo hubiera dicho: «Es solo una rama tirada en el suelo».

Un rato después la pendiente ya no era tan empinada. El elfo me pidió que iluminara en una dirección. No muy lejos se veía lo que recordaba a un rebaño de ovejas. Nos acercamos un poco más.

No eran ovejas.

Sus caras sí que eran parecidas a la de una oveja, aunque con orejas redondas. Pero el cuerpo recordaba a un algodón de azúcar de las ferias en tamaño gigante. Dormían. Respiraban lenta y profundamente. Cuando tomaban aire subían tres palmos sobre el suelo moviendo las patitas como unas bailarinas de ballet, y cuando soltaban el aire se volvían a posar con suavidad. Me acerqué a una de ellas y, sin querer, pisé una ramita y se despertó. Entreabrió los ojos, pero ni siquiera me miró. Masticó como si tuviera algo en la boca, cerró los ojos y volvió a dormirse.

—Son perezosas de las laderas —dijo el elfo.

Ni siquiera le respondí. Estaba alucinado viendo aquel rebaño de nubecitas blancas. Las perezosas de las laderas subían y bajaban a distintos ritmos. Era un espectáculo muy relajante.

—Aquí pasaremos la noche.

—¿Qué? —reaccioné—. No veo ninguna cabaña, ni refugio. Hace mucho

frío, ¿y qué pasa con las bestias nocturnas?

El duende salió de mi capucha y echó un vistazo a las perezosas de las laderas. Después corrió hacia una de ellas y saltó encima. El elfo señaló al duende y dijo:

—Nosotros también dormiremos sobre ellas.

—¿Qué?

—Sí. Haremos nuestra cama con ellas. ¿Recuerdas que el colchón en el que dormiste en el molino estaba hecho con su lana? Hay que juntar tres o cuatro perezosas de las laderas que respiren al mismo ritmo.

—¿Qué?

—Te aseguro que su lana nos protegerá del frío y ninguna bestia nocturna quiere devorar a una criatura que es toda lana.

Dicho esto se fue y cogió una perezosa de la ladera por las patas traseras. Iba flotando en el aire y la juntó con otra que respiraba al mismo ritmo. Las lanas de ambas perezosas de las laderas se unieron. Parecían una sola perezosa con dos cabezas y ocho patas. Me animé e hice lo mismo: cogí una perezosa por una de las patas traseras. Era ligera, como llevar un globo atado por un cordel. La arrimé a otra perezosa de la ladera. Así hasta que junté cuatro perezosas. Me quedé mirando el colchón de «algodón de azúcar» que flotaba subiendo y bajando, agitando sus dieciséis patitas de bailarina.

—Bueno —dijo Édilmar—, es hora de irse a dormir.

El elfo me ayudó a subir a la «cama flotante». Me hundí poco a poco en la lana. A la altura de mi cabeza el elfo apelotonó un poco de lana a modo de almohada. La lana me envolvió todo el cuerpo salvo la cabeza. Flotaba subiendo y bajando al ritmo al que respiraban las perezosas de las laderas. Se estaba tan a gustito y calentito que me dio por reírme bajito. Además, olía a hierba recién cortada, me imagino que porque eso era lo que comían. Lejos se oían sonidos de animales. Podían ser de las mismísimas bestias nocturnas, pero a mí me sonaban a nanas para dormir.

Miré al cielo. Era muy distinto al de Madrid: había miles de estrellas. Pasó una estrella fugaz y pedí un deseo. Resulta curioso, pero si hace una semana hubiera visto pasar una estrella fugaz, así, a bote pronto, me hubiera pedido ser el campeón de carreras de moto GP del recreo o unas zapatillas con luz en la suela como las de Jorge Pulido, que son chulísimas. Pero entonces lo que

pedí fue encontrar a mi madre y que algún elfo encontrara la Piedra Esmeralda para que ningún elfo se convirtiera en piedra, sobre todo mi madre y Édilmar. Después pasó otra estrella fugaz y me pedí lo de ser campeón de moto GP del recreo. Intenté quedarme despierto un ratito más, por si pasaba otra estrella fugaz y podía pedirme las zapatillas de Jorge Pulido, pero se estaba tan cómodo en aquella cama flotante que me quedé dormido como un tronco.

El sonido de una flauta me despertó. Al principio creía que la musiquita formaba parte de mi sueño y me acurruqué un poquito más. Pero sonó más fuerte y abrí los ojos despacio para que no me molestara la luz del sol. Alguien me observaba de cerca. Tenía una cara rara: la nariz no es que fuera chata, es que parecía que estaba aplastada; de la barbilla le crecía una barba larga y picuda y tenía unos pequeños cuernos en la cabeza.

—Buenos días. —Sonrió y volvió a tocar la flauta por unos segundos.

—Bu... buenos días —balbuceé—. ¿Quién eres?

—Creo que aquí las preguntas debería hacerlas yo —me respondió, y tocó la flauta de nuevo—. ¿Quién eres tú?

—Mar... Marcos. —Intenté levantarme de mi cama, pero no resultaba sencillo. Me volvía a hundir en la lana.

—Encantado —dijo dándome la mano para ayudarme a salir—. Yo soy Chivolí, el pastor de las perezosas de las laderas.

Cuando me bajé de la cama vi que no era solo la cara lo que tenía un poco raro. No tenía piernas, sino dos patas de cabra marrones y peludas. Era un fauno.

—¿Qué haces aquí solo? —preguntó el fauno Chivolí.

—No. No estoy solo. Estoy con un elfo y un duende.

—Yo no veo ningún elfo por aquí.

Miré donde debía estar la cama de perezosas de las laderas de Édilmar, pero no estaban ni la cama ni el elfo. El duende podía estar hundido en la lana de cualquiera de aquellas perezosas de las laderas. Miré alrededor buscando al elfo. Desde la altura en que estábamos de la ladera vi a través de los árboles a alguien que venía por el camino de la Marcha de la Unión. Al principio me pareció un puntito negro, luego pude distinguir que era una persona vestida de oscuro, tal vez con traje. Creo que sabía de quién se podía tratar: el Homdesac. Me pareció verlo en la pradera desde la ventana del

molino, y ahora de nuevo. Me seguía.

El fauno Chivolí daba vueltas a mi alrededor saltando y tocando la flauta.

—No me gustan las criaturas mentirosas y tú eres un gran mentiroso.

—De verdad —respondí sollozando—, un elfo me acompañaba. Un elfo con sus orejas picudas de elfo, su arco de elfo, su espada de elfo y sus botas de elfo.

—Imposible. Un elfo no podía acompañarte porque... —dijo y tocó la flauta para darle más suspense— todos los elfos se han convertido en estatuas de piedra.

—¿Qué?

—Sorprendido, ¿verdad? Podrías haberte inventado otra mentira. Vendo lana de perezosas de las laderas y ayer por la tarde un comerciante que venía del norte me informó de que todos los elfos son ahora estatuas de piedra. Eres un mentirosillo.

En ese momento el fauno sacó de una bolsa de cuero marrón unas tijeras anchas y grandes como mi brazo y comenzó a abrirlas y cerrarlas.

—Parece que van bien —afirmó.

Corrí ladera arriba huyendo del fauno armado con aquellas tijeras gigantescas con las que quería cortarme en trocitos porque creía que era un mentiroso. El fauno me seguía y me gritaba:

—Pero ¿dónde vas, criatura? ¡Si te vas solo, te vas a perder!

Y yo corría más rápido que nunca, con el corazón que se me salía de la boca. Si lo hiciera así en las carreras de moto GP del recreo, nadie me ganaría.

—Pero espera, criatura. Aquí hay muchos peligros para alguien como tú.

Me giré un segundo, me seguía, pero no parecía correr, caminaba agitando su mano con aquellas enormes tijeras. Por mirar atrás me tropecé y caí al suelo.

—¿Estás bien, Marcos? —dijo alguien que me cogía del brazo para ayudarme a levantar del suelo. Era Édilmar.

—¡El fauno quiere matarme! —exclamé señalando a Chivolí, que estaba ya a solo dos metros de nosotros.

El elfo no sacó su espada, solo sonrió y dijo:

—Hola, Chivolí. Creo que has asustado a mi compañero de viaje.

—Así que no mentía —dijo el fauno posando su mano sobre el hombro de Édilmar a modo de saludo—. Al menos hay un elfo que todavía no se ha convertido en estatua de piedra. Tal vez no debiera hacer tanto caso a los rumores de los comerciantes.

El elfo volvió a dirigirse a mí:

—¿Estás bien, Marcos?

—No muy bien: tú me abandonas, el fauno quería hacerme pedacitos, un comerciante ha dicho que todos los elfos son estatuas de piedra y, además, el Homdesac sin boina nos sigue. Vamos, que estoy fatal de los fatales.

—No. No te he abandonado. Nos hemos despertado un poco antes que tú y hemos decidido ir a por el desayuno —añadió, y me enseñó unos huevos más grandes que los de las gallinas y con motitas marrones. El duende también llevaba uno, si no llega a asomar su cara por un lado hubiera parecido que se trataba de un huevo con patas—. Era solo un momentito, y además el fauno no iba a hacerte nada malo...

—Claro que no —dijo el fauno—. Por supuesto que no iba a hacerte daño. ¿Por quién me tomas?

—Ya... Y esas tijeras asesinas, ¿para qué son?, ¿para arreglarme el flequillo?

—¿Las tijeras? —Las miró como si acabara de darse cuenta de que las tenía en la mano, las abrió y cerró de nuevo. Sonrió—. Ahora verás para qué son las tijeras.

Y fue dando saltos ladera abajo por delante de nosotros hacia el rebaño de perezosas.

—Por el Homdesac no te preocupes. Le llevamos ventaja y además tengo un plan: no vamos a escalar las montañas, ya que nos llevaría días, vamos a atravesarlas.

—¿Atravesarlas?

—Sí. Espero que el fauno nos ayude. Y en cuanto a que todos los elfos son estatuas de piedra, lo ha dicho un comerciante y uno no se puede fiar mucho de los comerciantes. Cada elfo se petrifica a un ritmo distinto y seguro que todavía quedan cuadrillas enteras.

El elfo se paró e hizo como si pisoteara algo con su pie derecho, como si quisiera matar una cucaracha o como si estuviera aguatándose las ganas de

hacer pis. Pues ni lo uno ni lo otro.

—Esta mañana me he despertado con un cosquilleo en mi pierna derecha.

—Vaya —dijo el duende—. La petrificación va ahora más rápida. Tienes el hormigueo en la pierna y solo ha pasado un día desde que lo tuviste en el brazo izquierdo. Seguro que empiezas a sentir algo en tu otra pierna en menos de un día.

—Venga, vamos —dijo el elfo, y aceleró el paso.

El duende y yo nos quedamos un poco retrasados.

—Bueno —le dije a Burbureto—, llegaremos a Ciudadela Capital, sabremos algo de mi madre y de los otros elfos que buscan la Piedra Esmeralda y volveremos a mi mundo por el portal de La Nube. ¿Cuánto nos queda para llegar?

—Uf. —El duende agitó la mano—. Días.

—¿Días? Pues espero que las cuadrillas repongan la Piedra Esmeralda en el Árbol Sagrado antes, porque si no el elfo se habrá convertido en estatua.

Burbureto fue corriendo a donde estaba el rebaño y lo seguí. El fauno estaba cortando la lana a una de las perezosas de las laderas.

—¿Ves? Para esto eran las tijeras —me explicó el fauno—. Para esquilar. Soy un pastor y vendo su lana para hacer colchones.

Mientras el fauno flautista esquilaba, el elfo y yo separábamos las perezosas de las laderas con las que había hecho mi cama. Había que tirar de sus patas, era como desabrochar los velcros de unas zapatillas. Pero ellas ni se inmutaron, continuaron comiendo hierba y descansando en cada bocado. Ya no subían y bajaban como cuando dormían porque ahora respiraban más flojito.

El fauno terminó de esquilar la perezosa de la ladera. Así, pelada al cero, la perezosa era igual de delgada que el palo de una escoba. Hizo una gran bola con la lana y le ató un cordel, se la cargó a la espalda y sonriente dijo:

—Pues con esto acaba mi trabajo por hoy. Una magnífica lana de primavera, por cierto, y es que la hierba que crece en las laderas es única.

Y comenzó a tocar la flauta de nuevo.

—Je, je —susurró el duende—. De ahí viene la expresión «trabajas menos que un fauno».

—Chivolí —le dijo Édilmar—, te pagaremos con tribares de plata por

haber utilizado tus perezosas de las laderas para dormir y con tribares de oro si nos facilitas cierta información.

El fauno dejó de tocar la flauta y se acercó al elfo ladeando la cabeza.

—Queremos atravesar las montañas —afirmó Édilmar.

—¿Atravesar las montañas? ¿No querrás decir *escalar las montañas*?

—No. Quiero decir *atravesar*. Tú sabes bien lo que quiero decir.

—Eso costará muchas monedas de oro.

—Lo pagaremos —agregó el elfo sacando la bolsita de cuero de las monedas.

—Aquí no. Me pagas en mi casa.

—Fauno, tenemos prisa. ¿Cuánto quieres?

—Aquí no. Me pagas en mi casa o no hay trato.

Seguimos al fauno, que iba saltando y tocando la flauta. Con la bola de lana de perezosas de las laderas a su espalda parecía una pelota de algodón dando botes. Se paró frente a una montaña de ramas que había en el suelo. El flautista se coló por un hueco que había entre las ramas y dijo:

—Cabriolá, cariño. Tenemos visita.

Le seguimos. Era una cabaña. La luz entraba entre las ramas y motitas de polvo flotaban en el aire. En un rincón estaba sentado un fauno, pero chica, aunque también tenía perilla, aunque, eso sí, recogida en una trenza. Estaba cabizbaja y tenía un palo con lana.

—Deja el huso, mujer. Nuestros invitados están muy interesados en la colección de ropa y complementos que tú has diseñado y confeccionado.

—¿De veras? —preguntó con una gran sonrisa, y tiró el huso—. Por favor, seguidme.

Se coló por un hueco de la cabaña. El fauno Chivolí paró al elfo y le dijo muy bajito:

—Comprando los modelitos de mi mujer me pagarás la información que te daré para atravesar las montañas.

Aquel hueco conducía a una habitación muy parecida a la anterior, pero algo más pequeña. Cabriolá retiró unas ramas de la pared para que entrara más luz.

Había un tenderete con mucha ropa, gorros y otros complementos. Todo muy colorido.

—Pues esta —añadió la fauno y abrió sus brazos— es la colección que diseñé para la última Marcha de la Unión. No tuvo mucho éxito de ventas, la verdad, y he estado un poco desanimada desde entonces...

—Nada, mujer —intervino el fauno—. El puesto, que no estaba muy bien ubicado, y que hay viajeros que ni tienen buen gusto ni saben apreciar unos diseños tan exclusivos como estos. Pero sin duda nuestros invitados, que seguro que tienen buen gusto, saben apreciarlos, ¿verdad, amigos?

El fauno le dio una camisa al elfo. Era blanca y tenía medio trébol dibujado, pero tenía algo más curioso que lo del medio trébol. El elfo también se dio cuenta:

—Pero esta camisa tiene cuatro mangas.

—Ay, Chivolí. No ves que ellos solo tienen dos brazos.

Cabriolá le dio al elfo el mismo modelo de camisa, pero solo con dos mangas.

—Preciosa —dijo el elfo.

A mí, para ser sincero, con el medio trébol dibujado me parecía una camisa con tara, pero no dije nada.

—Pues está hecha con lana tratada de perezosas de las laderas. Y es además una camisa de parejitas.

—¿De parejitas? —pregunté yo.

—Sí. Tachán. —Cabriolá sacó otra camisa con un dibujo de otro medio trébol y la puso al lado de la primera camisa—. ¿Ves?, si juntas las camisas forman un trébol entero. Es para que las parejitas paseen muy juntitas y consigan formar el trébol enterito. Como puedes comprobar, el trébol tiene la hoja de arriba roja. Auténtica de Alistea.

—Preciosa, ¿verdad? —dijo el fauno mirando al elfo.

—Preciosísima —dijo Édilmar.

El fauno se fue hacia un montón de gorros, cogió uno y se lo puso al elfo.

—Guaauuu —exclamé—. El gorro es la mitad del Palacio del Origen.

—No. No es la mitad. —Cabriola sacó unas orejeras del gorro que ató por debajo de la barbilla del elfo—. ¿Ves? Es el Palacio del Origen entero.

El fauno le trajo un espejo para que el elfo se viera el gorro con forma de huevo.

—¿Qué te parece, amigo elfo?

—Me he quedado sin palabras.

El elfo compró más ropa de esa que le dejaba sin palabras y casi sin dinero, porque la ropa de diseño, como decía el fauno, era cara.

—Ay, no sabéis cuánto significa para mí que os guste mi ropa. Me estáis dando la vida. —Cabriolá sonreía y suspiraba—. Se os ve que tenéis clase. Solo hay que ver al crío con esa camiseta tan bonita de la marca Gandía y con el dibujo de un sol con gafas.

Como estaba tan agradecida, nos frió los huevos que habían cogido el elfo y el duende para desayunar. Bueno, el duende no se comió el huevo frito, sino que le hizo un agujerito en la cáscara y se lo comió crudo. Se puso perdido y se limpió revolcándose en unos hierbajos que crecían en el suelo de la cabaña. Nosotros nos comimos el huevo frito casi de un bocado. Sin mojar pan ni nada porque teníamos prisa.

—Hubiera preferido comer churros —me dijo en voz baja el elfo—. Qué ricos estaban los que comimos aquel día con Marina, ¿verdad?

—Pues igual de ricos que los que comimos otros días. Eran todos de la misma churrería.

—No. Aquellos estaban mejor.

Con el huevo frito todavía en la boca seguimos al fauno y a su esposa. Subían la ladera brincando entre arbustos y rocas. Cabriolá, de contenta que estaba, movía su cortito rabo igual que un perro vagabundo cuando le doy mi bocadillo del recreo. Unos cuantos saltos más tarde, la parejita se paró. Cuando los alcanzamos, el fauno apartó unas ramas de arbustos secas.

Había una madriguera.

—Aquí está el acceso de los túneles.

Cabriolá nos puso los gorros con forma de Palacio del Origen con las orejeras y todo. Quedaron bien sujetos porque nos los ató por debajo de la barbilla.

—Así no pasaréis frío en las profundidades subterráneas de las montañas. —Suspiró y subió los hombros—. Chivolí, ¿a que están preciosos con los gorritos?

—Preciosísimos, sin duda.

A modo de despedida, Chivolí nos dio unas palmadas en el hombro y Cabriolá nos cogió los mofletes, al elfo también.

—Buena suerte, amigos —dijo ella.

—La vais a necesitar —añadió el fauno—. Édilmar, ya sabes lo que os podéis encontrar ahí dentro.

## La gruta de los enanos

ENTRAMOS EN LA MADRIGUERA.

Édilmár se había pedido ir el primero, con el farol y con el duende como guía. No se lo discutí porque la regla de «me pido *primer*» es una regla universal que yo respeto en Madrid, en Hong Kong (en su versión «yo pido *plímel*») y en Alistea. Así que le dejé el honor de encontrarse con el bicho que pudiera vivir allí. No sería un simpático conejito, porque el túnel era demasiado grande para un animalito así, aunque pequeño para nosotros. Teníamos que ir a gatas. Bueno, el duende no.

No veía ni torta. Todo estaba demasiado oscuro, incluso con infravisión élfica. El farol solo iluminaba a Édilmár y al duende porque iban delante. Lo que yo veía de frente me recordaba a un eclipse que echaron en la tele en el que la luna se ponía delante del sol y solo se veía un anillo de luz. Pero aquí el sol era el farol y la luna...el trasero del elfo.

Sentía la tierra húmeda en mis manos y a veces en mi cogote, porque de vez en cuando caía tierra del techo. A medida que gateaba me arañaba con raíces o piedras. Por eso cuando algo tocó mi zapatilla pensé que era otra raíz. Pero cuando ya lo sentí en mi tobillo, caliente y peludo, y luego corretear por mi pierna y por mi mano, dejé de pensarlo. Me llevé un gran susto, avancé más rápido y me choqué con el trasero del eclipse.

—Tranquilo, Marcos —dijo el elfo—. Era solo un topo y ya se ha metido por un agujerito de la pared.

—¿Era a topos a lo que se refería el fauno que podíamos encontrarnos?

—No —me respondió el elfo—. Se refería a enanos.

—Mejor si no nos los encontramos —añadió el duende.

Gateamos por el túnel serpenteante durante kilómetros, aunque Édilmar aseguró que fueron poco más de cien metros. Salimos del túnel de la madriguera a un túnel más ancho y más alto, pero también de tierra. Nos pusimos de pie. La tierra que tenía en el cogote se me coló por la espalda y llegó hasta los calzoncillos. La tierra en los calzoncillos podía parecer otra cosa, pero ya te digo que solo era tierra, que lo del topo tampoco me había asustado tanto. Enseguida dejó de importarme eso porque me preocupaba otra cosa.

—Ahora también tengo cosquilleo en el brazo izquierdo.

—Normal. Has gateado más de cien metros. ¿No te había pasado eso antes?

—Sí, pero...

—Solo los elfos se transforman en estatuas. Los humanelfos no.

Me quedé más tranquilo y respiré aliviado de volver a caminar de pie. El elfo rozaba el techo con el gorro del Palacio del Origen y tenía que agacharse de vez en cuando porque había unas vigas de madera. Nos habíamos puesto perdidos de tierra: el gorro ya no recordaba al palacio, sino a un huevo moreno. El túnel de tierra acababa en un cruce con otro túnel. Fuimos a la derecha porque se veía algo de claridad al fondo.

El nuevo túnel era más grande y redondo, como un tubo construido con ladrillos de piedra. En el suelo había unos raíles brillantes. No habíamos caminado mucho cuando el duende, que iba delante, comenzó a mover sus orejas. «Ruido», dijo. El elfo me empujó contra la pared y me sujetó contra ella con el brazo y con la otra mano cogió al duende. Unos segundos más tarde pasó un vagón a toda velocidad rozándonos las narices. No te puedo decir si nos quedamos blancos del susto porque teníamos la cara llena de tierra, pero yo casi seguro que diría que sí. Seguimos la ruta arrimaditos a la pared del túnel. Cada vez había más claridad y más ruido de martillos y chirridos.

Fue al girar en una curva cuando llegamos a la cueva. Era como si estuviéramos asomados desde una ventanita a una cueva enorme. Gigante. La luz era naranja, mágica y suave. Había sombras, pero se podía ver que había muchas ventanitas como la nuestra de las que salían raíles que iban de un lado a otro de la cueva a diferentes alturas. De vez en cuando algún vagón cargado de piedras brillantes aparecía por una de aquellas ventanitas y se perdía luego en otra. También había puentes colgantes, escaleras de caracol y escaleras de

las normales que subían de una a otra altura de la cueva.

En la cueva había enanos robustos y barbudos: enanos cargando vagones de piedras brillantes; enanos picando en la pared; enanos que subían y bajaban las escaleras de caracol; enanos que subían y bajaban las escaleras normales; y enanos que no estaban jugando con lava, sino forjando metales para hacer armas o herramientas, que me lo dijo el elfo. Había enanos barbudos por todas partes y teníamos que cruzar al otro lado sin ser vistos.

Parecía que la única opción para cruzar la cueva era caminar por uno de los raíles como un equilibrista que vi en el circo, que caminaba por la cuerda floja y se cayó en una red. Yo, la verdad, no me veía mucho en el papel de equilibrista. En ese momento me veía más en el papel de su ayudante, el que le daba un palo largo, aunque tuviera que llevar tutú y se me vieran las bragas. Además, hay gente que le da más mérito a entregar el palo largo que a andar por la cuerda floja. Por ejemplo mi abuelo, al que le tuvo que dar mi abuela un codazo y decirle que el espectáculo era el equilibrista y no la fresca del tutú. Y lo de *fresca* era verdad porque debía de estar muy fresca con tan poquita ropa.

Puse mi pie derecho en el raíl. Miré abajo y pensé: «Si me caigo no me van a aplaudir para que lo vuelva intentar como al del circo, o a lo mejor sí me aplauden, pero no me voy a enterar porque me muero para siempre, que aquí no hay red». Cuando iba a poner el pie izquierdo en el raíl, vi que justo debajo de nuestra ventanita había una fila de barras de hierro clavadas en la pared.

—Chsss —dije muy bajito—. Édilmar, Burbureto: hay unas escaleras.

—¿Qué? —gritó el elfo.

—Chsss. —Me puse el dedo índice en la boca para pedir silencio y le señalé que volvieran con la otra mano. Aunque se le había escapado aquel grito, parecía que los enanos no se habían enterado.

El elfo y el duende volvieron tan campantes caminando por el raíl unos diez metros. Señalé las escaleras.

—Me gusta la idea —dijo el elfo bastante alto por la emoción—. Caminar por los raíles podría ser peligroso.

—Sí —agregó el duende—. Podríamos ser vistos.

La verdad es que el peligro de ser vistos a mí me parecía mayor bajando por la escalera, pero no lo discutí.

Desde donde estábamos podíamos ver que la escalera bajaba a una plataforma que comunicaba con un puente, y este con otra plataforma que, a su vez, lo hacía con otro puente. Así podríamos llegar hasta el otro extremo de la cueva. Ese era el plan, pero cuando bajamos las escaleras nos dimos cuenta de que había alguien.

—Os esperábamos, botarates.

Eran dos enanos gemelos malhumorados que estaban en la entrada a un pasadizo que había en la plataforma. Tampoco eran tan bajitos, que eran casi como yo de altos y yo estoy en percentil cincuenta. Claro que ellos no tenían ocho años, casi nueve, porque tenían una barba pelirroja que les llegaba hasta la cintura. Y estaban robustotes en percentil ciento cincuenta, diría yo. Llevaban un casco parecido al de los jinetes que saltan con sus caballos y tiran la barra de arriba, pero sus cascos eran de bronce y estaban un poco abollados. Los cascos resultaban un poco ridículos sobre aquellas cabezotas melenudas. Llevaban los pantalones arremangados y otro detalle importante: unas hachas de esas de verdugo encapuchado que corta cabezas a la gente.

Édilmir ni siquiera opuso resistencia, yo tampoco. Y el duende se metió en la capucha de mi camiseta. Entramos en otro túnel también con forma de tubo, pero enseguida se fue ensanchado, como si recorriéramos un embudo puesto del revés. Se oían unas explosiones lejanas que hacían parpadear unas bombillas que colgaban del techo. Entonces se retiraban unas mariposas marrones que revoloteaban alrededor de la luz, pero volvían al rato. El suelo tenía adoquines de pueblo con encanto y no había raíles, pero sí alcantarillas de las que salía humo amarillo y rojo y a través de las cuales podías ver a enanos trabajando a martillazos. Tal vez, si tiraras una piedrecita por la alcantarilla, al tercer intento le darías a un enano en el casco y sonaría *dong* y el enano diría: «¿Quién ha sido el mequetrefe?», y le propinaría una colleja a un compañero. Es un suponer.

Los enanos pelirrojos que iban detrás de nosotros nos iban gruñendo por dónde teníamos que ir:

—Ahora por la derecha, lechuginos.

—Por ese pasillo no, por el otro, destripaterrones.

—Un poco más rápido, mentecatos piernas largas.

Yo creía al principio que estaban enfadados con nosotros, pero la verdad es

que cuando se encontraban con otro enano por el pasillo todos parecían estar malhumorados.

Había puertas a ambos lados del pasillo. Estaban construidas con madera y tenían remaches de metal y la parte de arriba redondeada. Nosotros no paramos en ninguna de ellas, sino que nos detuvimos en la que había al final del pasillo. Era parecida a las otras, pero con remaches de oro. Uno de los enanos pelirrojos llamó con los nudillos. Dentro se oyó un gruñido que debía de significar «adelante, pasen ustedes», porque el enano empujó la puerta.

—Barboto —dijo el enano que había abierto—, aquí están las princesitas.

La habitación era redonda y estaba repleta de estanterías viejas y torcidas, todas llenas de piedras de muchos colores y tamaños, las más pequeñas estaban en tarros de cristal como si fueran garbanzos. Todas las piedras tenían etiquetas que no alcanzaba a leer, pero las del tarro seguro que no eran garbanzos porque brillaban. Tallado sobre la pared había un plano. Sí, un plano similar al del metro. Había un punto gordo en el medio y de él salían muchas ramificaciones. Y en estas líneas había puntitos de luz: rojos, naranjas, amarillos.

Barboto era otro enano. Estaba de pie de espaldas a nosotros mirando un pergamino que no podía desenrollar del todo porque en la mesa también había un trozo de pan y un plato con un pollo asado. Tenía el pelo negro y rizado y también llevaba un casco abollado, pero el suyo era de oro viejo. Parecía muy concentrado porque cuando entramos ni siquiera se giró, solo levantó la mano para indicar que no le molestaran. Un pitido le desconcertó. Barboto se fue corriendo con pasitos cortos hacia el plano de la pared.

—¡Otra lucecita roja! —gritó señalando con el dedo una lucecita roja intermitente en el plano—. ¡Otra lucecita roja!

Volvió a la mesa tirándose de los pelos. Cogió el pergamino, que se había enroscado solo, y vino hacia nosotros. Barboto tenía el ceño fruncido, las aletas de su nariz se abrían y cerraban, y tenía una barba espesa, negra y rizada que le llegaba hasta los pies. Una barba con la que podía barrer el suelo, y de hecho creo que así lo hacía porque por la parte de abajo estaba llena de polvo y de hojarasca. Levantó el brazo con el pergamino y comenzó a golpearlos con él.

—¡Otra lucecita roja! Y ahora esto: intrusos. Dos pavisosos que osan entrar

en las entrañas de la Sierra del Cuélebre. —¡Pumba!, golpe con el pergamino—. Dos lechoncillos que se atreven a entrar en las grutas de los enanos. —Otro pumba de pergamino—. Dos petimetres en el mismo corazón sagrado de las minas de los enanos. —Y más pumbas—. ¿Creíais que dos zarrapastrosos como vosotros podían entrar en las minas de los enanos a robar, a descubrir nuestros secretos? Ay, tontolabas. Un topo me avisó de que había intrusos en la madriguera sur.

Cuando dijo lo del topo me imaginé que se refería a alguien que le había pasado la información. Un infiltrado, como en las pelis. Pero no. Algo empezó a moverse dentro de la parte baja de su barba y luego salió a la superficie y se frotó los ojos con las manitas. Era un topo de verdad. Trepó hasta la barbilla y se comió unas miguitas que se le habían debido de quedar allí al enano de la comida. Debía de ser el mismo topo que habíamos encontrado en la madriguera.

—Pues, elfos papanatas, ya sabéis lo que os espera...

El elfo parecía que no quería dejarle terminar la frase porque echó mano a su espada para desenvainarla. «Se van a enterar ahora estos enanos. Si liquidó a tropecientos malismos esto es pan comido», pensé. No desenvainó rápidamente como él suele hacer, sino que lo hizo despacio. Los gemelos levantaron sus hachas con intención de bajarlas sobre la cabeza del elfo, pero Barboto, sin dejar de mirar la espada, levantó su mano y los detuvo.

—¡Alto, enanos! El elfo va a entregarme la espada, ¿verdad, petimetre?

Édilmir asintió con la cabeza. Y así fue, le entregó nuestra única arma a Barboto. El enano jefe cogió la espada por la empuñadura y lanzó unos mandobles al aire. Miró la espada por un lado, luego por el otro, guiñaba un ojo para verla mejor... Parecía haberse olvidado de que nosotros y los enanos estábamos en la misma habitación.

Uno de los enanos carraspeó. Barboto nos miró a todos como si se acabara de despertar de un sueño profundo. Luego volvió a fruncir el ceño, que era su estado natural.

—¡Inútiles! Habéis traído ante mi presencia a dos elfos. Uno de ellos armado con una espada. ¿Estáis locos?

—Ejem... nosotros, jefe...

—¡Locos! Estáis locos. Id a buscar esposas, cuerdas, algo con lo que

amarrar a los elfos para llevarlos a la Galería de la Elección Final.

—¿Vamos los dos?

—Sí. Los dos. ¡Ya! Me basto y me sobro para contener a dos elfos. Tengo una espada.

Barboto me había confundido con un elfo. Tal vez me había vuelto de repente tan guapo como un elfo. Pero miré a Édilmar y este tenía toda la cara llena de tierra, solo se le veía el blanco de los ojos y los dientes, no se podría decir si era o no guapo. Yo tendría la cara igual, no se debía ver si era guapo o no. Además, las orejeras del gorro del Palacio del Origen me tapaban las orejas, así que no se veía que no terminaban en punta.

Cuando los dos enanos pelirrojos abandonaron la sala, Barboto abrió un cajón de su mesa y sacó un frasco pequeño. Desenroscó la tapa del frasquito y untó un trapo con el contenido, una sustancia viscosa.

—Baba de malismo —dijo mientras engrasaba con aquel trapo la espada del elfo—, lo mejor que hay para sacar brillo a los metales. Bueno, si es oro mejor moco de malismo. Estos abrillantadores son caros y no siempre están en el mercado, pero son los mejores.

Pensé en el dineral en babas y mocos de malismos que había tenido en mis manos cuando uno de ellos intentó atacarme en la barca el día anterior.

Dejó la espada encima de la mesa. Brillaba muchísimo. La contemplaba dando vueltas alrededor de la mesa.

—La última espada que yo forjé. Era ya casco de oro cuando lo hice. Tuve que hacerla a escondidas. Se supone que el casco de oro no está para estas tareas.

—Una buena espada, Barboto —le dijo Édilmar.

—La mejor, Édilmar —repuso el enano.

Se conocían. Se abrazaron, y cuando el elfo le daba palmadas en la espalda se levantaba una nube de polvo.

—Mi último trabajo como enano forjador —continuó Barboto—. El primero fue una azada para cavar el huerto que le hice al bisabuelo de tu tatarabuelo, Ísdaldo Tuin. Después continué fabricando aperos de labranza para todos tus ascendientes. Hasta que llegaste tú, el primer elfo guerrero de una familia de linaje de agricultores. Me pareció una buena forma de cerrar el círculo: mi último trabajo para el descendiente del elfo para el que hice mi

primer trabajo.

»¿Y ahora qué, Édilmar? —El enano se encogía de hombros y levantaba sus brazos, que parecían aún más cortos de lo que en realidad eran porque los ocultaba la enorme barba—. ¿Qué vamos a hacer? Ya sabes lo que te espera. Aunque elfos y enanos somos aliados, sois intrusos en las Grutas de los Enanos. No me queda más remedio que aplicar la Ley de la Salvaguarda del Secreto de las Grutas de los Enanos. Y me duele de veras hacerlo por la relación de siglos que he tenido con tus ascendientes, pero no puedo salvaros. Las leyes, las normas y las reglas de los enanos son muy estrictas. De alguna forma yo también soy víctima de ellas, si no fuera por la maldita norma de promoción interna yo hubiera seguido feliz con mi casco de hojalata haciendo herramientas y armas, pero por antigüedad me tocaba este casco de oro. —Lo golpeó con la mano haciéndolo sonar—. ¿Por qué entrasteis en las Grutas de los Enanos?

El elfo no respondió. No pudo, en ese momento llegaron los gemelos pelirrojos. Barboto tomó de nuevo la espada y arrimó el filo a la cara de Édilmar.

—Atadlos —ordenó Barboto—. A la Galería de la Elección Final.

La Galería de la Elección Final era una cueva lúgubre en la que no había nada salvo dos trampillas redondas y metálicas similares a las del saneamiento de aguas que hay en las aceras.

—Por la Ley de Salvaguarda del Secreto de las Grutas de los Enanos, ningún intruso en las entrañas de estas montañas podrá abandonarlas. Jamás —recitó Barboto solemne—. Podéis elegir entre dos opciones. La primera: las Mazmorras del Pozo de la Desesperación —continuó, e hizo una señal con las cejas y los gemelos levantaron la trampilla de la izquierda. Era un pozo negro y estrecho del que no se podía ver el fondo—. La segunda opción: el Pozo del Cuélebre.

Los enanos levantaron la segunda trampilla. Era un pozo igual que el anterior: negro, estrecho y sin fondo. Barboto, que había cogido el pollo asado que tenía en la mesa, lo arrojó al agujero. El suelo retumbó bajo nuestros pies cada vez más fuerte hasta que tembló tanto que nos costó mantener el equilibrio. Algo reptaba y silbaba de forma extraña. Algo que ponía *los pelos de gallina*.

—¡Rápido, gandules! —gritó Barboto a los gemelos—. ¡Poned la tapa!

El suelo dejó de temblar y notamos cómo algo enorme se alejaba arrastrándose por el suelo.

—El Pozo del Cuélebre es la mejor opción —continuó Barboto—. El Cuélebre tiene apetito. Comer un pollo para él es como comer una cereza para vosotros. Os devorará enseguida y se acabó vuestra agonía. En cambio, en el Pozo de la Desesperación estaréis allí hasta vuestra muerte, que incluso en vuestro caso, el de los elfos, que tenéis una vida casi tan efímera como la de un humano, será el tiempo suficiente para volveros locos y desear que el fin de vuestros días llegue pronto.

—Además —apuntilló riéndose uno de los enanos pelirrojos—, contribuiréis a la noble causa de alimentar al Cuélebre. Cada vez nos cuesta más saciar su hambre, seréis un aperitivo delicioso.

Su hermano gemelo le acompañó en las risas; Barboto, el duende y yo no. Pero ¿sabes quién sí se rio? El elfo.

—Pues —intervino el elfo—, aunque la oferta del Pozo de la Desesperación y la oferta del Pozo del Cuélebre son muy tentadoras, me temo que no voy a elegir ninguna de las dos. En este caso no es de aplicación la Ley de la Salvaguarda de la Gruta de los Enanos.

Édilmir me arrancó el gorro del Palacio del Origen. Me señaló con el dedo y dijo:

—Mirad, ¿veis sus orejas? Es un humano.

Barboto se acercó a mí. Me miró durante unos segundos. Y después me limpió la cara con la manga de su camisa, que era tan suave como un estropajo.

—Es verdad —dijo Barboto dirigiéndose a los enanos pelirrojos—, ¿veis su cara? Está claro que no es un elfo, es un humano.

—No es de aplicación —continuó el elfo— porque la Ley de la Salvaguarda del Secreto del Reino de Alistea es de rango superior. Prevalece defender el secreto de la existencia del Reino de Alistea ante los intrusos sobre la defensa del Secreto de las Grutas de los Enanos frente a los intrusos. Y yo, como guerrero elfo, y velando porque se cumpla la ley, llevo preso a este humano a las mazmorras de Ciudadela Capital. Y en virtud de esta ley exijo vuestra ayuda.

—Maldita sea —dijo Barboto—. El petimetre del elfo tiene razón. No nos queda más remedio que cumplir con la Ley de la Salvaguarda del Secreto de Alistea.

—Pero jefe —interrumpió uno de los pelirrojos—, si los enanos hacemos tratos y negocios con humanos...

—Chsss —silenció Barboto—. Esto es distinto. Es un intruso y no tenemos más remedio que ayudar en el cumplimiento de la ley. Ya sé, a mí me fastidia que el Cuélebre se quede sin tan succulento bocado, parecen tan tiernos... Pero la ley es la ley.

—Pero jefe —dijo el otro enano pelirrojo—, ¿en realidad lo lleva preso? El humano no iba atado.

—¿Y por qué iba a llevar a un humano atado? —gritó—. ¿Acaso un humano se puede escapar corriendo de un elfo armado que además lleva sus botas puestas? ¿Para qué llevarlo atado? ¿Para que retrase la marcha del elfo? Ay, lechuguino. Hay que pensar un poquito. Desatadlos de inmediato.

—Sí. Jefe, supongo que tiene razón.

—Elfo, te devuelvo tu espada —dijo Barboto—. Calzas largas, me temo que no nos queda más remedio que ayudarte —añadió mirando a los enanos pelirrojos—. Vamos a la lanzadera.

A la lanzadera se bajaba en una jaula ascensor que lanzaba quejidos a dúo con el ascensorista, un enano cejijunto. En medio del cuarto de la lanzadera había una intersección de vías, algo así como un asterisco dibujado con vías de tren dentro de un círculo de hierro. Las vías que salían del asterisco eran ocho en total y se perdían en un túnel. En el centro había un vagón, lo llamaré *vagón* porque estaba sobre los raíles, pero recordaba más a un submarino antiguo de cobre con ventanas redondas.

—La lanzadera en dirección norte —ordenó Barboto.

Un enano con casco de hierro y barba hasta el pecho giró una manivela azul hasta la posición *N*. El asterisco de vías de tren dentro del círculo giró hasta que el vagón lanzadera quedó apuntando al túnel que tenía una *N* escrita en azul. El vagón se abrió como cuando abres un bocadillo por un lado para ver de qué es. Tenía dos filas de asientos de cuero rojo bastante desgastado. No había volante ni ningún otro tipo de mando.

—Ahora, zotes, subid a la lanzadera. En no mucho tiempo, elfo, habrás

cumplido con tu deber y habrás encarcelado al humano en las mazmorras de Ciudadela Capital.

El elfo y yo nos sentamos en la fila de asientos de delante. Una barra de hierro, como la de las atracciones de la feria, salió automáticamente para sujetarnos al asiento. Yo creía que íbamos a viajar solos, pero los gemelos pelirrojos se subieron detrás.

—No se preocupe, jefe. Nosotros nos encargaremos de que el humano se quede encarcelado y bien encarcelado.

Barboto miró al enano de casco de hierro y le dijo:

—Velocidad máxima.

—¿Velocidad máxima? ¿Seguro, jefe?

—Velocidad máxima he dicho.

El enano de casco de hierro movió una palanca hacia delante hasta que esta hizo tope. El techo del vagón lanzadera bajó y vi por una de aquellas ventanas redondas cómo Barboto levantaba una mano a modo de despedida y, por cómo se movió su bigote, diría que sonreía.

## Ciudadela Capital

EL TÚNEL ESTABA MUY OSCURO. El faro del vagón iluminaba muy poco. Hubiera sido mejor que no iluminara nada, porque a veces lo que veíamos era un muro contra el que parecía que te ibas a chocar. Justo en ese momento... ¡zas!, giraba. Las curvas hacia la derecha no eran tan malas: yo acababa encima del elfo. Lo malo, claro, eran las curvas a la izquierda. Bueno, eso y las subidas y bajadas vertiginosas y los tirabuzones mortales.

Yo nunca me he montado en la montaña rusa, solo me atreví en el gusano loco, pero esto era peor. Porque la velocidad no era de montaña rusa, no. Era de cohete espacial super-mega-ultrasónico que te pasas. La verdad es que todavía no me he subido en un cohete espacial, pero calculo que esa es su velocidad. Más o menos, kilómetro arriba, kilómetro abajo. No te dejaba pegado al asiento: te dejaba hundido en el acolchado del asiento.

Además, el vagón lanzadera temblaba una barbaridad. Yo creía que se iba a romper en pedazos en cualquier momento. Y nosotros también temblábamos, que yo miré al elfo y de lo que le temblaba la cara casi no lo conocía. Y él levantaba su dedo pulgar, dando a entender que todo estaba OK. Yo le quise responder con una sonrisa, como queriendo decir: «Sí, sí, todo OK», pero mi dentadura sonaba como unas castañuelas.

De repente bajó la velocidad y miré por una de aquellas ventanillas redondas. Había peces. Sí, peces. Peces pequeños, rojos, verdes y azules que huían asustados echando burbujitas. Estábamos atravesando un río subterráneo. Pero aquello duró poco. Después volvimos al túnel y a la velocidad ultrasónica que te pasas. Hasta que dio un frenazo que me clavó la barra en el estómago. Yo creía que me había partido en dos. El duende se

estampó como un mosquito contra la ventanilla. Desapareció la barrera y se abrió el vagón como un bocadillo. Despegamos al duende del cristal y bajamos como pudimos.

No nos habíamos partido en dos, pero estábamos muy mareados. Los enanos gemelos se apoyaban el uno en el otro, sus cascos de bronce chocaban y sonaban como una campana. A mí me sujetaba el elfo y él se agarraba a la pared. Al duende no le sujetaba nadie, así que iba a su aire, haciendo eses. Por suerte no había comido nada desde el huevo frito sin pan de la mañana y no vomité. El día que me subí en el gusano loco sí que había comido antes.

Cuando se nos pasó un poco el mareo, subimos por una escalerilla hasta una trampilla que había en el techo. Parecía una puerta de submarino, tenía una manivela redonda que un enano giró con fuerza para abrirla. Del esfuerzo se le escapó una... *flautulencia*, que es como lo diría mi amigo Dani, que es muy intelectual. Pero, aunque lo llames *flautulencia*, sigue oliendo fatal y tampoco suena como una flauta. El enano pelirrojo tosió como disimulando. «Ay, qué carraspera tengo», dijo. Yo estaba justo detrás de él y me volví a marear. Menos mal que me sujetó el elfo, que si no me caigo escalerillas abajo. Te comento esto a modo de culturilla general: lo mismo que te he dicho que los elfos no tienen gases, pues te digo que los enanos sí.

Nada más salir, la portezuela se cerró a nuestras espaldas y desapareció. No quedó ni rastro de la trampilla, nada que indicara que allí había una portezuela de un túnel, solo había hierba. Estábamos en una pradera grande y verde. Algunas amapolas y margaritas silvestres correteaban a sus anchas. Estábamos en las afueras de Ciudadela Capital, según dijo Édilmar. Abrí los brazos en cruz y miré al cielo azul. Respiré hondo: aire fresco y puro. Me puse a planear como un avión por la pradera, pero me duró poco el vuelo. Los gemelos pelirrojos me bajaron las alas y me cogieron uno por cada lado.

—Ahora, mocosos, a prisión.

Las mazmorras no estaban lejos de allí. La entrada parecía una boca de metro abandonada. Otra vez bajo tierra. Había una garita en la entrada, pero como no había vigilante ni taquillera, el elfo cogió una llave del tamaño de un bolígrafo que había colgada en la pared. Me metieron en la primera celda de un pasillo que yo creo que no tenía fin. Era un cuarto frío y sin ventanas, solo tenía una pequeña alcantarilla en el techo por la que entraba la luz del sol a

rayas. El elfo cerró la puerta de barrotes y mientras echaba aquella llave gigante me guiñó un ojo. Me imagino que con eso me quería decir: «Vendré más tarde a por ti».

—Pues ya está preso —dijo el elfo—. Nos podemos ir.

—Todavía no —agregó uno de los enanos, yo creo que fue el pedorro, y puso un candado en la puerta de barrotes—. Ahora sí.

Cuando los enanos y el elfo se fueron, salió el duende de mi capucha.

—Puedo abrir candados de humanos, pero no de enanos.

Me senté en la cama, que era de piedra y que ni siquiera tenía sábana bajera. Burbureto había encontrado una cama más blandita. Se había tumbado panza arriba en una telaraña. Viendo cómo era la telaraña, me imaginé que la araña debía de tener el tamaño de una oveja. En alguna de las celdas del fondo se oían gemidos o aullidos y golpear en los barrotes. A lo mejor les había atacado la araña-oveja.

Había pasado ya una eternidad desde que el elfo se fue. Yo empecé a dar vueltas en la celda y también a darle vueltas a la cabeza: pensé que tendría que empezar a dibujar un palote por cada día que estuviera encerrado, porque a lo mejor cuando Édilmar me guiñó el ojo no quería decir que volvería a por mí, sino: «Ahí te quedas majete. Cuidado con las arañas».

Oímos unos pasos sigilosos en el pasillo. Unos pasos como de araña del tamaño de una oveja. Pero luego resultó que era el elfo, que venía caminando, eso sí, como si fuera una araña grande como una oveja.

—Disculpad. He tardado diez minutillos porque quería asegurarme de que los enanos se alejaban de aquí —dijo desde el otro lado de la reja.

—Es un candado de enanos —intervino el duende—. No se puede abrir.

—Sí, se puede abrir con una espada forjada por un enano. Si ese enano es Barboto.

El elfo desenvainó, dio un espadazo y rompió el candado. Y abandonamos aquellas mazmorras subterráneas de camas sin sábana bajera y arañas-oveja invisibles.

—Y ahora a Ciudadela Capital —exclamó el elfo—. Si no llega a ser por el vagón lanzadera de los enanos, hubiéramos tardado días en llegar hasta aquí.

—No habrías llegado —dijo el duende—. Antes te habrías convertido en

estatua.

Ya no sentía el cosquilleo de los brazos. Debía de ser por gatear en el túnel, pero es que a veces me obsesiono, no lo puedo evitar.

—¿Por qué le dijiste a los enanos que yo era un humano en lugar de un humanelfo?

—Qué más da lo que les dijera —contestó el elfo acelerando el paso—. Vamos, tenemos prisa. El tiempo corre en nuestra contra.

Ya era media tarde. No íbamos corriendo porque había que ahorrar energía. Íbamos en marcha, que es como correr, pero sin doblar las rodillas. Cuando veía a los corredores de marcha por la tele me parecían muy graciosos y me daba mucho la risa. Pero ahora no me reía porque iba con la lengua fuera. Hasta el duende, con sus piernecitas cortas, iba más rápido que yo. No se le veía, pero se movía la hierba por la que iba caminando, persiguiendo un saltamontes azul.

No habíamos caminado mucho cuando nos encontramos unas estatuas de unos personajes muy conocidos.

—Vaya —dije—, no sabía que estos actores de Hollywood eran tan famosos en Alistea. Hasta tienen estatua.

—Aquí ni son famosos, ni se les ha hecho una estatua. ¿Te acuerdas de aquella noche en que dijeron en la tele que esta pareja de actores no había ido a la entrega de premios? Pues aquí están, convertidos en estatuas de mármol blanco.

—Es verdad —recordé—. Eran los elfos que se habían hecho la cirugía estética en las orejas. Pobres, con el montón de hijos que tienen adoptados...

Y los dejamos atrás, por un lado con pena, pero por otro lado con admiración. Habían dejado unas estatuas con una pose preciosa. Como de foto en la alfombrilla roja de los Oscar de las revistas de mi abuela: ella así de espaldas, pero con la cabeza girada, y él cogiéndola por la cintura.

Media hora después llegamos a la puerta sur de Ciudadela Capital. Édilmar lo llamaba *puerta*, pero no había puerta ni nada, solo había un hueco en un muro de piedra gris con musgo. Había dos elfos centinela de piedra con una lanza en la mano. Uno a cada lado. Édilmar los conocía. Apretó mucho los dientes y, aunque los centinelas eran ya estatuas, los saludó bajando la cabeza y diciendo sus nombres.

—Bienvenidos a Ciudadela Capital —dijo Édilmar cuando estuvimos al otro lado del muro.

—¿Ya estamos en Ciudadela Capital? —pregunté yo—. Pero si no hay ni una casa, ni siquiera una cabaña. Solo bosque y más bosque y unos árboles enormes, que hacen falta seis personas para abrazar el tronco de un árbol.

—Mira. —El elfo señaló la copa del árbol que teníamos más cerca.

—Sí. Un árbol muy alto con muchas ramas.

—Solo ves lo que crees que debe haber en un árbol: ramas. Ahora vuelve a mirar. Mira como si nunca hubieras visto un árbol.

Entonces, cuando volví a mirar como si nunca hubiera visto un árbol, observé algo que no eran ramas. Allí, a una altura increíble, había una casa de madera, y cuando me fijé un poco más vi otras cabañas más pequeñas en las ramas que había alrededor.

—¿Ves? Eso es una casa de elfo, la cabaña grande es el salón y en las cabañas más pequeñas se distribuyen las habitaciones. ¿Te has fijado en que las ramas del árbol se juntan con las ramas de otros árboles? Pues bien, todos los árboles que juntan sus ramas forman una comunidad, algo así como una urbanización en tu mundo. En la comunidad suele vivir todo un gremio o clan familiar.

Era verdad. Poco a poco, como si fuera por arte de magia, aparecían ante mis ojos otras casas. Primero vi una comunidad en la que todas las casas tenían el mismo color: el rojo. Después me fijé en otro grupo de casas de color naranja: se trataba de otra comunidad. Y así, poco a poco, hasta donde alcanzaba mi vista fui descubriendo casas de colores en los árboles.

Era alucinante. Por eso mi madre estaba tan ilusionada por construirme una casa en un árbol de la urbanización. Era una casa de elfo. Nunca pudo hacérmela porque se votó en junta y salió que era un disparate.

—Pues subamos. —No había terminado de decirlo y el elfo ya había trepado como un mono por el tronco. Cuando estaba a tres metros de altura miró atrás—. Venga... Perdón, me olvidé de que tú no tenías botas de elfo.

Édilmar bajó del árbol y me dio una soga, o más bien una liana, como las de Tarzán, que colgaba del árbol.

—Agárrate fuerte.

El elfo pegó un tirón a la liana y después la liana tiró de nosotros. Nos

subió hasta el porche de una casa que había en un árbol.

—¿Poleas? —le pregunté al elfo.

—No. Naturaleza mágica

En la pared del porche había una pala, un rastrillo y un tridente del demonio que no era del demonio, sino de los agricultores elfos de aquella casa.

Me asomé a una ventana con las cortinas descorridas y del susto casi me caigo de espaldas. Había una estatua de una niña como yo. Como yo de edad, quiero decir; ella era niña y elfa, o sea que mucho más guapa. Édilmar tocó con los dedos el cristal. Se quedó mirándola durante un rato. Sin hablar. Después bajó la cabeza.

—Es mi sobrina —dijo respirando hondo—. Esta es la casa de mi hermana.

El elfo, apenado, se sentó en una silla balancín que había en el porche de la casa.

—Venga, Marcos. Siéntate aquí a mi lado. Tenemos prisa.

Estaba claro que lo de encontrarse a su sobrina convertida en estatua le había afectado. No solo estaba triste, sino que se había quedado un poco majareta, me había dicho que me sentara porque teníamos prisa. Pero me senté a su lado porque me dio pena y porque a los locos hay que darles la razón.

La silla se movió, y dirás tú: «normal, si me acabas de decir que era un balancín». Pero es que no se movía como un balancín, se movía avanzando, y en unos segundos habíamos abandonado el porche de aquel árbol. Íbamos a gran altura entre los árboles, como si fuéramos en uno de esos telesillas de la nieve.

Desde nuestro telesilla podíamos ver una ciudad de estatuas de mármol blanco. Había esculturas de hombres, de mujeres, de niños en los porches de las casas, en puentes colgantes entre árboles, en los caminos del suelo. Eran preciosas y cualquiera hubiera disfrutado mucho viéndolas repartidas por el bosque si no supiera que en realidad eran elfos petrificados, porque entonces le daría escalofríos como a mí.

Yo miraba buscando una estatua en concreto: la de mi madre. Édilmar parece que me leyó el pensamiento. Me pasó el brazo por el hombro:

—Ya te lo dije, tu madre no es de las que se queda en la ciudad esperando sin hacer nada a convertirse en estatua de piedra. Ella debió de partir en busca de la Piedra Esmeralda y estará en el Territorio Maldito.

—Convertida en estatua.

—Eso no lo sabemos. Cada elfo tiene un ritmo diferente de petrificación. Cuando yo salí tenía el cosquilleo intermitente en un brazo, pero había elfos totalmente petrificados y algunos que todavía no habían empezado a sentir el cosquilleo en ninguna de sus extremidades.

Seguimos avanzando en nuestro telesilla. Burbureto iba de pie en el reposabrazos haciendo equilibrios como un surfista en su tabla.

—Fin de trayecto —dijo el elfo, y tiró de una palanca que frenó la silla de golpe.

El duende casi se cae del reposabrazos, pero se agarró por los pelos a mi camiseta. Trepó y correteó por mi brazo para esconderse en mi capucha.

Nos bajamos en una plataforma redonda. El elfo giró una ruedecita del reposabrazos del telesilla biplaza y soltó la palanca. Así regresaría a casa de su hermana.

Cruzamos un puente colgante y después a través de una tirolina llegamos al porche de la casa del árbol de Édilmar.

—Es una casa pequeña —dijo el elfo—, pero está en primera línea de lago, en el centro de Ciudadela Capital.

La casa era azul y también tenía «balancín» en el porche. Entramos. Era más grande de lo que parecía por fuera. En el salón había incluso un piano y una chimenea. Bueno, el piano no tenía cola. Unas escaleras de mano subían a un hueco en el techo, al menos debía de tener dos plantas. Había tres puertas que llevarían a las habitaciones que había en las ramas.

Pero lo que más me gustó eran las vistas. Desde una ventana grande hecha de rectángulos de cristal se veía el lago, la islita con el árbol negro en el centro y a la derecha la cascada. Pero me entristeció pensar que debajo de aquella cascada estaba la cueva que un día había sido el hogar de mi madre y donde ahora estaban mis abuelos petrificados.

—Ya estamos en Ciudadela Capital y no hemos conseguido información sobre mi madre ni de cómo va la búsqueda de la Piedra Esmeralda.

—Tranquilo —repuso el elfo, y cogió un cuerno de la repisa de la chimenea—. Lo tocaré y las cuadrillas de elfos que estén próximas a Ciudadela Capital nos responderán con su cuerno.

Édilmar salió al porche y yo le seguí.

—¿Os comunicáis con un cuerno?

—Sí. Hay muchos mensajes que se pueden transmitir con su sonido.

Édilmir tomó aire y sopló el cuerno. Sonó como un gran bocinazo que se quedó flotando en el aire hasta que poco a poco se apagó. Nos quedamos escuchando, el duende moviendo las orejas y el elfo y yo sin moverlas, pero solo se oía el viento que movía las hojas de los árboles. Ningún cuerno nos respondió.

El elfo volvió a intentarlo desde una rama, después desde otra, sin respuesta. Volvió cabizbajo al porche.

—A lo mejor —intervine—, es un problema de cobertura.

Como el elfo no decía ni palabra cogí el cuerno, limpié la boquilla con la camiseta y me puse encima del balancín. Hinché todo lo que pude mis mofletes y soplé, pero no emitió ni un ruidito. Lo volví a intentar una y otra vez, hasta que lo conseguí. Aunque no sonó como un tremendo bocinazo, sino como un matasuegras. Tampoco nadie respondió.

El elfo paseaba en círculos por el porche. Una vuelta y otra vuelta, hasta que se paró y dijo:

—Vamos adentro. Deberíamos comer algo.

Entramos.

—¿El sonido del cuerno se puede oír desde el Territorio Maldito?

—No creo. Está lejos de aquí.

—Entonces tal vez mi madre y las cuadrillas que están en el Territorio Maldito todavía no sean estatuas, pero no han respondido porque no lo han oído, ¿verdad?

—Claro, Marcos.

El elfo se acercó a un armario y abrió el candado.

—Es el armario de los víveres. Tiene un candado fabricado por los enanos para que no lo puedan abrir los duendes y así no acaben con las existencias.

Aunque Édilmir miró a Burbureto, el duende no se enteró. Estaba muy concentrado pasando el dedo por el mueble de los platos para comprobar que no había polvo. Si había una motita meneaba la cabeza y decía: «Ay, ay».

El elfo abrió de par en par el armario y el duende abrió también de par en par sus ojos. El armario de los víveres, aunque tuviera ese nombre tan exótico, lo que tenía era comida. Había embutidos de carne de distintos animales, latas

de conservas extrañas, higos secos...

El elfo se volvió hacia nosotros.

—Ahora, escuchadme bien. Este es el plan: el portal de La Nube vuelve a funcionar porque hay un elfo de carne y hueso: yo —me miró fijamente—. Marcos, regresarás a tu casa. Tu padre volvía hoy de su viaje de negocios.

—¿Qué? —grité yo—. Pero yo no quiero irme sin mi madre. Sin saber algo de ella al menos...

—Marcos, prometí a tu madre protegerte. Regresarás a tu casa, allí estarás a salvo con tu padre. El Homdesac ya no está en tu mundo, tú mismo lo has visto persiguiéndonos en Alistea.

—Pero mi madre...

—No hay otra opción. Yo iré al Territorio Maldito y no puedo llevarte conmigo porque allí no podría protegerte de todos sus peligros.

—Pero es que yo...

—Regresarás a tu casa —afirmó el elfo muy serio—. Ahora comed mientras yo voy a la armería a por flechas. Cuando vuelva nos iremos al claro, donde tomarás un pegaso con el duende hacia La Nube para volver a tu casa. Yo iré al Territorio Maldito, me uniré a las cuadrillas de elfos, asaltaremos la morada de Otrebor y recuperaremos la Piedra Esmeralda. Fin de la historia.

Édilmir cogió un trozo de pan y un pedazo de queso, salió, se subió en el balancín de su porche y se alejó.

Así dio por terminada la discusión. Pero yo quería ver a mi madre y no me quería ir de Alistea sin ella. Se me había quitado el apetito, al duende no. Burbureto mordisqueaba con verdadera pasión un higo. Me asomé al armario de los víveres.

—Pero qué es lo que estoy viendo en el fondo... ¿No son lonchas de jamón ibérico?

—¿Jamón ibérico en Alistea? —El duende dejó caer el higo de sus manos y vino corriendo al armario de los víveres—. Qué granuja, el elfo. Que calladito se lo tenía.

El duende entró hasta el fondo del armario. Cerré la puerta y puse el candado de los enanos a prueba de duendes.

—Lo siento, Burbureto, no he tenido más remedio que encerrarte. Me voy al Territorio Maldito a buscar a mi madre.

—¡Humanelfo traidor! —gruñó el duende sacando sus puños entre las puertas del armario—. Uhm... pero una cosa más: ¿hay o no hay jamón ibérico en el armario?

## El Bosque Lastimero

ESPERÉ A ÉDILMAR EN EL PORCHE. En cuanto llegó me pidió que me subiera en el balancín. Iba tan acelerado como mi padre cuando me lleva al cole, que alguna vez me ha dado su portátil y se ha llevado mi bolsa del almuerzo del recreo. Ni siquiera me preguntó por el duende; debió de pensar que estaba en la capucha de mi camiseta, como casi siempre. La primera parte de mi plan había funcionado.

El balancín iba rápido y no tardamos en llegar al claro del bosque, la pista de aterrizaje de los pegasos que van y vienen de La Nube. Por suerte no estaba el centauro, ese tipo antipático que me prohibió volver a Alistea y que había expulsado al pegaso Compay a las Praderas del Descanso. Solo había dos pegasos de color rojizo brillante. Uno de ellos era poco más que un potro con pelusilla en las plumas de las alas.

El elfo se acercó al pegaso grande y le dio pan. Me tendió la otra mano con un trozo y me dijo:

—Haz tú lo mismo.

Y lo hice.

—No. No quiero decir que comas tú de mi mano, sino que se lo des a tu pegaso para ganarte su confianza.

Cogí el pan con la mano, pero con disimulo le di otro mordisco. Tenía un hambre tremenda. Con lo de encerrar al duende en el armario de los víveres no había probado bocado desde el huevo frito del desayuno.

Le ofrecí el pan al pegasito. El caballo dejó de lamerse debajo del ala y se acercó a mí trotando. Se comió, con aquellos dientes enormes, todo el pan de la palma de mi mano. Me la dejó toda chuperreteada. Lo acaricié para ganarme su confianza y limpiarme las babas.

Édilmir me cogió del hombro.

—Tu pegaso te llevará a La Nube, el duende abrirá el portal y regresarás a tu casa. Yo partiré al Territorio Maldito a buscar la Piedra Esmeralda.

Después añadió con los ojos brillantes.

—Marcos, esto no es una despedida, nos volveremos a ver. Ha sido un honor conocerte. Disculpa si no empecé contigo con buen pie y te juzgué mal. Estaba equivocado: eres un niño humanelfo estupendo... Hasta siempre.

Nos abrazamos. Aquello, para no ser una despedida, sonaba muy a despedida.

—Has sido un tutor fenomenal y, tranquilo, tú lo has dicho: no es una despedida —lo dije porque en realidad no lo era.

Montamos en los caballos alados, a mí me tocó el pequeño. Galoparon, golpearon fuerte el suelo con las pezuñas delanteras, se encabritaron y despegaron del suelo. De la impresión, mi estómago también despegó hasta la garganta.

Mi pegaso volaba detrás del que montaba el elfo. Su caballo batía las alas un par de veces y planeaba. El mío daba un montón de pequeños aletazos y apenas planeaba. Creo que estaba en prácticas. Yo tenía un miedo tremendo y me agarraba fuerte a sus crines.

Cuando La Nube estuvo a pocos metros por encima de nuestras cabezas, el otro pegaso voló rodeándome y el elfo me dijo adiós con la mano. Yo me despedí con la barbilla porque no me atrevía a soltarme de manos.

Nos posamos arrancándole algunos jirones en La Nube. Vi cómo se alejaba volando Édilmir, y cuando estuvo a cierta distancia le pedí a mi pegaso que lo siguiéramos.

Según mi *Manual del pequeño detective*, si quieres espiar a alguien sin ser visto puedes hacer como que estás leyendo un periódico haciéndole dos agujeritos para ver. No tenía un periódico, así que volábamos muy alto, por encima del pegaso de Édilmir, y escondiéndonos de vez en cuando entre las nubes.

Volamos por encima de bosques, de campos amarillos, verdes, rojos, de pueblos en miniatura... Después de un tiempo los paisajes dejaron de interesarme, el sol se empezaba a esconder, el cielo estaba naranja y el viento soplaba más fuerte. Al pegaso le ponía de punta la pelusilla de sus alas, a mí

me despeinaba y me inflaba la camiseta de Gandía, parecía que estaba gordísimo. Cómo le hubiera gustado a mi abuela la de Getafe verme así: no volando en un pegaso, no; me refiero a verme gordísimo.

Cuando empezaba anochecer y las nubes eran grises azuladas y la luna redonda como una moneda de plata, el pegaso del elfo por fin se posó en la tierra. Había aterrizado justo delante de una línea gorda en el terreno, recordaba una herida de esas feas que se ponen negras. Debía de ser la Cicatriz, la frontera con el Territorio Maldito que Édilmar había representado con anchoas en la porción de pizza en el molino.

Volamos en círculos espiando al elfo. Édilmar atravesó en zigzag la Cicatriz, después corrió por un descampado y se perdió en un bosque negro.

Le pedí a mi pegaso que siguiera al elfo, pero el caballito se encabritó y se cabreó. Lo primero que le enseñan a un potro pegaso es que está prohibido cruzar la Cicatriz. Así que se posó a este lado de la frontera.

La Cicatriz era en realidad una fila de rocas, parecidas a las rocas que hay en la playa con mejillones pegados, pero estas sin mejillones. Atravesé la Cicatriz en zigzag como había hecho el elfo, pasando por las rocas que eran más fáciles de escalar. Me pringué las manos de un líquido espeso y parecido al pus de una herida o una cicatriz infectada. La frontera era una verdadera herida en el suelo de Alistea.

Llegué al otro lado, me limpié las manos en el pantalón y crucé corriendo el descampado.

Nada más entrar en el bosque, se me pusieron *los pelos de gallina*. Oía llantos por todas partes, y no llantos de rabieta porque no te compran un helado, eran llantos de pena profunda que se clavaban en el pecho. Cuanto más me adentraba más me rodeaban aquellos lamentos y sollozos. Giraba sobre mí mismo buscando a los llorones, pero no había nadie.

Para colmo de males, llovía. No caían muchas gotas, pero eran unas gotas gordas y saladas. Estaba empapado, la ropa se me pegaba al cuerpo y el pelo me chorreaba sobre los ojos. Deseé con todas mis fuerzas estar lejos de allí. Me imaginé que llegaba a casa: «Anda, hijo, vete a darte una ducha caliente, que te voy a preparar una infusión que te hará entrar en calor». «¿Podría ser un chocolate caliente?». «Claro que sí, tesoro, y un trocito de äppelkaka para acompañar». Pisé algo que crujió y me sacó de mi ensoñación. Pensé que sería

una ramita seca, pero era el esqueleto de algún animalito que yo no conocía.

Aceleré el paso, caminaba entre árboles y matorrales espinosos que se enganchaban en mi camiseta de Gandía.

No muy lejos vi una lucecita amarilla, debía de ser el farol de Édilmar. Me tranquilizaba ver aquel puntito de luz y caminé en aquella dirección. Lo seguiría a escondidas, no le iba a hacer mucha gracia verme allí.

A medida que avanzaba los llantos sonaban más alto y llovía cada vez más, hasta que se convirtieron en unos gritos insoportables y comenzó el diluvio universal. Algo agarró mi tobillo. Caí de morros en el suelo. Tiraba de mí arrastrándome, intenté agarrarme a los hierbajos del suelo, pero estaban húmedos y se me resbalaban entre las manos. Conseguí girarme un poco y ver qué tiraba de mí.

Un malismo se reía con una risa que sonaba como serrar (sin querer) una mesa del cole en clase de manualidades, y enseñaba una boca llena de dientes pochos y babas. Los ojitos hundidos brillaban como la cabeza de dos alfileres. Su cuerpo peludo y embarrado estaba metido de cintura para abajo en un agujero en el suelo al que me quería arrastrar.

El bicho se había hundido hasta el pecho en aquel agujero cuando se evaporó en una nube de pelos.

Édilmar con su espada me había vuelto a salvar de un malismo.

—¿Qué haces tú aquí? —gritó el elfo frunciendo el ceño y agitándome como un jarabe antes de usar—. ¿Qué haces tú aquí?

—Buscar a mi madre —dije lloriqueando como un niño—, buscar la Piedra Esmeralda para que ella y tú no os convirtáis en estatuas de piedra.

—Eres... eres... un testarudo. Un testarudo como tu abuelo.

El elfo empezó a caminar con paso ligero y yo le seguí como un perro faldero, corriendo a ratos para alcanzarlo.

—Vaya tiempesito... —dije utilizando la misma fórmula que utilizo para romper silencios incómodos con los vecinos en el ascensor—. Aunque ya llueve menos que hace un ratito. Y además de la lluvia, los llantos misteriosos, ¿eh?

—No llueve.

El elfo cortó la conversación. Podría haber sido más educado, como mis vecinos en el ascensor, y decir algo así como: «Ni que lo digas, hijo, pero

creo que mañana cambia, que el tiempo está loco». Y yo hubiera dicho que sí, que es por el cambio climático provocado por los desodorantes. Y luego, por hacerles la pelota y para que les digan a mis padres que soy muy educado, les digo que si todos fueran como ellos no habría cambio climático, que se nota que no usan desodorante. Es un cumplido genial porque a todo el mundo le gusta ir de ecologista hoy en día y se quedan con la boca abierta. Pero como el elfo todavía estaba enfadado, pues no pude meter mi discursito ensayado.

Pasó un tiempo hasta que el elfo volvió a hablar:

—No llueve. No son gotas de lluvia, son lágrimas de las hojas de los árboles. Lloran porque los intrusos que entran en este bosque no salen con vida de él. De ahí esos llantos lastimosos.

—Eso es por los desodorantes... ¿Qué? —reaccioné—. ¿No saldremos con vida de aquí?

—Al menos una vez salieron dos elfos de aquí: tu madre y yo. Cuando ella me salvó del Homdesac.

Intentó calmarme, pero me recordó que el Homdesac me perseguía. Al menos parecía que le llevábamos ventaja, la última vez que le vi fue en las laderas de la Sierra del Cuélebre.

Llegamos a un pequeño claro, pero lo suficientemente grande para que las lágrimas de aquellos árboles tan sentidos no siguieran cayendo encima de nosotros, empapándonos. El elfo dijo que descansaríamos unos minutos.

Sin duda nos vigilaban. Se veían sombras moviéndose detrás de los árboles y arrastrándose por el suelo. De vez en cuando, ahora que los llantos se escuchaban menos, se oían ruidos extraños que podían ser de animales del Bosque Lastimero o de otras criaturas.

Recogimos algunas ramas y hojas secas y el elfo encendió una hoguera. Dibujó un círculo en el suelo alrededor nuestro con su espada y dijo en voz alta:

—Tranquilo, Marcos, el círculo mágico de seguridad élfico nos protegerá. Si alguna criatura osara entrar, un fuego se originaría en sus entrañas y moriría envuelto en llamas.

Era increíble, la magia élfica era muy potente: había dibujado un círculo en el suelo y ya estábamos protegidos como si estuviéramos en un búnker.

Estiramos nuestros brazos hacia el fuego para secarnos y entrar en calor.

Me di cuenta de que el elfo tenía los brazos llenos de arañazos.

—¿Por qué no te has curado los rasguños que tienes en el brazo como hiciste con los míos en el río Alys?

—Un elfo puede curar a otro, pero no se puede curar a sí mismo.

—Pues déjame que lo intente yo.

Puse mis manos cerca de los rasguños del brazo de Édilmar. Cerré los ojos y los apreté para concentrarme más. Respiré hondo como le había visto hacer al elfo y ordené a mis manos que se enfriaran, porque cuando él me curó sentí frío. Al cabo de unos minutos retiré mis manos. Los arañazos seguían allí, pero a mí me parecían más pequeños y, unos segundos más tarde, ante nuestros ojos, se volvieron azules.

—Muy bien, Marcos —sonrió el elfo—. Casi lo consigues, y solo tienes ocho años.

—Casi nueve.

No le había curado del todo los rasguños, pero al menos el elfo parecía estar de mejor humor y yo estaba encantado de casi tener otro poder élfico.

Se estaba muy a gustito escuchando el chisporroteo de las ramas cuando se quemaban. Estaba agotado y empecé a quedarme dormido, pero algo me sobresaltó. Un lagarto verde y gordo como un gato había entrado en el círculo mágico de seguridad élfica y no había comenzado a arder.

—Es solo un lagarto, es inofensivo, no es una criatura malvada, por eso no ha ardido —explicó el elfo—. Descansa unos minutos.

Me volví a acurrucar y me quedé frito.

Me despertó un delicioso olor a carne asada. Édilmar tenía en la espada carne trinchada que asaba al fuego. Del hambre que tenía me abalancé sobre la comida. Era una carne blanca deliciosa, sabía como a pollo, pero era distinta. A lo mejor es que era pollo de corral, que mi padre no lo compra porque es más caro que el pollo normal de ciudad. Claro, que yo por allí no creo que hubiera corrales.

—¿De dónde ha salido esta carne tan rica?

El elfo no respondió a mi pregunta, solo dijo muy bajito:

—Hemos descansado casi una hora, es medianoche. Debemos continuar nuestro camino hacia el Castillo de Otrebor para recuperar la Piedra Esmeralda. Además, desde que entró el lagarto en el circulito que dibujé en el

suelo, los malismos y las otras criaturas que nos rodean deben de sospechar que el círculo no es mágico ni poderoso, ni que van a arder cuando lo atraviesen. Las criaturas del Bosque Lastimero no conocen nuestros poderes, así que utilicé esta artimaña para retenerlos durante un tiempo.

—¿Qué? —grité—. ¿Era mentira? —Otra vez me entró un canguelo por todo el cuerpo: el círculo no nos protegía de nada. Me levanté de un salto.

—Deprisa —exclamó el elfo—. Tengo el cosquilleo también en la otra pierna. El proceso de petrificación se acelera, creo que llegar va a ser impo...

No terminó esa palabra, se mordió la lengua para no decir *imposible*. Pero yo estaba un poco más optimista.

—Bueno, a mí también se me ha dormido una pierna. A lo mejor lo tuyo también es por descansar en el suelo en una mala postura.

Se quedó un rato callado con una ceja más levantada que la otra.

—¿Sigues teniendo cosquilleo en los brazos?

—De vez en cuando... ¿Qué pasa?

Esperaba que el elfo me consolara inmediatamente, contándome eso de que yo no podía petrificarme porque era un humanelfo, no un elfo. Después de un rato de silencio dijo:

—Tal vez, después de todo, no haya sido una mala idea que hayas venido.

Se fue sin más explicaciones y apagó el fuego con tierra.

—Oye, ¿qué querías decir...?

—Chsss... Escucha —susurró mirando a nuestro alrededor.

—No se oye nada.

—Exacto. No se oye nada: ni el llanto de los árboles, ni el ruido de malismos, ni otras criaturas de la noche. Nada.

El elfo se puso delante de mí y preparó su arco para disparar.

# 20

## Mamá

ALGO MARRÓN, GRANDE Y CON PLUMAS se posó a seis pasos de nosotros sin hacer nada de ruido. No tenía rostro, pero esto tiene una explicación sencilla: estaba de espaldas. Después, aquel bicho giró la cabeza ciento ochenta grados exactos de transportador de ángulos sin mover ni un grado el resto de su cuerpo. (El típico giro de cabeza de niña poseída que vomita).

Tenía unos ojos rojos grandes como dos platos soperos, cejas de enfadado formando una *V* y un pico ganchudo y afilado. Era un búho.

Un búho del tamaño de una persona.

—¡El Bú! —gritó el elfo.

El pajarraco giró el resto del cuerpo. Édilmar le disparaba flechas con una velocidad que parecía que estuviera utilizando una ametralladora en lugar de un arco. El Bú se cubrió con sus alas, después las abrió y desvió todas aquellas flechas. No le habían hecho ni un rasguño. Ladeó la cabeza y nos miró fijamente.

El elfo desenvainó la espada y corrió hacia él. El Bú abrió su pico ganchudo y nos dejó ver una garganta roja del mismo tono que sus ojos y lanzó un grito que destrozaba los tímpanos. Me quedé paralizado temblando y tapándome los oídos.

Cuando el elfo estuvo cerca del bicho, este erizó todas las plumas de la cabeza, dio dos aletazos que levantaron un viento terrible y echó a volar. Me agaché con las manos en la cabeza, yo también con los pelos de la nuca erizados. El búho gigante pasó rozándome las manos con sus garras y sentí un tirón en el cuello, como si me colgaran de una soga. Mis pies se separaron del suelo. El Bú me había enganchado de la capucha de mi camiseta de Gandía. Levantábamos el vuelo.

Édilmár corría hacia nosotros, pero cada vez cogíamos más altura. Yo intentaba gritar, pero no podía porque el cuello de la camiseta me estaba ahogando. El elfo dejó de seguirnos y trepó por el tronco de un árbol, le perdí de vista entre las ramas.

Estaba a una altura de una segunda planta cuando se sintió el golpetazo de algo que había caído encima del pájaro, y perdió altura. «Aguanta, Marcos». El elfo, de un salto desde el árbol, se había subido a la chepa del pájaro. No era yo quien tenía que aguantar, era mi camiseta de Gandía, que era de calidad, no le habían salido pelotitas, pero aquello ya era demasiado. El Bú seguía perdiendo altura y con las alas cortó algunas ramas como si fueran un hacha bien afilada. Volaba directo hacia un árbol. Chocó con él.

El pajarraco lanzó un quejido de dolor y me soltó. Yo caí golpeándome con las ramas, pero Édilmár me cogió de un brazo y me subió hasta una rama. Bajamos del árbol, no sé muy bien cómo, pero lo hicimos muy rápido.

Para intentar desengancharse de las ramas, el Bú aleteaba tan furioso que se le soltaron algunas plumas que flotaron en el aire. Corrimos por el bosque hasta que el grito destrozatímpanos del Bú ya solo se oía como un pitido en nuestros oídos.

Apoyé las manos en las rodillas, jadeaba tanto que no podía ni hablar, el corazón se me salía por la garganta, tenía un montón de rasguños y mi camiseta de Gandía, una de mis preferidas porque tiene capucha, estaba destrozada.

Para colmo de males me había entrado una tiritera incontrolable porque estaba empapado en sudor y ahora corría un vientecito fresco. Y así es como se cogen los catarros según mi abuela la de Getafe. Por eso, cuando en los partidos me mandan al banquillo, ella me tapa con una mantita y dice que menos mal que está ella allí, que como mi madre es sueca y allí son muy de sauna y luego de salir a la nieve, no se da cuenta de que yo, que soy español, sudo como un pollo y por el contraste pillo un buen resfriado. El elfo debió de pensar lo mismo que mi abuela y me tapó con su capa de elfo, que tenía capucha y todo. Me arrastraba por el suelo, pero era ligera y muy calentita.

Seguimos avanzando, abriéndonos paso entre arbustos y matorrales. Por verle el lado bueno a la visita del Bú, desde que esa bestia había entrado en el bosque ni los árboles lastimeros se atrevían a llorar y parecía que el resto de criaturas que antes nos vigilaban ya no estaban en el bosque. El elfo me

explicó cómo había conseguido que el pajarraco se chocara con el árbol: el Bú había girado su cabeza de niña poseída para atraparlo, pero él se agarró fuerte a sus plumas del cuello, impidiéndole girar la cabeza hacia delante. Como el bicho no tenía ojos en el cogote, chocó.

Después de unas horas llegamos al final del Bosque Lastimero. Viendo lo que nos esperaba, el bosque ahora me parecía un lugar realmente acogedor.

Lo primero que notamos al salir del bosque, al menos yo, fue un olor muy fuerte, parecido al de la goma quemada, que entraba por los dos orificios *nasales de la nariz*. Si te tapabas la nariz era aún peor porque el pestazo entraba por la boca y te picaba la garganta y no podías parar de toser. Parecía un terreno quemado por el fuego, todo estaba cubierto de una ceniza negra y apenas había vegetación. Solo unos árboles retorcidos y negros sin hojas. No se veía mucho más porque del suelo salían columnas de humo que cubrían todo de niebla.

Avanzar por aquel terreno chamuscado no era fácil. Los árboles negros y retorcidos estiraban sus ramas como auténticas garras para intentar atraparnos. Cada paso que dábamos en aquel terreno podía ser una trampa mortal. Pasamos cerca de una laguna con agua negra hirviendo que hacía burbujas y pompas que explotaban ruidosamente. Al otro lado había riachuelos de lava roja.

Fue al subir una pequeña pendiente cuando aquella niebla de humo desapareció dejando un espectáculo que te golpeaba como un puñetazo en el estómago.

No hacía falta la infravisión élfica, la luz de la luna llena era suficiente para ver aquel paisaje: en la llanura de polvo negrísimo había decenas, o tal vez centenas, de estatuas muy bellas y blanquísimas de elfos.

Sentí un fuego por dentro, grité y eché a correr por la llanura. Apenas podía oír los gritos de Édilmar a mi espalda, tenía los oídos taponados como cuando sales de la piscina.

Milagrosamente esquivé las garras de los árboles negros, salté un riachuelo de lava... Fui mirando una a una todas las esculturas de mármol que me iba encontrando: no, no, no... ¡SÍ!

Era mi madre

Tenía una mirada triste y blanca en lugar de alegre y verde. Era ella y no

parecía ella. La abracé y lloré. Lloré mucho, a moco tendido. No sentí el calorcito de su abrazo, estaba fría y lisa y no olía a ella. No se trata de un olor a colonia, es un olor a mi madre, como a incienso, a äppelkaka, a infusiones de hierbas aromáticas y también a Cola-Cao. Ella lo sabía todo, siempre tenía respuestas para mí. Me hacía sentir bien, como la sensación de encontrar un refugio en medio de una tormenta de nieve. Abrazado a la estatua sentía como si me faltara una parte de mi cuerpo.

La última vez que la vi me dijo lo muchísimo que me quería, pero yo no se lo dije a ella porque estaba enfadado. Y ahora mi madre era de piedra.

—Marcos. —Édilmar apoyó su mano sobre mi hombro y cuando me giré me abrazó—. Lo siento.

El elfo tenía los ojos rojos y unos chorretones en la cara sucia de polvo negro. También había estado llorando.

—Mira, ¿ves allí, sobre aquel pico? Ese es el castillo de Otrebor.

El castillo quedaba a las espaldas de mi madre, encima de una montaña. Solo faltaba la silueta de un murciélago para que se pareciera a mi trabajo de manualidades de Halloween: una cartulina con una silueta negra de un castillo pegada sobre otra cartulina blanca con forma de luna. Aquel castillo terrorífico tenía varias torres siniestras. En la torre más alta había luz en una ventana. No parecía estar muy lejos, pero había que escalar aquella montaña y eso debía llevar bastante tiempo.

—Iremos hasta allí —dijo el elfo señalando el castillo—. Tal vez todavía encontremos algunos elfos a los que unirnos.

—La Piedra Esmeralda no está en el Castillo de Otrebor —respondí sorbiéndome los mocos.

—¿Qué?

—Mi madre nos está diciendo que no es allí donde está la piedra.

—¿Qué dices? Otrebor debe de estar en su fortaleza, hay luz en la torre, y allí debe de estar la Piedra Esmeralda.

—No —añadí con algunas interrupciones por el tremendo hipo que me había entrado de tanto llorar—. Capítulo 3 del *Manual del pequeño detective*: las huellas. Fíjate en el suelo. Las huellas de las pisadas de mi madre y de otros elfos vienen de allí, del castillo de Otrebor. Así que, querido Édilmar, los elfos ya han estado allí y no han encontrado lo que buscaban.

—Cierto, y hay huellas de elfos que vienen de la derecha y de la izquierda, de donde venimos nosotros. Así, si los elfos guerreros ya han rastreado estas zonas solo queda...

—*Emmental*, querido Édilmar —dije como el ratón detective de mi libro—. Solo nos queda la dirección que señala mi madre.

Me imaginaba que ese fue su último movimiento antes de petrificarse, levantar el brazo y señalar para que alguien encontrara una pista, y ese había sido yo, su hijo: Marcos Alonso Álbora.

Caminamos en aquella dirección. Se oían silbidos, gruñidos y relinchos. Sí, relinchos. El elfo dijo que debían de ser de los pegasos jubilados en las Praderas del Descanso. Los sonidos eran lejanos, por eso nos sobresaltó un graznido que sonaba cercano. Muy cercano. Me quitó el hipo. Era un cuervo posado en la garra de uno de aquellos árboles siniestros y retorcidos. El pájaro negro brillante sacudió sus alas, pero se quedó en la rama observándonos con sus ojos redondos y amarillos.

—Un cuervo —susurró el elfo—. Podría ser el cuervo de Otrebor. El cuervo que robó la Piedra Esmeralda. Vamos a seguirlo.

El pájaro echó a volar. Le seguimos en silencio. No fue difícil, casi volaba a ras del suelo, pero de repente desapareció. Corrimos hasta allí. Había un terraplén. Todavía pudimos ver cómo se colaba en una grieta que había entre dos rocas.

Bajamos a trompicones y entramos en la cueva chapoteando sobre el terreno embarrado. Despertamos a unos murciélagos que estaban durmiendo cabeza abajo tan tranquilos; chillaron, revoletaron por encima de nuestras cabezas y se fueron sin mordernos.

Con el lío de los murciélagos habíamos perdido de vista el cuervo. Estábamos allí, como dos pasmarotes, en una cueva fría y húmeda que olía como la caja de arena de un gato, pero con una peste multiplicada por mil, delante de las entradas a dos grutas y no sabíamos cuál teníamos que escoger.

De repente, en la gruta de la derecha vimos un resplandor que se encendió y se apagó como un fognazo.

—A lo mejor es un dragón escupiendo fuego —dije.

—No. Los dragones solo existen en Sayagatia, no en Alistea. Vamos a tomar ese camino, al menos hay algo de luz.

A puntito estábamos de entrar en la gruta del fogonazo cuando oímos el graznido del cuervo en la otra gruta y cambiamos de dirección.

Era un pasadizo de peñascos afilados, cada vez más oscuro porque ya no llegaba la luz de la luna que se colaba por la grieta. Ni siquiera con la infravisión élfica de las cáscaras de plátano se podía ver mucho. Yo tenía la sensación de que algunas criaturas se movían por las paredes vigilándonos.

—Marcos, cuidado con las estalactitas.

A veces el techo estaba tan bajo que teníamos que encorvarnos para pasar por debajo de las estalactitas goteantes y afiladas como la dentadura de un tiburón. Otras veces el techo era altísimo y no se veía hasta dónde llegaba. Cuando había más de un camino, nos orientábamos por los graznidos del pájaro para elegir nuestra ruta.

—Édilmir —susurré—, ¿tenemos algún plan? No hemos encontrado ningún grupo de elfos al que unirnos...

—Nuestra opción es el factor sorpresa. No creo que Otrebor espere visitas en su escondrijo y tal vez le pillemos desprevenido.

Así, como plan, a mí no me parecía el mejor del mundo porque no sé qué tipo de criatura sería Otrebor, pero debía de ser gigante y poderosa si se necesitaba una cuadrilla de elfos para derrotarlo, y nosotros éramos un elfo y medio. Además, para rematar la faena...

—Se me ha dormido la otra pierna.

—Chsss. —Édilmir me pidió silencio y señaló hacia delante.

Al final de la gruta se veía una luz.

Nos asomamos apoyados a la pared como auténticos ratones detectives de mi libro. No era lo que esperaba ver en una cueva.

De un cordón que se perdía en la oscuridad del techo colgaba una lámpara propia del Palacio Real de Aranjuez, con velas encendidas y muchos cristalitos, pero sin los reflejos de colorines de la de Aranjuez, porque estaba sucia. Debajo de la lámpara había una mesa larga de mármol rojo con unas patas especiales. Eran las patas flexionadas de un caballo blanco, las pezuñas apuntaban a cada una de las esquinas de la mesa. Sobre el mármol había platos de porcelana con borde dorado con restos de comida: una liebre, de la que quedaban el esqueleto y un poco de carne en la cabeza que desgarraban dos ratas asquerosas; sesos, hígados y otra casquería con tenedores de oro

clavados; y una copa, también con borde dorado, llena de huellas de grasa y con un líquido oscuro y espeso en el que flotaban restos de comida.

Al lado de la copa había una piedra verde del tamaño de una nuez que emitía distintos destellos de verde.

Era la Piedra Esmeralda.

Se me revolvió la tripa de los nervios, no había nadie, Otrebor no estaba en aquella galería. Solo había que recorrer los cincuenta metros hasta la mesa, coger la Piedra Esmeralda y salir pitando.

—Demasiado fácil —susurró el elfo.

Caminamos de puntillas con la vista puesta en la piedra. Tropecé con algo, pero no me llegué a caer. Era un trofeo de caza: una cabeza de unicornio blanco con un cuerno retorcido y crines largas. Las patas de la mesa eran suyas, no de un caballo. Nunca había visto algo tan bello y tan triste a la vez.

¿Qué clase de monstruo era capaz de hacer algo así a una criatura sagrada?

Estaba a punto de averiguarlo. Una sombra gigante se proyectaba en la pared. La sombra de Otrebor era borrosa, pero parecía distinguirse dos cabezas, una más grande que la otra.

El elfo me colocó a su espalda. Todavía no podíamos ver a Otrebor, pero sí le oímos. Su voz sonaba tan agradable como arañar una pizarra con las uñas.

—Bienvenido, Marcos Alonso Álbora. Te estaba esperando.

## El secreto de Marcos

LA SOMBRA SE FUE HACIENDO MENOS BORROSA y más pequeña. No era una criatura con dos cabezas. Lo que me pareció una cabeza pequeña era la silueta de un pájaro.

Otrebor salió de detrás de uno de aquellos muros de roca. Se acercó a la mesa. Las ratas que devoraban los restos de comida huyeron chillando. Otrebor cogió la Piedra Esmeralda y cerró su puño. Nosotros estábamos al otro lado de la mesa, pero a cierta distancia. El elfo se empeñaba en esconderme detrás de él. Yo, que soy obediente, le hice caso, pero me asomé como un gato curioso.

Otrebor no era como me lo había imaginado: un monstruo gigante con terribles garras, cuernos y tres ojos (uno en la frente como la carpa mutante del estanque del Parque del Retiro).

Otrebor era humano, o al menos lo parecía.

Había oído que las personas se acaban pareciendo a sus mascotas. En este caso era cierto, tenía un aire al cuervo que llevaba en su hombro. Era un tipejo flaco con el pelo grasiento y una bata oscura y raída que recordaba al plumaje de un cuervo que se hubiera caído en un charco. Estaba encorvado frotando con sus manos la Piedra Esmeralda. Ladeó la cabeza y me miró, el pájaro imitó el gesto. Otrebor no solo tenía los ojos amarillos del cuervo, también tenía su mirada inquietante. Me hizo una mueca que creo que pretendía ser una sonrisa.

—Bienvenido, Marcos. Perdona que te reciba en esta cueva y no en mi castillo. Es que allí irían a buscarme los elfos. ¿Cuántos habrán subido hasta la última torre al ver la luz en la ventana, consumiendo así su tiempo y convirtiéndose en estatuas? Bueno, he traído algunas de mis cosas para lograr

un ambiente más acogedor. Aunque mi preciado trofeo de caza todavía no está colgado en la pared.

Se refería a la cabeza de unicornio. Teníamos distinta opinión de lo que es un lugar acogedor.

—¿Por qué sabes...? —empecé a hablar, pero Otrebor se llevó su delgado dedo índice a los labios. El fino labio superior le temblaba. No continué con la pregunta.

—Un pajarito —agregó Otrebor mientras se sacaba un resto de comida de los dientes amarillentos con la uña y se lo ofrecía con mimo al cuervo que estaba en su hombro—, un pajarito ha tenido que traerme a Marcos Alonso Álbora. Él ha tenido que cumplir la misión en la que otros de mis ayudantes... ¿ayudantes? No. Me gusta más decir súbditos. La misión en la que otros de mis súbditos han fallado.

Otrebor chascó los dedos. De las sombras salió el Homdesac con su traje oscuro y su cicatriz roja en la cara. De otro rincón salió el Bú de ojos sangrientos. Se pusieron uno a cada lado de Otrebor. Después, una docena de malismos babosos salieron de agujeros de la galería, moviéndose por las paredes como si fueran arañas gigantes. Nos rodearon. Creo que la cueva era el hogar de los malismos y que Otrebor era su invitado.

—Ni el Homdesac, al que prácticamente resucité, fue capaz de capturarte en tu mundo. Y eso que debía estar motivado, tu madre le dibujó esa bonita cicatriz en la cara. Ni los malismos que salieron del Territorio Maldito fueron capaces de atraparte en el molino. Ni el Bú fue capaz de capturarte en el Bosque Lastimero —relató, y después se dirigió a sus súbditos—: Un pajarito ha hecho vuestro trabajo. ¿No os da vergüenza? ¡Inútiles!

El Homdesac, el Bú y los malismos miraron hacia abajo como si fueran niños a quienes la cuidadora del recreo regaña por atropellar (sin querer) a alguien jugando a las motos GP.

Se hizo el silencio. Solo se oía un pequeño aleteo. Otrebor lanzó una mirada fulminante a un malismo, de su boca sobresalía un ala de murciélago que parecía estar abanicando. El malismo sorbió el ala como si fuera un espagueti y se tragó el bicho sin masticar.

Todos ellos: el vampiro Homdesac, el Bú con alas de cuchilla y los violentos malismos estaban al servicio de Otrebor. No entendía que tuvieran

miedo de Otrebor. Parecía que cualquiera de aquellas criaturas podría vencerlo. No me imaginaba aquel tipejo luchando cuerpo a cuerpo en una batalla, en una batalla solo me lo podía imaginar como un cuervo sacando los ojos a los muertos.

Pero desde luego lo que no entendía nada, pero nada, nada, era por qué Otrebor quería capturarme. A mí, un niño de Primaria bastante normal en percentil cincuenta.

Otrebor abrió su mano y puso la Piedra Esmeralda a la luz de la lámpara sucia de Aranjuez. De la piedra salieron cientos de destellos en distintas tonalidades de verde.

—La Piedra Esmeralda, símbolo del amor verdadero —dijo, y se rio. Su risa sonó como un graznido de cuervo.

Sus súbditos también se rieron para hacerle la pelota (como los niños de clase le ríen las gracias a Jorge Pulido para que les deje sus juguetes). Cada uno se rio a su forma y a su modo: el Bú con una risa silbido, el Homdesac con una risa de ultratumba, los malismos con el ruido de serrar una mesa, y hasta el cuervo se rio, su risa sonó igual que la de Otrebor, es decir, como el graznido de un cuervo.

—Los corazones de los elfos —continuó Otrebor con tono burlón— laten con el amor verdadero que irradia la Piedra Esmeralda a través de las ramas del Árbol Sagrado. ¡Patético!, porque sus pensamientos y sentimientos no se entienden separados de los de sus semejantes. La unidad élfica les da la fuerza. ¡Pamplinas! Esto los hace débiles. Corrijo, en realidad no los hace débiles, los hace duros... tan duros como la piedra... como estatuas de piedra.

Se rio de su propia ocurrencia y el Homdesac y el Bú le rieron la gracia, ya sabes, cada uno a su forma y a su modo. Los malismos se quedaron babeando y con las cejas levantadas, no habían cogido el chiste. El Homdesac tuvo que darle una colleja a un malismo para que se riera, y el resto de los malismos comenzaron a reírse en modo serrucho y con las cejas levantadas. Creo que no habían cogido el chiste todavía.

Volvió a cerrar el puño y siguió con el discurso:

—Sin los elfos que establecen el equilibrio en Alistea, todo el reino mágico y fantástico será mío. —Otrebor me dedicó una sonrisa de dientes torcidos—. Mío y tuyo, Marcos Alonso Álbora...

—¡Basta ya! —gritó el elfo—. Dale ya el antídoto a Marcos.

—¿¡Qué!?! —exclamé yo.

Yo me había quedado como los malismos cuando Otrebor hizo el chiste de las estatuas: con las cejas levantadas, aunque sin babear, y sin entender nada de nada. El malvado Otrebor quería compartir el reino de Alistea conmigo y Édilmar no le exigía la Piedra Esmeralda, sino un antídoto.

—¿Cómo osas interrumpirme? —gritó Otrebor. Miró a un malismo y chascó los dedos.

El malismo saltó hacia mí con su boca abierta, pero cuando estaba a punto de caerse encima se convirtió en una nube de pelos marrones y babas.

Esta vez no había sido el elfo quien me había salvado. No. Tenía la mano en la empuñadura, pero no había sacado la espada. Era Otrebor quien me había salvado. Había estirado su brazo y de su mano había salido un rayo rojo que había fulminado al malismo. Se había cargado a uno de los suyos por salvarme a mí.

Los malismos, cuando vieron a su compañero desaparecer, dejaron escapar un *¡uy!* y apretaron los dientes como si a su amigo, en lugar de habérselo cepillado, solo le hubieran dado un pelotazo con el balón de reglamento en ya sabes dónde. No atacaron a Otrebor, solo dieron un paso atrás.

—Vaya, vaya, elfo —continuó Otrebor—. Así que no has podido desenvainar tu espada. Eso significa que ya sientes el cosquilleo en tu tronco, tus movimientos se ralentizan, ¿verdad? En una hora, dos a lo sumo, te convertirás en estatua de piedra. Quería que el malismo acabara contigo, pero como es una raza tan violenta como estúpida creía que me refería a Marcos, mi querido protegido. Está claro que si uno quiere que las cosas salgan bien las tiene que hacer él mismo.

Otrebor extendió el brazo para disparar con su mano su rayo mortífero contra Édilmar.

—¡NO! —grité levantando mi mano para pedirle que parara. Pero entonces ocurrió algo: de mi mano salió un pequeño rayo azul que no llegó a más de un palmo de distancia. No entendía cómo lo había hecho. Mi rayito llamó la atención de Otrebor y su gran rayo rojo se desvió hacia una estalactita que cayó al suelo produciendo un ruido tremendo.

—¡Increíble! —exclamó Otrebor mirándome detenidamente—. Solo eres un

crío y ya puedes generar un rayo. Por tu cara de sorpresa creo que ni siquiera sabías que tenías ese poder. Ese y muchos otros. Eres el hijo de un humano y una elfa, un humanelfo. A los elfos les gusta decir que los humanelfos tienen el lado oscuro de los humanos y de los elfos. Verdaderos monstruos, dicen. ¿Que por qué sacaron esa conclusión? Porque yo soy un humanelfo. ¿Tampoco sabías eso? Sí. Un humanelfo como tú. No somos monstruos, somos mejores. Tenemos más poderes y más fuerza que ellos y que el resto de las criaturas. Nos tienen envidia. Por eso desterraron a tu madre de Alistea, por tener un hijo humanelfo. ¡Oh, qué carita, Marcos! Tampoco sabías eso. Los elfos se portaron mal con tu mamáita. Los elfos no te quieren. Te detestan. Te encerrarían en las mazmorras si pisaras Ciudadela Capital.

Otrebor sacó del bolsillo de su bata una cantimplora de cuero minúscula, entraba en la palma de su mano. Le quitó el tapón y de ella salió un vapor verde.

—Acércate y bebe —dijo Otrebor con una voz que pretendía ser dulce mientras me tendía la botellita—. Únete a mí. Tómame el antídoto y no te convertirás en estatua de piedra. Imagina todo lo que podemos conseguir si juntamos nuestros poderes. Somos una raza superior, podemos dominar a todas las criaturas, aprovecharnos de su magia, poseer todos los tesoros. Primero empezaremos por Alistea, después será Trébolia y después el mundo de los humanos. ¿Qué van a hacer los humanos si no los visitan las criaturas fantásticas para llevarles magia, ilusión, esperanza, fuerzas...? Será fácil vencerlos si nos unimos. Tú y yo somos iguales. Todos nos respetarán, estarán a nuestros pies. Tienes el poder y la fuerza para conseguir lo que quieras. Solo tienes que tomártelo. Bebe.

—Marcos, no, tú no eres igual que él —intervino el elfo—. El secreto que me pidió tu madre que guardara ya te lo ha desvelado él. Era el secreto de Marcos, tu secreto: la desterraron por tener un hijo humanelfo. Un humanelfo como Otrebor. No quería que te sintieras culpable de su destierro. El Consejo concluyó que la maldad era innata a la naturaleza del humanelfo y que se prohibía la descendencia con cónyuge de la raza humana. Todos o casi todos creímos en la palabra del Consejo y que la maldad anida en el corazón del humanelfo. Tu madre no creía que eso fuera así. Desafió la prohibición del Consejo y decidió que quería tener un hijo con el hombre que amaba, tu padre.

El primer día, cuando fui a tu mundo a cuidarte, pensé que en ti debía estar la semilla del mal y solo buscaba señales que me lo confirmaran: tus moratones, me tiraste la leche encima, la tutoría por meterte en una pelea... Pero me demostraste que estaba totalmente equivocado. Tú no eres Otrebor, tú no tienes el lado oscuro de los humanos y los elfos, al contrario...

—¡Calla, estúpido! —gritó Otrebor. Después bajó el tono de voz para dirigirse a mí—: Querido amigo, es tu única opción. Aunque tuvieras la Piedra Esmeralda no te daría tiempo a reponerla en el Árbol Sagrado, antes te habrás convertido en una estatua. Bebe, únete a mí. Seré tu maestro, tu mentor, quien te mostrará tus poderes. Nadie más puede enseñarte, salvo yo. Tendremos dos mundos rendidos a nuestros pies. La fuerza para conseguir todo lo que quieras. Todo. No lo pienses más, no hay nada que pensar.

Tenía un lío tremendo en la cabeza. Resulta que el monstruo más monstruoso del reino era un humanelfo como yo al que los elfos odiaban... como a mí. Mi propio abuelo se pensó lo de encarcelarme antes de expulsarme para siempre de Alistea. Y los elfos habían desterrado a mi madre. Otrebor me enseñaría a utilizar mis poderes y mi fuerza para conseguir lo que quisiera... ¿Dominar el mundo? Otrebor tenía razón: no había nada que pensar.

—No —respondí.

—¿No? ¿Qué? —Otrebor arrugó su frente extrañado.

—No quiero el antídoto. Quiero la Piedra Esmeralda.

—Marcos —dijo el elfo—, bébete el antídoto. No te va a dar la piedra, y aunque la tuviéramos nos convertiríamos en estatuas antes de llegar al Árbol Sagrado. Cuando en el Bosque Lastimero se te durmió una pierna entendí que sí que te ibas a convertir en estatua. Me parecía ilógico, imposible, porque si tú, que eres un humanelfo, te convertías en estatua, entonces Otrebor, otro humanelfo, se convertiría también en estatua. Salvo que existiera un antídoto. A mí se me durmió la segunda pierna, sabía que pronto sería el tronco, y entonces supe que aunque recuperara la Piedra Esmeralda no tendría tiempo para regresar hasta el Árbol Sagrado. Mi objetivo ya no era la Piedra Esmeralda, era el antídoto. Intentar robarlo a escondidas para que te lo tomaras. Si había funcionado en Otrebor, un humanelfo, debía funcionar en ti. Ahora bébetelo y vive. Él no logrará corromperte, tienes un corazón limpio...

—¿Has oído al elfo? —gritó Otrebor impaciente—. Bebe. Yo seré tu

maestro. Tendrás el poder y la fuerza para conseguir todo lo que quieras.

—No. Quiero la Piedra Esmeralda.

A Otrebor se le desencajó la cara. Cuando digo *desencajó* quiero decir que parecía otra cara: los ojos se le salían de las órbitas y apretó tanto la boca que parecía que no tenía labios. Estaba furioso.

—¡Imbécil! —A Otrebor se le llenó la boca con el insulto—. No me haces falta. Yo solo, con mi poder y sin los elfos interponiéndose, dominaré los dos mundos.

Otrebor alzó su mano para lanzar el rayo rojo mortífero.

—¿Queréis decir algo antes de morir? —preguntó manteniendo la mano en alto.

Édilmár se puso delante de mí. Entonces dije, con una voz que no sé de dónde me salió:

—Con el poder de la fuerza no conseguirás todo lo que quieras, no conseguirás lo realmente importante. Con la fuerza conseguirás que te tengan miedo, pero no que te respeten. Con la fuerza conseguirás que te besen, pero no que te quieran...

—¡Basta! —gritó Otrebor y bajó su mano.

Mi discursito había estado genial, aunque no era mío, se lo había oído a mi madre que lo debía de haber leído en algún sitio. Pensé por un segundo que le había enternecido y que se iba a volver un buen tipo. En las pelis suele pasar...

—Eres más imbécil de lo que pensaba, niño —dijo Otrebor—. Podría haber acabado con vosotros con un rayo ahora mismo, en un segundo, casi ni os ibais a enterar. Pero ¿sabes lo que voy a hacer? Darte la Piedra Esmeralda. Sí. Dártela. Ven a por ella.

Yo comencé a andar hacia él, pero el elfo me cogió del hombro para pararme e ir él. Iba lento, no le debía faltar mucho para ser de piedra.

—Tú no —dijo Otrebor negando con el dedo—. Él.

Él era yo. Me acerqué caminando despacio por dos motivos principales: uno, que no tenía yo muchas ganas de estar junto a Otrebor; y dos, porque del miedo las piernas no me respondían muy bien.

—Aquí tienes. —Me tendió la mano con la Piedra Esmeralda, que brillaba de nuevo con todo su esplendor de verdes.

Cuando fui a cogerla me agarró con la otra mano del brazo y sentí un calambre en los músculos. Muy bajito, me siseó como una serpiente:

—En tu último segundo, cuando sientas que tu cuerpo se petrifica, cuando sientas la agonía del fin, te arrepentirás de no haber tomado el antídoto y unirme a mí para tener el poder. Incluso te arrepentirás de no haber sido fulminado por mi rayo.

Me dio la Piedra Esmeralda y cerró mi mano. La sentí dentro de mi puño. Yo esperaba una piedra pesada, dura y fría, pero no fue así. La sentía ligera y con un palpar caliente, como si en lugar de una piedra tuviera un gorrión en mi mano.

—Podéis iros. No os seguiremos —agregó Otrebor, pero cuando todavía no me había girado indicó con la mano a los malismos que nos siguieran. Pero estos no se habían enterado, así que el Homdesac le dijo muy bajito, pero muy clarito, al malismo que había a su lado: «Seguidles, estúpidos». Se lo recalcó con una colleja.

Comencé a andar. Podía sentir la mirada de Otrebor como dos punzadas en el cogote. Llegué hasta donde estaba Édilmar. Los malismos nos abrieron paso. Mientras caminábamos, Otrebor dijo:

—Elfo, serás una bonita estatua para el jardín de mi castillo. No. Tengo una idea mejor: cuando te vayas a petrificar procura levantar los brazos, así serás el perchero ideal para mis abrigos. Y Marcos, tú no serás una bonita estatua, así que procura... procura ponerte a gatas antes de petrificarte. Así podré usarte como un práctico reposapiés.

No nos giramos, seguimos caminando despacio hacia el túnel. Oímos a nuestras espaldas dos risas como dos graznidos de cuervo, una risa como un silbido, otra de ultratumba y, un poco más tarde, muchas risas de serrucho.

—Apóyate en mí —le dije a Édilmar cuando dejamos la galería y nos metimos en el túnel.

Me convertí en el bastón del elfo.

—Es un gesto heroico, Marcos —dijo el elfo con la voz entrecortada—, pero inútil. Si hubieras tomado el antídoto, al menos podrías haberte salvado tú.

No le respondí, solo le señalé con la cabeza las sombras que se movían por las paredes. Los malismos nos seguían.

—No —exclamó Édilmar en voz alta—. Los malismos no nos siguen. Nunca desobedecerían una orden directa de Otrebor para obedecer al Homdesac.

Se oyeron unos cuchicheos en las paredes, debían estar discutiendo. Al final las sombras de los malismos desaparecieron, dejaron de seguirnos. El comentario del elfo había funcionado, tenían demasiado miedo de Otrebor.

Cuando salimos de la cueva todavía estaba oscuro y las estatuas de mármol brillaban a la luz de la luna llena.

Aun caminando a paso de tortuga no tardamos mucho en llegar al árbol retorcido y con garras en el que nos habíamos encontrado al cuervo de Otrebor. Todo estaba en silencio, pero allí, no muchas horas antes, habíamos oído gruñidos, aullidos y relinchos. Relinchos de los pegasos de las Praderas del Descanso.

—¡Compay! —grité a todo pulmón.

Si yo podía oír sus relinchos, seguro que ellos podían oírme a mí. A los pegasos no les estaba permitido entrar en el Territorio Maldito, pero Compay era ya viejo y los viejos están por encima de lo que está permitido o no y, por ejemplo, nadan sin gorro en la piscina municipal. Además, él fue quien me llevó por primera vez a Ciudadela Capital. No sé por qué, pero estaba seguro de que acudiría, tal vez por eso que dicen de agarrarse a un clavo ardiendo. Era la única forma que yo veía de salir de allí.

El elfo sonrió y dijo: «Suer...». No acabó la palabra. Se convirtió en estatua. Los ojos todavía tenían su color, miraban las esculturas de mármol blanco que había en la llanura negra. Al fondo se veía una línea de luz gris azulado. Pronto iba a amanecer. Le abracé y cuando se le apagaron los ojos me dio una pena terrible y me sentí muy solo.

Iba a necesitar *suer-te*, mucha *suer-te*, porque empecé a sentir el cosquilleo petrificador en el tronco. Me quedaba poco para convertirme en estatua. Me froté los brazos y seguí llamando a Compay. Pero empecé a pensar que tal vez no viniera, y en el caso de que viniera, ¿por qué iba a llevarme? Al fin y al cabo le jubilaron por mi culpa...

Justo entonces vi un caballo blanco alado sobrevolándome en círculos. Agité mis brazos gritándole y Compay se posó cerca de donde yo estaba. Miró las estatuas y luego a mí, como si hubiera visto un fantasma con aquellos ojos

negros y húmedos muy abiertos. Tenía que explicarle todo lo que había pasado y que me creyera, a mí, un intruso en Alistea.

—Compay, tengo mucha prisa porque...

—Si tienes mucha prisa, sube —me interrumpió. Su voz sonó en mi cabeza. Se arrodilló con las cuatro patas para que pudiera montar más fácil—. Ya me lo contarás.

Había sido más fácil de lo que había imaginado. Alzamos el vuelo.

—Debemos ir a Ciudadela Capital. Hay que reponer la Piedra Esmeralda en el Árbol Sagrado para devolver a la vida a los elfos convertidos en estatuas.

Amanecía. Agotado, me abracé al cuello de Compay. Hacía frío, pero podía sentir el sudor y las pulsaciones aceleradas del caballo en mi cara. Estaba esforzándose por volar rápido y lo estaba consiguiendo.

Le expliqué quién era yo, un humanelfo, el hijo de la princesa desterrada. Él me comentó que había sido el corcel de mi madre hacía un tiempo, antes de ofrecer el servicio de lanzadera de Ciudadela Capital a La Nube, y que ahora comprendía por qué yo le resultaba familiar cuando me cogió en La Nube: tenía los mismos ojos verde esmeralda que ella. Y afirmó, cuando le pregunté, que él no me veía feo. Menos feo incluso que algunos elfos. Que dirás tú: «Claro, como Compay es mayor, pues ve regular». Pues no, me dijo que veía con los ojos del corazón. Eso dijo: que yo era bastante guapo, y yo lo repito para que conste.

Llegamos a Ciudadela Capital y sobrevolamos en círculos la islita del Árbol Sagrado. Aunque lo intentamos era imposible posarse en ella porque no había suficiente espacio. Tampoco en el puente: además de estrecho tenía un tejadito. Aterrizó en la entrada del puente. Compay se arrodilló de nuevo. Yo quise darme prisa en descabargar, pero mi cuerpo estaba bastante agarrotado. El cosquilleo en el tronco continuaba. Me dejé caer para bajar. Apenas podía caminar. Apoyándome en las barandillas llegué hasta la mitad del puente. Aunque lo intenté, no pude dar un paso más.

La boca me sabía a metal. El mismo sabor que cuando muerdes una medalla de oro de esas que dan a todos los participantes de un partido infantil en las fiestas del barrio. Sentí como cuando se te duerme una pierna, pero por todo el cuerpo. No notaba el calor ni el latido de la Piedra Esmeralda que tenía en mi

puño.

Me había convertido en estatua de piedra.

Todo mi cuerpo era de piedra, salvo los ojos. Pude ver algo o alguien que salía de entre los árboles. Al principio era un punto negro, después distinguí a un tipo con traje oscuro. La misma imagen que había visto en el molino, en las laderas. Debía de ser el Homdesac. Otrebor querría asegurarse de que no reponía la Piedra Esmeralda. No podría quitármela de mi mano petrificada, salvo que la rompiera.

El tipo del traje oscuro avanzaba con paso decidido. Cuando estuvo más cerca, vi que no era el Homdesac.

Era mi padre.

Llevaba el traje con el que había ido de viaje al curso de contabilidad en Berlín. Creo que él también me reconoció porque echó a correr hacia mí. Los ojos me empezaron a escocer y comencé a llorar como cuando se te mete champú en los ojos y me salían muchos mocos, como cuando lloras de pena. Después, se me empezó a nublar la vista. Lo último que vi fue a mi padre a un paso de mí, apretando los labios para no llorar, pero lloraba. Iba a abrazarme cuando dejé de verlo, todo se volvió negro y no pude sentir su abrazo. No sentía nada.

## El Árbol Sagrado

—MARCOS, HIJO, DESPIERTA.

Oía la voz lejana como un eco en la montaña o como una señorita regañándome en el recreo. Los párpados de los ojos me pesaban mucho, pero conseguí abrirlos. Era mi padre, que estaba borroso y sin afeitarse.

—Marquettes, ¿estás bien? —decía mientras me besaba la frente sin parar.

Estaba en los brazos de mi padre. Él hablaba, pero a mí la voz me parecía que no salía de su boca, me seguía sonando lejana. Además, la cabeza me pesaba mucho.

—Pero si no te has afeitado todavía.

—¿Qué?

—Siempre te afeitas antes de despertarme para ir al cole. Así puedo dormir un poco más.

—No recuerdas nada, ¿verdad?

—Uhm... ¿Hay churros?

—Ya veo que no recuerdas nada. Estamos en Alistea.

Mi padre me cogió en brazos y comenzó a andar. No solo no se había afeitado, tampoco se había duchado. Conseguí abrir los ojos otra vez, levanté la cabeza, que la tenía apoyada en su hombro, y vi un árbol con forma de ramita de brócoli gigante. ¿Un árbol? Un árbol blanco que brillaba con una luz blanca, y nosotros estábamos caminando por un puente. Estaba claro que no estaba en mi habitación.

—Sí, Alistea. Ya sé que estamos en Alistea.

—Bien. Empiezas a reaccionar. ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Dónde está mamá?

—Uhm... —No lograba recordar. Volví a apoyar la cabeza en su hombro—. No sé. ¿No lo sabes tú?

—Tranquilo. Descansa —añadió, y me abrazó fuerte—. Te diré cómo llegué yo aquí.

Le oía contar su historia, pero me pasaba como a veces cuando está la radio puesta en el coche, que no entiendo todo lo que dicen.

—Estaba de viaje en Berlín para la formación del nuevo programa de contabilidad. Olvidé llevarme el móvil y cuando telefoneaba al móvil de mamá o a casa, daba igual que fuera por la tarde o por la noche, nadie me respondía.

Recordé por qué no había nadie en casa: mamá se había ido y yo tenía una niñera que era un elfo guerrero y al que acompañaba un duende. Una tarde tuvimos tutoría, otra estuvimos en el Retiro y otra por el barrio de La Latina, y hasta creía recordar que había estado en casa de la directora del cole. Por eso no había nadie en casa, pero no interrumpí a mi padre, que seguía con su historia.

—Estaba preocupado, así que decidí adelantar mi vuelo de regreso al jueves a primera hora. Llegué a casa y no había nadie. Fui al colegio y tu tutora, Marina, me dijo que tú y el primo de mamá os habíais ido a Suecia. Es el lugar de donde decimos que es mamá, aunque ella es de Alistea. Una princesa ¿Ya sabías esto? Si habíais dicho Suecia, podíais referiros entonces a Alistea. Conocía la existencia del portal intramundos en el cuarto de contadores, pero sin el duende era imposible abrirlo.

»Regresé a casa a comer algo. No había nada, ni siquiera pan duro. Siempre lo guardamos para dárselo a los peces del estanque del Retiro y pensé que tal vez habíais ido allí. En el Retiro me encontré con Isidro, el vecino, apenas le conocía de un par de juntas. Iba vestido de chulapo y acompañado por una mujer. Me dijo que os había llevado a ver la Casa de Fieras porque estabais muy interesados en conocer la gruta del oso por un acertijo o algo así.

»De camino al parque de la Casa de Fieras, el vecino iba imitando el rugido de un león y la mujer que le acompañaba se reía mucho. En cuanto vi la gruta me llamó la atención que encima hubiera una estatua del duende que visitaba nuestra casa. Esperé a que no hubiera nadie en el parque y entré. La

reja estaba abierta. Descubrí en un rincón un huequecito de la pared más hundido, había huellas de una mano diminuta, probablemente de un duende que había comido gusanitos. Toqué esa piedra y una trampilla se abrió.

»Un tobogán y una luz me llevaron a una arboleda. Caminé desorientado durante todo el día, volvía a pasar una y otra vez por sitios donde ya había estado. Era imposible salir de allí y avanzar. Anocheció y dormí algunas horas sobre el musgo. Me desperté antes de que amaneciera, había más silencio y pude escuchar el murmullo de un río, caminé siguiendo ese sonido y logré salir de la arboleda.

»Llegué a una ribera. Crucé el río por un puente donde dos troles dormían uno encima del otro, creo que les habían dado una buena paliza. Llegué a un molino. La Molinera me invitó a desayunar unos panes deliciosos con mermelada, pero la mermelada no la pude probar porque las tapas de los tarros estaban cerradas tan fuerte que era imposible abrirlas. Me dijo que un niño llamado Marcos acompañado por un elfo y un duende había estado allí hacía unas cuantas horas, y que tenían mucha prisa por llegar a Ciudadela Capital. Me indicó cómo tomar el camino de la Marcha de la Unión porque aunque habíais huido en barca, me dijo que probablemente retomarais ese camino más tarde.

»Caminé durante todo el día, pero no os alcancé. Cuando llegó la noche decidí descansar en una posada que había cerca: la posada El Gallo Feliz. Probé la empanada crujiente de jamón y setas, riquísima. No descansé muchas horas porque un ruido me despertó, me habían encerrado en mi habitación. Escapé por la ventana.

»Seguí mi ruta por el camino de la Marcha de la Unión rodeando una sierra. Unos gnomos, que curaban a un tejón herido en la cuneta, me dijeron que me quedaban todavía bastantes días para llegar a Ciudadela Capital.

»Caminé durante casi toda la noche, en un cruce casi me atropella un grupo de brujas montadas en su escoba que circulaban como si fueran una banda de moteros. Además del susto, recibí un rapapolvo porque parece ser que me había saltado una señal que les daba preferencia (yo creía que era un cartel que anunciaba venta de escobas) y me gritaron que por poco más que esa imprudencia algunas criaturas habían pasado un día en las mazmorras de Ciudadela Capital. Yo estaba desesperado y agotado. Me quedaban días de

viaje y ni siquiera sabía muy bien cómo llegar ni qué más peligros me encontraría: me libré de los troles porque alguien les había dado una paliza, logré escaparme por los pelos de la posada cuando me encerraron en la habitación. Pasar un día en las mazmorras no me pareció mala idea si así llegaba a Ciudadela Capital en menos tiempo. Pensé que si sumaba una pequeña gamberrada al hecho de saltarme aquella señal, la autoridad de Alistea o alguna bruja me llevaría volando en su escoba a las mazmorras. Le quité el sombrero picudo a una de ellas y lo pisoteé. La bruja montó en cólera, su intención no era llevarme a las mazmorras en escoba y perderse el aquelarre al que se dirigían, sino convertirme en sapo. Pero en el último segundo otra bruja la detuvo y mencionó algo de los elfos y el equilibrio en Alistea.

»Las brujas me rodearon, tras minutos de horrendos cánticos y bailes, juntaron sus manos y recitaron unos estremecedores conjuros. Tal vez mi idea no había sido tan buena y no acabara en Ciudadela Capital, sino transformado en cucaracha u otro bicho asqueroso. Perdí el conocimiento.

»Desperté mareado y aturdido en una mazmorra que tenía una gran telaraña. El conjuro de las brujas me había llevado hasta allí. No me había convertido en cucaracha y además resultó que la celda estaba abierta. Abandoné la prisión: caminé por una pradera y llegué a una ciudad de estatuas de elfos. Tu madre me había hablado del sentido de unidad élfica, sabía que debían haber robado la Piedra Esmeralda, símbolo del amor verdadero, del árbol del lago. Busqué ese lago y cuando lo encontré vi tu estatua en el puente. Había tenido una idea que creía que podía devolver a la vida a las estatuas, la probé y funcionó. Al menos tú ya eres de carne y hueso.

»Pero debemos apresurarnos porque me temo que la solución que he encontrado no es definitiva. El árbol empieza a volverse negro en las puntas de las ramas.

Poco a poco fui recordando, reconocía los lugares y las criaturas que decía mi padre: a los troles del puente no les habían dado una paliza, se habían golpeado el uno al otro por una jugada del elfo. Había estado en aquel molino (y la Molinera había tenido en cuenta mi sugerencia de servir los tarros de mermelada con tapa). El duende me había mostrado aquella posada y una señal de preferencia para brujas desde el camino. La mazmorra en la que

había estado mi padre era donde había estado yo, donde la araña con tamaño de oveja había tejido su telaraña. La puerta estaba abierta porque nosotros la dejamos así cuando escapamos. Mi padre había ido a buscarme a Alistea. Me di cuenta de que cuando creí ver al Homdesac desde la ventana del molino o desde las laderas, en realidad se trataba de mi padre con su traje negro.

La historia de mi padre me ayudó a recomponer la mía. Vi, como si fuera una película en mi cabeza, todas las aventuras por las que pasé para recuperar la Piedra Esmeralda. Pero si yo había vuelto a la vida, mi padre tenía que haber repuesto la Piedra Esmeralda en el árbol. Y para ello tenía que haberla tomado de mi mano, y solo había una forma de sacarla de un puño de piedra cerrado: rompiéndolo.

—Papá, bájame.

No me atrevía a mirar mi mano. Aunque tenía el cuerpo un poco dormido, podía sentirla, pero podría pasarme como a esas personas que han perdido la pierna y todavía les pica el calcetín. Muy lentamente miré hacia donde debía estar la mano. Y estaba. Estaba la mano cerrada con sus cinco deditos, y en su interior estaba la Piedra Esmeralda. No entendía nada. ¿Cómo había vuelto entonces a la vida?

—Hijo. ¡Has recuperado la Piedra Esmeralda!

Abracé a mi padre y le di un montón de besos.

—Ve a reponerla al Árbol Sagrado, rápido —me dijo—. Yo me quedaré aquí esperando a ese grupo de elfos, se lo explicaré todo. Corre.

Deje a mi padre esperando a los elfos que salían de entre los árboles y venían hacia nosotros. Volví al puente y lo crucé corriendo. Corría un poco patoso, que es lo típico cuando acabas de dejar de ser de piedra, creo yo.

Llegué hasta el Árbol Sagrado. Ya era algo más que las puntas de las ramas lo que se volvía negro. No fue muy difícil trepar hasta donde el árbol se dividía en varias ramas porque no había mucha altura.

Yo esperaba que hubiera un cofre dorado o algo así donde dejar la Piedra Esmeralda. Pero no, no había nada. Solo un corazón grabado en la corteza como el que hay en un árbol del parque grande del barrio y en el que pone *Antonio y Pili*, pero en este no ponía nada. ¿Y ahora qué?

Se me ocurrió repasar el corazón con el dedo índice y, según lo hacía, la línea grabada se volvía fluorescente. No como un rotulador fosforito, a no ser

que sea muy bueno, porque desprendía luz. Después, todo el corazón se llenó de esa luz blanca, casi cegadora, como si se tratara de un potente faro. Después de unos segundos se apagó.

En el medio del corazón había ahora una piedra. No era una cualquiera, era la que hace unos años le regalé a mi padre. La lleva siempre con él porque es que es una piedra de río muy bonita, redonda, blanca, y brilla un poco y además es una piedra de la suerte. La guardé en mi bolsillo.

Puse la Piedra Esmeralda en el centro del corazón, que otra vez se volvió un faro de luz. Cuando se apagó, la piedra había desaparecido.

Desde el corazón grabado se originó un huracán tan fuerte que casi me tira al suelo. Las ramas se sacudieron, se hicieron ondas en el lago y el narval saltó nervioso. El árbol se volvió todo verde esmeralda: hojas, ramas y tronco. Me bajé, caminé unos metros y me giré, empezaba a recuperar los colores de un árbol normal.

Corrí hacia el lugar donde debería estar mi padre. No lograba verlo, un grupo de elfos que llevaban objetos de decoración de casas rurales —rastrillos, tridentes y hoces— lo rodeaban. Me abrieron paso y llegué hasta él, tenía las manos atadas a la espalda

—Atadle a él también —ordenó una elfa pelirroja con alguna que otra cana y que parecía estar al mando—. Es el hijo de Alegna, la princesa desterrada. Mirad: tiene sus ojos. Es un humanelfo, la encarnación del mal.

—¿Qué? —gritó mi padre—. Mi hijo os acaba de devolver a la vida. Ha recuperado y repuesto la Piedra Esmeralda en el Árbol Sagrado.

Los dos elfos que me habían cogido de los brazos miraron a la elfa al mando y preguntaron:

—Marquesa, usted dirá.

—Su intención era irse con la Piedra Esmeralda —continuó la Marquesa, que es el título que debía de tener la elfa pelirroja—, se alejaba del Árbol Sagrado, pero ha regresado para devolverla cuando ha visto que podíamos acorralarlo. Y ahora quieren que nos creamos su historia. Son aliados de Otrebor, tienen la piedra que él robó. Han venido a asegurarse que todos éramos de piedra para comenzar a dominar Alistea. Vi cómo el cuervo robó la Piedra Esmeralda y no pude hacer nada para evitarlo. No lo permitiré ahora.

—¿Sabéis por qué habéis vuelto a la vida antes incluso de que fuera

repuesta la Piedra Esmeralda en el árbol? —preguntó mi padre mirando a los elfos que nos rodeaban.

Le miraron con los ojos abiertos y los hombros encogidos.

—¡Por la pezuña del Oso! —gritó la marquesa—. Amordazadlos y atad también al humanelfo, es peligroso. ¿No os habéis fijado que lleva una capa de un elfo guerrero? ¿Creéis que un elfo guerrero iba a regalarle su capa? Ha tenido que matarlo para arrebatársela.

Todos me miraron como si fuera un cocodrilo que me hubiera colado en el salón de sus casas: con miedo, pero con ganas de acabar conmigo. Pero yo me sentía más como una lagartija con ganas de escabullirme y esconderme debajo de una piedra donde no pudieran atraparme. Cuatro elfos se abalanzaron sobre mí. Mi padre, que se debió sentir como un toro, embistió con la cabeza a uno de ellos. Intentaba defenderme de la única manera que podía porque estaba maniatado, pero lo único que consiguió fue que le propinaran un rastrillazo en la espalda.

—¿Veis? —dijo la marquesa—. Son muy peligrosos. Hay que encerrarlos en las mazmorras.

Nos llevaron a mi padre y a mí, *el torito y el lagartija*, maniatados y amordazados como delincuentes comunes. Les habíamos devuelto a la vida y ¿cómo nos lo agradecían? Llevándonos a las mazmorras de la araña gigante.

Yo lloraba de rabia y mi padre protestaba, pero con el trapo en la boca no se le entendía nada, parecía que mugía. Íbamos andando a trompicones por la orilla del lago, el narval nos seguía en el agua, parecía nervioso y se agitaba. Tal vez a él yo también le diera miedo.

De repente el sol se nubló y se levantó un poco de viento. Compay volaba sobre nuestras cabezas. Era difícil reconocerlo porque estaba lleno de ceniza negra y casi no se veía que era blanco. El pegaso se posó cerca de nosotros y la persona que iba encima de él descabalgó, y esa persona resultó ser... mi madre. También estaba llena de ceniza. Iba vestida de guerrera elfa, con capa, un chaleco de cuero granate pero entallado y una espada que desenfundó nada más bajar del pegaso. Se hace muy raro ver a una madre con espada.

Intenté correr hacia ella, pero la marquesa me sujetó del cuello con su brazo y sentí un ligero pinchazo en la espalda. Otros dos elfos sujetaron a mi padre.

Estaba a menos de diez pasos de mi madre, pero no podía tocarla. Me vio e intentó sonreírme. Cuando vio a mi padre abrió los ojos como platos. Después miró fijamente a la pelirroja que me sujetaba.

—Marquesa —dijo mi madre con una voz muy calmada—, suéltalos.

—¡Jamás! Es un humanelfo.

En cuestión de décimas de segundo, con la precisión y la agilidad de un samurái, mi madre había cogido al elfo que estaba más cerca de ella y lo sujetaba con el filo de su espada en el cuello.

—Suéltalos —repitió mi madre— o él lo pagará.

—Jamás —afirmó, y noté más fuerte el pinchazo en la espalda, podía ser una daga—. Mátalo si quieres.

El elfo que sujetaba mi madre abría muchísimo los ojos, sudaba y se había vuelto más blanco de lo que ya era. Mi madre me miró, me dedicó una sonrisa triste y tiró su espada. A ella también la maniataron y amordazaron. Mi madre se acercó a mí, se agachó y tomó mi cabeza entre su cuello y su barbilla. Volvía a oler a ella y a tener su calor. Aquello era casi como un abrazo, pero yo quería abrazarla de verdad. Intenté soltarme, pero era imposible. Ella me sujetó más fuerte con su barbilla para que me calmara y dejara de rasparme las muñecas con las cuerdas.

La marquesa estaba impaciente por llevarnos a las mazmorras, así que nos separó y nos empujó para que siguiéramos andando. Caminábamos por la orilla del lago, el narval nos seguía nervioso. Los tres íbamos muy juntos, mirándonos sin poder hablar. Los elfos nos rodeaban, pero dejando alguna distancia. Creo que nos tenían miedo.

Estábamos cerca de la cascada cuando los elfos que iban delante de nosotros se pararon y abrieron paso a alguien a quien hicieron una reverencia. Me costó reconocerla, era mi abuela elfa. La última vez que la vi era de piedra y ahora era de carne y hueso. De hueso estrecho, por cierto, no como mi otra abuela, la de Getafe, que es de hueso ancho. Esta era delgada y además tenía una trenza muy larga de cabello rubio y no parecía una abuela. Miró a mis padres y a mí brevemente y después a la elfa pelirroja.

—Katia, como marquesa has obrado bien ordenando su captura...

—Gracias, majestad.

—Pero ahora ya estoy yo aquí. Yo me encargo de ellos. Llevadlos a

palacio.

—Pero, majestad —protestó la marquesa—, son un humanelfo y sus secuaces, vamos a encerrarlos en las mazmorras.

—Llevadlos a palacio. Yo, con la ayuda de la Guardia Real, me ocuparé de ellos.

—Majestad, creo...

—Es una orden —exclamó mi abuela con la barbilla muy alta, y echó a andar.

Nosotros la seguimos hasta la cascada escoltados por los elfos. Subimos por la escalinata de piedras y entramos en la cueva por el pasillo estrecho que quedaba entre la roca y la cascada. Mi abuela se giró, pidió a los elfos que nos seguían que se marcharan y repitió que ella, con la ayuda de la Guardia Real, se encargaría de nosotros, los presos. Los elfos hicieron una reverencia con la cabeza y se fueron. Todos salvo la marquesa, que se quedó a nuestro lado.

Yo ya había estado en esa cueva antes, me había llevado allí el centauro con cuerpo y dientes de caballo. Aquella vez mi abuela era una estatua de piedra y mi abuelo se pensó durante un buen rato si mandarme a las mazmorras, aunque al final decidió liberarme, o más bien expulsarme de Alistea.

La cueva era grande y por la cascada entraba bastante luz. Vamos, que como cueva no estaba mal, pero se supone que mis abuelos eran reyes y aquello como palacio dejaba bastante que desear. No había nada, solo dos estandartes, el del trébol de cuatro hojas y el del oso. Justo debajo de cada estandarte había un elfo centinela de la Guardia Real.

Me sentí un poco aliviado de estar allí y no en las mazmorras de la araña gigante, pero solo un poco, porque no sabía muy bien lo que mi abuela pretendía hacer con nosotros. Se acercó a uno de los centinelas y cogió su espada.

—Seguidme —dijo mi abuela. Su voz se oyó por encima del ruido del agua. Se acercó a la pared que había entre los dos estandartes y se quedó mirándola.

A mí aquello me preocupó. Estábamos en manos de una señora que se quedaba mirando fijamente la pared y que pedía que la siguiéramos. No voy a decir loca, porque al fin y al cabo es mi abuela, pero utilizaré, como dice mi

amigo Dani, que es intelectual, un tecnicismo: mi abuela estaba turuleta. Y además, tenía una espada.

Los centinelas nos empujaron para que nos pusiéramos detrás de ella. Después de todo, tal vez hubiera sido mejor ir a las mazmorras.

De repente, la roca que había entre los dos estandartes crujió y se formó una grieta que bajó desde arriba como una serpiente dorada hasta el suelo dividiendo la pared en dos. La brecha se ensanchó hasta que la pared se abrió de la misma forma que se abren las puertas de un vagón de metro.

## Una abuela de armas tomar

YO ESPERABA QUE AL OTRO LADO hubiera una cueva pequeña y oscura, pero me equivocaba. Aquello no parecía una cueva, claro que tampoco un palacio. Al menos no se parecía a los que yo había visto en la tele o en Aranjuez, que tienen lámparas con miles de cristalitas y alfombras que no se pueden pisar. Aquello era más bonito que un palacio.

Era una sala grande, como la catedral de Burgos, y luminosa, toda construida en piedra blanca. Tenía forma de herradura, soportales a los lados con puertas ovaladas y al fondo una escalinata que enseguida se dividía en dos partes que subían en curva a otra planta. La planta de arriba tenía una balconada que rodeaba toda la sala, como si fuera un anfiteatro, y más arriba otra planta con balconada que ya no se llamaría *anfiteatro*, sino planta paraíso, según mi padre, o planta gallinero, según mi madre. Sé que se llama así porque mi padre una vez nos invitó al teatro, teníamos los asientos en esta planta y tenía unas vistas geniales: no veíamos muy bien a los actores, pero podíamos ver a todos los espectadores.

Pero lo que más me sorprendió fue el techo: por él corría el río, que producía reflejos azules y plateados que hacían temblar la luz como si estuviera encantada, y se veían pequeñas sombras que podrían ser peces, pero que no se distinguían muy bien porque estaba altísimo. Estábamos debajo de un río así que me imagino que el techo sería de cristal mágico.

—Camina —me ordenó la reina.

Reaccioné, porque me había quedado embobado mirando al techo, y eché a andar junto a mis padres. La marquesa, que caminaba junto a mi abuela, se separó y se fue refunfuñando a meterse en una de aquellas puertas de los

soportales. Enseguida volví a quedarme embobado con el suelo, que era liso y brillante, como si fuera de mármol, y luego con las columnas de los soportales, que eran árboles de piedra con ramas casi desnudas de hojas, pero con unas bolas de cristal como si fueran sus frutos. Mi abuela nos seguía apremiando.

Cada vez eran más los elfos que se asomaban, cotillas pero miedosos, desde las puertas ovaladas de los soportales. Al vernos, a uno se le cayó la bandeja con los vasos que llevaba y resonó en toda la sala. Desde las balconadas también se asomaban elfos que nos señalaban con el dedo y cuchicheaban entre sí.

La reina iba detrás de nosotros con la espada en la mano insistiendo en que fuéramos más deprisa. Y la obedecí: me eché a correr y después me deslicé. Tal como me había imaginado, el suelo era genial para patinar, llegué hasta una fuente que había en medio de la sala, y eso que no pude coger mucha potencia de carrera porque iba con las manos atadas a la espalda. Mi abuela, mi padre y mi madre me siguieron corriendo, pero sin deslizarse. Estaban enfadados. Hasta mi madre, que nunca le ha importado que patine en el suelo del centro comercial, estaba mosqueada. Se armó un gran revuelo entre los elfos y dos de la Guardia Real que estaban en la escalinata corrieron hacia mí con la espada desenvainada. Mi abuela les hizo un gesto con la cabeza y los guerreros volvieron a sus posiciones. A lo mejor pensaron que me quería escapar, pero solo quería patinar. Es que el suelo estaba tan liso que no lo pude evitar.

La fuente nos salpicó, era enorme, tenía unos chorros de agua gigantescos en forma de arco que formaban una nube de vapor y que no dejaban ver bien la estatua del centro. Pero parecía una fuente genial para celebrar una Liga o una Eurocopa.

Llegamos al final de la sala y mi abuela dijo:

—Subid, luego id por la escalinata de la derecha

Desde arriba miré por un momento la barandilla porque tenía una pinta estupenda para deslizarse por ella, pero no lo hice, claro. Que no estaba el horno para bollos, como diría mi abuela. Mi otra abuela quiero decir, la de Getafe. Pude ver que la estatua que estaba en el centro de la fuente de las celebraciones de ligas o eurocopas era un oso. Un oso en medio de una sala

con forma de herradura, o más exactamente, de una hoja de trébol. La planta de abajo era el símbolo de Alistea.

Enfrente de la escalinata por la que habíamos subido había una gran puerta ovalada que tenía sus dos hojas abiertas. La cruzamos. Entramos en un saloncito circular, que con esa forma se ve que era difícil de amueblar y por eso solo había una mesita redonda en el centro. Había otras dos puertas parecidas a la que acabábamos de cruzar, pero un poco más pequeñas. La reina nos indicó con la espada que fuéramos por la de la derecha.

Entramos en un pasillo laberíntico con puertas a ambos lados. Las puertas tenían marcos de hiedras, hojas u otros motivos tallados en la piedra de la pared, tan bien esculpidos que a mí me parecía que olían y todo. El techo ya no era de cristal, pero entraba luz natural por unas ventanas redondas que había justo encima de las puertas, demasiado altas para asomarse por ellas.

Un rato después la reina se paró ante una puerta de madera plateada. Levantó una aldaba de bronce en forma de cabeza de oso furioso para golpear la puerta, pero parece que se lo pensó mejor y la posó suavemente y abrió sin llamar.

Eché un vistazo rápido: enfrente todo era un ventanal que daba a un valle. A un lado, me llamó la atención un cuadro a tamaño natural de una pareja con una niña, era fácil reconocerlos: eran mis abuelos, más jóvenes, y una niña sonriente que debía de ser mi madre. En otra pared había lo que al principio me pareció un póster de un corazón roto, pero enseguida comprendí que era un mapa de Alistea: la cicatriz era la frontera con el Territorio Maldito. En el centro había una gran mesa ovalada con sillas de respaldo alto y, en un rincón, un escritorio con una gran pila de papeles.

Parecía que no había nadie, pero mi abuelo asomó la cabeza por detrás de la montaña de papeles del escritorio y volvió a esconderse para, de nuevo, asomarse inmediatamente, como si se acabara de dar cuenta de que estábamos allí. Abrió mucho los ojos y la boca, se levantó y vino hacia nosotros. No parecía un rey, no llevaba corona y además llevaba la camisa por fuera.

—¿Qué hacen ellos aquí? —bufó mi abuelo.

—Pues... —comenzó a decir mi abuela mientras cerraba la puerta— están aquí porque yo los he traído.

—¿Te has vuelto loca? —exclamó mi abuelo sin utilizar el tecnicismo

*turuleta*—. ¿Has traído al humanelfo a palacio?

—El humanelfo... —Mi abuela levantó la espada y miró a mi abuelo—. El humanelfo es nuestro nieto, como ya sabes. Y ahora, cabezota, a no ser que quieras ser amordazado como ellos, déjame hablar.

No debía de ser el comportamiento normal de mi abuela, porque mi abuelo volvió a abrir mucho los ojos y la boca, sorprendido. Se dejó caer en una silla y murmurando: «Le han echado un conjuro para cambiarle el carácter, le han echado un conjuro».

—¿Qué conjuro ni qué conjuro! —exclamó mi abuela—. Lo que pasa es que hace años, unos cuantos años ya —la reina me miró—, que estaba deseando decir lo que ahora voy a decir. Espero que entendáis que no os quite la mordaza de la boca, pero no quiero ser interrumpida y tú, Alegna, es probable que lo hicieras.

Mi abuela tomó aire y lo expulsó lentamente. Miró a mi padre, luego a mí y después se quedó mirando a mi madre:

—Perdón.

—¿Perdón? —interrumpió mi abuelo—. ¿Perdón por expulsarla? ¿Qué otra cosa podíamos hacer? Decidió casarse con un humano y tener descendencia, un humanelfo, la criatura que lleva la semilla del mal en su interior. El Consejo, que representa la voluntad del pueblo, decidió desterrarla. Hay quien consideró esta opción demasiado benevolente.

Mi madre gruñía, pero con el pañuelo en la boca no se le entendía nada.

—Silencio, los dos —dijo mi abuela como si fuera una maestra del cole, pero con espada en lugar de regla—. Perdón. Debimos hacer algo más, no sé muy bien qué, pero algo. El Consejo juzgó y condenó a tu hijo antes de haber nacido siquiera. Él no tuvo una oportunidad y tú fuiste desterrada. Ahora eres madre y puedo imaginar el dolor que sentirías si no pudieras volver a ver a tu único hijo nunca más. No ha pasado ni un solo día en el que no te haya echado de menos, verte, hablar contigo... He sabido de tu vida, el duende Burbureto me ha ido informando de algunas cosas.

¡Toma ya!, resulta que el duende Burbureto era lo que en el *Manual del pequeño detective* llaman un *agente doble*, trabajaba para mi madre y en secreto para mi abuela. Por las caras que pusieron los allí presentes creo que no era el único que se acababa de enterar de la noticia. Mi padre y mi madre

se miraron. Pero el más sorprendido parecía mi abuelo, que se rascaba la cabeza y arrugaba la frente. Entonces recordé que había dejado al duende encerrado en el armario de los víveres de casa de Édilmar. Por cierto, ¿dónde estaba Édilmar?

—Decidiste casarte con un humano en lugar de con un elfo noble, que es lo que se esperaba de ti. Eres cabezota como tu padre, que también se esperaba que se casara con mi prima y se casó conmigo. Afortunadamente. —Miró al rey, que estaba sentado en la silla y que se metió la cabeza entre los hombros, se puso un poco rojo y refunfuñó por lo bajini—. Un humano que ni siquiera es noble, ni guerrero, es... cómo se llama esa profesión... ah, sí, *contable*... y hace cosas... de contable y lleva esa extraña ropa de contable. Pero es un buen hombre que respeta y quiere a su familia.

»Y mi nieto. Nuestro nieto. —Me sonrió y entonces, aunque tenía el hueso estrecho y una trenza muy larga, sí que pareció una abuela—. Le envié a través del duende Burbureto un peluche de un pegaso en cuanto me enteré de su nacimiento. Quería establecer algún tipo de contacto con él, me imaginaba que cuando él lo abrazara de algún modo su abrazo llegaría hasta mí.

Ese era mi peluche *Compay*, mi peluche preferido cuando era pequeño (y ahora). Siempre había sido especial para mí, cuando tenía miedo de los monstruos de debajo de la cama me abrazaba a él y pensaba que nada malo me podría ocurrir.

—Me lamentaba pensando que nunca lo conocería, pero justo cuando me iba a convertir en piedra, lo último que vi fue a mi nieto. Lo reconocí en cuanto lo vi. Ojos verdes, los mismos ojos que tú, Alegna. Los mismos ojos que yo. Fue como un último deseo concedido. Él es solo un niño, un niño como los demás, que va al colegio, que juega en el recreo... que hace unas cosas bien y algunas no tan bien, pero en el que desde luego no habita la semilla del mal, por muy humanelfo que sea.

»Y ahora —la reina volvió a mirar a mi madre— que algo extraño ha ocurrido que ha devuelto a la vida a los elfos el tiempo suficiente para que alguien repusiera la Piedra Esmeralda en el Árbol Sagrado, ahora, no quiero volver a perderte... a perderos de nuevo. Se convocará el Consejo y pediré... pediremos que se revoque la decisión de tu destierro y que no haya ningún tipo de restricción ni para ti ni para tu familia. Nosotros, los reyes, daremos fe de

que en nuestro nieto, aunque sea un humanelfo, no habita la semilla del mal. Y ofreceremos nuestro título como garantía de nuestra palabra. Si algo malo ocurriera por acogeros en nuestro reino, nosotros renunciaríamos a nuestra corona. ¿Verdad, querido?

El rey tenía la mirada perdida. Parecía estar pensando en otra cosa, o tal vez solo intentaba comprender, como yo, todo lo que contaba mi abuela. Una abuela de armas tomar.

—¿Verdad, querido?

—Uhm—reaccionó el rey y añadió sin mucha pasión—: Sí. Claro, claro.

—Os voy a soltar—dijo mi abuela, y se puso a nuestras espaldas—. Si no nos perdonáis y es vuestro deseo, marchaos. Os podéis ir tranquilos, la Guardia Real os escoltará hasta La Nube. Pero si por el contrario deseáis quedaros, esta es vuestra casa. Sois libres.

Dicho esto, se oyeron tres silbidos a nuestras espaldas. Era la espada de la abuela cortando el aire y nuestras ataduras. A mí ya me sorprendía la habilidad de mi padre con el cuchillo (para cortar el salchichón en rodajas finísimas), pero aquello lo superaba. Después nos quitó los pañuelos de la boca.

Mi madre y yo nos abrazamos por fin. No dejaba de darme besos por todas las partes de mi cara, hasta en los ojos, y me hacía unas cosquillas muy molestas que no me molestaban.

—La äppelkaka es mi tarta preferida y me gusta más que las torrijas a la zamorana. Y te quiero mucho, muchísimo mamá.

—Lo sé. Y yo a ti también te quiero muchísimo, tesoro. Y la tarta äppelkaka a partir de ahora te la voy a hacer todos los días.

Cuando le dije a mi madre lo de la tarta y cuánto la quería, me sentí ligero, muy ligero.

Mi padre se unió al abrazo porque nos quiere mucho y porque seguro que él también quería su trocito de äppelkaka, aunque le gusten más las torrijas a la zamorana.

Mi abuela nos miraba. Hubo unos minutos eternos de silencio. Por fin mi madre dijo: «madre», e hizo una reverencia. Mi padre y yo nos miramos y nos encogimos de hombros porque no sabíamos muy bien qué hacer. Pero luego yo me lancé e hice la reverencia y dije: «abuela», y claro, mi padre se copió e

hizo la reverencia y dijo: «suegra». Mi madre luego hizo otra reverencia y dijo: «padre»; pues ya te imaginas: después yo y mi padre lo mismo, reverencia al canto y «abuelo» y «suegro».

Después otra vez el silencio y todos quietos. Así durante mucho rato. Mi madre tenía los ojos brillantes como para llorar. Yo no puedo soportar ver llorar a una persona mayor, en general, y a una madre, en particular. Y yo, por acabar con aquella tensión que se cortaba con un cuchillo (o con una espada, que será la expresión de Alistea), saqué una cosita que llevaba en el bolsillo y dije:

—Abuela y abuelo, ¿veis esto? Es un trébol de cuatro hojas, es decir, una lágrima en mi mundo de una criatura que echa de menos Alistea. Pues es de mi madre, que echa de menos Alistea y también a su madre y a su padre. Si yo no viera a mis padres durante tanto tiempo, también los echaría mucho de menos. Y esto es solo un trébol, pero es que el parque de la urbanización está lleno de tréboles. Eso son muchas lágrimas de mi madre. Hasta tiene una maqueta del lago de Alistea con su árbol y su cascada en la repisa de la ventana. Y a mí me quería construir una casa en un árbol y apuntarme a tiro con arco como suele hacer cualquier elfo. Y todo, ¿por qué? Porque, ya lo he dicho antes, echaba mucho de menos este mundo.

Dije esto educadamente con reverencias a mi abuela, a mi abuelo, a mi padre, a mi madre. Estaba un poco mareado de tanto meneo de cabeza, pero ¿qué pasó? Otra vez silencio. Parecía que todos estaban a punto de llorar. Hasta que mi madre y mi abuela se abrazaron, ya no aguantaron más, y se pusieron a llorar. Mi abuela me dijo que me acercara con la mano, me uní al abrazo y después también mi padre y un poco más remolón vino mi abuelo. Era raro porque lloraban pero también se reían a la vez. Esto solo saben hacerlo los que son mayores de edad. Yo tenía algo en el pecho que parecía que me iba a explotar, pero de contento.

Mi padre me pidió la piedra de río que le había regalado cuando yo era pequeño.

—El contable tiene algo que contaros —dijo mi padre hablando de sí mismo en tercera persona para darse importancia—. Su majestad, la reina, dijo que algo había ocurrido que reanimó el Árbol Sagrado y devolvió a la vida a los elfos el tiempo suficiente para que fuera repuesta la Piedra

Esmeralda. Se plantean dos interrogantes: ¿qué devolvió a la vida durante unos instantes a los elfos?, y ¿quién recuperó la Piedra Esmeralda y la devolvió al Árbol Sagrado?

Mi padre se acercó a mí, me cogió del hombro y continuó diciendo:

—Dos preguntas y una sola respuesta: Marcos.

Todos me miraban y yo estaba un poco incómodo, como cuando todos me cantan el cumpleaños feliz y tengo unas ganas terribles de que se acabe la canción para soplar las velas. Pero el discurso de mi padre solo acababa de empezar.

—Esto —continuó, y mostró la piedra que me había pedido—, esto os devolvió a la vida. Es una piedra de río que me regaló mi hijo hace dos años. Siempre la llevo conmigo. Cuando llegué a Ciudadela Capital buscando a mi familia, todos los elfos estaban convertidos en estatuas. Mi hijo, un humanelfo, también. El Árbol Sagrado estaba negro. Entendí lo que había ocurrido. Mi mujer me había hablado de la unidad élfica y de que era la Piedra Esmeralda la que a través de las ramas del árbol irradiaba los latidos a todos los corazones de los elfos.

»Habían robado la Piedra Esmeralda, símbolo de amor verdadero, del árbol. Se me ocurrió entonces que la piedra de río, la piedra que me había regalado mi hijo con tanto amor como si se tratara de un gran tesoro, era también un símbolo de amor verdadero. Trepé y puse esa piedra en el corazón del árbol. Instantes después mi hijo dejaba de ser de piedra y volvía a la vida.

Me alegré mucho de que hubiera funcionado, no solo porque los elfos y yo hubiéramos vuelto a la vida. Me alegré también porque así mi padre sabía que le quería un montón, aunque no se lo dijera mucho. Porque antes, cuando yo iba a Infantil y empezaba a pintar sin salirme de la raya, cuando me dejaba en el cole siempre se despedía de mí con un beso y yo le decía que lo quería infinito. Pero ahora cuando me acompaña hasta la puerta del cole están allí mis amigos y nos juntamos en corrillos para cambiar cromos de la Liga y me da corte lo de decirle eso de que lo quiero infinito delante de ellos. Pero lo quiero un montón. Infinito, exactamente.

—Después cogí a Marcos en brazos porque todavía estaba aturdido. Nos alejábamos del árbol cuando se dio cuenta de que tenía la Piedra Esmeralda en su mano. Él la había recuperado. Corrió para reponerla en el Árbol

Sagrado. Repuso la piedra y el árbol recuperó su color original. Por suerte él tenía la Piedra Esmeralda, porque aunque la piedra de río era también símbolo del amor verdadero, y en una explosión de luz había devuelto a la vida a los elfos, no era del todo compatible con el Árbol Sagrado y algunas de sus ramas empezaban a volverse negras.

—Pero —interrumpió mi abuela, que hinchaba el pecho— esta historia convierte a Marcos en un auténtico héroe. Héroe por partida doble. Primero, una piedra que él regaló a su padre devuelve a la vida a los elfos. Una piedra que es símbolo de amor verdadero, lo que demuestra que no habita en él la semilla del mal aunque sea un humanelfo. Otrebor es incapaz de amar a alguien. Segundo, él recuperó la Piedra Esmeralda, algo que no ha conseguido ninguno de nuestros más valientes elfos guerreros. —Mi abuela miró a mi abuelo—. Un valiente, un héroe. Sin duda es sangre de tu sangre, querido. Y mi yerno, el contable, tampoco se queda atrás.

Mi abuelo estaba pensativo, pero asintió con la cabeza con una sonrisa de medio lado.

Mis abuelos pidieron algo para comer en plan picoteo en la mesa ovalada del despacho de mi abuelo. La engullimos porque teníamos mucha hambre y porque todos estaban impacientes por conocer mi aventura para recuperar la Piedra Esmeralda.

Les conté mi historia con todo lujo de detalles, desde cómo Édilmar, el duende y yo encontramos el portal, hasta nuestra travesía por Alistea, nuestro encuentro con Otrebor en la cueva de los malismos y mi regreso a lomos de Compay. Estaban muy interesados y abrían mucho los ojos para escuchar mejor. Yo, con un público tan entregado (no me suele ocurrir tan a menudo), me crecí y representé cada una de las escenas. Cuando contaba alguna situación de peligro, a mi padre se le escapaba un suspiro y mi madre le cogía de la mano. Cuando les conté que había elegido la Piedra Esmeralda en lugar del antídoto, a mi madre se le escaparon unas lágrimas y me abrazó, y perdí un poco el hilo. Hubo dos cosas de mi historia que les sorprendieron mucho: una, que saliera un minirrayo azul de mi mano, y otra, que comiera pollo de corral en el Bosque Lastimero.

Luego mis padres también contaron su historia. Mi madre había ido directamente al Territorio Maldito para intentar recuperar la Piedra

Esmeralda. Se enfrentó a muchos peligros y registró el palacio de Otrebor sin encontrar nada. En la Llanura del Terror, cuando se iba a petrificar, levantó su brazo para indicar a otros elfos la dirección que había que tomar para encontrar a Otrebor. Ya sabes, fui yo quien siguió su indicación. Cuando volvió a la vida, Édilmar le dijo que yo había ido a reponer la Piedra Esmeralda. Ella decidió no unirse a la captura de Otrebor. Vino volando a lomos de Compay para protegerme de los otros elfos, que creerían que yo era un ser malvado por ser un humanelfo.

Mi padre también contó su historia, la que ya me había contado aquella mañana.

Al final parecía que toda la familia éramos unos superhéroes. Pero el más héroe de todos era yo, que no lo dije yo, que lo dijo mi abuela mientras me cogía de los mofletes (y también el que mejor había contado la historia).

La aventura parecía tener un final feliz, pero...

—Nosotros conocemos la verdadera historia —dijo mi padre—, pero la «versión oficial», la que creen el resto de los elfos, es que Marcos es un humanelfo malvado. Creen que consiguió la capa matando a un elfo guerrero, le vieron alejarse del Árbol Sagrado con la Piedra Esmeralda y piensan que la devolvió porque se vio acorralado. El pueblo cree que Marcos es igual que Otrebor, un malvado enemigo de Alistea.

—Tranquilos —intervino mi abuela—. Habrá oportunidad de convocar el Consejo que representa la voluntad del pueblo elfo y explicar esta extraordinaria historia. Mi nieto pasará de ser considerado un malvado enemigo de Alistea a ser considerado lo que realmente es: un héroe.

Mi abuelo se levantó apresurado y cogió la corona que estaba colgada en un perchero y se dirigió hacia la puerta.

—Querido, ¿te vas? ¿No vas a esperar a tomar las infusiones de sobremesa?

—Tengo que hacer algo personalmente. Algo que ni un rey puede delegar. Cerró la puerta de un portazo.

—Es por los higos que ha comido de postre —dijo mi abuela—, como tienen tanta fibra tiene que...

—Pero —repuso mi padre—, ¿se pone la corona para ir al baño?

—Sí —le respondió mi madre—. Mi padre tiene sus manías. Ya sabes

quién las ha heredado. —Y me miró a mí como si yo tuviera alguna manía.

Poco después entró un elfo en la habitación con una bandeja con unas infusiones humeantes. No dejó de mirarme de reojo ni un segundo. Parecía asustado y sorprendido, creo que esperaba verme atado y amordazado.

Después de esperar al rey durante un buen rato, comenzamos con las infusiones sin él. Se ve que los higos tampoco tienen tanta fibra. Era una infusión de regaliz, estaba deliciosa y la acompañé con unas pastas de jengibre que hacían cosquillas en la lengua. Cuando ya nos habíamos terminado las infusiones y las galletas y mi madre y mi abuela estaban de cháchara poniéndose al día después de nueve años sin verse, la puerta de la habitación se abrió de par en par. Una elfa entró con la cara roja y dijo jadeando:

—Majestad, un grupo numeroso de elfos ha entrado en palacio. Buscan al humanelfo.

## ¡Arcos! ¡Arcos!

MI ABUELA RETIRÓ EL CUADRO DE CUERPO entero de la familia real. Detrás había una portezuela secreta.

—¡Rápido! ¡Por aquí! —Giró el picaporte varias veces. Después se volvió hacia nosotros y nos miró con las cejas levantadas—. No se abre. Tendremos que salir por la puerta principal.

La reina abrió muy despacito la puerta. Oímos voces y gritos de una multitud exaltada. Los gritos no eran lejanos, pero no se entendía lo que decían. Se asomó y nos hizo una seña con la mano para que la siguiéramos. Caminamos a través de un pasillo de piedra pulida desierto. Mi padre me apretaba la mano. Al girar, en una curva nos encontramos a mi abuelo, el rey. Parecía tranquilo y sonreía de forma misteriosa.

—Ah. Estáis aquí —dijo mi abuelo, y me cogió del hombro—. Ahora mismo iba a buscaros. Por favor, seguidme.

Mi abuelo me llevaba sujeto y nos guiaba a través de aquel laberinto de pasillos. El ruido de la multitud cada vez parecía más cercano, y cuando atravesamos el saloncito circular se volvió ensordecedor. Mi abuelo casi me arrastró para que me asomara por la barandilla de la balconada del «anfiteatro». Una muchedumbre de elfos levantaba sus armas y gritaba. Me hubiera gustado salir corriendo de allí, pero no podía, no porque me sujetara mi abuelo, sino porque del miedo me había quedado paralizado.

—¿Los oyes? —me preguntó mi abuelo agachándose para ponerse a mi altura—. ¿Oyes al pueblo elfo?

—Levantán sus armas y dicen: «¡Arcos! ¡Arcos!» —acerté a responder.

—No. No es eso lo que dicen, escucha con atención, querido.

No era *arcos* lo que gritaban, era «¡Marcos! ¡Marcos!».

—Corean tu nombre. Eres su héroe. El héroe que ha salvado al pueblo elfo.

Arriba, cerca del altísimo techo, planeaba en círculo Compay. Todavía estaba lleno de ceniza negra. Édilmar iba montado encima de él, era el director de orquesta de aquella multitud. Después voló hasta la altura de la barandilla, donde estaba yo.

—Sube —sonó la voz del pegaso.

—Ya le has oído. —Édilmar me tendió su mano—. Sube.

Monté a lomos de Compay, delante del elfo y detrás del duende Burbureto, que iba agarrado a las orejas del caballo. Me sujeté con una mano a las crines del caballo y con la otra saludé a la multitud y a mi familia. Mis abuelos estaban abrazados y me devolvían el saludo con la mano. No parecía un saludo típico de reyes, de esos que mueven la manita solo un poco, saludaban como si estuvieran haciendo señas para que aterrizara un avión. Son unos reyes un poco particulares. Al lado estaban mis padres, mi madre saludaba con una sonrisa amplia y mi padre no sonreía, se mordía las uñas y se tapaba los ojos cuando Compay hacía alguna pirueta aérea.

Édilmar me puso al corriente de todo lo que había sucedido:

Él y el resto de los elfos volvieron a la vida en la Llanura del Terror. Informó a mi madre de que había ido a reponer la Piedra Esmeralda. Después guió a los elfos guerreros hasta la cueva de los malismos, donde se escondía Otrebor, y esperaron escondidos cerca de la grieta de la entrada. No fue difícil capturarlo. El tipejo estaba convencido de que todos los elfos debían ser ya estatuas y salió de la cueva confiado con la cabeza del unicornio debajo del brazo. Una avalancha de elfos se abalanzó sobre él. Se centraron tanto en Otrebor que el Bú y el Homdesac lograron escapar, aunque el Homdesac quedó malherido, y sin Otrebor para «resucitarlo».

Compay fue el único pegaso que se atrevió a entrar en el Territorio Maldito, así que fue él el que sacó a los elfos de dos en dos de allí hasta el otro lado de la Cicatriz. Allí esperaban otros pegazos y otras criaturas que trajeron a los elfos a Ciudadela Capital. Encarcelaron a Otrebor en una celda de seguridad especial en las mazmorras de la araña gigante.

Édilmar les contó mi hazaña para recuperar la Piedra Esmeralda a los elfos que le acompañaban y todos corearon mi nombre cuando se encontraron con mi abuelo. El rey no había ido al baño (o al menos no había salido solo por

eso): quería convocar el Consejo de manera urgente para que se readmitiera en el reino a su hija, a su yerno y a su nieto. El Consejo tarda días, incluso semanas en tomar una decisión, por eso quería convocarlo ya, para empezar cuanto antes. Pero cuando vio a Édilmar acompañado de aquella cuadrilla pensó que tal vez había una forma más rápida de conseguir que se readmitiera a su familia.

El rey montó a lomos de otro pegaso. Ordenó a todos los elfos guerreros que corrieran la voz de mi hazaña: la recuperación de la Piedra Esmeralda que Édilmar había contado, completada con la historia de la piedra de río que el rey les había relatado. La piedra de río en el Árbol Sagrado había devuelto a la vida a los elfos. Era, por tanto, también un símbolo de amor verdadero y demostraba que en mí no habitaba la semilla del mal aunque fuera un humanelfo, porque era capaz de amar.

Pronto el pueblo elfo siguió a Édilmar y a mi abuelo. El rey abrió las puertas del palacio a todos. El Consejo es elegido democráticamente y representa la voluntad del pueblo, pero Édilmar y el rey habían conseguido reunir a todo el pueblo elfo y estaba claro cuál era su voluntad: nos querían, a mis padres y a mí, en Alistea. Habíamos sido readmitidos.

Yo estaba feliz, muy feliz, como si de dentro de mí saliera luz, como si flotara en el aire, y no porque estuviera a lomos de Compay. Era como si flotara como un astronauta en el espacio sideral. Y los gritos de los elfos me sonaban como el murmullo relajante de las olas del mar. Creo que fue entonces cuando me di cuenta de todo lo que había conseguido yo, un niño del montón en percentil cincuenta.

Tras unas cuantas vueltas en el aire. Le sugerí a Édilmar otra forma de celebrarlo más cerca de los elfos.

—No sé, Marcos —me respondió—. No está en las costumbres élficas, pero ¿por qué no?

Bajamos y nos metimos en la fuente del oso. Enseguida se animaron más elfos y lo celebramos bañándonos en la fuente como se celebra una Liga o una Eurocopa.

Después, cuando la multitud se fue, me apetecía patinar en aquel suelo tan liso, deslizarme por la barandilla de la escalinata, explorar por aquel laberinto de pasillos.

—Ya tendrás tiempo de jugar en el palacio —me respondió mi madre—. Ahora lo que tienes que hacer es echarte una siesta, que no has dormido en toda la noche.

Acepté a regañadientes y mi madre me llevó a su antigua habitación, que estaba en la planta de arriba del todo, en la planta gallinero-paraíso. Era una habitación muy grande con un balcón con vistas a un valle, una alfombra peluda y suave en la que se hundían los pies, una cama con dosel, muebles blancos a los que se les había saltado un poco la pintura y un secreter de color rojo. Un secreter es un escritorio que se cierra y que tiene los cajones muy pequeños.

Me tumbé en la cama y me dije a mí mismo que no me dormiría. Me quedaría allí un ratito, diría que ya había descansado y me iría a explorar. Me quedé mirando el techo. En esta planta, como era la última, sí se veía el río correr encima del cristal, e incluso los peces. Me quedé frito en dos minutos.

Me desperté, bueno, me despertaron cuando era de noche. Creía recordar haber visto la carpa mutante de tres ojos nadando por el río del techo, pero a lo mejor solo lo había soñado.

El pueblo elfo iba a dar una fiesta en nuestro honor y había que vestirse para la ocasión.

—Mamá, yo no quiero ponerme esto.

—¡Ay, hijo! —exclamó mi madre mirándome con la cabeza de medio lado y sonriendo—. Pero si estás monísimo.

—¡Monísimo! —repitió mi abuela, que también sonreía y giraba alrededor de mí como si fuera un satélite.

—Anda, Marquetes —intentó animarme mi padre—, mira cómo voy yo.

—Ya, pero tú no llevas mallas.

—Ah, es por las mallas —dijo mi madre—, pero si en invierno en los partidos de fútbol también te las pones.

—Ya, pero debajo de los pantalones cortos de deporte. ¿Me puedo poner unos pantalones encima?

—Está guapo, ¿verdad? —dijo mi madre mientras me peinaba con un cepillo como si no oyera mis protestas.

—Guapísimo, hija —agregó mi abuela mientras me colocaba los cuellos de mi camisa de seda—. Guapísimo.

Mi padre llevaba una camisola plateada abierta en pico y se le veían los pelillos del pecho, pero al menos no llevaba mallas, llevaba unos pantalones bombachos. A mí me parecía que le quedaba mejor la ropa de contable, pero él no parecía muy disgustado, hacía sentadillas y decía: «Hijo, por lo menos la ropa es cómoda». Yo, a parte de las mallas, llevaba una camisola con unas florituras en las mangas y en el cuello, que también se abría en pico, pero no se me veían los pelillos porque no tengo. Ni en el pecho ni en el bigote, qué rabia.

Nosotros estábamos hechos unos cromos, pero mi madre estaba guapísima. Como una princesa, que es lo que era. Llevaba un vestido blanco ribeteado en plata y una corona diadema también de plata, iba peinada de manera distinta a como suele ir y se le veían las orejas de punta. Entre el vestido blanco, lo rubia que es y que sonreía tanto, parecía que emitía luz. Nunca la había visto tan radiante. Por ponerle una falta, el final de las mangas del vestido era anchísimo y eso puede hacer que enseguida te enganches en un picaporte o que metas la manga en el plato y te pongas perdido.

Nos asomamos a escondidas desde la barandilla. Las bolas de cristal de los árboles de piedra iluminaban la sala. La planta de abajo estaba abarrotada de elfos vestidos muy elegantes. Así debían de ser las fiestas de los y las supermodelos, todos muy guapos. Algunos más que otros.

—Alegna, princesa de Alistea, luz del pueblo elfo, la de la mirada esmeralda... y su marido Luis Manuel, contable.

Así, después de un toque de trompeta, anunciaron a mis padres cuando se disponían a bajar las escaleras desde la planta del «anfiteatro». Bajaron con mucho estilo, mi madre miraba a un lado y a otro y saludaba con la mano.

Después me anunciaron a mí.

—Marcos, príncipe heredero de Alistea y héroe salvador del pueblo elfo.

Yo creo que me puse un poco rojo porque tenía calor en la cara. No bajé con mucho estilo porque es muy difícil bajar una escalera cuando todo el mundo te está mirando y además llevas mallas sin el pantalón de deporte encima. Pero me aplaudieron mucho.

La música era preciosa. Una música muy sentida que emociona casi con solo comenzar a oírla. Pero era muy difícil de bailar. Los elfos se ponían unos enfrente de otros, luego pasaban como flotando al otro lado, formaban un

círculo de cuatro personas... hasta ahí lo que yo pillé de la coreografía, luego se complicaba más.

Mi padre y yo nos quedamos a un ladito con nuestra copa de ponche de violetas y fresas, que tenía burbujas. Es que no somos mucho de bailar. A mi padre le gustan esas canciones de su época *grunge*, porque mi padre fue *grunge* antes de ser contable y le gusta hacer como que toca una guitarra imaginaria y dar saltos. La guitarra imaginaria la controla bastante, la de verdad no porque no sabe tocarla. Parece un músico guitarrista auténtico. Pero la orquesta no parecía que fuera a tocar nada de guitarra, lo digo porque ninguno tenía una. Instrumentos de cuerda sí que había: dos violines y un arpa, y luego una gaita y tres tambores. Así no había forma de que tocaran una de Nirvana, que es el grupo de un cantante que ya se murió y que en la carátula del CD aparece con una chaquetilla de punto. Yo soy más de éxitos del momento.

—¡Venga, chicos! —sonrió mi madre, que nos cogía de la mano para que saliéramos a la pista de baile.

—Es que no sabemos —dije yo.

—Tranquilos, esto se baila como os pida el cuerpo. ¡Uy! ¿Qué hace el niño bebiendo ponche? El niño no puede beber de ese ponche.

Mi padre cogió otra copa de ponche. Y nos lanzamos a la pista. Mi padre bailaba como le pedía el cuerpo, pero lo que pasa es que a él el cuerpo le pedía distinto a como le pedía el cuerpo a los elfos. Yo salí a su rescate y le expliqué una técnica de baile que me había enseñado Dani, mi amigo el intelectual. Es el molinete, tú pones los brazos como si fueras a cruzarte de brazos, pero no los cruzas y giras uno alrededor del otro. Puede ser el molinete *pa'lante* o el molinete *pa'trás*, depende de si giras los brazos hacia delante o hacia atrás. El secreto está en moverlos con el ritmo de la música. Mi padre al principio dijo: «No sé, hijo, no sé», pero unas copas de ponche después se animó a hacer el molinete.

Causamos sensación. Como todos eran tan guapos, pues mi padre y yo éramos la nota exótica. Además, como estábamos haciendo el molinete muy bien, el molinete *pa'lante* sobre todo nos salía muy al ritmo de la música, pues todos se nos quedaban mirando y nos hicieron un corrillo y todo.

—Así se baila. ¡Vivan mis chicos! —exclamó mi madre entre risas, y

empezó a hacer el molinete también—. ¡Así se baila!

Y todos los elfos se pusieron a hacer el molinete. Me dio un poco de rabia porque enseguida aprendieron el molinete y lo bailaban fenomenal. Hasta el molinete *pa' atrás* les salía al ritmo de la música.

Quería tomar un poco de aire fresco. De camino a la salida me encontré con esos elfos que son actores de Hollywood tan famosos. No estaban rodeados ni de fans, ni de periodistas, ni de fotógrafos. Estaban allí un poco fuera de lugar y como si no supieran muy bien qué hacer. Cuando me acerqué a ellos para pedirles un autógrafo se pusieron muy contentos y estuvieron megasimpáticos.

—¡Qué rico! —dijo ella—. Qué pena que tengas padres, si no te adoptábamos ahora mismo.

Me fui con el autógrafo en un sobre lacrado a la cueva de la entrada. La cascada estaba abierta como unas cortinas y corría el agua solo por los lados. Subí las escalerillas de caracol hasta el balconcito redondo.

—¡Marcos! —oí la voz de Édilmar a mi espalda.

Me giré. Iba vestido muy elegante. Debía de ser el uniforme de gala de guerrero elfo. Y se había lavado. Ojo, yo también me había lavado, en una bañera con patas, por cierto.

Subió las escaleras. El duende Burbureto iba sentado en su hombro. Nos dimos los tres un abrazo. El duende no me guardaba rencor porque lo hubiera encerrado en el armario de los víveres. Dijo que no encontraría lugar mejor donde estar encerrado que un lugar lleno de comida. Aunque luego se corrigió y dijo que había un lugar mejor: un lugar donde de verdad hubiera jamón ibérico.

—¿Has salido a que te dé un poco el aire? —le pregunté a Édilmar.

—No. He salido porque no estaba la persona con la que me gustaría bailar. ¿Y tú? ¿Te has subido al balcón para tomar el aire o para ensayar los discursos para el pueblo elfo? —me contestó.

—¿Qué?

—Sí, aquí sube tu abuelo. Ahora la cascada se abrirá como una cortina y el pueblo elfo se reunirá alrededor del lago, y por tanto del Árbol Sagrado, para que el rey les dirija unas palabras. Algún día te tocará a ti. Eres el príncipe heredero.

Me costaba comprender todo lo que me estaba pasando, era un príncipe

heredero de un reino mágico.

—Tendrás un mentor o mentores elfos —continuó Édilmar— que te guiarán en tu formación élfica.

—Quiero que seas tú —afirmé.

—¿Qué?

—El mentor. Quiero que seas tú.

—No —respondió Édilmar—. Me temo que no es posible. Yo solo soy un granjero que ha llegado a ser un soldado raso. Tú eres el príncipe heredero, a ti te guiará el mejor.

—Efectivamente. El mejor. —Nos sorprendió una voz seria.

Nos giramos, era mi abuelo el rey, que se ve que también quería tomar el aire.

—Alteza. —Édilmar hizo una reverencia a mi abuelo.

—Debería ser capitán del ejército élfico.

—Una buena opción, majestad.

—Sin duda, ¿puedes agacharte un momento, Édilmar?

Édilmar se agachó e hincó una rodilla en el suelo como le pidió el rey. El rey cogió una espada de uno de los elfos centinela que estaba en la puerta y la puso sobre el hombro de Édilmar.

—Por la valentía y heroicidad demostrada, por guiar al ejército élfico en la captura de Otrebor, por tus servicios a la corona. Yo, Leafar, rey del pueblo elfo, te nombro capitán del ejército élfico.

—Gracias, alteza.

—Te nombro también mentor de mi nieto, quiero que le guíe el mejor.

—Alteza, será un honor.

—Y ahora, si me disculpáis, debo regresar adentro. Mi mujer se empeña en que baile el molinete.

El elfo, el duende y el humanelfo, o sea yo, Marcos Alonso Álbora, nos quedamos en silencio en el balconcito redondo.

El narval rompió con su cuerno la luna que se reflejaba en el lago, el viento movía las hojas del Árbol Sagrado, Compay, de nuevo corcel real, bebía en la orilla, las luces de las casas de los árboles parecían luciérnagas. Todo parecía mágico.

Al día siguiente volvería a mi mundo, pero pronto regresaría, porque

Alistea, ahora, también era mi mundo.

# Epílogo

## Vuelta a casa

—NO HAY NADIE —dijo mi padre abriendo la puerta—, podemos salir.

Mi madre, mi padre y yo estábamos en el cuarto de contadores. Habíamos regresado por el portal intramundos de la portezuela de la llave de paso. Ahora que yo ya sabía el secreto, iban a mover el portal a nuestra casa, así sería mucho más cómodo acceder a él. Todavía no está muy claro dónde lo van a instalar, mi padre dice que si debajo del fregadero y mi madre que si en el armario empotrado.

Salimos de puntillas y justo en ese momento se abrió la puerta del portal.

—Buenos días, vecinos. —Era don Isidro, que había madrugado para comprar el pan. Se nos quedó mirando de arriba abajo. Íbamos vestidos con la ropa de Alistea. Bueno, yo llevaba otra camiseta con capucha, pero con capucha como de fraile, en la que ponía: «Mi abuela, que me quiere mucho, me ha regalado esta camiseta de Alistea». Mi abuela me había bordado en la camiseta un trébol de cuatro hojas, con la de arriba roja, y un oso que parecía un perro gordo. Como la camiseta de Gandía, la que me había regalado mi otra abuela, se había quedado para trapos, había tenido ese bonito detalle. Pero continuaba con las mallas sin pantalón de deporte encima. Mi padre seguía con la camisa en pico con la que se le ven los pelillos y con los pantalones bombachos. Mi madre llevaba un vestido de princesa, pero un vestido de princesa más de andar por casa. Don Isidro ya no iba vestido de chulapo, iba hecho un pincel con su americana y su corbata. Nos miró de arriba abajo, pero se contuvo de comentar nuestra vestimenta. Solo dijo:

—¿Qué tal por Suecia?

Me hizo ilusión ver al vecino que hace unos días ni conocía. Parecía que sus ojos ahora tenían más brillo. Y hasta parecía más joven. Estuve rápido de

reflejos y contesté:

—Pues en Suecia bien. Todos los días había auroras boreales.

—Anda, hijo —intervino mi padre—, vamos. Buenos días, Isidro.

Isidro me cogió del hombro, se agachó y me dijo:

—Ayer desayuné churros —hizo una pausa de suspense— con una mujer que conocí el día que os acompañé al Retiro. No fue después de una noche de jarana, sino que madrugué. Pero estuvo muy bien, Marcos. Muy bien.

Después de vestirme de niño normal, fui a buscar a mi amigo Dani y nos fuimos juntos al cole en el coche de mi padre.

—¿Qué tal en Suecia? —me preguntó Dani.

—Bien. Bueno, la primera aurora boreal te hace gracia, pero luego ya te acostumbras. Y nada más. No tengo ningún secreto que contarte.

Mi padre miró por el retrovisor y yo le guiñé un ojo. Había disimulado muy bien. Pero me moría de ganas de contarle a Dani todas mis aventuras en Alistea, y sobre todo de decirle que yo era un humanelfo y que tenía algunos superpoderes: infravisión, casi había aprendido a curar pequeñas heridas, podía sacar un minirrayo de mi mano... Aunque gases, lo que son gases, tenía como cualquier humano. Bueno, esto ya lo sabía él. Me mordí la lengua y lo único que dije fue:

—Y por aquí, ¿alguna novedad?

—Pues sí. Ha vuelto nuestra directora, doña Mari Carmen. No te vas a creer lo que le pasó. Alucina. Unos zumbados la raptaron en su propia casa y uno de ellos le dijo que liberara las jirafas del zoo, o algo así.

La directora había entendido mal mi mensaje. Yo lo que quería era que llevara a los niños de Infantil de la clase de las jirafas al zoo. Bueno, al menos le había arrancado con el esparadrapo aquellos pelillos de la barbilla que ejercían sobre mí una fuerza sobrehumana por la cual tenía que mirarlos aunque no quisiera.

Apoyé la cabeza sobre la ventana del coche. Todo, las urbanizaciones, los parques con columpios y árboles, parecía que tenía un color menos brillante que en el mundo de Alistea.

En clase, Jorge Pulido, como cada lunes, presumía de un nuevo regalo que le había comprado su padre. En esta ocasión era un helicóptero teledirigido que volaba por encima de nuestras cabezas.

—Marcos —me dijo Jorge Pulido sin soltar los mandos del helicóptero—, ¿qué te han comprado tus padres en Suecia? ¿Un globo con forma de reno?

Casi todos le rieron la gracia. Entonces me acordé de algo. Saqué el sobre lacrado de mi bolsillo.

—Pues mira, aquí tenéis un autógrafo dedicado de dos famosísimos actores de Hollywood.

Jorge Pulido se apresuró en abrir la carta. Todos los niños se agolparon a su alrededor. Durante un rato se hizo el silencio. Debía haberlos impresionado.

—¿Quiénes son estos? —preguntó Jorge Pulido, y pasó la nota a otros compañeros.

Mi dedicatoria corría de mano en mano. Todos se encogían de hombros. Ninguno parecía reconocerlos. Era increíble porque son realmente famosos. Cogí la nota y la leí. «Con todo nuestro cariño, para Marcos. Brálowin y Ándolia». Vaya, no habían firmado con sus nombres artísticos de famosísimos actores de Hollywood, sino con sus nombres élficos.

—Vaya, Marcos —dijo Jorge Pulido—. Seguro que tus padres te llevaron a ver una función de unos vecinos de un barrio de Suecia y creíste que habían sido unos famosísimos actores de Hollywood.

Otra vez muchos niños de la clase le rieron la gracia, querían jugar con el helicóptero teledirigido. Fui a sentarme a mi sitio. Las risas a mi espalda se volvieron carcajadas y parecía que se había unido más gente. Me giré. Había un nuevo motivo de diversión.

El helicóptero volaba descontrolado persiguiendo el trasero de Jorge Pulido, zumbando como si fuera una avispa furiosa. El juguete no respondía a los mandos así que, después de unos cuantos minutos de carrera, Jorge Pulido decidió pisotearlo.

Estábamos mirando el mecanismo interno del helicóptero cuando se oyeron unos pasos en el pasillo. Venía Marina. Todos fuimos corriendo a nuestros sitios. La rutina de todos los días. Abrí la mochila para sacar el libro.

—Rico el libro de Conocimiento del Medio —dijo Burbureto mientras le salían papelitos de la boca—. Yo le añadiría una pizca de pimienta molida.

Estaba claro, había sido Burbureto quien había descontrolado el helicóptero de Jorge Pulido. Debía de haber entrado después de nosotros por

el portal intramundos. Saqué mi libro de Conocimiento del Medio mordisqueado en la esquina de arriba y pensé en Marina. La última vez que la vi parecía triste o enfadada porque Édilmar no tenía ni móvil, ni *e-mail*. Tal vez todavía estaba triste.

Pero Marina entró con una sonrisa blanca y radiante y con un ramo. Un ramo de churros y porras con lazo rojo. Cuando apartó el ramo pude ver que llevaba la camiseta con el dibujo de medio trébol, la camiseta de parejitas diseñada por Cabriolá, la fauno. Édilmar, mi mentor, también debía de estar cerca. El elfo había comprado la ropa a la fauno por compromiso, para conseguir información, y se ve que la va regalando para deshacerse de ella. Mi *seño* repartió los churros entre todos en partes equitativas de dos churros y media porra.

Mientras me comía, como un superhéroe de película generoso y sacrificado, los churros de mi amigo Dani para evitar que le diera una de sus terribles alergias, dos pensamientos vinieron a mi mente: el primero, que Édilmar le podría haber regalado a Marina un tarrito de chocolate para mojar los churros. El segundo, que criaturas y seres de Alistea habían estado visitando nuestro mundo desde siempre, antes de que yo lo supiera o los hubiera visto. Por eso, si te ocurre algo mágico o misterioso, algo que no puedas explicar, sospecha. Alguien de Alistea puede estar cerca de ti. Pero no se lo digas a nadie. Mantenlo en secreto. Si acaso di, como el que no quiere la cosa, como si solo fuera una frase hecha:

«Habrà sido un duende».

# Más de Alistea

Querido lector:

Gracias por acompañar a Marcos y su particular “niñera” en esta aventura. Espero que hayas disfrutado de la historia.

Si quieres enterarte de mis próximas publicaciones, si tu colegio o instituto quiere organizar un encuentro con el autor o simplemente te apetece compartir conmigo que te ha parecido la novela, escíbeme a [hola@elsecretodemarcos.com](mailto:hola@elsecretodemarcos.com). Estaré encantado de responderte.

Si deseas ser un embajador de Alistea y dar a conocer este territorio mágico al mundo, comparte tu opinión en Amazon. Te estaré eternamente agradecido.

Por último, te invito a visitar [www.elsecretodemarcos.com](http://www.elsecretodemarcos.com) Podrás descubrir los escenarios reales del enigma del más viejo del lugar o conseguir un ejemplar de la novela en papel para regalar o regalarte.

Un fuerte abrazo alístense,

Rafael Nieto Río

# Agradecimientos

Gracias de todo corazón a los que han vivido de cerca el proceso de creación de esta novela. De algún modo u otro, esta historia también es suya.

A Ruth Rodríguez, poeta y directora de la Escuela de Escritura Creativa Verbalina, y mi profesora de curso de novela. No solo por sus correcciones y acertados consejos de escritura, sino también por su generosidad e implicación personal en este proyecto.

A la ilustradora Mercedes Villarías, por su *excepción*, el magnífico trabajo de la portada, y por ser capaz de meter un oso en la hoja de un trébol.

A mi mujer, Marta, que leyó del tirón la primera versión, por sus palabras de aliento, por su paciencia, por el tiempo que pasó en Alistea y por su fe en mí. Mi territorio mágico particular es cualquier espacio que comparta con ella.

A mi hijo David, coautor de esta novela. Juntos inventamos el personaje del enano Barboto, aunque al final fue un topo y no un ratón lo que trepó por su barba. Por escuchar con atención las aventuras de Marcos y por, con tan solo seis años, sentarse delante del ordenador para escribir historias de Alistea como papá.

A mis hermanos, Luis, Marian y Paula, por su gran esfuerzo al leer meticulosamente las primeras versiones y corregir mis meteduras de pata, además de aportar nuevas ideas.

A los mejores padres del mundo, los míos, por estar a mi lado ahora y siempre.

A los niños y jóvenes que leyeron primero esta novela: Andrea Oviedo, Adriana y María Page, Natalia Martínez y Héctor Gago, por realizar el esfuerzo de leerla en un formato que no era el más adecuado, y por sus

comentarios e impresiones.

A mis amigas Maica Martín de Ruedas y la escritora Rita Balboa, por sus elogios y empuje tras leer la novela.

A Elena Lobato y Jesús Martínez, y a mis antiguos compañeros de trabajo, en particular a Asier Fernández, Rafael Moreno y Cristina Oleby, porque hicieron todo lo que estaba en sus manos para intentar que esta novela viera la luz.

A los grupos de WhatsApp, “baile de bohemios”, “familia Río”, “familia Álvarez-Conde”, “Agustín Ruiz”, etc., por ayudarme a elegir con sus votos entre mis tres propuestas de sinopsis y por sus aportaciones para mejorarlas.

A la comarca zamorana de Aliste y al Parque del Retiro de Madrid, porque me sirvieron de inspiración para escribir.

Al desconocido de pelo gris que se tomó un café en la terraza de un bar a unos metros de mí y que luego se coló en la novela para desbloquear la historia, y al que yo bauticé con el nombre de Isidro.

Y por supuesto a ti, querido lector, porque el territorio mágico de Alistea solo cobra vida cuando tú lo lees (y porque te has leído hasta los agradecimientos).

## **SOBRE EL AUTOR**

**RAFAEL MIGUEL NIETO RÍO** Nació un mes de abril del siglo pasado y ya tiene algunas canas. También tiene una mujer y un hijo estupendos, un puñado de cuentos escritos guardados en un cajón, una bicicleta y gafas para ver de lejos.

Estudió Empresariales y siempre ha trabajado en el área de Recursos Humanos.

Le apasionan los libros y la tortilla de patatas. Aunque no necesariamente en este orden, depende del autor. Si la autora de la tortilla es su madre, prefiere la tortilla a los libros.

Llevado por estas pasiones, no llegó a apuntarse a un curso de cocina, pero sí a algún que otro taller de escritura creativa. Escribió algunos cuentos. Un buen día miró al infinito y dijo: «Voy a escribir una novela». Tardó más de un año en terminarla.

La novela es esta. El secreto de Marcos. Y la escribió para ti.

La reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, no autorizada por los autores y editores viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente autorizada.

© Rafael Miguel Nieto Río